



*Olivia Ardey*

*Si te  
quedases en  
Escocia*

Lectulandia

Carol Coleman y lord James MacLeod saben que se la juegan. Ella puede perder el trabajo de su vida, él, parte del legado familiar, una pieza de arte única de gran valor sentimental. Ambos serán duros rivales en una subasta. Carol confía plenamente en sus nervios de acero para conseguir otro éxito profesional y adquirirla para su galería, pero el irresistible y persuasivo Mac, le pondrá las cosas muy difíciles... ¿Estarán dispuestos a renunciar a lo que más les importa por amor?

Un engaño inocente, los secretos de Mac, el regreso inesperado del pasado de Carol y el recuerdo de unos hechos sucedidos durante la Navidad de 1914, pondrán en riesgo la firmeza de sus sentimientos.

Que la fuerza del amor y la magia de Escocia les acompañen.

¡Embárcate con Olivia Ardey en un viaje fascinante a Londres y Escocia, con personajes que querrías conocer y situaciones que te gustaría vivir!

**Lectulandia**

Olivia Ardey

# **Si te quedas en Escocia**

ePub r1.2  
Titivillus 27.09.15

Título original: *Si te quedas en Escocia*

Olivia Ardey, 2015

Diseño de cubierta: Eva Olaya

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Hace cien años, durante la Nochebuena de 1914, la Gran Guerra se detuvo. Sucedió en el frente belga de Ypres y empezó con un villancico, improvisado por unos cuantos muchachos ateridos en una trinchera, que devino en un alto el fuego acordado por ambos bandos.

Un gesto que no tuvo final feliz. A pesar de ello, el mundo ha estado, y está, lleno de personas anónimas que nos dan grandes lecciones de humanidad. A esos soldados británicos y alemanes, cuyos nombres no aparecerán nunca en los libros, y que simbolizaron la esperanza durante uno de los episodios más terribles de la Historia contemporánea, está dedicada esta novela.

**«Tierra de ríos brillantes,  
tierra de mi corazón para siempre,  
valiente Escocia»  
*Scotland the Brave***

## Prólogo: Cien años atrás

-Frente de Ypres, Bélgica. 24 de diciembre de 1914-

*La acción había cesado, de momento. El campo de batalla permanecía tranquilo. En las trincheras alemanas, los soldados hacían cuanto estaba en su mano por sobrellevar aquel frío infernal. Todos trataban de mantener la mente ocupada y evitar así que la melancolía se apoderara de ellos. Nada arañaba más el corazón que el recuerdo de los seres queridos y, esa noche, parecían más lejos que nunca.*

*El soldado Manfred Krichner escribía una carta, sentado sobre una mochila y con la espalda apoyada en la tosca pared de troncos que aislaba a la tropa de la tierra húmeda y de la nieve. A unos metros de él, dos compañeros se entretenían oteando la calma insólita que también reinaba en el lado enemigo.*

*—Mira si llegan a ser idiotas esos ingleses. ¿Ves esa luz? —oyó Manfred que decía uno al otro—. Están encendiendo un cigarrillo. No hay blanco más fácil.*

*—Se apagará antes de que puedas apuntar.*

*—De eso nada, ahora entenderás por qué trae mala suerte encender un tercer pitillo con la misma cerilla. El primero de ellos te pone en guardia —continuó explicándole al tiempo que alineaba el fusil en posición—. Ahora la llama se mueve hacia la derecha, es el segundo, así que aprovechas para apuntar, y el siguiente, ¡bang! —soltó, simulando que acertaba en el blanco—. El tercer infeliz que se acerca a la lumbre es hombre muerto.*

*—Esos ingleses no son tan tontos como crees —replicó el otro—. Estoy seguro de que cualquier otra noche no se mostrarían tan confiados, pero hoy es diferente.*

*—No veo por qué.*

*—Tú mismo lo acabas de demostrar. Nadie con corazón es capaz de matar a un semejante en Nochebuena —dijo dándole un codazo.*

*Y mientras los dos soldados bromeaban y reían para alejar la nostalgia, Manfred Kirchner rubricó la carta, la dobló en cuatro y la introdujo en el sobre. Durante unos segundos de duda, estuvo tentado de romperla. Aquel escrito era comprometedor en tiempo de guerra. Miró de reojo a sus compañeros, que en ese momento se entretenían en intercambiar silbidos con los del bando contrario, como si se tratara de un juego amistoso. ¡Santo Dios! ¡Bromeando con el enemigo! Otros compañeros de la tropa, los que permanecían guarecidos bajo el techado de lona, habían encendido un fuego para calentarse. Al menos no nevaba.*

*Sacudió la cabeza y retornó su atención a la carta que tenía entre las manos.*

*—Mi querida Ilse —murmuró.*

*Humedeció la solapa engomada con la lengua y cerró el sobre. Y mientras*

escribía la dirección, no dejó de pensar ni un segundo en la chica preciosa a la que iba destinada aquella carta.

En la trinchera británica, un soldado apartó la marmita del infiernillo. Cogió un puñado de nieve del suelo, la echó en el agua caliente para templarla y sumergió las manos. Tenía los dedos llenos de sabañones y esperaba que aquel remedio le aliviase un poco la picazón. No muy lejos de este, unos cuantos se esmeraban en decorar una rama de pino, entre comentarios bromistas, con papelillos recortados de envoltorios de comida y cajetillas vacías de tabaco. Lo cierto es que no les estaba quedando tan mal, casi parecía un verdadero árbol de Navidad.

Un poco más allá, cuatro Royal Scotts mataban el tiempo jugando a las cartas. Todos miraban con respeto a los fusileros reales, los únicos hombres en el mundo con agallas para ir a la guerra con falda. Curtidos en la gélida Escocia, no les importaba encarar aquel frío del demonio con las piernas al aire. Detrás de ellos, otros tantos observaban la partida. Un kiltie, que se aburría, se adentró bajo la techumbre y regresó con una gaita bajo el brazo. Apretó el fuelle y todos acogieron con alegría las primeras notas.

De pronto, otro de los fusileros dejó sobre la mesa sus cartas boca abajo y chistó, con un rápido movimiento de manos, exigiendo silencio.

—¿No oís? ¿Qué es eso?

—Son los alemanes —dijo su pareja de partida, aguzando el oído—. Parece que están cantando.

—Raff, sopla esa gaita bien fuerte para que sepan esos malditos krautz qué es música de verdad.

Pero el fusilero no obedeció.

—Un poco de respeto —contravino con una mirada severa hacia el que acababa de hablar—. ¿No sabes que la voz es el instrumento más valioso de cuantos existen?

—¡Chist! —exigió otro escocés de los que jugaban a las cartas—. No me lo puedo creer —exclamó—. Estamos en plena guerra ¿y los krautz están cantando un villancico?

Todos callaron. Y a ambos lados de la primera línea de fuego, en el silencio solo se escuchó *Stille Nacht*. Porque para un montón de soldados muertos de frío en tierra belga aquella era una verdadera noche de paz.



# 1. El presente

-Aeropuerto JFK, Nueva York. 24 de octubre de 2014-

Tras pasar por el control de embarque, Carol arrastró su maleta tratando de afinar el oído para entender un nuevo aviso que anunciaban a través de la megafonía. Hizo una mueca de fastidio al escuchar que su avión llevaba retraso.

La zona franca del JFK se encontraba repleta de viajeros, muchos de ellos, en tránsito, deseosos de tomar un vuelo de enlace y llegar a casa para celebrar Halloween con la familia y amigos. Carol era de otra clase, de ese tipo de viajeros que viven de una terminal a otra por razones de trabajo. Y tampoco creía en esas cosas; escéptica por naturaleza, miró sin demasiado interés los expositores tan bien iluminados de las tiendas libres de impuestos, diciéndose que cualquier excusa era buena para fomentar el afán consumista y hacer negocio. En las baldas de cristal convivían las chucherías de Halloween con los recuerdos típicos de Acción de Gracias. Incluso algún Santa Claus de chocolate, perdido entre pavos de cerámica y esqueletos de azúcar, anunciaba la llegada de la época navideña. Faltaban muchas semanas, pero el rollizo hombrecillo de rojo ya se dejaba ver con su sempiterna sonrisa. Carol pensó en lo rápido que pasaba el tiempo. Antes de que pudieran darse cuenta, la Navidad y el Año Nuevo habrían pasado volando. Y esa certeza realista la llevó a la conclusión de que solo los niños, que anhelan la llegada de Santa Claus cargado de regalos, creen en la magia que se atribuye a esas fechas.

Buscó con la mirada un asiento libre, avanzó hacia una zona de las menos concurridas y se dejó caer en una butaca. Sacó su teléfono móvil del bolso; un nuevo mensaje contribuyó a empeorar su humor. Era de Kat, ese caimán con aspecto de mujer. La codicia de su jefa no tenía límite.

Hacía pocas horas que Carol había luchado a brazo partido por una estatuilla de la dinastía Ming hasta hacerse con ella, en la subasta de la sucursal de Sotherby's en Nueva York. Un logro profesional que haría feliz al comprador, convirtiéndolo en cliente fiel de la galería de arte y que, al menos, merecía unas palabras de agradecimiento por parte de Katherine Whits.

Pues no fue así. No hubo palmadita en el hombro. En la pantalla solo leyó un par de líneas conminándola a revisar la documentación sobre aquella partitura manuscrita del siglo XIX, obra de un compositor apellidado Gruber del que no había oído hablar en su vida. Iba a subastarse en Londres en vísperas de Navidad. El tono del mensaje de Kat no transmitía buenos deseos, era una advertencia en toda regla. Su jefa no era mujer que admitiese una derrota.

Carol pensó en los documentos que obraban en su maletín, pero en ese momento

se encontraba demasiado cansada. Ya que le esperaba un vuelo largo, decidió revisarlos durante el viaje. Cerró los ojos y chasqueó la lengua con hastío al pensar en la absurda subasta a la que debía enfrentarse en diciembre. No era más que una partitura vieja y sin valor material. Un villancico; en pleno siglo XXI ¿a quién le importaba eso?

Ojeó a su alrededor. La gente iba y venía cargada de bultos y equipajes. Una pareja pasó ante ella con un montón de bolsas de regalos. Carol imaginó el contenido de esos paquetes; recuerdos de Nueva York de escaso gusto, perfumes de marca elegidos por su precio tentador, bufandas de los Nicks... O lo que era lo mismo, enseres inservibles que acabarían en el fondo de un cajón o subastados en eBay.

Giró el cuello tratando de aliviar la tensión. El molesto dolorcillo de siempre se le empezaba a extender hacia los hombros. Cerró los ojos con un suspiro, habría dado cualquier cosa por un masaje. Y al volver a abrirlos, sin querer, clavó la mirada en el hombre que salía de la sala VIP. Se preguntó por qué los ricos parecían todos iguales, como si los fabricaran en serie. De un envidiable rubio natural, vestidos con ropa carísima, pero sin perder ese toque de haberse dejado caer encima cualquier cosa agarrada del armario sin mirar, y buen color. Todos lucían un ligero bronceado, incluso en invierno; como si la piel blancuzca o pecosa fuese patrimonio exclusivo de los pobres.

Y atractivos, muy atractivos; por lo menos este lo era. El tipo avanzó lo suficiente hasta darle la espalda. Carol lo observó con ojos apreciativos. Seguro que era otro bobo engreído de clase alta, pero este en concreto tenía un culo de primera.

Cerró los ojos, para no quedarse mirando como una idiota y le vino a la cabeza otra idea asociada al placer. Su mente tenía curiosos recursos para alejar un pensamiento tentador, llevándola a otro. De repente le entraron unas ganas irrefrenables de mordisquear un trozo del mejor remedio conocido para la ansiedad. Tomó el portadocumentos, se colgó el bolso al hombro y, arrastrando la maleta, se encaminó hacia la zona comercial. Cargada como iba, le costó bastante esfuerzo abrirse paso entre la multitud que saciaba su afán de recuerdos antes de subir al avión.

Escogió un puñado de chokolatinas y, entre empujones y disculpas, logró sumarse a los que guardaban turno ante la caja. A punto de llegarle el turno, apretó los labios, contrariada. Ya era casualidad. La señora que tenía delante era de las que no conocen la prisa. Se entretenía sacando las monedas con tal parsimonia que a Carol le entraron ganas de gritar. Para acabar de arreglarlo, un rubio muy alto que llevaba un oso de peluche enorme debajo del brazo desplegó sus mejores dotes de seducción ante la mujer, que no dudó ni un segundo en cederle el turno.

—¿Seguro que no les importa? —dijo por decir algo, puesto que se le veía decidido a colarse.

El tipo miró a Carol por encima de la cabeza de la mujer, exhibiendo una sonrisa encantadora con la que le pedía permiso también. Ella abrió la boca para protestar pero, sin darle tiempo a ello, la señora respondió por las dos.

—Pase, pase, joven. ¡No faltaba más! —lo invitó absolutamente seducida.

A Carol se le ensombreció todavía más el semblante al reconocerlo. Era el mismo guaperas que había visto salir de la salita de espera reservada a los VIP. Un sinvergüenza con estilo. Las «personas muy importantes», se dijo en silencio, se creían exentas de hacer cola entre la chusma. Para colmo, el muy caradura le guiñó un ojo y silabeo un «gracias» silencioso como si eso lo arreglase todo. Ella se quedó mirándolo con la cordialidad de un doberman a punto de morder.

Mientras el chico de oro sacaba un billete de la cartera, Carol clavó la vista en el oso de peluche que parecía observarla fijamente con sus ojillos de vidrio.

—¿Y tú qué miras, idiota? —farfulló por lo bajo.

El hijo mediano del décimo conde de Selkirk, descendiente del antiguo clan MacLeod de la isla de Lewis, dejó el oso de peluche sobre una butaca cercana al mostrador de embarque, para hablar por teléfono con comodidad.

—Creo que acabo de conocerla.

Notó la inquietud que esperaba en la voz de la mujer que acababa de escuchar sus palabras, desde el otro lado del Atlántico. El mismo temor que había percibido días atrás cuando supo, por casualidad y por boca de esa misma mujer, su antigua niñera, que la hijastra de esta participaría también en la subasta. Pese a la curiosidad que aquella desconocida le suscitó, estando en Londres, no coincidieron en ninguna puja y, por tanto, no tuvo ocasión de conocerla ni siquiera de vista. Pero, casualidades del destino, la chica de la melena color miel, que acababa de fusilarlo con una mirada agria en la cola de la tienda, era la misma que aparecía en la foto junto a Anita.

—Es lo que querías, ¿no? —escuchó que le decía, con cierto matiz de reproche y evidente preocupación.

Él sonrió. A pesar del tiempo transcurrido, la mujer que durante dos años se había encargado de su crianza lo conocía mejor de lo que él mismo sospechaba. La capacidad de intuición de su querida *nanny* era asombrosa.

—Viajamos en el mismo vuelo —añadió, sabiendo que con ello acabaría de preocuparla.

—Qué coincidencia, al final voy a tener que creer que el mundo es un pañuelo.

—Ya ves que sí. Y muy pequeño, por cierto.

James MacLeod también lo creía. Por suerte para él, porque salió de Londres con un propósito en mente. Dos, en realidad: volver a casa con el cuadro de Holbein que debía engrosar la colección Selkirk y conocer a su rival en la próxima subasta.

—James, no le hagas daño.

La advertencia de su antigua niñera lo hizo reír; como suponía, había despertado

su instinto de protección maternal.

—Vamos, *nanny*, ¿me crees capaz de hacerle daño?

Con mucha cortesía, se despidió de Anita para evitar que esta continuara con sus cautas advertencias y guardó el móvil en el bolsillo antes de sentarse junto al peluche gigante y el maletín donde guardaba el ordenador portátil. Acababa de hablar con la que él consideraba la mujer más bondadosa del mundo, pero el sermón protector de la que fue su niñera estaba de más. Algo conocía a las mujeres y la hijastra que tanto pretendía proteger le había parecido dura, mucho menos vulnerable de lo que *nanny* daba a entender.

Iba a ser divertido. Jugaría a saber de ella desde su posición aventajada y al final acabaría diciéndole por boca de quién la conocía sin conocerla. Seguramente se enfadaría al sentirse engañada, él tampoco reaccionaría bien de encontrarse en su lugar. Le retiraría el saludo, si es que llegaban a coincidir en futuras subastas. Se encogió de hombros con una sonrisa conformista. Si la chica malhumorada de los ojos azules no volvía a dirigirle la palabra, sobreviviría sin problemas.

Carol ya estaba aburrida de ir de una cola a otra. Y no dejaba de pensar en la subasta de Londres. Solo tenía un par de meses, suficientes para hacerse una idea del límite de la puja, una cantidad ni dicha ni escrita que ella tenía que intuir de la cifra marcada por el cliente. Los coleccionistas apuntaban siempre menos dinero del que en realidad estaban dispuestos a pagar por una obra de arte. Conseguirla a un precio más ventajoso reportaba buena fama al galerista que ejercía de intermediario. Pero un error de apreciación, una puja que el cliente considerase como precio excesivo, podría costarle el puesto.

Mientras recorría el túnel de acceso al avión no dejó de pensar en su posición de desventaja en la galería. Era ella quien elaboraba los informes técnicos sobre las obras de arte que pretendían adquirir, con un estudio de su valor actual y su previsible incremento futuro. Era ella quien tanteaba la expectación de la subasta, las expectativas de compra; la que investigaba, quien recopilaba información respecto a otros posibles interesados en la pieza. Era ella quien viajaba de un lado a otro del Atlántico para pujar en persona, sufría los nervios de las subastas... Pero todo el mérito lo acaparaba Katherine Whits.

Carol correspondió a la bienvenida de la azafata con una sonrisa escueta y buscó su número de asiento y, una vez ubicó la maleta de mano en el compartimento de equipajes, se arrellanó en la butaca de ventanilla y, pensativa, se dedicó a contemplar el ir y venir de los mecánicos por la pista.

Desde que trabajaba con Katherine, Carol había aprendido mucho. Se consideraba una experta en el mercado del arte, pero la sensación de estar siempre en la cuerda floja la tenía extenuada. Un fallo y adiós. Y eso era algo que no se podía permitir. Llevaba una vida entera sintiéndose de segunda clase y por fin había logrado destacar

ante su familia. A ojos de su padre, su madrastra y de su perfecto hermano menor, Carol había triunfado en la vida, convirtiéndose en una mujer con una carrera profesional plena de éxitos.

A veces se preguntaba si no sería más feliz de haber continuado como conservadora de la National Gallery. Ese fue su primer empleo y le gustaba mucho, pero era un trabajo anónimo y poco reconocido. Un día sucumbió a la tentación de cambiar su puesto en un museo tan prestigioso por la adrenalina de los viajes, las subastas, la guerra silenciosa de las pujas... Una ocupación que le reportaba prestigio y en la que estaba muy bien considerada, pero que no le dejaba tiempo libre ni para respirar.

Sonó el teléfono en el interior de su bolso y rebuscó por si se trataba de algún nuevo encargo de su jefa. Pero no, el mensaje recibido venía de Camila, una de sus compañeras de estudios. Decía que la echaban de menos y que la llamase en cuanto encontrase un hueco para poder charlar. Carol se sintió culpable, hacía muchísimo que solo se comunicaba con sus amigas mediante un grupo de whatsapp. Añoraba aquellas reuniones de chicas en torno a unas tazas de té y un delicioso plumcake de los que hacía Camila. Días que pertenecían al pasado, como un tren al que durante años subió dichosa. Pero en el momento presente el destino la obligaba a instalarse en otro andén. Con pesar, tuvo que reconocer que, desde que dejó la National Gallery, disfrutaba de una vida profesional plena de éxitos en la que no había ni tiempo para la amistad.

Un sentimiento del que Carol desconocía en su verdadera magnitud. Su vida era dichosa. No podía ni intuir la clase de amistad que solo se forja cuando se está a las puertas de la muerte; cuando todo se da por perdido y el gesto de tender una mano amiga al adversario es un acto de locura o de incalculable valor.

## 2. El valor de la amistad

### -Frente de Ypres, Belgica. Nochebuena de 1914-

Habían disparado tres salvas al aire que, según órdenes del comandante, anunciaban una tregua por Navidad. Pero aún estaban pendientes del triple disparo de los alemanes.

—¿Otra partida, MacLeod?

Allí era un fusilero nada más. El hijo del conde de Selkirk, allí solo era Henry MacLeod. Entre la tropa sobraba el tratamiento de lord. En ese momento se encontraba avistando los confiados movimientos de los soldados en la trinchera enemiga y negó con la cabeza a la propuesta del otro soldado.

—¿Alguien puede alcanzarme una botella de whisky? —pidió sin dejar de observar desde lejos a los alemanes.

Otro escocés se acercó botella en mano.

—El mejor remedio para el frío, ¿eh? —le dijo disponiéndose a destaparla.

Henry MacLeod impidió que lo hiciera.

—No la abras.

—Entonces, ¿para qué la quieres?

—Voy a cambiarla por tabaco.

Dicho y hecho. Se encaramó hasta el borde de la trinchera y de un salto se puso en pie sin pensar que para el enemigo era blanco perfecto.

—¿Qué haces? —le increpó el otro—. ¿Estás loco? MacLeod vuelve, ¡te van a coser a tiros!

Pero el fusilero real no hizo ningún caso.

Ya avanzaba por tierra de nadie con la botella de whisky en la mano cuando empezó a temer que aquello de la tregua podía bien tratarse de una trampa. Le tranquilizó ver a uno de aquellos alemanes que, tan loco o tan valiente como él, también había abandonado la protección de la trinchera y se encontraba a treinta escasos metros.

Frenó en seco de puro asombro. ¿Qué demonios estaba haciendo? Aquel soldado agarraba un cadáver del suelo y cogiéndolo por debajo de los brazos, trataba de arrastrarlo hacia la trinchera alemana. Mucho debía apreciar al muerto para jugarse la vida de aquella manera. Henry no lo pensó dos veces y, al ver sus esfuerzos por poner a salvo el cadáver del compañero caído en la batalla, corrió hacia él. El soldado alemán alzó el rostro con cara de sorpresa, durante un par de segundos se miraron el uno al otro. Henry cogió al cadáver por los pies y el otro asintió, con un gesto rudo de agradecimiento. Entre los dos acercaron el cuerpo de

*aquel muchacho hasta dejarlo a unos veinte metros de la alambrada que protegía las trincheras alemanas. Henry soltó el cadáver con cuidado y se sacudió las manos; el soldado alemán hizo otro tanto. Con incomodidad y recelo se miraron a los ojos.*

*—Mein bester freund —dijo el alemán, señalando con la cabeza al soldado muerto que yacía en el suelo—. Mein miamigo.*

*Henry asintió con la cabeza, comprendiendo sus intenciones. Aquel soldado había arriesgado su vida con tal de sepultar con dignidad a su mejor amigo y que su cuerpo no quedara olvidado en aquella tierra, como el despojo de una alimaña.*

Carol alzó la vista, la auxiliar de vuelo exhibía una expresión de disculpa mientras le daba una serie de explicaciones que no acababa de entender. Tras esta, un pasajero exageradamente obeso aguardaba su billete en la mano y cara de circunstancias. Carol no tardó en hacerse cargo de la situación. El eterno problema de las personas con exceso de volumen a las que las compañías aéreas obligan a pagar doble por el uso de dos asientos. Norma que la mayoría se negaba a aceptar por discriminatoria. Estaba claro que el hombre que tenía delante era uno de ellos.

—Verá —continuó diciéndole la azafata—, estamos tratando de hallar una solución.

—Pues yo no pienso moverme —dijo el hombre con mala cara—. Este es mi asiento y aquí me quedo.

—Yo no tengo inconveniente en cambiarme de butaca —sugirió Carol.

No le apetecía nada que su compañero de viaje la aplastara contra la ventanilla durante las ocho horas siguientes.

—El problema es que no queda ni una plaza libre en clase turista.

Carol vio avanzar hacia ellos a otra mujer, también miembro de la tripulación. Por los galones en la chaqueta del uniforme supuso que se trataba de la sobrecargo.

—Si no tiene inconveniente, venga conmigo, por favor —pidió esta dirigiéndose a Carol.

Optó por levantarse y acompañar a la tripulante, sin entender dónde pensaba ubicarla. De su expresión dedujo que pretendía evitar explicaciones delante del otro pasajero.

—Le he conseguido un asiento en primera clase —aclaró cuando el hombre ya no podía escucharla—. Quedaba una plaza libre.

¡Caray! Carol por poco no se puso a bailar de alegría. Si la rúcana de su jefa, que no le permitía volar más que en clase turista a cargo de la galería, pudiera verla en ese momento, seguro que se pondría verde de envidia.

—Pues no sé qué decir —balbució encantada—. En fin, se lo agradezco muchísimo.

—Es lo mínimo que podemos hacer —dijo la sobrecargo corriendo con una mano las cortinillas que separaban la Business Class—. Y le ruego que acepte las disculpas

en nombre de la compañía por las molestias que se le han ocasionado.

Le indicó con la mano la fila de dos butacas que quedaba a su izquierda...

Y Carol se quedó sin habla. La plaza de ventanilla la ocupaba un rubio irresistible con el que la suerte parecía reunirlos cada diez minutos. El asiento individual de uso doble que el rubio ocupaba, carecía de murete de separación. Parecía más el sofá de un apartamento, e idéntico de cómodo. La parte derecha, que se suponía que era para ella, la ocupaba otro viejo conocido: el enorme oso de peluche.

Con una sonrisa, él la invitó a acomodarse a su lado al tiempo que levantaba el animalito y se lo entregaba a la sobrecarga.

—Será un placer, no me importa compartir la plaza —le dijo—. Mi compañero de viaje no era de mucha conversación.

Qué gracioso. Carol se sentó a su lado sin responder a la broma, pese a lo encantador que sonaba su acento. Le recordaba a Escocia y a unos años que evocaba siempre con añoranza. De sus cinco años en la tierra de los ríos brillantes atesoraba infinidad de recuerdos felices. Y alguno malo también, en el que no quiso pensar.

Viendo que la sobrecarga se despedía, Carol se dirigió a ella antes de que marchara a cumplir con sus tareas previas al despegue.

—Pero, he dejado allí atrás mi equipaje de mano.

—Descuide, nosotros nos encargamos de trasladarlo —la tranquilizó antes cerrar las cortinas.

En cuanto se quedaron solos, Carol bajó la mesilla plegable, colocó sobre esta el portafolios y se apresuró a revisar los mensajes telefónicos antes de que diesen orden de apagar los dispositivos electrónicos. Mientras tanto, de reojo observó que su compañero de asiento hacía lo mismo que ella con toda su atención puesta en uno de esos extraplanos ordenadores portátiles Apple.

Al otro lado del avión, un matrimonio compartía también una butaca doble, idéntica a la que ocupaban ellos. Las tres últimas filas, por detrás de las butacas ergonómicas individuales con pantalla de televisión privada, eran del tipo familiar. Ya le extrañó que la compañía le regalara una plaza de esa clase; llegó a la conclusión de que debía agradecer el detalle a su atractivo acompañante por compartir con ella su comodísima y amplia plaza. Tras el consabido ritual a base de gestos mediante el que los auxiliares de vuelo instruyeron al pasaje sobre las medidas de emergencia que imponen las normas de la aviación civil, tanto él como ella obedecieron a los altavoces; desconectaron sus aparatos electrónicos y se abrocharon los cinturones.

Carol cerró los ojos y se agarró con fuerza al apoyabrazos derecho y la mano izquierda al cojín de cuero del asiento. No tenía miedo a volar, pero la invadía una inevitable desazón durante el despegue y el aterrizaje.

El avión hizo la maniobra y comenzó a acelerar por la pista. Carol dio un respingo al notar una mano sobre la suya; aún así, no despegó los párpados. El contacto de su compañero de asiento era tranquilizador. A ciegas y por instinto, se aferró con fuerza a esa mano cálida que infundía seguridad y la apretó durante largo



rato.

—Gracias —dijo soltándole la mano, bastante cohibida. Y, por primera vez, su sonrisa fue sincera.

La señal luminosa dio permiso para desabrochar los cinturones de seguridad.

—¿Ya has hecho las paces? —preguntó él, soltando la hebilla metálica del suyo.

Carol lo miró sin entender. Aunque no se conocían de nada, asumió el tuteo como algo natural ya que eran de edad similar.

—Hasta ahora parecías enfadada con el mundo —añadió.

—A veces creo que es el mundo el que está peleado conmigo —dijo ella con tono de disculpa—. Lamento ser una molestia. Esta plaza es una maravilla cuando la ocupa una sola persona pero compartirla durante un vuelo tan largo...

—No eres una molestia —zanjó—. Una compañera agradable de viaje nunca lo es.

Él fue consciente de su mirada escéptica, pero no añadió nada más. Se limitó a observarla mientras ella extraía unos documentos de su portafolios y comenzaba a ojearlos.

—Interesante —comentó, escudriñando con todo descaro el cuadernillo que sostenía abierto—. Un informe exhaustivo. Por lo que veo, han investigado hasta el mínimo detalle. ¿Lo has elaborado tú?

—Sí.

—Eres buena.

—¿Tú también te mueves en el mercado del arte? —preguntó, con sorpresa. Él asintió—. Entonces, estuviste en la subasta de Sotheby's. Me extraña no haberte visto —comentó suspicaz.

—Pujé por el Holbein y me marché.

Carol se arrepintió de haber dudado. En un primer momento pensó que jugaba con ella, porque se traía entre manos algún truco de seducción. Pero estaba claro que no mentía.

—Ah, por eso no coincidimos. Yo llegué después, al segundo lote —él no dijo nada—. ¿Te hiciste con el cuadro?

—Aye.

A Carol no le sorprendió que respondiera en *scots*, el dialecto escocés de las tierras de la frontera. Ese «sí» la hizo sonreír por los buenos recuerdos que le traía. Pero sí le despertó su curiosidad que lo afirmara con la confianza impasible de quien no está acostumbrado a perder.

—¿Para quién trabajas?

—Para mí. —Al ver la cara de Carol, imaginó que lo tenía por un «acumulacuadros» podrido de millones y rectificó—. Para mi padre. Para mi familia, en realidad.

«Para su familia», se repitió ella. Lo que había imaginado, coleccionistas de arte. Gente de dinero. Se centró de nuevo en el *dossier* que tenía en las manos. Esa subasta

la preocupaba. En apariencia, se trataba de un negocio sencillo. No era más que una partitura de dudosa autenticidad y escaso valor monetario. Un papelote que, en otra situación, habría conseguido sin problemas, contentando con ello al museo austriaco que había encargado su adquisición. Pero existía una complicación imprevista con la que tendría que lidiar: Carol sabía de buena mano que existía otro coleccionista especialmente interesado en la partitura de Gruber.

—Problemas, problemas, problemas... —murmuró hablando sola.

Cerró la carpetilla y apoyó la cabeza en el respaldo. De reojo comprobó que su compañero de viaje no dejaba de observarla.

—Parece pan comido pero... —le explicó sin que él se lo pidiera, pero se trataba de un colega y le apetecía comentarlo con alguien capaz de entender su preocupación—. En resumen, que tengo que conseguir esto —dijo tocando con los dedos la carpeta—, sea como sea, para un museo de Salzburgo. Pero existe otra persona interesada en la partitura. No entiendo por qué, ya que se trata de un coleccionista de arte y esto no vale nada.

—A lo mejor esa partitura posee un valor sentimental que tú desconoces.

—Trabajas en lo mismo que yo —alegó, escéptica—. Sabes bien que en este mundillo no hay lugar para los sentimientos.

—No voy a discutir sobre ello, pero estás en un error.

Ella arqueó las cejas y se apresuró a rebatir su opinión.

—Lo que tú llamas sentimientos se llama capricho —sentenció—. Seguro que se trata de un rico extravagante. Un tal lord macnosequé al que se le ha antojado esa reliquia, quién sabe si para revendérsela al museo. Es igual, no sé por qué te lo cuento —concluyó con un suspiro—. Por cierto, me llamo Carol.

—James. Aunque todos me llaman Mac.

Una azafata se acercó con una bandeja para ofrecerles chocolates.

—¿Un bombón? —dijo sonriéndole a Carol, que tomó dos—. ¿Lord MacLeod? —le ofreció a él.

Carol dio un respingo al escuchar el nombre. El coleccionista del informe se llamaba...

—Ahora ya sabes quién soy —comentó, al tiempo que metía la mano en la cestita de los bombones.

### 3. Un lord escocés

Tras el desconcierto mayúsculo de saber al lado de quién iba sentada, Carol asumió que el hecho de coincidir en el vuelo con su rival en la subasta se debía a un capricho del azar. Eran muchas las horas que les quedaban codo con codo y, por descontado, no estaba dispuesta a renunciar a viajar en primera, donde se estaba de lujo. Ni a la magnífica atención de las azafatas, ni a los caprichitos con los que la obsequiaban. El último, un completo y exclusivo neceser de aseo repleto de miniaturas de cosmética, jabones y perfumes de las mejores marcas.

Se fingía dormida para no tener que hablar con el rubio aristócrata. «Todo un lord», recordó. Abrió apenas un párpado y por una rendijita lo vio muy entretenido con su portátil. Se acomodó mejor e hizo un repaso mental. Aunque faltaba más de un mes, no le quedaba ningún regalo por comprar para la mañana de Navidad. Siempre había sido muy previsora, hacía ya días que los tenía todos empaquetados. Siguiendo punto de su repaso mental: comidas navideñas. Adoraba a su familia pero resultaba curioso que, cuando la casa familiar se hallaba repleta de gente y bullicio, era cuando más sola se sentía.

—Disculpen. En el menú del almuerzo —interrumpió una azafata; Carol abrió los ojos— serviremos salmón marinado o medallón de buey.

—Para mí la carne —escogió Mac.

—También para mí, gracias.

La azafata se despidió con una sonrisa de cortesía.

—¿En qué piensas? —preguntó Mac.

—En todo y en nada.

—¿Estás preocupada por la subasta o porque te toca aguantarme todo el vuelo?

—¿Qué te hace pensar que estoy preocupada? —contradijo con aparente desinterés.

Él se ladeó para verla mejor, apoyó un codo en la mesilla y con el dedo índice trazó un leve roce entre sus cejas.

—Esta línea de aquí me lo dice.

A Carol le hizo gracia que se atreviese a tocarla con un descaro tan seductor. Mac le acarició entonces la sien derecha con la yema del dedo.

—Ahora sí. Estas arruguitas que se te forman al sonreír me gustan mucho más.

Carol lo miró a los ojos durante un instante.

—Soy muy tenaz, más vale que lo sepas —advirtió. No hacía falta añadir que hablaba de la subasta.

—Yo también.

Carol apartó la vista cuando se dio cuenta que se había quedado ensimismada observando sus labios, ese hombre tenía una boca que era pura tentación. De las que dan ganas de empezar a besar y no parar.

—Anda, acércate a mirar por la ventanilla —decidió él de pronto; ella alzó las cejas—. Venga.

Aceptó la invitación inclinándose mucho para observar mejor.

—¿Qué te parece?

—Nubes.

—No veremos otra cosa hasta que llegemos a casa —dijo, refiriéndose a Gran Bretaña—. Es lo que tiene sobrevolar el Atlántico.

Ella asintió, contemplando la mullida y algodonosa capa sobre la que parecían flotar.

—Son preciosas —reconoció.

—¿A que sí?

Carol pudo sentir la calidez de su aliento en la mejilla. Giró el rostro. Su nariz casi chocó con la de él y al hacerlo rozó su mejilla áspera. Qué atractiva resultaba esa barbita clara de aventurero, descuidada lo justo para darle un toque canalla. Era el marco perfecto para su sonrisa. También tenía unos ojos azules grisáceos muy bonitos. «No tienes la culpa de ser tan guapo», se dijo en silencio al notar un cosquilleo en la boca del estómago.

Mejor alejar ese tipo de pensamientos. Volvió a acomodarse en su butaca para poner distancia.

—Explícame por qué te llaman Mac.

Él se removió incómodo y la miró de soslayo.

—Lo prefiero —farfulló—. James me lo pusieron en honor a un tal Bond al servicio de su majestad. Mi madre lo adora.

—Debe ser una condesa muy divertida.

—Mucho. Toda ella humor británico.

—No me digas más —dijo riendo por lo bajo al ver que hacía una mueca vergonzosa—. Seguro que por tu mayoría de edad te regaló un Aston Martin deportivo.

De sobra sabía que ese era el coche de Bond, James Bond. Mac la miró con expresión impenetrable.

—Por supuesto.

Esa vez rieron los dos.

No debió agarrarla de la mano, se reprochaba Mac. Eso le decía su conciencia, o su sexto sentido, cualquiera sabía. Fue un error implicar algo más que le cerebro en aquel juego.

La azafata les ofreció café y ambos lo saborearon en silencio. Ella lo hizo absorta en estudiar la documentación del portafolios; concentración que él agradeció y que, por otra parte, le dio tiempo para reflexionar.

Tan solo pretendía conocerla, ayudado del recurso fácil de mostrarse encantador, que poco esfuerzo le suponía. James MacLeod era un hombre curtido en situaciones como aquella y le bastaba un poco de mano izquierda y una sonrisa para vencer las reservas de cualquier mujer. Cuando su antigua niñera le habló de su hijastra y supo cuál era su profesión, despertó su curiosidad. Anita hablaba de ella con enorme cariño y, quizá por el afecto desmedido que sentía por la que consideraba su hija, él pudo adivinar cierto pesar que entonces achacó a un afecto no correspondido, o al menos no en la medida del que entregaba una mujer que era todo corazón. Fue precisamente ese matiz el que despertó su curiosidad por conocer a Carol. Curiosidad que se convirtió en necesidad cuando se enteró de que la galería, para la que ella trabajaba iba a participar en la puja de la partitura Gruber.

Convencerla de lo importante que era para la familia MacLeod aquel documento, eso era cuanto pretendía. Y si ella tenía corazón, lo entendería de inmediato. Seducirla no entraba en sus planes. Su noviazgo desastroso con Tina Aldridge lo había convertido en un descreído. Pero, a pesar de su falta de interés en emparejarse de nuevo, no era el tipo de canalla capaz de usar la seducción, en el sentido estrictamente sexual, con tal de ganar una pieza en una subasta. No había caído nunca tan bajo ni tenía intención de hacerlo. Fue absolutamente sincero cuando aseguró a su *nanny* que no iba a hacerle daño, sería incapaz de romperle el corazón. Él ya había probado esa medicina de manos de Tina y, aunque muy diluido, aún recordaba su amargo sabor. Quizá un par de sonrisas, un poco de encanto, una argumentación convincente, un relato de los hechos del pasado que tocaran el corazón de su rival en la puja... Pero no más.

No, no debió coger la mano de Carol. Su instinto protector le había jugado una mala pasada. Se sirvió de sus contactos con la compañía aérea, removiéndole cielo y tierra para que asignaran los asientos de turista de modo que acabara sentada al lado del viajero con sobrepeso, y que después la acomodaran a su lado. Pero su vulnerabilidad durante el despegue lo desarmó.

La miró de reojo y luego clavó la vista en su taza de café con la sensación de ser un tramposo a punto de caer en su propio enredo.

—¿El osito es para tus hijos? —indagó Carol.

Mac incorporó la cabeza para verle la cara y notó que ella le observaba la mano, al parecer en busca de esa marca indeleble que deja un anillo. Curvó la boca imaginando que lo tenía por uno de esos sinvergüenzas trasnochados que se quitan la alianza para acechar a su presa cuando están fuera de casa.

—No tengo hijos —reveló alzando la mano abierta—. Este dedo solo ha conocido un anillo con una calavera y eso fue en mis años difíciles.

Carol se echó a reír de pura incredulidad.

—Te miro y no soy capaz de imaginarte de *heavy metal* —confesó, haciendo esfuerzos por ponerse seria—. ¿Y queda algo de esa época rebelde?

—Un tatuaje.

—Me muero por saber más.

Mac entornó los ojos y la regañó medio en broma.

—No seas tan curiosa.

—¿Me estás reprendiendo, milord?

—Vuelve a llamarme así y sabrás lo que es que una reprimenda —avisó, sin añadir ni una palabra sobre el tatuaje.

Aquella evasiva solo consiguió aumentar sus ganas de saber y Carol empezó a elucubrar. ¿Ocultaría debajo de la camisa hecha a medida un ángel del infierno tatuado en la espalda? A lo mejor llevaba el símbolo de Guns and Roses rotulado en un brazo. O quizá —¡horror!— un ancla y un corazón...

Ante la mirada de advertencia de Mac, decidió dejarlo tranquilo y no insistir. Tampoco era tan importante el asunto.

—La verdad es que en tu caso lo de los hijos no sería nada raro, por la obligación de legar el título.

—No es una obligación, que no estamos en la Edad Media. En cualquier caso, eso corresponde a mi hermano mayor y ya se ha encargado de ello con muchísimo entusiasmo. Es padre de cuatro cachorrillos salvajes. —Ella lo escuchaba con expresión divertida—. No sé si sabes que en el campo los niños crecen medio asilvestrados.

A Carol le trajo muchos recuerdos escuchar aquello. Durante sus años universitarios en Saint Andrews, oyó miles de veces a la gente de Escocia, tierra de ganadería y pastos, hablar de sí mismos como campesinos y granjeros. Los escoceses estaban orgullosos de sentirse gente de campo.

—Viéndote a ti, cuesta de creer —alegó, echando una ojeada a sus cuidadas uñas.

—Llegado el momento, nos envían a un internado y de allí salimos bastante domesticados.

—¿Estudiaste arte en Saint Andrews o la universidad de Edimburgo? —supuso Carol; la primera era la más antigua de Escocia y la otra se encontraba entre las cinco más prestigiosas del país.

—Saint Andrews.

—Yo también.

—No tienes acento escocés.

—Ya has notado que no soy escocesa —lo reprendió, para que no se hiciera el tonto—. Soy una chica de Londres que entonces vivía en el condado de Buckingham.

—¿Y por qué escogiste una universidad tan lejos de casa?

—Precisamente por eso. Mi padre es catedrático de Historia del Arte en Oxford —declaró—. El doctor William Coleman.

Mac no se fingió sorprendido; hacerlo habría supuesto mentir, porque ya sabía

por boca de Anita Coleman a qué hombre debía su apellido.

—Si yo fuese hijo de una eminencia como tu padre, también me habría largado a estudiar bien lejos —se limitó a comentar.

—Por esa razón decidí marcharme a estudiar a Escocia.

—¿Y cómo es que no me fijé en ti en Saint Andrews? —dijo acercando su cara un poco más a la de Carol.

—¿Porque eres más viejo?

Mac arrugó el entrecejo algo picado.

—¿Promoción? —inquirió.

—Dos mil diez.

—Seis años de diferencia —calculó mirándola fijamente.

—Con tantas chicas por el campus, ¿te habrías fijado precisamente en mí?

—No te quepa duda —afirmó colocándole la melenita detrás de la oreja.

Carol le atrapó la mano y se la apartó, con un gesto delicado pero firme, y se repantigó cómodamente en el asiento estirando las piernas.

—Qué delicia —ronroneó.

—¿Por qué crees que viajo en primera clase?

—Pues yo nunca lo había probado y ahora entiendo la diferencia —aseguró mirándolo desde la cabeza a los pies.

No era ni de lejos tan alta como él pero, si a ella le resultaba incómodo, no quiso ni imaginar a Mac medio plegado en clase turista durante un vuelo intercontinental.

—He tenido muchísima suerte con el cambio de plaza —aseveró muy satisfecha.

—Imagino que esa suerte me incluye a mí y a mi agradabilísima compañía.

—¡Qué dices! —contradijo estirándose como un gatito—. Me refería a esta maravilla de butacón.

—Me acabas de destrozar el corazón.

Carol giró el rostro y lo miró directamente a los ojos.

—Y más que te lo voy a destrozar —adujo con una vocecita tan encantadora como peligrosa—. Recuerda que somos rivales.

Mac se quedó observándola durante un largo minuto. No sin esfuerzo, Carol le sostuvo la mirada.

—¿Por qué te interesa tanto conseguir esa pieza? —tanteó Mac.

Ella dudó un breve lapso de tiempo, durante el que reflexionó sobre lo fácil que resulta confesar secretos a alguien a quien no se conoce de nada. Ella era introvertida, poco dada a abrir su alma a las personas de su entorno. En cambio, sincerarse ante Mac, a quien acababa de conocer, no le provocaba inquietud. Quizá porque no era una persona allegada y, por tanto, le daba igual lo que pudiera pensar.

—¿Alguna vez has sentido que tienes que luchar cada segundo de tu vida para demostrar lo que vales? —inquirió pensativa. Fijó la vista en el techo antes de explicarse mejor—. Mi madre se marchó de casa cuando yo tenía seis meses y mi padre se volvió a casar con una mujer encantadora, que no deja de ser mi madrastra.

Luego llegó mi hermano. De pequeño fue un niño gracioso y muy hablador, atraía la atención de todo el mundo como un imán. Luego creció y se convirtió en el más listo de la familia. Es neurólogo, está felizmente casado, tiene un bebé precioso al que adoro... En resumen, que siempre me he sentido un poco hija de segunda.

—Dímelo a mí, que soy el de en medio —dijo solidarizándose con ella.

—¿Tú también tienes un hermano pequeño?

—Hermana. Alice, es fotógrafa. Trabaja para *National Geographic* y vive en Australia. Mi hermano Stephen, el mayor de los tres, administra junto a mi padre las tierras y el patrimonio de la familia. Y yo me encargo de la colección de arte.

—Tú y yo tenemos la gran suerte de trabajar en lo que más nos gusta —dijo Carol. Se alegraba de compartir con él esa pasión por el arte.

—Estoy de acuerdo. También me considero afortunado.

—Pero existe una diferencia —matizó ella—. Yo solo destaco en mi vida profesional, es mi único logro en la vida. Por eso me esfuerzo en alcanzar cada meta y esa partitura es una de ellas.

Mac tomó aire, como si dudase en añadir algo importante o dar por zanjada la conversación.

—¿Me dejas que te cuente una historia? —sugirió por fin.



## 4. Déjame que te cuente

—¿Qué sabes de la I Guerra Mundial? —tanteó Mac.

—Pues como todo el mundo, supongo —dijo ella—. Del catorce al dieciocho, que nosotros estábamos en el bando de los buenos y poco más.

—Bandos... —repitió con escepticismo—. ¿Has oído hablar de la Tregua de Navidad?

—Pues no.

—La víspera del día de Navidad de 1914, en el frente de Bélgica, los soldados empezaron a decorar sus trincheras.

—No entiendo cómo tenían ganas.

—En los peores momentos, imagino que la nostalgia puede llegar a ser insoportable. Piensa cuánto debían echar de menos a sus familias —adujo; el comentario despertó el interés de Carol—. Por la noche, los alemanes empezaron a cantar el villancico *Stille Nacht*.

—Esa es la música que hay escrita en la partitura Gruber —asoció Carol.

—Sí, *Noche de Paz*; en alemán, obviamente. Cuando nuestros soldados reconocieron la melodía —prosiguió—, respondieron cantándolo en inglés. El intercambio de saludos y felicitaciones navideñas continuó durante un buen rato entre los nuestros y el enemigo. El ambiente se relajó y empezaron a hacer incursiones en tierra de nadie para intercambiar *whisky* por cigarrillos. Esa noche la artillería de ambos bandos permaneció en suspenso.

—*Stille Nacht*... —pronunció Carol, pensativa.

—Increíbles palabras en tiempo de guerra, ¿verdad? —convino Mac—. Pues escucha, porque hubo mucho más.

*El soldado alemán y Henry aún permanecían plantados el uno frente al otro, con el cadáver a los pies, mientras se frotaban las manos a pesar de llevarlas enguantadas. No le importó que aquel soldado lo mirara de arriba abajo deteniendo la vista en sus rodillas desnudas. Estaba acostumbrado. Era un kiltie, y los soldados con falda escocesa siempre despertaban curiosidad a causa de su uniforme.*

*Fue él quien se decidió a romper el hielo, a fin de cuentas se había metido en las narices del enemigo con un motivo concreto.*

*—Me llamo MacLeod —se presentó a sí mismo tendiéndole la mano al otro—. Henry.*

*Por costumbre, se ahorró el lord que precedía a su nombre. El alemán le estrechó la mano con un apretón de agradecimiento.*

*—Kirchner, Manfred —anunció.*

*Cuatro o cinco soldados alemanes se acercaban a ellos con cautela, sus semblantes recelosos permitían adivinar que no entendían aquel saludo cordial entre dos hombres que un día antes disparaban entre sí con intención de matarse. Como era de esperar, todos clavaban la vista en su kilt verde militar. Henry se abrió la guerrera, sacó la botella de whisky y la alzó para que la vieran. El gesto tuvo su recompensa, porque los alemanes se aproximaron con el semblante contento.*

*—¿Tabaco? ¿Cigarrillos? —preguntó alzando la voz y dándoles a entender moviendo las manos que pretendía hacer un trueque.*

*Uno de ello lo entendió a la primera porque dio la vuelta. Instantes después regresaba a la carrera con una lata de tabaco y varios librillos de papel de liar.*

*Se oyeron disparos y todos se agacharon cuerpo a tierra, paralizados por el miedo.*

*Y no hubo más...*

*Eran tres salvas que anunciaban la tregua en el bando alemán. Uno tras otro se fueron incorporando con cara de alivio. Henry se despidió con la mano y regresó corriendo al lado británico.*

*—Estás loco MacLeod. Podrían haberte matado —fue lo primero que escuchó cuando cruzó la maraña de alambre de espino.*

*—Se ha declarado una tregua. Nadie va a morir esta noche —dijo lanzándoles el tabaco y el papel antes de bajar a la trinchera; dos compañeros se apresuraron a atrapar al vuelo sus inesperados regalos—. No tengo ni idea de dónde lo habrán sacado esos krautzes pero me han cambiado el whisky por una lata del mejor tabaco Sullivans's de Manchester. Más vale que me deis las gracias.*

*Al día siguiente, entre la tropa británica no se hablaba de otra cosa. Corría de boca en boca un rumor: el comandante en jefe se había adentrado hasta la línea enemiga y allí fue recibido por su homónimo alemán; ambos se estrecharon la mano como caballeros y empeñaron su palabra de respetar la tregua. Todo el mundo daba gracias por que, tanto uno como el otro bando, estuvieran bajo las órdenes de dos hombres de honor.*

*El trago más amargo, pero a la vez de consuelo, lo supusieron las ceremonias que se celebraron a los dos lados de la línea para enterrar a los compañeros caídos los días anteriores. Incluso hubo un acto conjunto, auspiciado por los oficiales al mando de ambos destacamentos. Henry MacLeod fue el encargado de leer en inglés el salmo escogido; otro soldado lo recitó en alemán. Tras la oración, el ambiente se distendió y unos y otros hicieron intercambios de latas de carne en conserva por licor o de té por papel de fumar.*

*Pero ya era media mañana del día de Navidad y lucía un sol radiante que convertía el frío invernal en un castigo mucho más soportable.*

*—Yo no sé con qué fabrica esa gente este jodido schnapps, pero calienta que da gusto. ¡Me sobran hasta los guantes! —comentaba un soldado a otro sirviéndose un segundo trago de la botella de aguardiente alemán que habían intercambiado por cuatro paquetes de azúcar.*

*—Hey, venid a ver esto porque no os lo vais a creer —llamó un soldado que apostado en el puesto de vigilancia de la trinchera—. Esos tíos tienen una pelota. No paran de hacer gestos. ¿Será posible? ¡Me parece que quieren jugar al fútbol!*

*El anuncio fue recibido como un desafío. Todo el mundo trepó por las escalerillas. Ingleses, galeses y escoceses saltaron las trincheras y avanzaron a la carrera, como hordas enloquecidas, ansiosos por plantarles cara a aquellos krautzes de los cascos de pincho. Quizá los alemanes ganaran aquella guerra, ¡pero nadie vencía al fútbol a los hijos de la Gran Bretaña!*

*—Mira, yo me rindo. Me-rin-do —trataba de explicar un cabo alemán que ejercía de árbitro en aquella chaladura de partido.*

*A pesar de que no entendía ni una palabra de su idioma, el suboficial del bando británico que se ofreció a arbitrar junto con él, le dio la razón sacudiendo la cabeza. Aquello era imposible de controlar ya que en ese momento podían contarse alrededor de cincuenta hombres en el campo persiguiendo una misma pelota. Y en cada portería improvisada por lo menos había tres porteros.*

*Los británicos que animaban a los suyos no paraban de guasearse mirando los cascos prusianos rematados con una punta de lanza en las cabezas de los oficiales del otro bando que a cierta distancia contemplaban el partido. Por su parte, los alemanes se revolcaban de risa al constatar con sus propios ojos que aquellos fusileros escoceses no llevaban calzoncillos debajo de la falda.*

*MacLeod abandonó el juego y, en la banda, se inclinó con las manos apoyadas en los muslos para recuperar el resuello. Se incorporó al ver que se acercaba otro soldado; era un alemán tan agotado como él. Henry MacLeod lo reconoció al instante. Era aquel al que ayudó a transportar el cadáver de su mejor amigo. Manfred, recordó; así dijo que se llamaba.*

*—Hey —lo saludó.*

*—Guten tag —correspondió este, recobrando el ritmo de la respiración.*

*A Henry le sorprendió que se colocase tan cerca de él. No tardó en averiguar el motivo. Con disimulo y sin dejar de mirar al campo de juego, Manfred le entregó un sobre y prácticamente lo obligó a guardárselo. Henry lo interrogó con una mirada, pero sus sospechas de que aquello fuese algún tipo de maniobra de espionaje o traición desaparecieron al comprobar que los ojos de aquel soldado alemán solo reflejaban honestidad.*

Con cuidado de no llamar la atención, Henry leyó el destino del sobre. Era un nombre de mujer.

—¿Tu esposa?

El otro se encogió de hombros sin entender. Henry se tocó el dedo anular tratando de explicarse con gestos. Manfred entendió a qué se refería.

—Nein, nicht... —negó con las manos con energía para simular que comentaban el partido de fútbol—. Meine Freundin. Nov ¿Novia?

—Esta carta es para tu novia —tradujo Henry—. Y quieres que la envíe yo —se explicó ayudándose con gestos.

El soldado alemán asintió con ojos implorantes.

—Bitte, ¡bitte!

Henry eso sí lo entendía. Le estaba suplicando que lo hiciera. Lo tranquilizó con un leve asentimiento y se guardó la carta entre el cuerpo y la camiseta.

Solo entonces, cuando vio que Henry tenía a buen recaudo aquel sobre, Manfred regresó al campo de juego.

Un rato después el partido acabó con un empate, ya que fue imposible discernir quién había metido más goles, y los soldados de cada bando retornaron a sus respectivas trincheras.

Tras el almuerzo de rancho, que no fue nada especial, Henry meditó sobre la carta que ocultaba bajo el uniforme. Tal vez se tratase de una trampa, y aunque no lo fuera podía verse envuelto en un buen lío si lo pillaban con ella encima. No dudaba de la buena fe de aquel muchacho, aunque se tratase de un enemigo. Sus motivos tendría para no querer enviar aquella carta a través de la valija de correo alemana. Quizá los krautz confiscaban la correspondencia de sus tropas.

O tal vez la carta contenía demasiadas verdades, esas de las que nadie hablaba y que cualquier soldado tenía en la mente. A él, como a tantos jóvenes, los habían convencido a fuerza de removerles el espíritu patriótico, metiéndoles en la cabeza que los alemanes eran peores que Satán. Pero los que él había conocido durante ese par de días eran hombres a los que habían enviado a matar y a morir en un páramo de Bélgica, a una guerra planeada por políticos y generales que decidían el destino de otros desde los despachos.

Los soldados alemanes no eran ni más ni menos que ellos, demasiado jóvenes para que les cercenaran el futuro enviándolos a aquel infierno. Tal vez todas esas cosas eran las que le confesaba a su novia el tal Manfred en unas pocas líneas que en malas manos podrían considerarse una prueba de cobardía o de traición. Y Henry no lo culpó, porque de tener una novia esperándole en Selkirk, él habría escrito exactamente lo mismo.

El día de Navidad llegó a su fin y durante la noche de San Esteban se escucharon seis salvas, tres en cada lado del frente. De nuevo estaban en guerra.

Transcurrieron varios meses y, ya estaban a las puertas del verano cuando, tras una de las ofensivas, los británicos hicieron prisioneros a tres alemanes. Todos los gobiernos implicados en la guerra habían asumido respetar las directrices de La Haya y de la Convención de Ginebra en cuanto al trato digno a los enemigos apresados. Por ello, como estaban heridos, los tres soldados fueron trasladados a un improvisado hospital de campaña antes de enviarlos al campo de prisioneros británico. Henry MacLeod fue el encargado de escoltarlos y vigilar su traslado hasta el hospital. Aún conservaba la carta de Manfred. No la había echado al correo por miedo a ser descubierto con correspondencia del enemigo.

Se interesó por su suerte; era casi imposible que volvieran a verse, salvo que uno de los dos fuese apresado vivo por el bando contrario.

—Manfred Kirchner —se dirigió a uno de los heridos con gesto interrogante.

—¿Kirchner? —preguntó el soldado, tratando de hacer memoria—. ¿Von Bremen?

—Sí, creo que es de Bremen —asintió recordando que esa era la ciudad de destino de la carta.

—Achtot —respondió inclinando el pulgar hacia abajo.

Henri MacLeod comprendió que el soldado enemigo, que un día depositó una carta en sus manos, estaba muerto. Y supo que era una cobardía echar aquel sobre al buzón como otro cualquiera. Juró que la entregaría en mano en cuanto acabara la guerra, si tenía la suerte de regresar vivo a Inglaterra. Aquella chica, Ilse Müller, tenía derecho a saber que Manfred Kirchner se comportó como un valiente al arriesgar el pellejo para dar un trato digno al cuerpo del que fuera su mejor amigo, caído en la línea de fuego.

## 5. Una vieja historia de familia

—Parece una historia sacada de un cuento —intervino Carol, deseosa de que siguiese con el relato.

—Es algo más serio.

—Lo que quiero decir es que se trata de una historia preciosa y llena de esperanza, pero difícil de creer. ¿No has pensado que quizá solo sea una leyenda?

Mac la miró a los ojos con absoluto convencimiento.

—Es rigurosamente real. Mi bisabuelo fue uno de los dos soldados que leyó el salmo veintitrés.

Carol se mordió el labio inferior. En ocasiones odiaba ser tan escéptica.

—Me dejas sin palabras. No sé qué decir —se disculpó por haber dudado de la veracidad del relato.

Al ver que empezaba a sonrojarse, Mac adoptó una actitud más informal y apartó la mirada para que Carol no se sintiese incómoda.

—Ese es el motivo por el que mi padre quiere conseguir a toda costa la partitura y mi razón para obtenerla, cueste lo que cueste. Fin de la historia.

—Pero esto no es una obra de arte —insistió sin entenderlo del todo—. Es solo... Un papel.

—Ves el arte bajo el prisma del dinero.

—Como todo el mundo en este negocio.

—En absoluto —rebatía—. El valor de una obra artística no tiene nada que ver con su precio de mercado, sino con las emociones que despierta. Una obra de arte es «valiosa» —recalcó— cuando consigue transmitirnos toda la pasión que el autor quiso plasmar en ella.

Carol lo escuchaba admirada. Sus palabras le recordaron esa grandeza del arte que con tanto énfasis glosaba su padre.

—Esa partitura de Gruber, «poco valiosa» —ironizó—, para alguien como yo que he crecido escuchando la historia que te he contado, o para mi padre que la escuchó de mi abuelo, que a su vez creció escuchándola de mi bisabuelo, es un símbolo de concordia. Al menos en 1914, la Navidad sí fue tiempo de paz en aquel rincón de Bélgica.

—Me parece admirable tu punto de vista —reconoció, Carol—. A mi padre le encantaría conversar contigo acerca de esta historia y de otras muchas cosas.

—El placer sería mío, en cualquier caso —aceptó con agrado—. Porque estoy seguro de que el doctor Coleman conoce la diferencia entre un coleccionista y un

mercader.

—¿Qué ocurrió con tu bisabuelo? —preguntó con curiosidad.

—Regresó a casa con el remordimiento de saberse depositario de una carta que no le pertenecía. Cuando la guerra acabó, mi bisabuelo viajó hasta Bremen en busca de la novia de aquel soldado enemigo, para decirle que fue un valiente y un buen hombre.

—¿Y la encontró?

Los labios de Mac dibujaron una amplia sonrisa.

—Fue mi bisabuela.

—¿En serio?

—Y tuvieron cinco hijos, imagínate si fue serio.

*Acabada la guerra, más de un año tardó lord Henry MacLeod, en reunir el valor necesario para viajar a Alemania. En agosto de 1920 se embarcó rumbo a Hamburgo y una vez allí contrató un coche de alquiler con chófer que lo llevó hasta Bremen. La dirección donde debía entregar la carta del fallecido Manfred Kirchner figuraba en el sobre: el número 2 de la Hohe Strasse.*

*Y precisamente en el vestíbulo de aquella casa se encontraba aquella mañana, a la espera. Acababa de recibirlo una criada vieja de mirada hostil que se llevó su tarjeta de visita en la mano y creyó entender que le decía en alemán que iba a avisar a Fräulein Müller de su llegada.*

*Al verla bajar por las escaleras, sintió que el pulso se le aceleraba. Era la primera mujer que veía con un cabello tan rubio como el halo del sol. Lo llevaba sujeto con una diadema y la media melena, ondulada al agua, le rozaba los hombros. Un peinado demasiado infantil, las chicas de su edad solían llevarlo recogido o corto a la moda. Era evidente que ella, por coquetería, prefería lucirlo suelto que ocultarlo en un moño. Su vestido era discreto y corriente, estaban en plena postguerra y en un país vencido; no eran años de lujos. Aun así, dejaba adivinar una figura espléndida. Aquella joven poseía una elegancia natural, carente de todo artificio, que la hacía capaz de iluminar una estancia entera con su sola presencia.*

*Ella le tendió la mano y lo impresionó hablándole en un correctísimo inglés, a pesar de su marcado acento. Henry se presentó a sí mismo, estrechándosela para corresponder a su saludo de bienvenida.*

—¿Le sorprende que hable su idioma? Estudié en un colegio británico. Como ve, en mi país también tenemos buenas escuelas.

—Es una suerte para ambos, porque yo no hablo su idioma. A duras penas entiendo alguna palabra.

*La joven se dedicó a observarlo muy seria mientras él le explicaba el motivo de su visita. Cuando le entregó la carta, la señorita Müller bajó la mirada y la retuvo contra su pecho.*

Tras un instante, alzó el rostro y lo miró a los ojos. Su expresión ya no era fría, sino de sincera gratitud.

—No sabe cuánto se lo agradezco, lord MacLeod —dudó—. O lord Henry o señor conde.

—No soy conde —aclaró—. Todavía.

—Ignoro qué se considera correcto.

—Solo Henry, se lo ruego.

Demasiado íntimo, absolutamente fuera de lugar. Pero se sorprendió a sí mismo al comprobar que con esa mujer le sobraban las convenciones sociales.

Ella lo estudió con curiosidad.

—¿Puedo saber por qué ha tardado tanto en venir?

—Tenía miedo a no ser bien recibido —confesó con toda franqueza.

Ambos sabían, sin necesidad de ahondar en ello, que se refería a las difíciles circunstancias que los situaban en bandos contrarios, a él en el de los vencedores y a ella en el de los vencidos.

—Creía que los hijos de la brava Escocia no temían a nada.

A él le hizo gracia que recurriese al título de tan noble canción para hacer una broma y aliviar así la tensión que se respiraba en aquel vestíbulo.

—Y yo creía que los alemanes carecían de sentido del humor —contraatacó.

Henry esbozó una sonrisa al verla sonrojarse como una niña traviesa pillada en plena fechoría.

«Doy gracias por estar viva, mi apreciado Henry. No voy a permitir que el dolor del pasado me robe las ilusiones».

Tal cual había tenido el valor de confesárselo Ilse en una de sus últimas cartas. El visitante partió de regreso a Escocia. Durante la despedida, convinieron mantenerse en contacto; esas cosas que se dicen por cortesía y nunca suceden. Pero un día se animó a escribirle para darle las gracias de nuevo y esa vez lo hizo con todas las palabras que no supo expresar cara a cara. Y a una carta, siguió la respuesta. Después hubo otra y otra más. Varias decenas habían compartido en el último año y medio.

Manfred siempre permanecería en un lugar de su corazón. Pero pertenecía al ayer y, para Ilse, vivir significaba presente. Se aferraba al «hoy» mientras soñaba con el «mañana» que estaba por llegar. ¿Era posible enamorarse de un desconocido a fuerza de admirar una y otra vez su caligrafía, relejendo todo aquello que le decía y tratando de adivinar entre líneas lo que quizá no se atrevía a expresar por escrito? Henry MacLeod personificaba al enemigo, un soldado del bando contrario, un inglés de aquellos que mataron a cientos de miles de los suyos. Esa era la realidad, pero qué sinsentido le resultaban a Ilse esos calificativos cuando pensaba en él.

Por fin, tantos meses después de añorar su presencia, de acostarse cada noche



recordando su mirada cálida y de echar de menos su voz, Ilse lo tenía de vuelta en su sala de estar, paladeando con evidente deleite un trozo de tarta con la que se esmeró en recibirlo a pesar de las restricciones de azúcar.

—Ilse, esto es demasiado —confesó Henry con un suspiro de placer—. Esta tarta suya es lo más exquisito que he probado en mi vida.

—No es mía, ni mucho menos —confesó sonriéndole—. Es una especialidad extranjera.

—¿Francia? —supuso, dada la fama de la repostería parisién.

—Austria. La inventaron en el hotel Sacher de Viena.

—De Viena, como el vals.

—Así es, ¿sabe usted bailar el vals, Henry?

Él rio por lo bajo y le lanzó una mirada de desafío.

—¿Por qué no comprobamos quién de los dos lo baila mejor?

Ilse sacudió la cabeza con una risa de incredulidad.

—Tuve que vender el gramófono. Y no puedo tocar el piano y bailar a la vez. Además, en esta sala no hay espacio y sería un fastidio tener que mover todos los muebles.

Henry se pasó la servilleta por los labios.

—Mejor, mucho mejor que sea tan complicado. Así tengo una excusa para volver esta noche. No olvide calzarse sus zapatos de baile.

La señorita Müller lo esperaba nerviosa, hacía una eternidad que no tenía una cita. Ella misma le abrió la puerta. Nada más verla, Henry bajó la vista a sus pies.

—No los he olvidado —dijo sonriéndole.

Ni se molestó en pensar en lo inapropiado que resultaba salir con un hombre sin la compañía de una carabina. Después de los sufrimientos de una guerra, había problemas más importantes en los que pensar que en sutilezas decorosas. Dejó que le abriera la puerta del coche que había alquilado. Conduciría él mismo, según le comentó había aprendido a hacerlo durante el tiempo que llevaban intercambiando cartas.

Ilse no preguntó a dónde la llevaba. No salieron de Bremen, eso la intrigó. La sorpresa mayúscula se la llevó cuando detuvo el coche en la Marktplatz, en pleno centro de la ciudad. Allí les esperaba un solitario acordeonista.

¡Qué hombre! No le importaba ser el centro de las miradas curiosas de la gente. Ilse dio gracias en silencio, porque ese jueves no eran muchas las personas que paseaban a esas horas por la plaza. Dejó que la ayudase a bajar del coche y tomó la mano que le ofrecía. Cuando llegaron junto al músico, Henry la tomó por el talle y enderezó la espalda. Y a pesar de no encontrarse ante una orquesta filarmónica, a una señal suya, la noche de Bremen se llenó con la inigualable melodía de Johann Strauss.

*Ilse se dejó llevar. Pero no era la magia de girar en sus brazos bajo la pobre luz de las farolas, era algo profundo lo que la impulsó a detener el baile.*

*—Henry, nadie viaja tan lejos solo para bailar un vals.*

*Él le acarició la mejilla. Hasta entonces habían mantenido las convenciones sociales: un hombre y una mujer jamás se tuteaban antes de compartir intimidad. Y decidió que ya era hora de acabar con el «usted».*

*—No quiero que te hagas una mala opinión de mí, Ilse. ¿Crees que es demasiado pronto para un primer beso?*

*Pero no esperó a la respuesta. La atrajo pegada a él y atrapó su boca con ganas, la deseaba desde hacía tanto... Ilse se quedó sin aliento. Cuando él alzó el rostro, ella se quedó mirándolo con el pulso latiéndole en los labios.*

*—¿Es demasiado descarado decirte que quiero más? —susurró.*

*Henry la besó con la pasión que ella merecía y sin intención de dejarla escapar de sus brazos jamás.*

## 6. Horas de confiancias

Durante la cena, a Carol no se le fueron de la cabeza los hechos tan lejanos en el tiempo que Mac le había contado. Un relato que había pasado de generación en generación y que los MacLeod conservaban con cariño como un valioso patrimonio sentimental. Pensó que era algo muy bonito poseer ese tipo de recuerdos familiares.

El vuelo de Nueva York a Londres transcurría tranquilo, por el momento no habían encontrado zonas de turbulencias. Cuando les retiraron las bandejas, Carol fue al aseo a cepillarse los dientes y a refrescarse la cara. Un momento después, Mac la imitó deseoso también de poder estirar las piernas durante un rato.

Cuando lo vio regresar por el pasillo y se levantó para dejarlo pasar. Iba secándose las manos en el pantalón.

—Algún gracioso ha arramblado con todas esas toallitas perfumadas —comentó, irritado.

Carol miró a un lado y a otro con un disimulo muy torpe. Una vez se encontraron de nuevo sentados el uno junto al otro, Mac le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo a la cara. Los ojos de Carol eran los de la perfecta culpable.

—Eso no se hace, niña mala —la amonestó; en el fondo, divertido.

—Si no se lo dices a nadie, a lo mejor te doy una.

Mac se mordió la punta de la lengua con los ojos fijos en los labios de ella. En otras circunstancias la habría besado a conciencia, sin darle tiempo a protestar.

—¿Hay por ahí un novio o marido por el que deba empezar a preocuparme?

Tal como lo dijo, su sentido común le pegó un puñetazo. ¿Pero qué estaba haciendo? Intimar con ella más allá de lo amistoso no formaba parte del juego. Por suerte para él, Carol se tomó el comentario a broma. Mirándola fijo, dejó que riera a gusto.

—No digas tonterías.

—¿Lo hay o no?

«¿Por qué insistes?», se cuestionó en silencio. Pero la necesidad de saber si había un hombre en su vida era más fuerte que su conciencia.

—Por suerte para mí, ya no —confesó Carol. Se acomodó de lado en el sillón para hablar con Mac cara a cara pero sin que nadie más pudiese escucharlos—. Siempre he pensado que el amor tiene que ver con cosas que empiezan por «C»; «corazón», «confianza», «cariño», «complicidad»... Pero mi novio solo vio dos «ces»: «celos» y «cuernos».

—La mía solo vio «conveniencia» y «compras».

—Entonces, estás mejor sin ella.

—Y «cinismo», se me olvidaba.

Carol se quedó mirándolo sin atreverse a preguntar. Mac adivinó, por la cara que ponía, que se moría de curiosidad.

—Me dejó para casarse con un tío asquerosamente rico —se sinceró. Viendo la expresión de Carol, adivinó el rumbo de sus pensamientos y sintió la necesidad de aclarar las cosas—. No me mires como si yo fuera el dueño del Banco de Inglaterra. No voy a negarlo, mi padre tiene mucho dinero. Yo no.

Carol no dejó que la amilanara con una excusa tan pobre.

—No me digas que te cuesta llegar a fin de mes —ironizó.

Mac se dio por vencido, rindiéndose a la evidencia. Había nacido en una familia que poseía una considerable fortuna en tierras y activos bancarios. Seguramente, Carol se habría asustado si supiera a cuánto ascendía su renta anual, proveniente de los beneficios de los negocios familiares que se repartían entre los tres hermanos, gracias a la cual pertenecía a esa casta privilegiada que trabaja por gusto y no por necesidad.

—No, te seré sincero —aceptó, en respuesta a su ironía—, pero la codicia de algunas personas no tiene límite.

—Y tu novia era una de ellas.

Mac hizo una mueca que le dio la razón.

—Meses después, me llamó para darme la feliz noticia de que esperaba un hijo.

—Vaya manera de hurgar en la herida.

—Me pidió que fuese el padrino —reveló con una mueca sarcástica.

—Menuda zorra.

Él rio suavemente al oír aquello.

—Ha pasado tanto tiempo que no me acuerdo ni de los momentos buenos, si es que tuvimos alguno.

—Me alegro. Yo también he superado que aquel indeseable me dejara por otra mejor.

Estaban tan juntos que hablaban prácticamente en susurros. Mac le recorrió el óvalo de la cara con la yema de los dedos; sentía la necesidad de demostrarle que valía mucho más de lo que pensaba de sí misma.

—Diferente a ti, puede. Mejor, no —dijo muy bajo y le besó la mejilla, rozándola apenas con los labios.

—¿Por qué has hecho eso? —murmuró, sus rostros aún estaban muy cerca.

—Porque me gustas mucho.

Y fue absolutamente sincero. «Nadie se enamora de repente, y yo menos que nadie. Pero eso no significa que no me gustes», pensó. Tuvo que reconocer que Carol le atraía, su interés por ella crecía conforme le iba revelando pequeños matices que le hacían intuir su verdadero yo y echaban al traste la imagen preconcebida que tenía desde que Anita le habló de ella.

Carol ladeó la cabeza para verlo de frente.

—Nos conocemos solo desde hace unas horas —adujo apelando a la sensatez—. Estoy deseando saber qué es lo que te gusta de mí.

Mac enderezó la espalda y entornó los ojos reflexivo.

—Tenemos mucho en común —enumeró ayudándose con los dedos—, nos dedicamos a lo mismo y compartimos la misma pasión por lo que hacemos...

A Carol le entró un cosquilleo delicioso. Escuchar halagos de un hombre irresistible era un regalo para el ego que no sucedía todos los días.

—Sigue —lo invitó, encantada.

Mac se acercó un poco más a ella y sin apartar la mirada de la suya.

—Eres divertida, buena conversadora, tienes carácter, posees una pizca de mal genio muy estimulante —continuó, bajando la voz—. Y además tienes unos ojos preciosos y una risa tan condenadamente *sexy* que debería estar prohibida.

Ella le sostuvo la mirada sin alejarse ni un milímetro y le respondió con el mismo tono de confianza e idéntico descaro. Aunque su apariencia reservada no lo dejaba entrever, era una mujer de las que plantaba cara a cualquier hombre por atractivo que fuera.

—Como estamos rodeados de gente y como, cada vez que me hablas con esa voz, la temperatura a nuestro alrededor se caldea varios grados, más vale que nos entretengamos con algo inocente que no haga saltar chispas —expresó. Mac se echó a reír absolutamente desarmado. No esperaba tanta sinceridad—. ¿Jugamos a los AngryWords? —propuso mostrándole el teléfono móvil.

Mac aceptó con gusto. No existía mujer más atractiva a sus ojos que las que lograban sorprenderlo.

—Muy bien —aceptó sin dejar de reír—. Pero te advierto que no acostumbro a perder.

Carol le lanzó una mirada burlona.

—Me lo temía.

Por supuesto, Mac ganó la partida de las palabras cruzadas. Después decidieron entretenerse viendo una película.

Mac ojeó de soslayo a su derecha y notó que Carol lo miraba pensativa. Se quitó los cascos y se ladeó para verla más cómodamente.

—¿Qué piensas?

Ella encogió un hombro.

—En todo lo que me has contado. En tus bisabuelos —añadió con un gesto reflexivo—. En aquellos años difíciles. No debió resultar sencillo, quiero decir, ¿no supuso un problema casarse con una extranjera?

—Y alemana —matizó, a la vez que asentía con un leve gesto—. Por lo que sé, el padre de mi bisabuelo se tomó muy mal que escogiera como esposa a una mujer del

país contra el que habían combatido una guerra. No le cabía en la cabeza, con todas las chicas de buena familia que podía elegir en Escocia, incluso más allá de la frontera.

Carol sonrió al oír su puntilla patriótica; durante sus tiempos de estudiante escuchó muchos comentarios similares. Todos los escoceses llevaban en la sangre ese mismo orgullo por su pasado, que provocaba de tanto en tanto una puya belicosa hacia los del sur de los Borders y no se dio por aludida.

—Te lo preguntaba porque mi padre también se casó con una extranjera, mi madrastra es española.

Mac mantuvo los labios sellados. Pese a que Carol acababa de darle pie para confesar que la mujer que acababa de mencionar fue quien cuidó de él antes de que ella naciera. Pero prefirió guardárselo; quería saber más sobre la distante relación que mantenía con *nanny*, y para ello debía seguir ignorando que él ya la conocía.

—¿Qué te molesta más, que sea extranjera o que sea tu madrastra?

Tal como temía, la pregunta tan directa sorprendió a Carol. Aunque trató de disimular, su expresión fue elocuente.

—¿Por qué supones que hay algo que me molesta? —inquirió, a la defensiva.

—Tu comentario en sí. Y disculpa si te he molestado metiéndome donde no me llaman, no pretendía incomodarte.

—No es algo que me moleste...

—Carol, no tienes por qué responderme si no lo deseas —la detuvo; empezaba a sentirse culpable de aprovecharse de su ignorancia.

Ella le cogió la mano para que la escuchara.

—Sería injusta y una desagradecida si tuviera algo contra Anita —aclaró—, mi madrastra quiero decir.

—Esa palabra siempre me ha sonado desagradable, si me lo permites.

—Es una manera de hablar —indicó a modo de disculpa—. A mí tampoco me gusta.

—Pero la usas cuando hablas de ella.

Como ya le había ocurrido horas antes, Carol sintió la necesidad de desahogarse. Era extraño, pero sentía que a Mac podía contarle, sin miedo a sentirse juzgada, esas cosas de las que no hablaba nunca. Sentimientos que se guardaba para ella por pudor y porque, después de tanto tiempo, todavía le hacían daño.

—Aunque no he conocido otra, no es mi madre —confesó—. Mi padre no era viudo cuando se volvió a casar. Tengo una madre a la que no conocí y que imagino que está en alguna parte —reveló, atenta a la reacción que provocaban en Mac sus palabras—. Nunca se ha puesto en contacto conmigo ni he sabido de ella, aunque cuando era adolescente intenté buscarla, sin resultado. Nos abandonó a mi padre y a mí cuando yo nací, si es eso lo que te estás preguntando.

—Me cuesta creer que una mujer haga algo así.

—Yo ya lo he asumido. Me costó aceptarlo pero así es. Del mismo modo que hay

miles de hombres que abandonan a sus mujeres con varios niños y jamás vuelven a interesarse por ellos.

—No todas las mujeres poseen instinto maternal, también las habrá que abandonan a su familia.

—Ya ves que sí. La mía es un perfecto ejemplo de ello. Mi padre contrató a Anita como niñera mía y acabó cansándose con ella.

—O ella con él.

El matiz con que lo dijo, que sugería que las palabras de Carol escondían un doble sentido y que dejaba a su Mam como una aprovechada a la caza de un marido, la hizo sonrojar. No fue su intención que sonara así, aunque en el fondo de su corazón, estaba convencida de que el cazado fue su padre y no el cazador. Pero no le gustó que Mac leyera tan dentro de ella con su interpretación.

—Que viene a ser lo mismo, ¿no? —rebatió muy seria.

Mac notó que se ponía a la defensiva; era evidente que el tema no le resultaba grato, por alguna razón, y prefirió dejarlo ahí.

—Supongo que sí.

Como vio que Mac se dedicó a ojear una revista, Carol cerró los ojos y fingió descansar.

No pretendía mostrarse tan huraña; lamentó haber llevado la conversación por un camino que, inevitablemente, la ponía de mal humor. Le resultaba difícil hablar de ello; tanto como reconocer que su actitud hacia Mam era demasiado distante. No se tenía por una persona fría, ni insensible, pero le costaba horrores expresar su afecto, fruto de su introversión. Le dolía ser así, pero su carácter se debía a la llaga íntima que arrastraba desde niña. Saberse una hija abandonada la hizo crecer sintiéndose culpable de no haber sido lo bastante importante como para merecer el cariño de su propia madre.

Mac era un hombre que sabía escuchar. Tan honesto como para confesarle sin avergonzarse la traición de su novia, algo que pocos hombres dirían y menos a otra mujer a la que acabaran de conocer. Pero su sinceridad evidenciaba lo seguro que estaba de sí mismo, una solidez de carácter que Carol envidiaba y habría deseado para sí. Mac invitaba a las confidencias y no le importó revelarle su desastrosa relación con Alan, porque era un error asumido y más que superado. Es fácil hablar de las heridas cicatrizadas, pero no cuando todavía duelen. Y eso le sucedía cuando se veía obligada a reconocer que no correspondía al cariño de Mam con la gratitud que merecía.

Carol no era una presuntuosa. Jamás se sintió avergonzada por el hecho de que su padre se casara con una mujer que solo había trabajado como empleada doméstica. Antes de ser contratada por su padre como niñera para cuidar de ella, Carol sabía que había trabajado para una familia escocesa muy adinerada. Pero Mam nunca hablaba

de ello, como si los dos años que vivió en Escocia formaran parte de un pasado desgraciado que se negaba a recordar. Del mismo modo que cuando hablaba de España, jamás mencionaba a su familia; Carol sí sabía al respecto que Anita marchó de su país natal sin dejar nada atrás.

Con cierto recelo, miró de reojo a Mac. Parecía comprensivo, pero le resultaba muy incómodo hablar de todo aquello. Apenas acababan de conocerse, era absurdo soltarse a hacerle confidencias.

Apretó los párpados como si ello le ayudara a concentrarse y se repitió para aquietar su conciencia que no tenía motivos para sentirse mal. Mam era la única madre que había conocido, hacía feliz a su padre, jamás hizo distinción entre su hermano pequeño y ella, al que sí había traído al mundo. Era imposible no amar a una mujer tan buena. Carol la quería con todo su corazón y lamentaba que le costara tanto demostrárselo. Ni siquiera la llamaba mamá. Empezó a llamarla Mam como un juego y se convirtió en una costumbre que, con veintisiete años, le resultaba tan desacertada como difícil de cambiar.

Se ladeó hacia la ventanilla para ponerse más cómoda y abrió los ojos. Mac pasó un par de páginas de la revista, ojeándolas por encima.

—¿Aburrida?

Carol negó con la cabeza. A pesar de reservarse muchas cosas, sí le importaba su opinión. No quería que Mac se llevara de ella una impresión equivocada. Conocía el carácter escocés; acogedores y hospitalarios por naturaleza. Escocia era la casa de todos y ellos recibían con los brazos abiertos a quienes quisieran formar parte de aquella tierra, sin importarles su procedencia, su color o su origen. No era de extrañar que su silencio hubiese llevado a Mac a sacar conclusiones equivocadas respecto a ella.

—Sobre lo que me preguntabas antes —continuó; él cerró la revista y la miró con atención—. No quiero que creas que soy una prejuiciosa. Ni mucho menos. No tengo nada en contra de que mi padre se casara con una extranjera, nunca me ha importado que mi madrastra se llame Anita en lugar de Mary Anne. Sí, lo reconozco, cuando era pequeña me costaba dar explicaciones. Las niñas me preguntaban en el colegio por qué mi mamá tenía un acento raro. Pero crecí.

—Y yo me alegro —sonrió.

Ella no prestó atención a su broma ni a la mirada masculina que le dedicó.

—Y aunque hace décadas que Mam domina el inglés a la perfección y es tan británica como todos nosotros, hay ciertas costumbres que aún me molestan un poquito, como su afición a guisar con aceite de oliva o el hecho de que nos besuquee y abrace a todas horas.

—Eres afortunada. No existe nada más valioso que el afecto —afirmó; Carol no sospechó que lo hizo recordando el cariño que recibió de aquella mujer en la etapa de su infancia en que más lo necesitaba.

—Desde luego, pero en pequeñas dosis —dijo echándose a reír.



Mac se alegró de verla contenta. Se fijó en lo largas que eran sus pestañas y lo bonita que era su expresión cuando sonreía.

—Tanto hablar de mí y no me has contado algo que me tiene muy intrigada. Me refiero a tus bisabuelos. En aquellos tiempos los nobles eran muy estirados, más que ahora me imagino.

—Imaginas bien.

Su mirada sagaz le provocó un hormigueo en el estómago.

—Su boda supondría un escándalo —insistió, tratando de no fijarse embobada en su barba de dos días, estudiadamente descuidada.

—En cierto modo. No los trataron como proscritos, pero...

Selkirk Castle, más que un castillo, era una mansión dieciochesca. La más imponente y majestuosa de la región de los Borders. Una construcción diseñada sin capacidad defensiva, en una heredad escenario de infinidad de guerras cruentas, pillajes y matanzas de ganado obra de los sanguinarios y vengativos *reivers* de la frontera anglo-escocesa.

Pero las antiguas piedras de la casa no habían presenciado batalla más encarnizada que la que se libraba aquella mañana en la biblioteca, con dos hombres cómo únicos adversarios.

—Estoy decidido, padre, no hay vuelta atrás.

—¡Alemana! No lo permitiré. ¡Y no te atrevas a traerla a esta casa!

La indignación lo hacía temblar. Su propio hijo le desafiaba. A él, séptimo conde de Selkirk, todo un par de la nobleza de Escocia, con el insultante propósito de tomar como esposa a una extranjera, del país contra el que habían luchado y derramando su sangre, miles de británicos de las islas y las colonias. Si al menos el sentido común lo hubiese llevado a elegir a una noble con fortuna, pero acababa de confesarle que la mujer escogida, por una razón tan peregrina como el amor, era una paria más pobre que una mendiga.

—Cásate con esa joven y te desheredaré.

A lord Henry MacLeod no le impresionó la amenaza, porque ya la esperaba. Su madre, la condesa, no aceptaba de buen grado su idea de desposarse con una plebeya y para colmo alemana, pero respetaba su decisión, sabiendo que oponerse a la boda significaría perder a su único hijo. Era a su padre a quien debía convencer y tenía el argumento idóneo para doblegar su voluntad.

—Escúchame bien, padre, porque te lo diré solo una vez. O respetas mi decisión o renunciaré a tu fortuna, a mi apellido y al título. Y no me volverás a ver.

—¡¿Serías capaz?! —vociferó.

—Ponme a prueba —lo desafió con tranquilidad, sabedor de que esa supuesta calma desconcertaba todavía más a su indignado progenitor.

El conde lo miró con furia y desprecio.

—¿Y a dónde irías? ¿De qué piensas vivir? ¿Cómo crees que te tratarán cuando se sepa...?

—América, Australia, Canadá tal vez.

—No puedes hacerme esto. Eres mi único hijo y estás destinado por nacimiento a ser el conde de Selkirk y a portar con honor un título que se remonta a las guerras de los Tres Reinos...

Lord Henry alzó la mano para hacerlo callar. No tenía ningunas ganas de escuchar una perorata sentimental que su padre prolongaría hasta los tiempos en que el clan MacLeod perdió la isla de Lewis y demás posesiones cuando fueron derrotados por el clan McKenzie.

—Padre —dijo para concluir—, ya me has oído. ¿Tengo tu bendición?

Este meditó en durante un largo minuto, silencio que su hijo respetó.

—Haz tu voluntad. Mi bendición la tienes, pero no esperes que brinde por tu felicidad.

Lord MacLeod se casó con *fräulein* Müller seis meses después de la agria disputa en la biblioteca. Los primeros años no fueron un paseo de plácida convivencia, puesto que los recién desposados se instalaron en el castillo Selkirk. Henry sabía que la cercanía y el trato diario eran la base del cariño, factores clave para hacer claudicar a su padre. Y así sucedió. Años después de la boda, con motivo del décimo aniversario de casados, lord Selkirk regaló a su nuera un colgante de oro, a modo de relicario, que contenía un retazo del tartán amarillo, rojo y negro del clan MacLeod. Fue el propio conde quien pendió aquella joya del cuello de lady Ilse. Y, por supuesto, también fue él quien alzó su copa y pronunció un emocionado brindis por la felicidad presente y futura de sus hijos.

## 7. Cada minuto me gustas más

A la película de acción, le siguió una comedia. Después eligieron un documental que atrajo la atención de Mac durante los primeros diez minutos. Cuando perdió interés, se quitó los cascos y estiró en el asiento para desentumecer las rodillas.

—Si no dormimos un rato, mañana cuando llegemos a Londres, se nos caerán los ojos al suelo —sugirió.

Carol, que llevaba un buen rato repasando el correo electrónico, estuvo de acuerdo. Y el aviso de la megafonía, anunciando que de acuerdo con la normativa aérea internacional, iban a proceder al apagado de las luces interiores del avión, acabó de convencerlos a los dos. Guardó el portátil y se levantó para pedir un par de almohadas. Minutos después, la azafata regresó con un mullido cojín con funda de blanco algodón y una manta de lana de angora. A Carol le dieron ganas de aplaudir, acostumbrada a las flacuchas almohadas desechables y a las mantas sintéticas con el logotipo de la compañía, propias de la clase turista.

La azafata se excusó toda apurada y se deshizo en disculpas por no haber encontrado más que un equipo de descanso. No lo dijo, pero Carol adivinó que tanta ceremonia obedecía a que el viajero en cuestión era un aristócrata.

—No hay problema, con una almohada y una manta nos basta —la tranquilizó Mac.

Carol lo miró arrugando la frente por tomarse la libertad de hablar por los dos y se apresuró a apropiarse tanto de la mantita como del almohadón. De inmediato, Mac le arrebató ambas cosas de un tirón, sin importarle la mirada de pasmo de la azafata.

La auxiliar comprendió que su presencia sobraba y dio media vuelta para ofrecerse a los pasajeros de la fila de enfrente.

No estaba dispuesto a acomodarse boca arriba como los astronautas; Mac se arrellanó apoyando la cabeza en la almohada que había colocado en la unión del asiento y la pared del avión. Sus largas piernas invadieron el espacio de Carol.

—Tienes dos opciones, o te apoyas en mí o mañana tendrás un dolor de cuello insoportable.

Ella lo atravesó con una mirada, pero no le quedaba otra que rendirse. Se apoyó en él, acomodando la cabeza en su pecho y la mano en su hombro. Mac la cubrió y se acabó de tapar con la manta.

Rodeó a Carol con los brazos.

—Tenías que haber pedido otra mantita, quería llevármela de recuerdo —murmuró ella cerrando los ojos, al tiempo que la azafata corría las cortinillas.

—Te ha oído —la regañó él.

A ella le daba igual.

Se adormiló enseguida. Rato después, unos pasos la despertaron. No supo si había dormido minutos u horas. Se removió para acomodarse mejor y alzó el rostro para ver si Mac dormía, pero en la penumbra sus ojos se encontraron con los de él. La observaba en silencio. Al verla despierta le acarició con la mano desde el hombro hasta la mandíbula. Se inclinó despacio y la besó en los labios.

—Esto complica las cosas —musitó Carol.

«No hay vuelta atrás, *bonnie*, ya tendrás tiempo para odiarme cuando te diga que no estás a mi lado por casualidad», pensó Mac. «Necesito besarte y saber cómo sabes».

—Ssshhh —susurró, acariciando la nariz de Carol con la suya—. La vida es muy aburrida si no la complicamos de vez en cuando.

Reclamó de nuevo sus labios incitándola a que se abriera para él. Ella se dejó llevar y lo invitó a profundizar el beso. Nada deseaba más. Cobijada en los brazos de Mac y perdida en la calidez de su boca, se sentía increíblemente a gusto.

Se despertaron de mala gana por culpa de la megafonía. La voz modulada del comandante informó al pasaje que, por culpa de la niebla, se había cerrado el aeropuerto de Heathrow y que se veían obligados a desviar la ruta hacia Francia porque la torre de control del aeropuerto de Reims acababa de darles permiso para aterrizar.

Mac no había olvidado que los aterrizajes y despegues la inquietaban, así que sostuvo fuertemente agarrada la mano de Carol hasta que el avión tomó tierra.

Cansados como estaban, se dieron prisa en coger sus equipajes y abrigos. Ya se encontraban de pie en el pasillo, en dirección a la salida, cuando una azafata llegó con el oso de peluche de Mac.

—Gracias, lo había olvidado.

—Esto es un regalo de la compañía. Creíamos que no quedaban pero estaba escondida en un rincón —dijo entregándole a Carol un mantita de viaje en una funda con cremallera—. De recuerdo —añadió sonriéndole con complicidad.

Carol se sonrojó y le dio las gracias, bastante apurada.

Cuando desembarcaron por la escalerilla, sin túnel y arrastrando las maletas por la pista cayó en la cuenta de la clase de aeropuerto en que acababan de aterrizar. Aquello era en realidad un aeródromo militar monopolizado por algunas líneas de bajo coste, sin apenas servicios y nulas comodidades.

Una vez llegaron a la zona de pasajeros, no les quedó más remedio que asumir que la espera se preveía larga. Carol se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared, en vista de que no quedaba ni un solo asiento libre. Mac la dejó al cuidado de su maleta e impaciente fue a preguntar a la zona de mostradores.

Al verlo deambular arriba y abajo con el teléfono pegado a la oreja, Carol recordó que debía avisar a Mari. No es que tuviera ninguna obligación de hacerlo. Mari era una chica española que, como tantos y tantos, había decidido buscar un futuro más prometedor en Londres. Y por casualidad había hecho amistad con su madrastra. Anita se apiadó de su joven compatriota al recordar la triste soledad que ella sufrió siendo muy jovencita, cuando su padre la puso en la puerta de su casa de un pueblecito de Cantabria, sin más equipaje que una exigua maleta y un billete hacia Gran Bretaña. Hacía seis meses que Mari se alojaba como inquilina del piso superior de la casa que su padre conservaba gracias a la insistencia de Anita. Ese fue su primer hogar y a ella le costaba desprenderse de la vivienda que atesoraba sus primeros recuerdos felices en Londres. El lugar donde se enamoraron y donde unió su vida a aquel divorciado con una nenita para formar una verdadera familia.

Mantener una casa en Londres resultaba un capricho muy caro. Anita tuvo la idea de alquilar el piso superior a Mari, chica de absoluta confianza, así como el sótano a un joven estudiante de Devon. Con los alquileres evitaba que Carol, que habitaba la planta baja de la vivienda familiar, tuviera que hacerse cargo de los gastos corrientes. A pesar de que Carol tenía la sensación de que su Mam sufría de cierta debilidad por recoger a lo que ella consideraba cachorritos abandonados, tenía que reconocer que desde que Dick se alojaba en el sótano y Mari en el piso superior, ella tenía compañía, la casa se mantenía prácticamente sola y su padre había dejado de insistir en venderla. De hacerlo, se vería obligada a buscar un apartamento por el que abonaría cada mes un escandaloso alquiler, si quería continuar residiendo en el centro de Londres. Todos salían ganando.

Sacó el móvil del bolso y llamó a su vecina española para informarla del desvío de su vuelo.

—En Francia, ya ves —le comentó una vez la puso al día de lo ocurrido—. No puedo hacer otra cosa que armarme de paciencia.

—Gracias por avisar que llegarás con retraso, ya sabes que me preocupo por ti.

—Sí —suspiró—. Me parece que tú también llevas en la sangre una mamá española.

La chica chasqueó la lengua antes de despedirse y la regañó medio en broma por el comentario. Carol supo que lo hacía por su inmenso aprecio hacia Anita; a Mari no le gustaba que ironizara sobre su manía por ejercer de gallina clueca.

Al otro lado del canal de la Mancha, Mari López, en Londres, con el teléfono aún en la mano, espío a través del visillo de la ventana del piso alto donde se alojaba.

No daba crédito a lo que estaba viendo. El que cruzaba la calle era Dick, de eso estaba segura. Sí, era él. Lo observó aproximarse a la casa y abrir la verja, sin dejar de preguntarse por qué iba vestido de negro de la cabeza a los pies... ¡Y con un pasamontañas!

Se echó a temblar solo de imaginar que pudieran estar conviviendo con un delincuente peligroso, o un terrorista... No, imposible, aquel chicuelo con cara de bobo no podía dedicarse a actividades ilegales. ¿O sí? A veces las apariencias engañan, tras su mirada huidiza podía esconderse un terrorista. Se suponía que era informático o algo similar. ¿Estaría fabricando bombas allá abajo?, se preguntó muerta de miedo y curiosidad.

Cuando la misteriosa criatura de negro se perdió en la oscuridad del sótano y cerró la puerta, Mari se apartó de la ventana decidida a descubrir el secreto que se traía entre manos. Por el bien de Carol, de ella misma y de la cándida señora Coleman, que le hospedaba, ignorando a qué clase de elemento subversivo había metido en su casa.

—Hablabas con mi madre, con la mujer de mi padre quiero decir —dijo a Mac, a la vez que guardaba el teléfono.

Él acababa de llegar y estaba agrupando los equipajes de los dos.

—Si no la llamo, se preocupa enseguida —continuó explicándole, mientras él se sentaba a su lado.

Carol apoyó la cabeza entre las rodillas y él se dedicó a masajearle la nuca con una mano.

—Es lo normal, ¿no? —opinó Mac.

Ella ladeó la cabeza para verle los ojos.

—A veces me resulta excesivo —confesó con un suspiro conformista.

—Ese cariño que a ti te agobia demuestra que se trata de una mujer muy bondadosa.

Se lo acaba de poner en bandeja, pero Mac se negó a revelar en ese momento que conocía a su madrastra desde antes de que ella naciera. De ningún modo pretendía estropear la complicidad que había surgido entre ellos con una revelación que a Carol, sin duda, la enfurecería al sentirse engañada. No era momento para lamentaciones, pudo haber sido sincero horas antes y tampoco lo hizo. Como notó que Carol no se encontraba cómoda hablando de su madrastra, egoístamente dio por zanjada la conversación. Le pasó el brazo por encima de los hombros y no añadió nada más.

Ya les habían advertido que el avión no saldría con destino a Londres hasta el día siguiente. Carol ya había asumido que tendrían que hacer noche apoyados en aquella pared.

—¿Una foto de recuerdo? —propuso Mac enseñándole el teléfono.

—Venga —aceptó con una sonrisa.

El teléfono de Mac comenzó a sonar justo cuando admiraban el *selfie* que acababan de hacerse. Carol apoyó de nuevo los antebrazos sobre las rodillas y la mejilla sobre estos, y lo escuchó hablar en francés.

Mac dio fin a la llamada, se guardó el teléfono en el bolsillo y se dedicó a acariciarle el pelo en silencio.

—¿Problemas?

Él negó con la cabeza.

—Era de la agencia.

—¿Qué agencia?

—Una filial francesa de la agencia de viajes que me gestiona siempre los billetes de avión.

—A mí no me llama nadie —se quejó—. ¿Y qué querían? ¿Hay alguna noticia nueva sobre la niebla en Londres o qué?

—Los clientes de toda la vida recibimos cierto trato preferencial —la miró de refilón—. Me han conseguido una habitación de hotel en Reims. Llamaban para decirme que enviaban un coche a recogerme, pero he dicho que no hacía falta. No pienso dejarte sola.

Carol se enderezó lentamente, sacudió la cabeza y lo miró desorientada.

—Vamos a ver si lo entiendo —recapacitó—. Han puesto a tu disposición una habitación de hotel, donde poder darnos una ducha, con calefacción... ¿Y prefieres que pasemos la noche sentados en este suelo asqueroso en lugar de en una mullida cama?

—No me atrevía a sugerirlo —murmuró.

—Eso no te lo crees ni tú.

Él la miró sin pestañear. «Mentiroso, mentiroso, mentiroso». Carol no supo si reír, llorar o gritar.

—Pero qué bobo eres —dijo, estampándole en los labios un beso impetuoso. Se levantó de un salto y tiró de su mano para que Mac lo hiciese también—. Ya estás llamando para que envíen ese coche.

—Ya viene de camino —confesó con una sonrisa canalla.

Carol premió su cara dura dándole un pellizco.

En el asiento trasero del coche iban demasiado callados, la presencia del conductor que fue a recogerlos para llevarlos al hotel, no invitaba a las confidencias. Mac rodeaba los hombros de Carol con el brazo para tenerla cerca. Con la barbilla, le acarició la parte superior de la cabeza.

—*Bonnie*, mírame —pidió muy bajo, para que solo lo oyera ella. Carol alzó el rostro hacia él—. Te juro que esto no es una encerrona.

Carol le acarició el mentón. Así los recordaba y así era Mac, puro escocés. Sincero y con la gentileza de dejarla escoger a ella si quería usar la cama solo para dormir. Los dos ansiaban lo mismo. Quizá quedara en una noche de sexo y nada más, pero no quería pensar en el día siguiente. Se deseaban y eso bastaba.

—Me gusta que me llames *bonnie*.

Mac tenía la vista fija en sus labios, como si leyera cada palabra. Luego la miró a los ojos.

—Ya has vivido en Escocia. No soy el primero que te lo dice porque eres preciosa.

—Me gusta que me lo digas tú.

Macladeó la cabeza y le cubrió la boca. Ese segundo beso, fue más intenso que el del avión. E increíblemente más erótico.

Al llegar al hotel, realizaron los trámites imprescindibles y, en cuanto se vieron a solas, dieron vía libre a la pasión. Ya en el ascensor, empezaron las incursiones de manos y bocas, bajo la camisa de él y por el escote de ella. Carol logró sortear la barrera de la cinturilla de su pantalón y le arañó los glúteos. Mac exhaló un gemido y le clavó los dientes en el cuello.

No dejaron de besarse mientras abrían la puerta. Tres intentos fueron necesarios hasta que dieron con la posición correcta de la tarjeta. Mac acabó de abrirla de una patada y metió las maletas a empujones mientras Carol le quitaba la camisa por la cabeza.

Una vez traspasaron el umbral, Mac cerró de golpe y aprisionó a Carol contra la pared. Ella tanteó en busca del interruptor de la luz pero él le atrapó la mano con rudeza.

—No, déjala así —exigió, sujetándola por las muñecas por encima de la cabeza mientras le desnudaba los pechos con una facilidad pasmosa.

Carol cerró los ojos y arqueó la espalda para darle lo que él quería. Ronroneó sin importarle que pudieran oírla en el cuarto de al lado cuando sintió que la cálida boca de Mac atrapaba cuanto podía uno de sus pechos. Enterró los dedos en su pelo y pidió entre sollozos que la devorase entera.

Mac la levantó por las nalgas, ella enroscó las piernas en su cintura y lo besó danzando con la lengua en busca de la de él. A trompicones llegaron hasta la cama y Mac se dejó caer sobre el colchón con ella en brazos. Se arrancaron el resto de la ropa el uno al otro. Solo la luz de una farola que se colaba por la ventana les permitía verse entre reflejos y sombras.

No hubo preliminares. Mientras Mac buscaba el condón a tientas se le cayó la cartera al suelo, pero no se agachó a recogerla. Se lo entregó a Carol y se irguió de rodillas para que se lo colocara. Ella lo hizo resbalar sobre su miembro tan despacio que lo volvió loco.

Se inclinó sobre Carol apoyándose en los antebrazos y ella le acarició los músculos en tensión desde los hombros hasta el pecho. Se abrió para él, envolviéndolo con las piernas y Mac la penetró con un solo movimiento.

La urgencia inicial se transformó en una cadencia erótica. La lujuria se volvió ternura. Hubo agarrones urgentes y toques delicados. Se movieron clavando los dedos en la piel. Sus bocas se hallaron a ciegas y los besos mitigaron los gemidos del él y de ella hasta que culminaron con una fuerza brutal.



Minutos después, aún temblando, se besaron con lenta pereza. Mac se tumbó de espaldas y se la colocó encima. Carol descansó la mejilla en su hombro y, abrazada a él, supo que la plenitud solo existe cuando la razón guarda silencio y es el instinto quien decide y ordena.

La mañana empezaba a colarse a través de las cortinas, iluminando el dormitorio con la tenue claridad de un amanecer nublado. Carol abrió los ojos poquito a poquito, sin despegarse ni un milímetro del costado de Mac. De haber podido, se habría quedado en aquella cama abrazada a él hasta bien entrada la tarde.

Pero ese deseo pertenecía al mundo de los sueños. Así que pestañeó varias veces para recibir el nuevo día. Lo primero que apareció en su campo de visión fue el oso de peluche tirado en un rincón con la mirada clavada en ellos dos. Carol acarició a Mac desde el pecho hasta el ombligo, pensando en todas las cosas obscenas y escandalosamente calientes que habían contemplado aquellos ojillos de juguete.

Lo acarició de nuevo hasta el hombro y volvió hacia abajo, entreteniéndose en la línea de vello que nacía en la boca del estómago. Adoraba ese tacto; le dieron ganas de comérselo cuando descubrió que Mac no era de los que se depilaba.

—Mmm...

Era fibroso y delgado, pero en un concurso de músculos bien definidos se alzaría con el premio de honor. Todo él era muy, muy, apetitoso, pensó relamiéndose. De reojo miró su mano sobre el pecho de Mac. En la penumbra de la noche disfrutó a ciegas del tacto duro y cálido de su cuerpo, pero quería experimentar el deleite de ver y tocar a la vez.

Con cuidado apartó la ropa de cama para pasear la vista y la mano por el objeto de sus fantasías. Sus dedos reptaron hacia abajo, hacia una franja oscura de tinta, justo en la línea del vello íntimo, tan rubio como el del resto de su cuerpo. Se incorporó para no perder detalle y gimió al ver que acababa de descubrir... ¡El tatuaje secreto!

—Qué sitio más excitante para tatuarte, *heavy* malote —ronroneó como una gatita contenta. El pecho de Mac, subió y bajó con una profunda respiración.

Estaba escrito en letras góticas. Desde esa posición, lo leía del revés así que se sentó sobre sus talones a horcajadas sobre sus piernas para desvelar el misterio.

—¿Big... Mac?

Estalló en carcajadas. Se dejó caer sobre el torso de él y apoyó la cabeza en su esternón sin poder contenerse. Supo que estaba despierto, porque notó la mano de Mac que le acariciaba la espalda de arriba abajo.

—¿Entiendes ahora por qué no quise que encendieras la luz? —dijo con voz adormilada.

—Nunca más podré volver a un McDonalds sin pensar en tu... Big Mac...

Y volvió a desternillarse.

Él la atrajo con un solo brazo y se la colocó más cerca para besarla en los labios muchas veces hasta que consiguió que parara de reír.

—¿No has pensado nunca en quitártelo con láser?

—No —dijo categórico; ella mostró su curiosidad mordisqueándole el labio inferior—. Así, cada vez que lo veo en el espejo, me recuerda lo estúpido que puedo llegar a ser.

Ella se acomodó con la mejilla sobre su pecho y se entretuvo acariciando el tatuaje. Y más abajo. Más y más. Sus dedos se volvieron muy traviosos y empezaron a jugar con ese regalito de la naturaleza conocido como erección matinal.

—Hay que reconocer que hace honor a su nombre... Big Mac... —murmuró con malicia llevando su erección al límite.

—Si llego a permitir que lo vieras anoche, habría pasado lo que acaba de pasar: te habrías muerto de risa y todo mi aplomo se habría venido abajo, en el sentido más literal de la expresión.

—Pero qué redicho sois a veces, milord —se guaseó.

—¡Eh! —advirtió dándole una palmada en el culo.

Carol abarcó su pene con la mano abierta y lo castigó con un apretón descarado que lo hizo jadear.

De pronto, se acordó de un detalle. Sonrió de oreja a oreja y sin pensárselo dos veces saltó de la cama. Él trató de retenerla pero Carol fue más rápida.

—Ven aquí —ordenó con la vista fija en su precioso culito, mientras ella se inclinaba para rebuscar en ese pozo sin fondo al que llamaba bolso.

Mac se mordió el labio inferior de puras ganas al verla girar hacia él con un envoltorio plateado en una mano y una chocolatina en la otra.

—Así que guardabas un condón en la recámara —dijo sonriendo como un gato contento.

Por el rabillo del ojo dio un vistazo a la mesilla de noche, donde se amontonaban los restos y envoltorios fruto del asalto nocturno al minibar. De condones no quedaban más que las fundas; ya que acabaron con las existencias de ella y de él.

Carol se colocó a horcajadas sobre él, Mac trató de arrebatarse el preservativo pero ella lo impidió alzándolo en el aire. Estaba claro que en esa ocasión era ella quien llevaba el mando. Desenvolvió la chocolatina y empezó a esparcir pedacitos muy pequeños sobre su pecho y su estómago.

—Tú y el chocolate —susurró con una mirada excitante—. Mis dos vicios preferidos, juntos...

Se inclinó y lo besó despacio con una lujuria morbosa que a Mac le erizó la piel. Luego recorrió con la boca el camino hasta la base del cuello, lamió un pedacito de chocolate y luego lo cogió entre los labios. Mientras masticaba, besó la piel donde había atrapado esa pequeña delicia, justo en la clavícula.

Mac esbozó una sonrisa tonta, porque al moverse, el sexo de Carol le rozaba el miembro erecto de una manera enloquecedora.

—Tú mandas —murmuró.  
Cerró los ojos y se dejó torturar.

Horas después, durante el vuelo que los llevó hasta Londres permanecieron en silencio. Mac volvió a aferrar la mano de Carol durante el despegue, pero esa vez no la soltó. De tanto en tanto se la llevaba hasta la boca para besarle los dedos. A ratos, era ella la que alzaba las manos asidas hasta su rostro y mantenía los nudillos de Mac pegados a sus labios.

A la hora de desembarcar, solo hablaron lo justo. Ninguno de los dos había facturado equipaje. Así pues, dejando a un lado a los pasajeros que se afanaban para encontrar sus maletas sobre la cinta transportadora, recorrieron la terminal el uno junto al otro tirando de sus respectivas maletas de cabina. Carol pensativa. Mac, con el oso de peluche debajo del brazo.

En cuanto llegaron a la salida de pasajeros, ella decidió acabar por las buenas con aquel silencio tenso y algo triste, porque pensar que no iba a encontrarse con su traviesa mirada azul cada vez que girara la cabeza le dolía una barbaridad.

—Es el momento de despedirnos —decidió para no alargar el adiós—. Voy a coger el tren rápido hasta Londres y no quiero que pierdas tu avión.

Mac se levantó el puño de la manga para ojear el reloj y negó en silencio; tenía media hora de tiempo, el suficiente para salir de la terminal internacional y embarcar hacia Edimburgo.

La acompañó y, al llegar a las taquillas del Gatwick Express cogió la mano de Carol, se la acercó a la boca y le besó los nudillos.

—Me niego a pensar que esto se acaba aquí y ahora —dijo, tomándole la barbilla—. ¿Me llamarás alguna vez?

Carol le devolvió por respuesta una mirada esperanzadora. Mac sonrió.

—Alguien dijo que hay silencios muy elocuentes —murmuró inclinándose para darle un beso suave en los labios.

A ella le dio un vuelco el corazón cuando escuchó aquella famosa frase de *El tercer hombre*. Otra cosa que tenían en común, a ella también le encantaban las antiguas películas en blanco y negro.

## 8. Por fin en Londres

Mari llevaba diez minutos de plantón en la estación Victoria. «¿Por qué a mí nunca me espera nadie?», se preguntó, viendo a un hombre que abría los brazos a una chica que corría hacia él. Se fundieron en un apretón, él la levantó del suelo y durante un buen rato se comieron a besos. Una preciosa escena de película que solo consiguió aumentar la morriña de Mari.

Llevaba seis meses en Londres y se sentía tan fuera de lugar como el primer día que llegó. Cuando estaba en España sin trabajo, pensó que mudarse a Londres en busca de empleo como hacían tantos otros, sería coser y cantar. Pronto constató que el inglés escolar, practicado durante años despachando helados y pintas de cerveza a los turistas británicos de la Costa Blanca, no era suficiente. Lloró muchas veces, en la soledad de su cama londinense, porque su inglés de estudiante solo le servía para desenvolverse, pero la limitaba a la hora de comunicarse con los demás. A fuerza de desplantes aprendió, y seis meses después, lo hablaba con soltura. O casi. Al menos, mucho mejor que cuando pidió, el primer día, un billete de metro y el empleado la obligó a hacerse a un lado porque se estaba formando mucha cola por su culpa.

En cualquier caso, era difícil sobrellevar la soledad y, conforme pasaba el tiempo y más se adaptaba a su nueva ciudad, más echaba de menos el cariño de sus padres, de su querida tía que la había criado mientras ellos trabajaban jornadas interminables, de los pesados de sus hermanos en plena adolescencia, de la pandilla de abuelas besuconas que iban al baile con la suya, incluso el afecto del divorciado simpático, cliente habitual del bar familiar, que dejaba propina y le miraba las tetas con sonrisa viciosa. Todo lo echaba de menos: los guisos de su madre, la brisa del mar, la alegría de los largos días de sol. Y los abrazos, por encima de todo. Porque los ingleses son distantes. Los educan para que controlen sus emociones, por eso no son proclives ni a las muestras espontáneas de cariño, ni a los achuchones, ni tampoco a los accesos de ira ni a los enfados arrebatados. A Mari le sorprendía que se controlaran tanto, ¡si ni siquiera usaban el claxon!

Ella conocía la descorazonadora sensación de llegar a un aeropuerto donde nadie acudió a recibirla, mientras a su alrededor la gente se besaba y sonreía contenta. Por eso quiso dar una sorpresa a Carol, yendo a esperarla a la salida del Gatwick Express. No era la primera vez que su compañera de casa regresaba de un viaje largo; en realidad podía considerarla su casera, puesto que el doctor Coleman era el dueño, aunque no ejerciera como tal. Y Mari dedujo que, como era su costumbre, renunciaría a regresar a Londres en taxi desde el aeropuerto para evitar el atasco infernal de

entrada en la ciudad. Así que se plantó, a la hora calculada según había deducido horas antes, cuando Carol le comentó en un whatsapp que el avión salía por fin de su imprevista escala en Francia.

Mari sonrió al verla llegar arrastrado la maletita con ruedas. Se alegró al ver su ilusión y la cara de sorpresa que puso cuando la vio esperándola. No perdió el tiempo y corrió a envolverla con un abrazo cariñoso, de esos a los que Carol estaba acostumbrada gracias a la mujer que la había criado. Mari la había oído muchas veces protestar de aquellos achuchones efusivos de Anita, pero sabía que en el fondo los echaba a faltar.

—¡Sorpresa! —exclamó Mari, besándole la mejilla con mucho ruido.

Carol rio divertida, sabía que se mostraba doblemente mimosa como venganza, puesto que ella siempre protestaba por su cariño agobiante.

—Mira que eres, no tenías que haber venido.

No era un reproche, sino su modo de darle las gracias por preocuparse por ella hasta el punto de tener detalles que no tenían sus amigas de toda la vida. Y no porque el hecho de estar distanciada de estas. A ellas no les nacía como a Mari, protectora por naturaleza, como su Mam. Precisamente de ella le iba hablando mientras Carol reflexionaba sobre su recibimiento inesperado a la vez que caminaban cogidas del brazo.

—Ya verás qué cosas más ricas nos ha traído. Anita vino el otro día cargada de fiambreras y nos llenó la nevera de fabada, estofado de ternera, merlucita en salsa verde, cocido montañés... Es maravillosa.

—Si sabe que la comida española no me gusta demasiado.

—¡Pero a mí sí! —replicó un poco molesta—. Además, los ingleses no sabéis comer —añadió con fastidio mirando los puestos de comida rápida de la estación—. Todo sabe igual y apesta a fritanga.

—No te quejes que las samosas de cordero te gustan —alegó, ya que en ese momento pasaban por un puesto de comida india para llevar.

Mari no pudo negarlo.

—Pero chorrean aceite en cuanto les das un bocado.

Carol sacudió la cabeza, dejándola por imposible. La cuestión era protestar por todo.

La estación era puro bullicio a esas horas. Se detuvieron para dejar paso a dos viajeros que corrían hacia los andenes con el tiempo justo y reanudaron la marcha hacia la salida. Carol observó el pelo castaño oscuro de Mari, recién cortado a ras de la mandíbula; un color que, por el contraste, hacía resaltar aún su ojos azules, asombrosamente claros. Ella, a pesar de su melena rubia, tenía los ojos marrones. Cuando la conoció, Carol pensó que la naturaleza había asignado una el color de iris que le correspondía a la otra; tal vez por eso sentía que Mari y ella eran diferentes pero complementarias.

—En el fondo empiezo a quererte, mi eterna descontenta. Vamos a coger un taxi

que estoy deseando llegar a casa.

—Y yo también, para probar las fiambreras de tu Mam. Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

—Le encanta ejercer de madre de todo el mundo.

A Mari le dolió el comentario y apretó los labios para no replicar.

Pero no fue capaz.

—Mira... Si estoy muda, reviento —dijo en español.

—Ya me extrañaba a mí.

Carol hablaba el idioma de Mari. No tan bien como su hermano Richard, que con su madre siempre se comunicaba en español. Aunque ella y Mam hablaban en inglés, sus padres insistieron en la importancia de dominar ambos idiomas. Cosa que Carol, como la mayoría de británicos, consideraba innecesaria ya que la suya era la lengua universal. A fuerza de escucharlo y medio hablarlo en casa, lo dominaba bien. Solo se le escapaban los chistes, las frases con doble sentido y los refranes. Pero el dicho que acababa de pronunciar su amiga se lo sabía de memoria, cansada de oírsele a Mam cuando discutía con su padre por tonterías, ya que no era de las que se callaban y los silencios flemáticos de su marido la exasperaban muchísimo.

—Si tú supieras lo valioso que es encontrar a una «mami postiza» cuando estás lejos de casa —agregó Mari; la ironía de Carol que a veces la sacaba de quicio. Para evitar ponerse de mal humor, cambió el rumbo de la conversación—. Vamos a celebrar tu regreso a casa abriendo el paquete de jamón del bueno que me enviaron desde España la semana pasada.

Su madre se lo hacía llegar en un sobre de correos, envasado al vacío y dentro de una revista. Así pasaba la frontera como si tal cosa. Al pensar en lo astuta que era la suya, Mari tentada estuvo de pronunciar un sentido «Madre no hay más que una», pero se calló, porque conocía las circunstancias de Carol. Y ella, precisamente, tenía dos.

—Al jamón me apunto.

Mari aprobó su decisión con una sonrisa, aunque lamentaba el poco aprecio que Carol hacía de la gastronomía española. Sabores que ella echaba de menos desde que llegó a Inglaterra. Tanto que el único remedio eficaz cuando le entraba un ataque morriñoso era secarse las lágrimas, sonarse los mocos y correr al Subway a por un bocadillo de albóndigas Marinara, que devoraba, entre suspiros y gemidos, porque sabían igual que las que hacía su madre con salsita de tomate. Regalos para el paladar que había recuperado gracias al carácter generoso y maternal de Anita Coleman.

Cuando llegaron a la parada de taxis, se dirigieron al que encabezaba la cola.

—Yo también tengo ganas de llegar —dijo Mari mientras Carol metía la maleta en el habitáculo trasero junto a los dos asientos que quedaban libres de los cuatro—. Estoy deseando resolver un problemilla en casa...

—Vamos a Marylebone. Al 21 de Park Road, por favor —indicó Carol al taxista a través de la mampara de cristal—. ¿Ha ocurrido algo? —preguntó cuando el taxi se

puso en marcha.

Ella le dio dos palmaditas en la mano, para tranquilizarla.

—Tú no te preocupes por nada, que tienes muchas cosas en qué pensar, vienes cansada del viaje y aquí tienes a la Mari para solucionarlo todo.

Y para evitar más preguntas curiosas por parte de Carol, giró la cabeza y se dedicó a observar por la ventanilla pensando en el interrogatorio al que pensaba someter al pelirrojo con cara de granjero inocentón, que por las noches andaba por ahí de negro y con un pasamontañas.

El extraño vecino del subsuelo era dueño de una aspiradora ultramoderna, regalo de su hacendosa mamá, quien debió creer que, con aquel artefacto, su Dickie mantendría a raya la mugre. Desde la lejana campiña de Devon, vivía en su santa ignorancia, imaginando el sótano del 21 de Park Road más reluciente que la estatua del príncipe Alberto en Kensington Gardens. El chico limpiaba lo justo y era Mari quien más partido sacaba al electrodoméstico, puesto que odiaba la británica costumbre de enmoquetar cada rincón habitable. Ella se había criado en la playa, donde las alfombras son artículo para caprichosos con ganas de incordiar a la asistenta. Su casa, de familia modesta, era de las de pavimento de baldosa reluciente; desde que vivía en Londres, echaba de menos el olor a pino del suelo recién fregado. Por eso, tres veces por semana bajaba a pedir prestado a Dick el aspirador, ya que funcionaba a las mil maravillas, mucho mejor que el de Carol.

Y con la excusa de devolvérselo, bajó al sótano esa mañana. Aunque el motivo de su visita era averiguar qué se traía el chico misterioso entre manos. Desde que lo vio con el pasamontañas negro, no dormía tranquila.

Cuando Dick abrió la puerta, ella le devolvió su «hola» de saludo con una mirada de detective.

—Te lo devuelvo —indicó, señalando con la cabeza el aspirador—, y muchísimas gracias. Eres un chico encantador, de verdad.

Muy gentil, se apresuró a cogérselo para librarla de su peso. Mari, por poco amiga que fuera del carácter inglés, tenía que reconocer que eran atentos, caballerosos y serviciales, virtudes que la gran mayoría de españoles de su edad habían perdido, si es que alguna vez llegaron a conocerlas.

Lo siguió adentro y, mientras Dick dejaba el aspirador en un rincón de la cocina, se cruzó de brazos y dio un repaso visual a la casita, aunque ya la conocía de sobras. Al fondo de la estancia que servía como comedor, sala para todo y despacho, sobre una tabla corrida que hacía las veces de escritorio, vio los tres ordenadores con sus respectivas pantallas, el módem con lucecitas, la *webcam* y cableado por todas partes. Nada extraño, por otra parte, ya que Dick era un cerebritito de la informática, becado por la prestigiosa Universidad de Exeter para cursar un máster en Londres. Y por ese motivo se había mudado a la capital durante dos años. Carol y Anita, que estaban

contentas con él en la casa, sospechaban con pena que la estancia del chico no sería definitiva, puesto que en cuanto acabara los estudios, las empresas nacionales y extranjeras se lo rifarían, con semejante talento y un brillante expediente académico.

Dick regresó de la cocina con una bolsa de ganchitos en la mano y dos latas de Coca-Cola vainilla.

—¡Gracias! —exclamó Mari, abriendo la que le ofreció—. Mira que los informáticos sois gente rara.

—Ingeniero analista de sistemas —puntualizó, invitándola a tomar asiento junto a él.

—Bueno, eso —aceptó sentándose en el borde del sofá, nada relajada sino en posición de alerta—. ¿Tanto ordenador para estudiar? Yo me apañaba con un portátil de segunda mano y con los públicos de la biblioteca.

—Combino estudios y negocios.

Para Mari no era algo nuevo. La beca daba para lo justo y sabía que los padres del chico eran granjeros que, además tenían otros cuatro hijos. Un caso parecido al de ella, que se negaba a recibir dinero de sus padres; bastante habían hecho para sacar adelante a una familia numerosa al frente de un bar de tapas y menú en el pueblo más turístico de la costa alicantina.

—¿Qué clase de negocios? —preguntó, con la inquietante imagen en la cabeza de Dick camuflado de negro.

Cuando él, entre gusanito y gusanito, comenzó a explicarle como si tal cosa, Mari deseó no haber preguntado. Y conforme Dick detallaba el negociete descaradamente ilegal que había ideado para complementar su beca, la mandíbula de Mary se iba descolgando más y más y más. Espantada se quedó mientras escuchaba a su pelirrojo vecino, con sus inocentes pequitas, hablar de la secreta red Tor —un paraíso de la delincuencia cibernética, por lo que entendió—, el tráfico de archivos, el negocio de la venta de información reservada, de anabolizantes, de viagra, de armas y de miles de transacciones que se operaban desde el inframundo de la red.

—¿Te dedicas a vender virus informáticos?! ¿Y me lo dices tan tranquilo?

—Sí —rio entre dientes—. Y no veas lo bien que me va.

Dick acabó de explicarle que él los creaba, los vendía a empresas que se dedicaban a la comercialización de antivirus y esos sí hacían un gran negocio.

—¡Eres un delincuente!

—No, no lo soy. Yo no infecto ningún ordenador —rebatía sin alterarse—. ¿Quién es culpable, el tipo que fabrica los cuchillos o el que los usa para matar?

A Mari no se le iba de la mente la escena de la que fue testigo aquella noche desde la ventana del piso superior. Y cada vez estaba más inquieta, así que decidió dejarse de sutilezas y preguntar a bocajarro.

—Eres muy listo... —dijo acribillándolo con ojos de peligro.

—Lo sé —reconoció con una sonrisa bobalicona.

Mari dejó la lata sobre la mesilla y se encaró con él de brazos en jarras,



inclinándose mucho sobre él.

—Vaya, vaya. Si no te dedicas a nada ilegal, ¿qué hacías la otra noche camuflado de negro con pasamontañas de terrorista?

Él se hizo atrás y, aunque le sostuvo la mirada, Mari se felicitó porque era evidente que estaba alarmado, aunque trataba de disimular.

—¿Estabas cotilleando por la ventana?

—¿De dónde venías?

—No te importa.

—Sí me importa. ¿Qué hacías?

—Cosas mías.

—Ya estás cantando o se lo cuento todo a la señora Coleman y mañana mismo estarás en la calle.

—Eres mala y chivata.

—Y como conejo al ajillo —dijo con una sonrisa sádica.

Dick la observó espantado, como si fuera una loca devoradora de hámsters y fox terriers, pues para los británicos los conejitos son solo dulces animales de compañía.

—Seguro que en el infierno tienes reservado un palco VIP —farfulló aguantando una arcada.

Ella alzó las cejas, con expresión burlesca.

—¡Ay, qué disgusto! Esta noche no voy a pegar ojo de la preocupación —replicó sin achantarse—. Venga, ya me estás contando ahora mismo qué misterio te traes entre manos o llamo a Scotland Yard.

—Tú has visto muchas películas.

Mari se ladeó para poder meter la mano en el bolsillo de sus ajustados vaqueros e hizo amago de sacar el móvil.

—¡Vale, vale, vale! No llames a la policía. Pero jura que me guardarás el secreto.

—Ya veremos.

Dick se levantó, caminó hasta los ordenadores y se inclinó para teclear hasta que en la pantalla apareció la página web que buscaba. Miró por encima del hombro e invitó a Mari para que se acercara.

—Ahora ya lo sabes —dijo indicándole el monitor.

—¿Frente de Liberación de los Gnomos de Jardín? ¿Pero eso qué es?

El chico sacudió la cabeza, como si hablara con una tonta rematada, soltó un rebufo cansino y con la mano le pidió que lo siguiera hasta un armario empotrado pegado al dormitorio. Cuando abrió las puertas de par en par, Mari tuvo que pestañear varias veces. Apilados, escondía una docena aproximada de duendes de piedra, algunos grises, otros de colorines. Y mientras ella asumía que las peligrosas actividades nocturnas de Dick no eran más que un hurto en jardincillos particulares, él le fue detallando los principios que regían aquella asociación secreta —o no tan secreta, puesto que estaba en internet—, dedicada a rescatar de su cautiverio a los enanitos de cerámica que venden en Leroy Merlin. Y no acababa ahí la cosa: los

libertadores de gnomos cautivos eran un movimiento internacional. ¡El mundo estaba lleno de chalados!

—No los rescatamos para encerrarlos en un armario —declaró, orgulloso de su importante misión—. Una noche de estas los llevaré al bosque para que sean libres.

Mari exhaló aire, sin palabras ante sus argumentos disparatados.

—Qué mal hicieron cerrando los psiquiátricos.

Dick la miró como si fuera una idiota.

—Es una filosofía de vida, una revolución estética. Nunca lo entenderás.

—No, claro. Es algo muy profundo, solo para inteligentes —dijo, dándole la razón como a los locos—. Pero ¿qué pasará si te denuncia alguno de los dueños de esos de ahí?

—¿Quién va a descubrirme?

—Pues no sé... ¿Cualquiera que te haya visto? ¿Que te haya hecho una foto con el móvil escapando del jardín? ¿Cualquiera que te haya seguido? *Mira, bonito...*

Dick no entendió lo último, en español; Mari tenía la costumbre de mezclar palabras de su idioma con el inglés.

—¿*Bonico*?

—Cariño mío... —tradujo, muy a la española.

—¿Soy tu cariño? —dijo afilando la mirada.

—No te emociones —advirtió—. Y, te guste o no, esto son objetos robados.

—No lo son —rebatía, a punto de iniciar un nuevo discurso sobre su pretendida misión liberadora de los gnomos oprimidos.

—Sí lo son —puntualizó con tanto énfasis que cada monosílabo sonó como un disparo—. Las pruebas del delito, cuanto más lejos, mejor. Así que, nada de una noche de estas. Hoy sin falta, ¿me has oído? Sin falta —recalcó—, te libras de todos estos enanitos y se los llevas al bosque con Blancanieves.

Dick se lo pensó tanto que a Mari le entraron ganas de darle un par de tortas. Al final se rindió.

—¿Se lo dirás a la señora Coleman?

—Ni una palabra. No quiero que se preocupe pensando que tiene un delincuente como inquilino —declaró; mejor que Anita no se enterara tampoco del asunto de los virus informáticos—. Y porque no soy una chivata.

Mari miró el reloj y se despidió de Dick, no sin antes hacerle prometer que se desharía del botín esa misma noche. Mientras subía para planchar la bata de enfermera antes de salir hacia el hospital, no dejó de pensar en todo aquello.

—Frente de liberación de los gnomos de jardín... ¡Ay, jolín! Pero qué friki eres, pelirrojillo —murmuró abriendo la puerta—. Inglés tenías que ser.

Esa noche, al regresar de su turno ese día, después de doce horas sin descanso, corrió los visillos al escuchar el chirrido de la cancela que comunicaba las escaleras del sótano con la calle. Y sonrió contenta. Dick era un tío genial, a pesar de sus rarezas. Estaba cumpliendo su palabra de sacar de allí los enanitos dichosos. Le

observó caminar rápido por la acera, con un pesado saco al hombro y gorro de lana hasta las orejas, como si fuera el primo *hipster* de Santa Claus.

## 9. La noche de la pólvora

Es una gran ironía que seamos capaces de descubrir rincones ignorados de la galaxia, sondear las simas de los océanos o explorar territorios inhóspitos, y no hayamos dado todavía con la clave que rige los designios del corazón humano. Y no es el cerebro quien gobierna las emociones, como dirían los expertos en ciencia o en lógica, porque la sensatez no tenía nada que ver con la marejada de sentimientos revueltos que sacudía a Carol desde hacía... Había perdido la cuenta. Solo unos días, pocos días. ¿Pocos? Le parecía muchísimo tiempo. Y por insistente que fuera su cerebro, recordándole que ninguna mujer se enamora del primer hombre interesante que conoce en un avión, su corazón se apresuraba a responder que sí existía una en particular que había caído en la red de las emociones sin control: Carol Coleman.

Pero es que Mac no era solo guapo —en ese campo ganaba por goleada a otros hombres que habían pasado por su vida—, irresistible, con un humor agudo que le encantaba, buen conversador y *sexy* como un demonio. Es que tenían mucho en común. Disfrutaban con las mismas cosas, compartían idéntica pasión por el arte y, para colmo, la atracción que sentían el uno en el otro convertía el sexo en algo memorable.

Era la Noche de los Fuegos Artificiales, esa con que los londinenses celebran con pólvora su triunfo ante el católico Guy Fawkes, que no logró volar por los aires el palacio de Westminster. Pero Carol no tuvo ganas de salir a celebrarlo ni a ver los fuegos de artificio. En pijama y con las piernas sobre el sofá, sintió lástima de sí misma. No había compañía más deprimente que un televisor encendido por pura rutina. Si no cambiaban las cosas, pronto se vería comiendo frente a la luna del recibidor, como el periquito de la vecina de sus padres en Aylesbury, que tenía un espejito sobre el comedero de la jaula para que su propio reflejo le hiciese compañía. El éxito y un trabajo absorbente también tenían su cara amarga: la soledad. Por propia elección, por descontado, puesto que tenía una familia que la quería. Pero su carácter introvertido le había impedido siempre mostrar a las claras sus afectos.

No era momento de reprocharse su retraída forma de ser y tampoco era compañía lo que le hacía falta. Necesitaba a Mac. La cuestión es que le echaba de menos como no había imaginado que se podía añorar a una persona.

Carol decidió dar el primer paso, ya que empezaba a darse cuenta de que el escocés con los ojos más bonitos que existían era tan adorable como cabezota. Pero hasta eso le gustaba de él. Cogió el móvil del bolso, pero lo pensó mejor. No quería perder los papeles y acabar balbuceando tonterías al escuchar su voz.

Se levantó del sofá y fue hasta la mesilla donde tenía el portátil. Los dedos tomaron la delantera y casi se diría que escribieron por su cuenta aquel *e-mail*.

**Siempre he sido feliz sola, independiente y libre. No creía que la soledad podía resultar algo tan insoportable. Y no es compañía lo que necesito. Eres tú quien me hace falta. Durante aquel largo viaje, me acostumbré a tenerte cerca, Mac. Nunca se me han dado bien las frases románticas así que mejor te digo lo que siento sin adornos. Quiero que sepas cuánto te echo de menos.**

**Es una pena que las circunstancias nos hayan colocado en bandos enfrentados, pero la vida no es perfecta, ojalá lo fuera.**

**Carol.**

Pulsó el icono de enviar y apagó el portátil antes de que le diera tiempo de arrepentirse.

A veinte minutos de distancia, Mac escuchaba música con los ojos cerrados tirado de mala manera en un sillón de su apartamento, en el segundo piso de la casa que su familia poseía en el exclusivo barrio de Chelsea. Los condes de Selkirk mantenían domicilio en Londres, una mansión de estilo eduardiano, heredada por lady Margaret de una tía paterna. Por su condición de par de Escocia, el conde procuraba asistir a las sesiones de la cámara de los lores cuando sus obligaciones se lo permitían.

Mac era quien más la usaba, a causa de sus frecuentes viajes a la capital por motivos de trabajo. Esa noche, trataba de no oír los ruidos de los petardos ni los grupos que pasaban por la calle con escandalosa alegría y disfrazados con caretas blancas, como las del Guy Fawkes de *V de Vendetta*. Con los cascos puestos y los ojos cerrados, ni el concierto de piano lo relajaba, tenía el convencimiento de que no iba a ser capaz de conciliar el sueño. Cosa extraña en él, que solía dormir como un oso en fase de hibernación.

Abrió un ojo al escuchar el pitido de su teléfono móvil; estiró el brazo y tanteó sobre la mesilla de mármol. Al ver que era un aviso de la llegada de un *e-mail* se incorporó de golpe. Era la primera vez que recibía un correo de aquel destinatario, pero la «C» seguida de «Coleman» que precedían a la arroba le dijeron cuanto necesitaba saber.

Leyó el escueto mensaje una, dos, hasta tres veces.

Aquello era muy poco sensato. Esas cosas solo sucedían en las películas. Nadie se quedaba pillado de aquella manera por la primera mujer digna de recordar que le sentaban a uno al lado en un avión. No olvidaba que era su oponente, una adversaria de las que no tiraban la toalla ante nadie y ante nada. Además de la hijastra de su antigua *nanny*, con el componente peliagudo que añadía su injusto despido, años atrás, de Selkirk Castle. Un cúmulo de complicaciones, en definitiva.

Mac se paseó del salón hasta el dormitorio con el teléfono en la mano, repitiéndose una y otra vez las palabras que acababa de leer. A Carol debía haberle picado el mismo bicho que a él, o ambos habían bebido el mismo refresco en mal estado, porque con cuatro escuetas líneas le acababa de confirmar lo que ya sospechaba. La señorita Coleman podía ser dura de pelar en una puja, implacable ante un rival; pero detrás de la mirada de hielo que usaba para mantener al mundo entero a cierta distancia, escondía un corazón inmenso y vulnerable, eso él lo sabía muy bien.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y miró de reojo hacia su cama. Esa noche le pareció fría y aún más solitaria.

Pensó en llamar a su antigua niñera para preguntarle por la dirección de Carol, pero ni eran horas ni tenía ganas de dar explicaciones. Tuvo una idea mejor, tecleó en el móvil y se lo llevó a la oreja. Decididamente, no iba a pasar solo la Noche de los Fuegos, como tenía previsto.

—¿Raff? Disculpa que te moleste tan tarde —dijo al informático que trabajaba para el administrador de la familia—. Sé que no son horas, pero necesito que me hagas un favor. Un favor urgente —recalcó para explicar aquella petición intempestiva—. Si te doy un nombre, un apellido, un número de teléfono, una dirección de correo electrónico y la empresa para la que trabaja esa persona, ¿tú puedes averiguar dónde vive? —escuchó lo que el otro le decía antes de continuar—. Aquí, en Londres.

Carol dio un respingo al oír el timbre. Y cuando vio a Mac esperando a que le abriera, a través de la mirilla, se puso tan nerviosa que a punto estuvo de tropezar con sus propios pies. Abrió la puerta con el corazón acelerado. Quedaron frente a frente, pero él no hizo ademán de querer entrar.

—Antes de nada tenemos que hacer un pacto —enunció con un gesto tajante—. Esta noche ni una palabra de la subasta.

Carol asintió con la cabeza y le tendió la mano. Mac entrelazó los dedos con los de ella y la apretó muy fuerte.

Tiró de él para hacerlo entrar y cerró la puerta; él se quitó la chaqueta de cuero y la lanzó de cualquier modo sobre la barandilla de la escalera. Agarró el rostro de Carol con ambas manos y empezó a cubrirla de besos ansiosos por la sien, las mejillas y el cuello. Ella ladeó la cabeza ofreciéndose a él y se abrazó a su cintura.

Los nervios la traicionaron y se le hizo un nudo en la garganta.

—Esto se avisa —protestó a punto de echarse a llorar—. Mírame, estoy horrible. De haber sabido que venías no te habría recibido con Hello Kitty...

—No sé quien carajo es esa Kitty —murmuró levantándole la parte de arriba del pijama mientras la besaba una y otra vez—. Pero entre tú y yo no hay sitio para nadie más. Esa tía me sobra.

—Pero si es... Esta gatita... —aclaró señalándose el estampado del pijama.

—Ya te lo he dicho, me sobra.

Y de un tirón le sacó el pijama por la cabeza. Lo tiró al suelo y le abarcó los pechos con las manos, presionándole los pezones duros.

—Aquí no.

Estaban solos en la casa, puesto que Mari tenía guardia en el hospital y no regresaría hasta bien entrado el día siguiente. Y Dick había salido a ver el castillo de fuegos artificiales, que pronto dispararían a orillas del Támesis. Pero Carol lo agarró por la camisa y lo llevó con ella hasta el interior de la zona que ocupaba como vivienda propia. Una vez en la sala de estar, se abrazó a su nuca y lo besó enredando la lengua con la suya. Le mordisqueó los labios, los lamió, volvió a reclamar su lengua mientras él le bajaba el pantalón del pijama y las bragas. Cuando la tuvo desnuda, Mac la levantó agarrándola por el culo y Carol colocó las piernas alrededor de su cintura, ardiendo de deseo.

La excitaba saberse desnuda y enroscada a él que aún permanecía completamente vestido. Se sintió lujuriosa, audaz y dispuesta a acceder a cuantas fantasías le pidiese Mac en ese momento. A la vez que le mordisqueaba y lamía el cuello con sabor a él y a colonia, le indicó la dirección del dormitorio. Mac la llevó en brazos hasta allí y la depositó con cuidado en la cama. Se quitó la camisa y se desabrochó el cinturón mirándola fijamente y sin decir palabra. Sacó del bolsillo un par de condones y los dejó caer sobre el edredón. Ella se puso sobre rodillas y manos, sin apartar la mirada de la suya, y avanzó como una gata hasta el borde de la cama mientras Mac se desabrochaba el pantalón.

—Ven, más cerca —murmuró con un tono acariciador.

Mac le agarró la cabeza con ambas manos, cerró los ojos y dejó que lo acogiera en su boca. Movié las caderas haciendo resbalar su sexo entre los labios de Carol, concentrándose en las sensaciones que le provocaba la caricia de su lengua.

—Me estás matando, *bonnie* —musitó.

Carol lo liberó y ascendió besándolo con la boca abierta en el ombligo, el estómago, el pecho. Se alzó de rodillas para atrapar con los labios uno de sus diminutos pezones. Mac le sujetó las mejillas y le alzó el rostro y la besó introduciendo la lengua en su boca.

—Espacio, cariño —jadeó sobre sus labios—. Quiero que dure.

Carol se tumbó de espaldas con los ojos entrecerrados. Él acabó de desnudarse mientras ella lo provocaba acariciándose entre las piernas con los dedos.

—Dame placer como tú sabes —exigió en voz baja.

Mac se sentó en la cama y recorrió con la boca el interior de sus muslos. Carol se arqueó echando atrás la cabeza y abrió mucho las piernas para ofrecerse entera; gimió de un modo escandaloso al sentir que le introducía la lengua en su sexo hinchado y palpitante. Lamió disfrutando de ella hasta que la tuvo al borde del orgasmo. Se colocó rápido un condón, la cubrió con su cuerpo y la penetró despacio mientras le susurraba al oído.

—Si el morbo tuviese un sabor, sabría como tú.

Carol le clavó las uñas en los glúteos y acompasó sus movimientos a los de él. En dos embestidas la llevó a la cumbre y se sacudió sintiendo cómo su sexo se contraía a espasmos en torno al duro miembro. Mac le mordió el hombro, se introdujo profundamente en ella. Un bramido escapó de su garganta mientras eyaculaba y Carol contrajo los músculos para darle un placer más intenso.

Mac ocultó el rostro en su cuello y Carol le acarició la espalda hasta que dejó de temblar. Agotada, cerró los ojos.

Soñó que estaban en una playa de Creta, tumbados sobre la arena, el uno frente al otro, mirándose a los ojos en silencio. El sol les caldeaba la piel. Mac extendía la mano y le acariciaba la cadera, bajando hasta el muslo. Ella se acercó a sus labios y lo besó suavemente con los ojos cerrados. Mac le levantó la pierna y adelantó las caderas con un movimiento ascendente para penetrarla poco a poco, disfrutando del roce de su sexo al adentrarse en ella.

No era un sueño, los brazos de Mac, que la envolvían, eran tan reales como el increíble placer que le estaba proporcionando. Carol entreabrió los ojos y en la penumbra buscó su rostro. Hicieron el amor abrazados, frente a frente, mirándose a los ojos sin pronunciar palabra.

Muy lejos se oía el rítmico estruendo de los petardos que surcaban el cielo negro como flechas de luz hasta explotar en una lluvia de colores. Pero Mac y Carol, no los oyeron. Estaban sumidos en su propia noche de fuegos, compartiendo un orgasmo dulce y prolongado.

—Ahora que te he encontrado, no puedo perderte —murmuró Mac sobre sus labios, antes de dejarse caer sobre la almohada.

Carol no quiso pensar en la preocupación que percibió en su voz. Apoyó la mejilla en la de él y se quedó dormida.

Todo Londres de fiesta por la Noche de los Fuegos y ella de guardia. Dura vida la suya.

A milla y media larga de Park Road, Mari despotricaba con el pensamiento. En España todos hablaban entusiasmados de las oportunidades laborales que ofrecía el Reino Unido para el personal sanitario. Y del más que excelente sueldo que percibía una enfermera diplomada, comparado con lo que se cobraba en cualquier hospital español. Y aunque el dinero fue el motivo principal que la empujó a emigrar a Londres, Mari también se animó ante la perspectiva de ver bien valorado su trabajo. Algunos compañeros que la precedieron no dejaban de contar lo mucho que estimaban en Inglaterra a los profesionales españoles de la enfermería, por su excelentísimo grado de formación y profesionalidad.

Pronto descubrió que la brillante perspectiva que le habían pintado tenía su lado oscuro. Nadie le contó que tanto valoraban a las enfermeras españolas porque en



Londres, a sus funciones habituales, añadían muchas destinadas al personal auxiliar. En su caso la situación se agravó porque al no dominar el idioma, no se la consideraba apta para un contrato de primer grado. Así pues, con mucho dolor y maldiciendo el poco provecho que sacó de sus clases de inglés en el colegio e instituto, no le quedó más remedio que aceptar contratos de segunda. Los que no quería nadie, salvo casos de apremiante necesidad como el suyo. Subsistir era una razón poderosa para aceptar un puesto de trabajo, por oneroso que fuera. Asumir que debía rasurar a un pasillo entero de pacientes para prepararlas para quirófano, formaba parte de su diario obedecer y callar. Cuando le dieron la planilla ese día, se preguntó por qué la jefa de enfermería había tomado la absurda decisión de encomendar esa tarea al turno de noche. «Porque en este turno estás tú, María López Devesa —se respondió a sí misma—. No le des más vueltas».

Mari soñaba con el día en que su suerte apareciera en forma de contrato de los buenos. Llevaba ya seis meses, que le habían servido para reconocer que sus conocimientos gramaticales de lengua inglesa permanecían latentes y que practicar la conversación a diario le bastaba para comunicarse con fluidez. Por suerte lo entendía todo sin problemas, ya que estaba acostumbrada a hablarlo, aunque hubiera un mundo de distancia entre servir helados y cafés en inglés y tener que usarlo veinticuatro horas al día y ante cualquier eventualidad. Durante esos meses había adquirido soltura y ganado vocabulario. Ahora solo cabía esperar que llegara el ansiado nuevo puesto de trabajo en el que, por otra parte, cobraría más.

Pero en ese momento la realidad era la que tenía en la mano: una maquinilla desechable de afeitar y una palangana metálica llena de agua tibia. Se le hizo un nudo en la garganta al escuchar unos petardos en la calle. Con lo que le gustaban a ella y lo mucho que echaba de menos el olor a pólvora que le hacía bullir la sangre de pura emoción.

Empujó el carrito y entrecerró la puerta, tras despedirse de la paciente a la que acababa de afeitar la zona púbica con una sonrisa y un amable «*Thank you. Goodbye, madam*». Mari no se sorprendía de la costumbre de dar las gracias por todo, aunque no hubiera razón —en su pueblo, los turistas las daban hasta a los conductores cuando paraban en los pasos de cebra—, pero aún le chocaba el galante «*madame*» en lugar de «*miss*», sobre todo cuando se lo decían a ella. Alguna vez en el bar de sus padres escuchó a algún escocés usarlo con su madre, ¿pero a ella, con lo joven que era? De pronto se sintió envejecer. Tenía veintiocho. Y en menos que canta un gallo le habrían caído encima otros tantos. Como no cambiara su suerte o el bobo de Cupido aprendiera a disparar, se veía como las jubiladas modernas de su pueblo, bailando *Los Pajaritos* y ojeando un ligue apañado en el Disco Pub La Sirena o en el Pepe's Bar.

Con la sensación de que su vejez cañí andaba pisándole los talones, abrió la puerta de la siguiente habitación. Tras los saludos de rigor y la sempiterna sonrisa, imprescindible en una clínica privada de cirugía plástica, donde las pacientes se

dejaban cantidades de libras escandalosas, Mari se puso a la faena. Rasurar pubis no era tarea para alguien de su titulación, pero era lo que tenía que hacer y no iba a darle más vueltas. La paciente, algo cohibida, se dejó hacer, con la incomodidad y pudor propios de semejante situación. Por ello, Mari trató de ser lo más eficiente y rápida posible, y sin pronunciar más palabras de las necesarias. Ya había concluido cuando escuchó a la paciente que iba a ser intervenida en las próximas horas.

—Perdón. Pero...

—¿Sí, *madam*? —atendió solícita.

Nada de «cariño» ni de «reina» ni de «guapísima», como acostumbraba a tratar a las pacientes en Alicante cuando encadenaba contratos interinos de tres meses.

—No entiendo. ¿De verdad es necesario un rasurado íntimo para entrar en quirófano?

—Por supuesto, la asepsia es fundamental.

—Lo imagino. Pero para estirar las arrugitas —indicó la mujer, estirándose las mejillas hacia las orejas con ambas manos—, no creía yo...

—Órdenes son órdenes —alegó Mari, con un aplomo más falso que un penique de cartón.

En cuanto salió al pasillo, cogió del carrito el papelote con las instrucciones del día, buscó el número de la habitación y releyó lo escrito. Dos veces. Y con un suspiro y un triste «¡Jolín!», cerró los ojos y quiso morir.

Ese día no fue como los demás. De buena mañana, Mari acabó su turno y salió de la puerta de la clínica con la carta de despido en la mano.

—Mierda de ciudad, mierda de idioma...

Caminó pegada a la pared, en un intento infructuoso por no llegar a casa calada de arriba abajo. Si la falta de sueño por lo general le agriaba el carácter, ese día era capaz de morder. Iba murmurando por lo bajo, echando pestes de la gente que tenía que esquivar, contra los previsores que llevaban paraguas, contra los que freían patatas en la Fish House de la esquina. Y, sobre todo, de sí misma. Se llamó estúpida, lerda, borrica, ignorante... Aún se preguntaba cómo pudo confundir *lifting* general con *lifting* genital. En su defensa argumentó que en aquella clínica pijísima había visto con sus propios ojos a más de una caprichosa sobrada de dinero someterse a *liftings* vaginales y tratamientos de blanqueamiento anal, como las estrellas del porno. La culpa la tenía el idioma, se dijo. Y la jefa de enfermería que le largó las instrucciones de la guardia con su acostumbrada antipatía, sin explicarle con claridad qué ponía en aquellos folios. Que no es lo mismo pedir una salchicha en un puesto de comidas que entender la jerga médica en otro idioma.

El aguacero imprevisto, tan habitual en Londres, arreció en ese momento y Mari corrió bajo la lluvia a guarecerse en el supermercado Texco, que le quedaba a un paso. Ya que estaba allí, decidió entrar a comprar algo para desayunar, acompañado

de un café; con tal de meterse algo caliente en el cuerpo, le daba igual que fuera de esos aguados en vaso de cartón. Nada más entrar, junto a las cestas, vio un tablón de anuncios y, por inercia, se acercó a leer los cartelitos. Le urgía encontrar un empleo, porque los ahorros se agotaban rápido y de ningún modo iba a pedirles a sus padres que le enviaran dinero. Ellos no tenían por qué pagar su fracaso ni su estupidez. Todos los avisos, algunos manuscritos, eran de vecinos del barrio que vendían objetos de segunda mano o de alquileres por la zona. Uno de ellos, con la foto de un gatito, le llamó la atención. «Se llama Boozie. Por favor, ruego que si alguien lo ve llame a este número de teléfono. Ayer se marchó de casa y aún no ha vuelto. Boozie y yo somos amigos. Estamos muy unidos...». Tanto amor gatuno despertó el espíritu maligno de Mari que, conforme leía, rebuscaba un bolígrafo del bolsillo para garabatear su venganza contra el mundo, respondiendo a la dueña del minino huido. «El gato está hasta el culo de ti», escribió con letra bien grande. Y enfiló hacia la pastelería del supermercado sin el menor remordimiento.

Diez minutos después salía a la calle, con el bolso al hombro, unas ojeras de sueño que daban pena, una bolsa de papel con napolitanas de crema calentitas en una mano y un café en la otra. A la altura de la parada de metro, fue a cruzar y, por inercia, miró hacia su derecha. Aunque el coche que pasó ante ella vino, obviamente, por la izquierda. Un segundo coche se arrimó tanto a la acera que escampó el agua estancada junto al bordillo como un abanico, empapándola de pies a cabeza. Mari soltó una palabrota. Miró la bolsa de papel donde llevaba los pastelitos, toda mojada, y la tapa de plástico del vaso llena de salpicones grises del agua asquerosa del charco en el que estaba a punto de meter un pie. Estaba despedida, mojada y sin desayuno.

—Mierda de manera de empezar el día, mierda de tráfico, mierda de coches que van por el lado que no toca... —gritó enfurecida—. ¡¡Gibraltar español!!

Despertar con el lado derecho de la cama vacío fue una sensación desagradable que Carol conoció por primera vez. Escuchó ruidos y se levantó. Buscó la bata para cubrir su desnudez y, descalza, fue en busca de Mac. Lo encontró de pie en el salón, con una taza de té en la mano.

—Buenos días —musitó yendo hacia él.

Mac le besó la cabeza, acariciándole el pelo.

—Buenos días —sonrió Carol, dándole un beso suave en los labios.

—Son las cinco de la mañana.

—No podía dormir.

Al verlo completamente vestido, Carol asumió que tenía intención de marcharse y se sintió decepcionada.

—¿Solo vas a tomar eso? Espera al menos que prepare unas tostadas y unos huevos revueltos.

—No te molestes —rechazó—. Desayunaré más tarde, pero me apetecía un poco

de té.

—Ya veo.

Tal era la cara de extrañeza de Carol que Mac sintió que le debía una explicación.

—No quería despertarte tan pronto —dijo con un tono conciliador—. Por eso no he preparado otra taza para ti —Carol sonrió levemente—. Pero para la próxima vez acuérdate que me gusta el Earl Grey incluso en el desayuno, este tan suave no me va.

—Eso significa que habrá próxima vez.

Mac estudió sus ojos para adivinar cómo interpretar aquello, si había expresado deseo o escepticismo.

—Eso es algo que depende de los dos.

Carol entrelazó las manos y respiró hondo; empezaba a tener miedo de sus propios sentimientos y se sintió vulnerable, al revivir parte de su desastrosa relación con Alan.

—Mira Mac, no creas que lo que ha pasado entre nosotros va a hacer que me eche atrás cuando pujemos en Christie's.

—¿Lo que ha pasado o lo que está pasando entre nosotros?

Ella desvió la mirada.

—Si por el hecho de llevarme a la cama crees que has conseguido que te ceda la partitura...

Mac dejó la taza de té sobre el aparador con un golpe seco, avanzó un par de pasos y se puso frente a ella; tan cerca que Carol tuvo que alzar el rostro para mirarlo a los ojos.

—Puntualicemos una cosa —dijo endureciendo el semblante—. No sé yo quien tiró con más fuerza anoche para arrastrar al otro a la cama. Yo podría decirte lo mismo, con idénticas palabras. Pero ¿sabes cuál es la diferencia entre tú y yo, Carol? La diferencia estriba en que a mí ni se me ha ocurrido pensar en que tú utilizas el sexo con intenciones ocultas.

—No he querido decir...

—Sí has querido decir lo que has dicho.

Carol a punto estuvo de abrazarse a él. Pero en lugar de ello, se obligó a mantener la cabeza fría.

—Está bien. No he debido decir eso.

—No, no has debido —le espetó tajante.

Carol se escudó en la sensatez para no sentirse peor de lo que se sentía. Y se recordó que era una insensatez mezclar la vida profesional con la personal.

—Más vale asumir la realidad: en esta subasta peleamos en bandos opuestos. Unas veces se gana y otras se pierde, y no se acaba el mundo por ello. Eso lo sabemos tan bien tú como yo. Que la partitura Gruber sea para el más afortunado o el más astuto. No hay más.

Mac le acarició la mejilla y dejó caer la mano. Carol pudo leer en sus ojos una única cosa. ¿A qué venía esa mirada de decepción? Un negocio era un negocio.

—No has entendido nada —murmuró Mac—. Nada de nada.

De pronto a Carol la invadió una inquietante sensación de fracaso que no acababa de entender.

—No quiero discutir, Mac. Más tarde te llamaré y hablamos, ¿te parece?

—No, mejor no —dijo por toda despedida.

Le dio la espalda y Carol contempló cómo cogía su chaqueta de cuero y salía del apartamento.

## 10. Problemas en el 21 de Park Road

Por mucho que la señora Coleman trató de disuadir a Mari, asegurándole que no hacía falta, la chica era de naturaleza agradecida e insistió en adecentar el desván de la casa. Estar ocupada era lo que más necesitaba hasta que surgiera el esperado contrato de trabajo. Por otra parte, odiaba la sensación de estar mano sobre mano, alojada en aquella casa por caridad.

Y para que su bondadosa casera no se sintiera incómoda ante la perspectiva de imaginarla trasteando entre muebles viejos y trastos olvidados desde los tiempos en que el matrimonio se mudó de Londres a Aylesbury, Mari la convenció con un argumento de peso: arreglar el desván era cuestión de desechar lo inservible, utilizar los muebles en buen estado, mucha limpieza y una mano de pintura. Incluso dibujó un boceto para mostrarle lo bonito que quedaría. Mari sugirió convertirlo en una habitación de alquiler para turistas de paso. Alojarse en la buhardilla de una casa victoriana tenía mucho encanto. Por supuesto, todos conocidos y de confianza. No le dijo a Anita Coleman que con ello mataba dos pájaros de un tiro, ya que infinidad de amigos españoles, tentados por los precios de los vuelos de bajo coste, querían ir a visitarla y de paso ver Londres, aprovechando su estancia allí. Pero en su habitación no podía asilarlos. En cuanto hiciera correr la voz mediante wathsapp de que disponía de sitio económico para dormir entre familia y amigos, candidatos no iban a faltarles y la propia Mari se comprometió a ocuparse de la limpieza de la habitación triple, mientras durara su situación de desempleo. Si algo le sobraba, era tiempo. En cuanto al baño, como serían gente de confianza podían usar el del primer piso, que hasta entonces solo utilizaba ella ya que tanto Dick como Carol contaban con un baño completo en sus respectivas plantas.

Esa mañana se vistió con un chándal viejo y se lio un pañuelo a la cabeza. Provista de sacudidor y trapos, subió al desván dispuesta a poner orden. Y no es que lo encontrara desordenado, pero sí lleno de trastos inútiles con los que llenar un puesto de curiosidades *vintage* del mercadillo de Portobello.

Tuvo que limpiar con un paño el cristal de la ventana hasta hacer un rodal, para que entrara la luz del día. Pero como había amanecido nublado, prefirió abrir la ventana de par en par sin miedo al frío. El esfuerzo de mover los cabezales de cama de hierro, apoyados uno sobre otro junto a la pared del fondo, ya la haría entrar en calor. Las hojas gemelas de la ventana se abrieron con un chirrido y tomó nota mental de engrasar los goznes. Por costumbre, apoyó los antebrazos en el alféizar y miró a su alrededor. La casa de al lado daba pena, qué lástima que su dueño no tuviese ningún

interés en mantenerla, con lo bonita que era. La única de la manzana que se veía mal cuidada. Años de desidia le conferían el aspecto de mansión siniestra de película de terror. Escuchó voces y puso el oído alerta, desoyendo la vocecilla interior que le recordó lo feo que es el vicio de cotillear.

Era indiscutible que Londres estaba lleno de compatriotas, por todas partes escuchaba hablar en español, ¡incluso valenciano había oído alguna vez! Y la escena que tenía delante le dio una vez más la razón. El rácano del dueño estaba liando a dos pobres chicos para que alquilaran un zulo al que él denominaba habitación. La situación de aquel pobre par de pardillos le recordó sus primeras semanas en la ciudad, el miedo de dormir en un piso patera con la puerta atrancada con pestillo, el desear a toda costa encontrar un alquiler barato en una ciudad carísima, el dar saltos de alegría al encontrar alojamiento cerca del trabajo para ahorrar en transporte y en horas perdidas en el metro como les sucedía a quienes residían en los bonitos pueblos del extrarradio. Y la desgarradora sensación de no tener a nadie. Las lágrimas enjugadas en la almohada, sintiéndose sola en una ciudad con ocho millones de habitantes. La necesidad de encontrar alguna persona con quien hablar, acudir a una cafetería y ocupar una mesa para ver pasar a la gente; costumbre que acaba regalándote la dicha de ver que el camarero empieza a saludarte cada día al reconocer en ti una cara conocida, esa tarde inesperada en que por fin encuentras a alguien que te dirige la palabra, otra persona igual de sola y perdida. Porque Londres es una ciudad fascinante cuando se visita por placer, pero difícil para los que habitan y trabajan en ella, como toda gran urbe.

—Y las vistas —oyó que decía el casero—. No os quejaréis.

—Yo solo veo la pared y una cañería de desagüe —alegó uno de los españoles, con cara de querer huir de aquella ratonera infecta.

—¿Pero dónde acaban, eh? —alegó el usurero del dueño, como si por ser extranjeros fueran tontos—. ¿Dónde van las cañerías?

—A las alcantarillas, digo yo.

—¿Y dónde van las alcantarillas? Al colector —respondió sin darles tiempo a intervenir—. ¿Y el colector? Al río. ¿Y dónde van los ríos? Al mar, hombre, ¡al mar! ¡Hay que tener un poco de imaginación!

Mari se retiró de la ventana con una sensación tristemente familiar, maldiciendo al cicatero aquel. Conque al mar. Ya hacía falta imaginación ver el inmenso azul en un muro de ladrillos cubiertos de verdín. Se necesitaba un corazón muy ruin para aprovecharse de la necesidad ajena. Dio gracias mil veces o más por haber encontrado en su camino a Anita aquel día en el hospital. Gracias a ella podía sentirse privilegiada por disponer de una habitación en aquella casa en pleno centro, en lo mejor de la City of Westminster, con vistas privilegiadas a Regent's Park. Rogó al santoral entero para que su casera no cambiara de parecer respecto a alquilar parte de la vivienda y, así, que los Coleman nunca la echaran de allí.

Decidió ponerse manos a la tarea, que en vista del polvo almacenado en aquel

desván, tenía días de trabajo por delante. Se preguntó por dónde empezar. En primer lugar, necesitaba ayuda para bajar los muebles más pesados. Hizo inventario mental, menos dos cabezales, los otros se podían usar. Solo haría falta que la señora Coleman comprara tres somieres, colchones y ropa de cama. La cómoda del rincón, dándole pulimento, quedaría estupenda con su espejo tallado. Lo mismo que el armario, que era de madera maciza. Y por allí decidió empezar. Abrirlo de par en par fue como encontrar el arca de los tesoros. Le encantaron las colchas de ganchillo tejidas a cuadritos, los platos antiguos y otros cachivaches que pensaba usar como decoración y darían al dormitorio un aire retro. En la última balda encontró una caja de galletas. Se sentó en el único butacón orejero, arrinconado en la pared de la ventana, y la abrió. Estaba llena de fotografías viejas, de felicitaciones de Navidad de recorte, hechas a mano. En el fondo, encontró varias postales turísticas. Cogió la de encima del montón, una fotografía del balneario de Brighton, y le dio la vuelta por inercia. Iba dirigida a Carol; siguió leyendo y tuvo una sensación muy desagradable porque el texto era demasiado personal. No quiso seguir fisgoneando, leyó el remite de las otras. Todas iban firmadas por la misma mujer. Las agrupó, había un total de seis. Y una fotografía. No dejaba de preguntarse cómo una mujer podía escribir a su hija, darle excusas que solo convencerían a una niña y luego olvidarse de ella y desaparecer para siempre. La respuesta se la dio el recuerdo de su mejor amigo, cuyo padre se largó de casa un día para no volver, dejando a la mujer con tres hijos pequeños. Existían hombres a los que el compromiso y el cariño les eran desconocidos. Y mujeres también, reconoció. En eso no somos tan diferentes hombres y mujeres, depende del carácter, de la persona y de las circunstancias. O de la irresponsabilidad y de la falta de corazón.

Colocó las postales arriba del todo y cerró la caja. Debía entregárselas a Carol, no quería ocultarle que conocía la existencia de aquellas postales dirigidas a ella por su verdadera madre hacía tantos años.

Mari se puso de pie, dejó la caja sobre el sillón y volvió al armario. En el estante de arriba había más objetos, un par de jarrones le llamaron la atención. Con unas flores de tela, el de la derecha quedaría divino sobre la cómoda. El otro era tan oscuro que parecía ópalo. Como era mañosa, pensó enseguida que con un cable y una bombilla, quizá pudiera transformarlo en una lámpara. Lo cogió para verlo bien. Al hacerlo, ya notó al tacto algo parecido a una chapa metálica en la parte de atrás. Cuando lo tuvo ante los ojos, casi se le cae al suelo de la impresión al descubrir que la futura lamparita no era un búcaro para flores. «Archibald Turner», leyó, justo encima de dos fechas...

—¡Ay, coñis! ¡Que esto es una urna funeraria! —saltó espantada.

Repuesta de la impresión, minutos después optó por llamar a su casera para informar cuanto antes del hallazgo. No es que fuera asunto de vida o muerte, pero cuando le ocurrían cosas tan rocambolescas, Mari se moría por contárselo a alguien. Asomada de nuevo a la ventana, observó con alegría que los dos españoles se



largaban sin alquilar la habitación. Estaban en la acera y no los oía, pero su lenguaje gestual mientras mandaban a paseo al casero abusón, era pura elocuencia. Tecleó el número de la suya, que era una santa, y sonrió al escucharla. Incluso su voz sonaba afectuosa y a Mari le encantaba por conversar en español.

—Uff, Anita —dijo con un respiró hondo—. Tengo dos noticias, una buena y una mala.

Mari notó que la señora Coleman se preocupaba y se apresuró a tranquilizarla.

—No, de verdad... —continuó—. La buena es que no tenemos un terrorista en el sótano. Te vas a reír cuando te cuente las aventuras nocturnas de Dick —aseguró, pensando en los enanitos liberados—, te lo digo yo.

Días atrás, cuando Anita hizo una de sus visitas rutinarias a la casa, cargada de fiambreras de comida, Mari le había comentado la misteriosa llegada nocturna del pelirrojo todo vestido de negro.

Aquello serenó a la señora Coleman, que insistió, desde el otro lado de la línea, en su convencimiento de que Dick era un buen chico. Y quiso saber la segunda noticia.

—¡Anda que la mala! —dudó, antes de ir al grano—. La mala noticia es que he encontrado un muerto en el armario del desván.

—Y deja de reírte porque yo estoy preocupada, ¿sabes? Como no hagamos algo, este chico se nos va a echar a perder —avisó señalando hacia la puerta de la calle.

Las carcajadas de Carol se escucharon desde la calle cuando Mari le contó el asunto de la misión libertadora de enanos de cerámica de Dick. Y fue una suerte para ella, porque lo necesitaba después del desencuentro con Mac de buena mañana. No había mejor terapia para alejar las preocupaciones que revolcarse de risa en el sofá, aunque a su encantadora vecina no le hiciera la más mínima gracia. Carol intentó ponerse seria, viéndola cada vez más molesta. Con una cariñosa expresión de disculpa, la invitó a sentarse a su lado. Mari dejó la caja de cartón en el sillón más cercano y se acomodó junto a Carol.

—No te preocupes por Dick, que es más inteligente que nosotras dos juntas.

—Pero le falta espabilar.

—Pues no sé yo, a mí me parece normal.

—¿Normal? —discutió, arrugando el entrecejo.

—Normal a su manera —decidió, con una mirada de reproche y cariñosa a la vez—. Desde luego, eres igualita que Mam. Siempre preocupadas por los demás. Las españolas tenéis un instinto maternal de gallina clueca.

Mari se encaró, de brazos en jarras.

—Pues sí, somos así. ¿Qué hay de malo? Todas llevamos dentro una *mamma* mediterránea —declaró, con un énfasis solo superable por la mismísima María Callas en la Scala de Milán.

Carol, de espíritu comedidamente británico, sacudió la cabeza y dejó a Mari por imposible.

—Muy bien, madre coraje, sigue contándome eso del muerto porque...

—No empieces a reírte otra vez, que es muy serio.

Carol fue incapaz de mantener la seriedad un minuto más. Cuando su Mam la llamó esa mañana al trabajo, apuradísima, para contarle el hallazgo de los restos del difunto tío Archibald, al que habían olvidado, tuvo un ataque de risa en el despacho que alivió el mal humor que arrastraba desde que Mac salió por la puerta, agravado en cuanto puso un pie en la galería de arte. La compañía inesperada de Kat esa mañana, con sus continuas ironías cuando hablaba por teléfono y daba órdenes con esa mirada perdonavidas, acabó de agriarle el día. Carol pensó que el hallazgo de las cenizas en el desván era ese tipo de enredos que el mundo considera humor británico, pero Mam no se lo tomó a broma, ni Mari tampoco. Carol lo atribuyó a ese regusto por lo trágico del carácter español.

—Anita opina que a los muertos hay que darles sepultura. Y yo pienso lo mismo, así que no se hable más —alegó Mari.

—Pero, Mari, si ya lo incineraron.

A Carol no le cabía en la cabeza tanta preocupación por un tío lejano de su padre, fallecido cuando ella tenía dos años, sin más familia conocida. Por caridad, y sobre todo a insistencia de Mam, los Coleman se hicieron cargo del sepelio. Según esta le había explicado esa mañana, en principio querían lanzar las cenizas en Gales de donde era oriundo el difunto. La idea se fue postergando, luego nació su hermano, decidieron mudarse a Aylesbury. Y lo cierto es que el bueno del tío Archie acabó olvidado en una balda del desván.

—Algo digno tenemos que hacer con él, tú no te preocupes que tu madre y yo ya pensaremos —decidió—. Carol, no es para tomárselo a risa —avisó, viendo cómo le afloraba otra vez la sonrisa—. Y ahora, cuéntame, ¿anoche hubo fiestecita?

Carol miró al techo y suspiró.

—Eso tampoco es para tomárselo a risa. Empezó de un modo maravilloso y acabó con Mac enfadado.

Mari sabía del rubio guaperas de la sonrisa que hacía suspirar, porque Carol le había hablado de él, de su encuentro casual en el viaje de vuelta de Nueva York y de su incipiente relación.

—Ay, me matas —dijo Mari—. Un *highlander* enfadado tiene mucho morbo.

—Ya te dije que no es un *highlander*, todos los escoceses no han nacido en las Highlands.

—¡Da igual! Yo los veo a todos como al Jamie Fraser en la tele, con su pecho aceitado y su faldita sin nada debajo.

A Carol se le escapó una risilla floja. Cuántas fantasías húmedas y qué pasión fetichista inspiraba el kilt desde que comenzó a emitirse la serie *Outlander*.

—Viciosilla.

Mari se lo tomó como un cumplido y sonrió de oreja a oreja.

—Las cosas entre Mac y yo están... Es complicado.

—Sí, ya me contaste que seréis rivales en la subasta próxima. Y tu jefa, ¿qué dice?

—De ella prefiero no hablar porque me entra angustia. Qué mujer más desagradable —rebufó, cogiéndose las sienes con las manos. Hablar de ella le provocaba dolor de cabeza—. Dejé mi empleo en el museo porque me aburría y quería acción, retos,... Y trabajar en la galería no me aburre: me ataca los nervios estar en continuo estado de tensión.

Su cara de preocupación, recordó a Mari la vieja caja de galletas que encontró junto a la urna funeraria. Tenía que dárselas, para eso había bajado a la planta baja. Los malos tragos, cuanto antes pasaran, mejor. Y era Carol quien debía decidir qué hacer con todas aquellas fotografías familiares. Y en especial con las postales dirigidas a ella.

Se levantó y fue hasta el sofá, para sacar la caja metálica de la caja de cartón. Mientas lo hacía, dio un vistazo a la urna funeraria, dudando si remover el pasado era buena idea, pero en ocasiones es un mal trago ineludible.

—Carol, en el desván encontré más cosas de tu familia. Ten —dijo poniéndole la caja en el regazo, ante se sentarse de nuevo a su lado—. Les eché una mirada y no pude evitar ver unas postales que creo que son tuyas.

Ella se quedó mirando la caja, como si necesitara armarse de valor para abrirla. Cuando lo hizo, cogió las seis postales que Mari había vuelto a atar con una cinta descolorida.

—¿Las has leído? —preguntó, mirándola a los ojos.

Mari asintió con la cabeza.

—Lo siento.

Carol se apresuró a tranquilizar su temor por haber obrado con excesiva curiosidad.

—No te preocupes. De verdad que es algo que ya no me afecta. Cuando era niña sí me hacía preguntas y tenía la sensación de que algo había hecho mal para que mi madre se marchara.

—Tú no tienes la culpa, ningún niño la tiene de la mala relación que tengan sus padres.

—Por lo que sé, mi madre era demasiado joven. Creo que la maternidad le vino grande. Había sido alumna de mi padre; se casó con él por admiración y el espejismo se esfumó en cuanto se dio cuenta de que es un hombre como los demás.

—Con sus defectos y virtudes.

Carol le dio la razón con un breve asentimiento.

—Cuando era una niña recibía dos postales tuyas, una en Navidad y otra por mi cumpleaños. «No olvides que te quiero», eso ponía en todas ellas. La última la recibí al cumplir seis años y nunca hubo más.

—¿En todos estos años, no se ha puesto en contacto contigo? —preguntó Mari; le dolía el fondo de pesar que reflejaba la mirada de Carol.

—Nunca. No sé si está viva o muerta. Debí cambiar de apellido porque busqué en internet varias veces. Con el suyo de soltera no aparecen datos. Mis abuelos habían muerto antes de nacer yo y sé que tenía un hermano, al que ni siquiera mi padre llegó a conocer, que emigró muy joven a un país de África, pero no me preguntes cual.

—Por suerte, tu padre se casó con Anita.

—Sí, nunca me ha faltado cariño. Y gracias a ella también tengo un hermano al que quiero un montón, que me ha hecho tía de un sobrinito que tiene dos meses y es una monada —dijo, sonriendo, mientras devolvía a la caja de metal las postales sin molestarse en leerlas.

—Remover el pasado con rencor no sirve de nada —concluyó Mari, al mismo tiempo que Carol cerró la caja de galletas.

A pesar de la sonrisa que le iluminaba la cara, Mari trató de ponerse en su lugar y sintió un escalofrío solo de pensar que su propia madre la hubiera abandonado para no interesarse nunca más por ella, como si hubiese olvidado su existencia, desde los seis años. Y sintió pena por Carol, para ella era una espina que ya no sangraba, pero que nunca dejaría de doler.

Poco antes de almorzar, Mari bajó las escalerillas del sótano y repicó con los nudillos la puerta de Dick. A esas horas, los miércoles solía estar en casa porque tenía tutorías vespertinas de su máster. El chico no tardó en abrir. Con una gran sonrisa a modo de saludo, Mari le puso en las manos un par de fiambreras con guisos cocinados por la señora Coleman.

—¡Guau, gracias!

—¿Mejor que los platos preparados de Sainsbury's, eh?

Mari se enterneció al verlo tan contento como si acabara de bajar Santa Claus por la chimenea. Era lógico que Dick, lejos de casa como ella y acostumbrado a una alimentación de supervivencia a base de precocinados, comida lista para llevar y al arsenal de chucherías insanas de Poundland, también echara de menos los platos caseros de su mamá. Anita Coleman era consciente de ello, porque nunca olvidaba añadir raciones extra para el informático flacucho de Devon.

—Quería darte las gracias también por ayudarme la otra tarde —añadió Mari.

—No tienes por qué darlas, entre dos trasladamos los trastos en un momento.

—Sí, pero si no llega a ser por ti, la pintura habría sido un desastre.

Gracias a la maña de Dick, que pintó las paredes en un visto y no visto, la sala grande del desván estaba lista para ser amueblada. Esperaban la llegada de los colchones y canapés, encargados por la señor Coleman, esa misma semana. En cuanto a los cachivaches inútiles, incluidos algunos juguetes y muñecas de Carol,

permanecían guardados en un cuartito bajo el hueco de la escalera principal que antaño se usó como trastero y que los Coleman, sobrados de espacio, nunca llegaron a utilizar como tal. Dick se ofreció enseguida cuando Mari le pidió ayuda para trasladar lo más pesado y ella le estaba muy agradecida por ello.

—El caso es que necesito que me hagas otro favor. En realidad, a la señor Coleman. Ya ves lo bien que se porta con nosotros.

—¿De qué se trata?

—Nada, poca cosa —dijo, encogiendo los hombros para quitarle importancia—. Tenemos que ir de comparsa a un entierro, hacer bulto nada más. Nos vestimos de negro, porque ropa negra tienes, ¿verdad?

Dick le echó una mirada larga, sin pestañear, cargada de significado.

—Los dos sabemos que sí.

Mari tuvo que hacer esfuerzos por no soltar una carcajada, al escucharlo hablar en clave como un espía de teleserie.

—¿Qué, sigues con tus ideas libertarias? —intuyó, con cara de guasa.

Dick encogió un hombro. Daba la impresión de haber perdido interés por los gnomos y su injusto cautiverio.

—Cuando vuelva a Devon. Aquí, el bosque está lejos y todo se complica —añadió con una mirada acusadora que a Mari no le afectó lo más mínimo—. Ahora estoy con otras cosas.

—No quiero oír ni una palabra de virus informáticos, te lo advierto. No quiero saber —recalcó.

Él se rio de su cara de susto, como alguien que tiene absolutamente dominada la situación.

—Me refería a otro tipo de intereses.

La invitó a pasar y, mientras guardaba las fiambreras en la nevera, desde la cocina le indicó que mirara el libro que descansaba junto al teclado del ordenador. Mari ojeó el título sin entender, le dio la vuelta para leer la sinopsis y entonces cayó en la cuenta de su contenido.

—¿Un manual de seducción? Dick, Dick... ¡Que estos librotos no funcionan! Los listos los escriben para sacar dinero a cuatro desesperados. O a cuatrocientos mil... —rectificó, leyendo que la supuesta biblia del ligue iba ya por la duodécima edición.

Un autor aparecía en la contraportada con las fotos del antes y el después, y el libro era un relato de sus experiencias. Venía a decir que en aquellas páginas se encontraba la clave para pasar, en cuestión de semanas, de pringadillo piltrafa a rey de las discotecas de Malibú.

—¿Me ayudarás? —se lanzó con una sonrisa ladeada que puso en guardia a Mari.

—Oye, no me mires así —avisó, adivinándole las intenciones—. Que tengo la mano floja y, cuando menos te lo esperes, te suelto un par de bofetadas, así, placa, placa —explicó batiendo la mano en el aire.

—Favor por favor —sentenció—. Y, con el entierro ese, me deberás dos.

Mari miró su reloj. Tenía planeado ir a dejar su currículum junto a la solicitud de empleo en el hospital de Saint Mary, donde ejercía como voluntaria la señora Coleman, y se le hacía tarde.

—Me marcho que llevo prisa. Ya hablaremos tú y yo.

—Me debes una, no lo olvides. Mejor dicho, dos —puntualizó.

Dick la despidió con una sonrisa que Mari no supo descifrar. Subió las escaleras hasta la acera con la extraña sensación de desconcierto que a veces le causaba el pelirrojo. Había días que le daban ganas de achucharlo como a un cachorro, otras de darle un cachete para espabilarlo y otras de salir corriendo.

## 11. Una tarde con Mam

Carol había quedado con su Mam para tomar un chocolate caliente con galletas de mantequilla. Así que, a media tarde, fue a recogerla al hospital de Saint Mary. Cuando Anita acudía a Londres, prácticamente todas las semanas, procuraban compartir un rato juntas; cosa que no siempre era posible, dado que muchas veces las visitas de Anita coincidían con alguno de los viajes de Carol. Esta sospechaba que las escapadas a la ciudad eran una excusa para hacer más estimulante su vida en Aylesbury. Conociendo a su padre, un estudioso introvertido y aburrido por naturaleza, y sabiendo que Anita era una mujer activa y voluntariosa, sospechaba que las obligaciones, que su madrastra asumía desde que se mudaron al condado de Buckingham, eran para ella una suerte de respiro. Y más, desde que el nido quedó vacío. Richard y ella hacía años que vivían lejos de casa, él en Liverpool y ella en Londres. No era de extrañar que a Mam se le cayera la casa encima, a pesar de lo ocupada que estaba siempre asistiendo a talleres de tarjetas de felicitación, de envoltorios artísticos o de labores, además de asistir al club de lectura de la biblioteca local y participar como voluntaria en la misión caritativa de la iglesia.

Carol preguntó en recepción y, como de costumbre, le dijeron que la encontraría en la sala de estar de los hospitalizados de larga estancia. Mam acudía regularmente a llevar revistas y a ofrecer conversación y compañía a los ingresados que no recibían visitas. Lo que no esperaba Carol era coincidir con Mari. Le sorprendió verla sentada al lado de Anita, junto a una viejecita a la que atendían con entusiasmo.

—¿Pero qué haces tú aquí? —preguntó Mari, al verla. Anita no le había comentado que la esperaba.

—Eso digo yo, ¿qué haces tú aquí? Hola, Mam —saludó, inclinándose para recibir un beso de esta en la mejilla.

—Como he presentado la solicitud de empleo en el departamento de personal, voy a ocupar mi tiempo libre como voluntaria. Como Anita —dijo, cogiendo del brazo a la mujer, con una sonrisa agradecida. Fue esta quien le aconsejó que hiciera méritos ante la dirección—. Y así, además de echar una mano, no me queda tiempo para darle vueltas a la cabeza. Dentro de un cuarto de hora, ayudo a la profe de gimnasia correctiva y pilates. Ya sabes, hombros atrás, saca las tetas, estira la espalda, aprieta la almeja...

Carol y la señora Coleman se echaron a reír, Mari era la broma hecha mujer.

Las tres se despidieron de la anciana con la que charlaban hasta la llegada de Carol. Y mientras la señora Coleman alargaba la despedida, las dos chicas caminaron

hasta la puerta. Desde allí, Carol dio un vistazo a los ocupantes de aquella sala. Dos o tres mataban el tiempo frente a un televisor adosado a la pared. Otros dormitaban, otros sencillamente parecían perdidos en sus pensamientos. Se le encogió el corazón, viendo la soledad en los rostros de aquellas personas.

No era la primera vez que veía a Mam dedicada a alguna de sus ocupaciones que, durante la adolescencia, consideró entretenimientos inútiles de ama de casa aburrída. Pero esa tarde, observándola sonreír a un vejete al que se acercó a saludar, sintió admiración por ella. El hombre, apoyado en la pared del pasillo, sostenía una caja de amapolas de la solidaridad. Como tantos veteranos, se encargaba de repartirla a cambio de un pequeño donativo destinado a los familiares de soldados que se hallaban en situación de necesidad. Ese año del centenario, las amapolas se veían por todas partes.

—Pero bueno, capitán, ¿otra vez castigado en el pasillo? —bromeó Mam, a modo de saludo—. A este paso le veo suspendiendo el curso.

El hombre rio la ocurrencia y se apresuró a responder que ya le gustaría estar en edad de ser expulsado de clase por el profesor. Anita Coleman, como cada día, tomó la amapola de papel que le ofrecía y depositó en la cajita una libra.

—No existe mejor modo de minimizar nuestros problemas que ayudar a solucionar los de los demás —comentó Mari a Carol, mientras las dos la observaban sujetarse la flor roja en la solapa del anorak—. Eso me dijo tu Mam cuando me sugirió que echara una mano como voluntaria en las clases de gimnasia.

—No es mala idea dar buena imagen ante la dirección —respondió, con su innato expticismo.

—Desde luego que sí, por eso lo hago también. Pero no olvides que fue aquí donde conocí a Anita. Tú no sabes lo desamparada que me sentía, enferma, sin poder explicarles bien a los médicos qué me dolía, hasta que llegó ella hablando español. Fue mi ángel de la guarda.

—Lo sé.

Carol conocía esa historia. En una de sus visitas al Saint Mary, los médicos pidieron ayuda a Mam para poder entenderse con una joven española aquejada de apendicitis aguda, que no tenía ningún familiar en Londres. Mam se hizo cargo de ella hasta que se repuso, como si de su hija se tratara, hasta que le dieron el alta. Dos semanas después, Mari se mudaba del apartamento compartido en el extrarradio a la casa que los Coleman poseían en el centro de Londres.

—Tienes mucha suerte de tener a Anita. Cualquiera querría una madre como ella. Su recelo innato, impulsó a Carol a opinar sin demasiado acierto.

—Cualquier mujer que se casara con un hombre que ya tiene una hija, haría lo mismo.

Mari discrepó con la mirada, antes de recordarle una realidad lejana que Carol conocía mejor que ella.

—La que se casó con el padre de Anita no lo hizo.



Carol fue incapaz de rebatir sus argumentos, porque era tan cierto como injusto. El pasado de Mam la entristecía e indignaba a partes iguales.

Mam nunca hablaba de su juventud, pero en casa todos sabían, como si se tratara de una vieja historia que no merecía la pena recordar, que el padre de Anita, al enviudar, no tardó en casarse en segundas nupcias. Consciente de que su nueva esposa no veía con buenos ojos compartir casa y existencia con una hija que no era suya, ya hecha toda una mujer, decidió buscarle empleo en Inglaterra, mediante una agencia de contratación. Sacó todo el dinero de la cartilla de ahorros de Anita, le puso la maleta en la puerta y, en la mano, un contrato de trabajo y un billete de avión para Londres. Y no tuvo reparo alguno en sacudirse de encima a su propia hija, que solo tenía entonces veintidós años. Anita Coleman no era de naturaleza rencorosa, pero a nadie extrañó que no quisiera regresar a su país porque allí no dejó cariño alguno al que aferrarse, sino mera decepción. Carol recordaba que, siendo ella y su hermano muy niños, su padre y Mam viajaron a Cantabria, aunque no llegaron a tiempo al entierro del padre. Un viaje que alargaron durante dos semanas, durante los que visitaron varias ciudades españolas, aprovechando que ella y Richard estaban en un campamento de verano.

Anita hablaba de España con gratos recuerdos a cerca de las costumbres, pero a su familia no la mencionaba jamás. En vista de cómo la trataron, se ganaron a pulso el olvido. Había que reconocer que su padre la crio, educó y, a su modo, le brindó un futuro. Aunque podía haberlo hecho sin ponerla de patitas en la calle sin otro consuelo que un empleo de chacha para todo, a dos mil millas de distancia y sin más inglés que el aprendido en el colegio y oyendo las canciones de los Beatles.

Mari se despidió de Carol, porque se acercaba la hora de ayudar en rehabilitación, y Anita llegó con la satisfacción del deber cumplido pintado en la cara. Carol se fijó en la amapola de papel de su solapa y recordó haber visto varias como aquella, la última vez que estuvo en casa en Alesbury.

—Ya no sé cuántas amapolas colecciono en un cuenco, ese que tengo en la mesa de la cocina —confirmó Mam, como si acabara de leerle el pensamiento—. Pero cualquier ayuda es poca.

—¿Nos vamos? Si no has terminado, no me importa esperar.

—Aquí no tengo horarios, ya lo sabes. Pero el capitán Pitt siempre me entretiene un rato. Le gusta charlar.

Carol giró la cabeza y observó al hombrecillo, tan orgulloso de su labor, ofreciendo amapolas solidarias a todo el que pasaba. Por la edad, era obvio que se trataba de un veterano.

—Creía que las vendían por el centenario —comentó Carol—. Pero supervivientes de la Gran Guerra, muy pocos deben quedar. ¿Combatió en la otra, no? —conjeturó, refiriéndose a la II Guerra Mundial.

—Los veteranos no olvidan a quienes cayeron antes que ellos —respondió, Anita Coleman, dándole la razón—. Y el capitán, además, tiene motivos personales. Por eso se implica tanto en la recogida de fondos. Esas monedas que donamos hacen mucho; más de lo que llegamos a imaginar cuando las dejamos como un donativo casi simbólico. El sobrino del capitán Pitt quedó parapléjico por culpa de un accidente de tráfico. Desde hace diez años, el hospital militar se ocupa de su cuidado y con estos fondos han costado la adaptación de su vivienda y su coche.

—Espera un momento, voy a por una —pidió Carol.

El domingo anterior se celebró en todo el país el Día del Recuerdo. Miles de amapolas imprimían por todas partes una nota de rojo vivaz, Carol siempre las consideró un homenaje a los muertos. Nunca supuso que significaban tanto para los vivos. Y decidió que, en lo sucesivo, no iba a faltar una en su ropa, prendida en el bolso o en el salpicadero de su coche.

Anita sonrió al verla pedir ayuda al capitán Pitt que, encantado, le prendió la flor de papel en la bufanda con un alfiler.

—Vamos a por ese chocolate que no he comido nada desde el mediodía —propuso Mam.

Juntas caminaron hacia la salida.

—¿Qué tal está papá?

—Como siempre. Este fin de semana nos marchamos a Liverpool a ver al pequeñín.

—Ya tengo ganas de verlo —comentó Carol, su sobrinito Bobby era una monería—. Seguro que ha crecido un montón. Richard y Fanny me envían mensajes con fotos, pero no es lo mismo.

—Pronto nos juntaremos en casa por Navidad —señaló Anita—. Y tú, ¿cuándo te animarás a darnos un nieto?

—¡Huy, no empieces!

—Tengo ganas de presumir. Mírame, soy una abuela joven y de muy buen ver.

Carol exhaló un bufido como si se desinflara entera.

—Pues no esperes que sea mañana.

—Eso ya lo suponía, cariño.

—Ni pasado tampoco, Mam.

Bastante la mortificaba ir por detrás de su hermano pequeño en casi todo en la vida. Solo le faltaba añadir esa nueva cantinela.

Mac solo se sentía en casa cuando se encontraba en Selkirk Castle. Pero ese día habría preferido estar en la envidiable y vacía casa familiar de Londres. La inmensidad de la mansión, el árbol con sus luces y los detalles navideños que su madre y el servicio habían ido colocando aquí y allá lo ponían melancólico.

—¿Piensas seguir así? —le preguntó su padre después de la cena.

Él continuó girando su vaso de *whisky* en la mano, repantigado en uno de los sillones del antiguo saloncito de fumar.

—¿Qué te sucede? —insistió.

Dado que no parecía dispuesto a dejarlo estar, Mac alzó la vista hacia él con un suspiro.

—¿Tanto se me nota?

—A tu madre no se le escapa nada. Ya sabes que se preocupa enseguida.

Mac dejó el vaso sobre una mesilla, se ladeó en el sillón cruzando una pierna sobre otra y tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos.

—La subasta de Christie's —dijo al fin.

—¿Algún imprevisto que yo no sepa? Creí que lo tenías todo atado.

—Ese imprevisto es una mujer.

El conde disimuló una risilla por debajo del bigote que a Mac no le hizo la menor gracia.

—Quiere la partitura —añadió con aspereza.

—Y nosotros también. Si es coleccionista, ya conoce las reglas del juego.

Mac negó con la cabeza y, sin entrar en detalles, le explicó cómo había conocido a Carol y para quién trabajaba. Al escuchar el nombre de Katherine Whits, lord MacLeod se llevó la mano al mentón algo preocupado. Conocía de oídas la reputación de aquella galerista.

—Para Carol es muy importante conseguirla —añadió—, pero por una razón equivocada.

—No puedes pretender que todo el mundo vea las cosas desde tu punto de vista y menos cuando se trata de un negocio.

—Pero ella, precisamente, sí que me gustaría que lo viese como yo —confesó sin disimular su preocupación—. Sé que se trata de algo importante para ti y pienso pelear duro. Pero tanto si ese día gana ella, como si soy yo, saldremos perdiendo los dos.

—Esa partitura significa armonía. ¿Para qué la queremos si va a convertirse en el recuerdo de un enfrentamiento? Es mejor que se la cedas, ten ese gesto de buena voluntad.

—Pero bueno, papá, no me vengas ahora con frases de las que sirven para enmarcar. Se supone que queremos la partitura y el documento que oculta, ¿o has cambiado de parecer?

—No, no lo he hecho. Pero la propiedad de esa escritura no tiene valor para nadie, salvo para los herederos de la familia Eichmann, si es que queda alguno vivo. No me costaría convencer a esa Whits o a su cliente para que nos la entregaran. O nos la vendieran, si fuera necesario.

Lord MacLeod deseaba ganar la subasta por dos motivos, uno sentimental y otro moral. El segundo, no lo conocían más que los miembros de la familia. Se trataba de saldar un compromiso tan antiguo y tan difícil de resolver que, en aras de evitar la

evidencia de un fracaso anunciado, prefería mantener en secreto.

—No creo que exista alguien capaz de especular con los bienes robados por los nazis a una familia judía.

—Mi interés por ambas cosas, la partitura y la escritura de propiedad de unos cuadros, reside en la necesidad de saldar de una vez una vieja deuda que arrastran tres generaciones de MacLeod.

—Cuatro —rectificó Mac; y estudió la expresión de su padre antes de continuar—. Los antiguos errores no resueltos se convierten en una carga incómoda que nunca deja de remordernos, ¿verdad?

—A veces es demasiado tarde para enmendarlos.

Mac no estaba de acuerdo. Siempre se podía mirar atrás y rectificar.

—Papá, ¿te acuerdas de Anita Silva? Aquella *nanny* que tuvimos cuando nació Alice.

—Sí, claro que sí. La joven española.

—Los años pasan, ahora es una señora. Nos encontramos en Londres hace un tiempo. Ella no me reconoció, pero yo a ella sí.

Lord MacLeod arrugó la frente, con evidente pesadumbre.

—No fuimos justos con ella.

—Mamá y tú nunca le pedisteis perdón —lo reconvino.

—Tu madre trató de localizarla tiempo después, pero le fue imposible.

—Es lógico, cambió de apellido. Ahora es Anita Coleman, está casada con el eminente doctor de Oxford. —Lord MacLeod, asintió con sorpresa y agrado—. Y Carol Coleman, la mujer contra la que voy a competir es hija del profesor e hijastra de Anita.

—Un momento —recapacitó el conde—. De tu preocupación deduzco que esa chica sabe menos de lo que debería. ¿No le has dicho quién eres?

—Sí. Pero no le he contado la relación que nos une con la mujer de su padre.

—Y tú hablas de enmendar el pasado —reprochó, arrugando la frente—. Hijo mío, permite que te diga que estás cometiendo un grave error. ¿Puedo preguntar por qué?

—No, mejor no preguntes —zanjó—. Y por si no lo has notado, lo que menos necesito ahora mismo es escuchar un sermón.

De pronto pensó en la subasta, Carol era su principal oponente. Él quería demostrarle que sus intenciones escondían motivos más nobles que el mero hecho de acumular un objeto más en la colección familiar. Pero ¿cómo explicárselo? En cuanto supiera cuántas cosas le había ocultado, perdería para siempre su confianza.

—Para Carol solo supondrá otro éxito, nada más que eso —meditó en voz alta.

El conde se entretuvo mirándose las manos. Mac lo conocía de sobra y sabía que, tras esa aparente abstracción, su padre estaba especulando.

—Solo puedes hacer una cosa —dijo por fin; su hijo lo miró con curiosidad, deseando saber qué maquinaba—. Mañana no pujes con la cabeza y deja que este de

aquí lleve las riendas —indicó dándose unos golpecitos en el centro del pecho.

Mac se inclinó para tomar su vaso y dio un trago largo.

—Cuánto te gusta ponerte sentimental.

Su padre le dio un par de palmadas en la rodilla.

—Hazme caso, que soy más viejo que tú.

Con las preocupaciones que tenía y los asuntos importantes que debían ser su prioridad, Carol aún no entendía cómo se dejó convencer por Mari para participar como comparsa en aquel remedo de entierro solo apto para chiflados.

—¿Qué? ¿Vamos allá? —preguntó Mari, a los otros tres.

La señora Coleman asintió con el gesto de gravedad que requería la ocasión. Carol con una mueca resignada y Dick con un guiño cómplice que a Mari le dio muy mala espina. Formando parte de aquella comitiva clandestina y siniestra, se notaba que estaba en su salsa, el chaval.

Se habían vestido los cuatro de negro riguroso, porque Anita Coleman insistió en que los muertos merecían un postrero respeto. Mari abrió la puerta de la cocina que comunicaba con el jardín trasero y cogió de encima del microondas la urna que contenía los restos del difunto Archibald Turner.

—Un momento —dijo la señora Coleman, antes de salir al exterior—. Habrá que decir unas palabras.

—Yo me encargo, que si algo me sobra es palique —decidió Mari—. Dick, ahí tiene la pala, el boquete es cosa tuya.

Al decirlo, señaló con la cabeza hacia la pared, junto a la que se veían los útiles de jardinería que los tres habitantes de la casa no usaban jamás. Solo Anita, cuando se dejaba caer por allí, adecentaba un poco los setos y los dos arbolillos ornamentales de la puerta principal, que sobrevivían asilvestrados y gracias a la lluvia perenne.

—Y Mam y yo hacemos bulto —completó Carol, con ironía cansina. No le cabía en la cabeza el aire de tragedia que conferían los mediterráneos a todo lo que tenía que ver con la muerte.

—Pues sí, por respeto al tío Archie. Que un entierro sin familia es muy triste —afirmó Mari, abriendo el cortejo fúnebre.

Salieron al patio en fila india y se plantaron los cuatro en corrillo en medio del jardín.

—Estamos aquí reunidos...

—Mmmm... ¿No huele a comida? —comentó Dick.

—En Londres siempre huele a comida —farfulló Mari, molesta por su interrupción—. ¿Y la pala? Ese agujero ya tenía que estar cavado.

El caso es que ella también había notado el aroma, nada más salir. Y no era el habitual a fritura, no, olía...

—¡Hey, vecinos! —se oyó por encima de la valla—. ¿Pero qué hacéis todos de

negro a estas horas? ¡Que parece que venís de un *after*!

Los cuatro miraron a un tiempo hacia la casa vecina. Entonces entendió Mari el porqué del apetitoso aroma que llegaba desde allí.

—¡Hey! ¿Qué pasa, paisanos? —los saludó en español, con una leve sonrisa de trámite.

¿Pero qué pintaban en la casa de al lado los chicos de Alicante que vendían paella a cuatro libras la ración en el mercadillo de Portobello? Con razón olía tan rico. Pues qué iban a hacer en aquella casa ocupada por estudiantes y artistas que siempre parecían de paso. ¡Una paella para todos sus habitantes! Que no eran pocos, a la vista del jaleo que se traían.

—Somos así —dijo uno de ellos, cerveza de litro en mano—. Nos juntamos cuatro colegas y nos falta tiempo para agarrar el delantal y ponernos a hacer de comer.

—Hala, pues buen provecho y que no se os agarre el sofrito —deseó, a la vez que ocultaba la urna del muerto detrás de su cuerpo—. Dick, esconde esa pala rápido —farfulló en inglés.

Vaya casualidad, los de al lado de fiesta paellera y ellos enterrando a un tío lejano en el jardín. A ver cómo explicaban aquello. Como a los vecinos les diera por el cachondeo, iban a sacar los móviles y en menos de diez minutos, ellos cuatro y el difunto tío Archie serían los reyes de YouTube. Tan bien preparado que lo tenían y se les acababa de fastidiar el plan.

—Mejor nos vamos rápido, ¿no? —opinó Carol, por lo bajo.

Las miradas de curiosidad de los reunidos en el patio contiguo, le hizo pensar que pronto empezarían las preguntas. Y conociendo a Mam, mejor cortar de raíz su afición a las relaciones sociales, y más tratándose de españoles.

Cual hilera de cucarachas, los cuatro desfilaron hacia la cocina despidiéndose de los vecinos con comedidas sonrisillas muy británicas. Una vez cerraron la puerta, Mari soltó aire, contrariada y aliviada a la vez.

—Me da mucha pena —dijo la señora Coleman, mirando la urna—. Pero con todos esos muchachos mirando, me temo que no va a ser un entierro serio. ¿Lo dejamos para otro día?

—Podemos ir al parque y esparcir las cenizas al aire.

Carol se horrorizó, solo de imaginar la escena. Los cuatro de luto riguroso como en una película de Fellini, llamando la atención en Regent's Park, tan concurrido por gente que los conocía de vista al estar justo enfrente de la casa.

—Dick, no des ideas, por favor —murmuró.

## 12. Rivales a pesar de todo

A mediados de noviembre, llegó el esperado y a la vez temido día. Carol nunca había estado tan nerviosa. En las subastas hacía gala de un temple de acero. Pero esa mañana, sentada en la primera fila de la sala Christie's y con el corazón latiéndole sin control, no dejaba de escudriñar por encima del hombro a ver si localizaba a Mac entre los asistentes.

El director de la subasta, encargado de dirimir las pujas, subió al estrado. Un ujier colocó la partitura enmarcada del famoso villancico *Stille Nacht* sobre un atril. La sala entera prorrumpió en murmullos. Carol miró por encima del hombro y, tal como imaginaba, constató que era Mac quien entraba. Presentarse el último y a punto de comenzar era un golpe de efecto que ella intuyó destinado a inquietarla y desestabilizar su aplomo.

En otras condiciones, el salón estaría medio vacío. Pero ese día no había ni un hueco libre. Se había extendido el rumor de que el conde de Selkirk iba a pujar por la pieza, novedad que convocó a los especuladores. Intermediarios que solo pretendían la partitura original para revenderla, acudieron en masa. Se daba por supuesto que, si un coleccionista de tal categoría la quería en su colección, algún valor oculto debía poseer.

Carol miró por última vez hacia el final de la sala. Mac, que se había quedado de pie detrás de la última fila, la saludó con un levísimo movimiento de cabeza y fijó la vista en el estrado.

Ella giró hacia el frente de nuevo y enderezó la espalda. Aquel saludo tan frío le encogió el estómago.

El director anunció el precio de salida. Mil libras. Quedaba muy lejos de las seis mil que había fijado como puja máxima el patronato del museo de Salzburgo.

—Dos mil —anunció mirando hacia el fondo.

La cantidad provocó un nuevo coro de murmullos. Doble en primera puja; Carol supo que Mac iba a por todas.

—¿Dos mil doscientas libras?

Ella hizo un leve gesto con la mano derecha.

—Dos mil doscientas —aceptó el director—. ¿Cuatrocientas? —tanteó mirando en derredor—. ¿Cuatrocientas?

La puja al alza se hizo esperar varios segundos más de lo habitual. Carol se preguntó, si merecía la pena enemistarse para siempre con Mac a cambio de marcarse un nuevo tanto en su carrera profesional.

—Dos mil cuatrocientas —dijo el director, señalando al fondo. Carol cerró los ojos, decepcionada al constatar que Mac no tenía ningún reparo moral en seguir adelante.

—¿Quinientas? ¿Alguien ofrece dos mil quinientas libras?

Carol hizo la seña usual con la mirada fija en la partitura.

—Dos mil quinientas libras —acordó el director, señalándola a ella.

No eran solo las estrofas de un villancico. Mac le había explicado su verdadero significado. Quizá fuera más honesto dejar que el viejo documento acabara en manos de quien veía en ese trozo de papel un símbolo de concordia y armonía, más allá de las notas musicales que llenaban sus pautas.

—¿Seiscientas?, ¿seiscientas?... ¿Perdón? ¿Cinco mil? —dudó e hizo una pausa con la mirada puesta en el fondo de la sala—. Cinco mil —anunció; y con un movimiento tajante de la mano silenció los murmullos—. Ofrecen cinco mil libras. ¿Cinco mil doscientas?

El nuevo precio provocó una exclamación general. La subasta parecía un duelo en el que los dos oponentes no daban tiempo a que nadie más interviniera.

Carol alzó apenas los dedos.

—Cinco mil doscientas libras —señaló mirándola a ella—. ¿Cuatrocientas? —tanteó—. Cinco mil cuatrocientas —afirmó el director. Carol suspiró, sin girar la cabeza, convencida de que esa nueva puja era de Mac—. ¿Cinco mil quinientas?

Cerró los ojos y, con la mano izquierda, se sujetó la derecha sobre el regazo. «Es tuya, Mac —dijo en silencio—. Para tu padre significa más que para un museo donde solo será una pieza entre miles. Es tuya por cinco mil cuatrocientas libras».

—¿Quinientas? —tanteó el director. Nadie en la sala parecía dispuesto a superar ese precio—. Cinco mil cuatrocientas libras a la una... A las dos... —dio el golpe definitivo con la maza—. Vendida por cinco mil cuatrocientas libras.

A pesar de la debacle que se avecinaba en cuanto Kat la viese llegar a la galería con las manos vacías, Carol se sintió en paz consigo misma. Esperaba que Mac supiese apreciar el sacrificio que acababa de hacer por él. Era hora de levantarse, estaba deseando ver su cara al darle la enhorabuena. Miró por encima del hombro y...

Notó un golpeteo punzante en las sienes. El estómago se le contrajo provocándole una horrible sensación de náusea. De Mac no había ni rastro y ¡la partitura Gruber había sido adquirida por un desconocido calvo y rechoncho de la penúltima fila!

Un desconocido...

La cabeza de Carol era un caos de pensamientos. Llamó al móvil de Mac pero no obtuvo respuesta. Quería constatar su sospecha. Todo apuntaba a que había dejado escapar la ocasión. ¿Lo había hecho por ella?

Tonta, tonta y tres veces tonta. ¡Maldita subasta! ¿Se podían hacer las cosas peor? Carol no podía ser más generosa consigo misma después de la serie de errores que acababa de cometer. El más grave e imperdonable, haber reaccionado demasiado tarde. Debió abandonar al principio. O al menos antes de que Mac se largara de la



sala. Ahora la partitura era propiedad de aquel hombre orondo de la pajarita y lo había perdido todo. Había perdido a Mac.

Y aún le quedaba apechugar con otro enfrentamiento que, aunque poco le importaba ya, era el más desagradable. Con el corazón roto y la autoestima por los suelos, abandonó Christie's dispuesta a verle la cara por última vez a Katherine Withs.

—Estás despedida.

Ese fue su recibimiento en cuanto puso el pie en la galería de arte. Pensaba renunciar ella misma, pero Katherine, por supuesto, siempre tenía la primera y la última palabra.

—No puedo creer que hayas dejado que te quiten en tus mismas narices el villancico ese. A ver qué excusa les pongo yo ahora a los austriacos... —farfulló, haciendo tintinear el cordoncillo que le sujetaba las gafas de leer.

—Hice lo que creí correcto, tengo la conciencia tranquila.

Durante un minuto que a Carol se le hizo bochornosamente eterno, Kat la observó de arriba abajo como quien mira a un animal del zoo.

—Dicen las malas lenguas que te han visto acompañada por un MacLeod.

Carol no esperaba el comentario y su cara lo dejó entrever, porque la mirada de Kat se iluminó con el brillo del triunfo.

—Eso no viene al caso.

—¿Ah, no? En este mundillo todo dios hace reverencias en cuanto se nombra ese apellido.

—Pues yo no. No tenía ni idea de que la colección Selkirk tuviera que ver con el apellido MacLeod. Nunca he estado al tanto de la vida de la aristocracia.

—Mira guapita, a ver si te crees que me chupo el dedo. ¿Te lo has follado ya?

Carol le sostuvo la mirada, inmutable.

—Llámame cuando tengas preparados los documentos que me liberen del contrato que me ataba a esta galería.

Kat rio como un caimán.

Carol giró en redondo. Solo quería marcharse y no volver a verle la cara a aquella mujer.

—Más vale que te des prisa en meterte en su cama, a lo mejor consigues que te mantenga ahora que no eres nadie —oyó que le advertía a su espalda—. Y que te quede clara una cosa: no te vas tú, te echo yo.

—Ya nos veremos, Kat —dijo Carol sin girarse siquiera.

Por su parte, Mac no estaba para celebraciones. El pub entero celebraba el segundo gol de Brian Aleman levantándose de las sillas. Miró la pantalla gigante por encima

del hombro y volvió la atención al fondo de su vaso sin dejar de cavilar sobre lo acontecido en la subasta. Él se rindió y la partitura se la llevó la galería Whits, punto final. Y aunque había renunciado por Carol a seguir subiendo el precio, era incapaz de digerir la decepción y la rabia que lo envenenaban por dentro. Habría deseado que Carol estuviera de su parte. Pero cuando la vio superar impertérrita cada puja lo decepcionó tanto que prefirió dejarla ganar. La imaginó exultante, celebrando su triunfo por haber adquirido para su cliente la partitura Gruber.

Y lo peor del asunto era que Mac se sentía culpable por juzgarla. Carol era una profesional y para él la subasta fue una guerra personal. Un asunto familiar del que ella desconocía la mitad y que no tenía por qué entender. Y aunque así fuera, nada la obligaba a pensar como él.

El sentimentalismo casaba mal con los negocios y la obligación de Carol consistía en adquirir obras de arte al mejor precio, ni más ni menos. Como él, puesto que se dedicaba a lo mismo.

Paladeó un trago de *whisky* sabiendo que más tarde se arrepentiría de haberlo hecho. Las cinco de la tarde y ya con dos copas en el cuerpo, mal asunto. Emborracharse no solucionaba nada.

A pesar de que era una idiotez, apuró el vaso de un solo trago y pidió al camarero otra copa.

—Maldita subasta —murmuró, haciendo girar el *whisky* entre las manos.

Maldito avión. Malditas ganas que tenía de darle vueltas a la cabeza en ese momento. Lo único que quería era olvidar y largarse a Escocia cuanto antes.

Pero sin poder evitarlo, la mente actuó por su cuenta y solo pudo pensar en Carol durante largo rato. Y meditó también a cerca de la línea invisible que separaba el enamoramiento, en el que solo se es capaz de ver todo lo bueno de una mujer, del amor con consecuencias, ese serio y profundo que le permitía a uno descubrir las cosas no tan buenas y aceptarlas puesto que formaban también parte de ella.

Bebió otro trago y mandó al cuerno las emociones. Empezaba a parecerse a esos héroes atormentados de las novelas de amoríos que leía su madre.

Carol subía mezclada entre la multitud que atestaba la escalera mecánica del metro. Una más, con sus problemas, como todos. Miró sin ganas a la gente que hacía el recorrido a la inversa en la escalera de enfrente. Seguro que cualquiera de aquellas personas debían cargar con cavilaciones que les robaban el sueño, más graves que las suyas. Consciente de esa realidad, su sensatez le prohibió cualquier idea tendente a la autocompasión. Un gesto de generosidad inútil acababa de tener como consecuencia su salida de la galería Whits. Pero no volvería a aguantar a Katherine. Hasta en un mar de tonos de gris podía atisbarse una pizca de color.

Al llegar a la antesala de los tornos, sacó el bono del bolsillo y se quedó contemplando la pared. Cientos de veces había pasado por allí, y por pasillos

similares donde lucía ese mensaje que conmemoraba el centenario de la I Guerra Mundial. Pero esa vez, el verso que hasta entonces solo había leído de pasada como una bonita combinación de palabras, adquirió una nueva dimensión.

Un día Londres se llenó de amapolas. En las paredes, en las calles, en cada solapa de los abrigos, en los llamadores de las puertas, en las iglesias, por todas partes se veían las humildes flores rojas del recuerdo. Idénticas a las casi novecientas mil que cubrían el foso de la Torre de Londres; una por cada soldado británico y colonial caído cien años atrás. Amapolas que rememoraban el dolor, pero también el consuelo de no olvidar al ser querido, y el recuerdo de que no fue la única guerra, que hubo más. Porque hay errores que se repiten como una lacra, como heridas no sanadas que vuelven a sangrar.

Las amapolas rojas del recuerdo ponían su nota vivaz en una ciudad brumosa con las fachadas de los edificios, opacas por la contaminación.

—En los campos de Flandes crecen las amapolas... —leyó moviendo los labios tan solo.

Esos mismos campos belgas, que cien años atrás lo fueron de batalla, y que ahora conocía gracias al relato de Mac. Carol releyó esas ocho palabras entendiendo por primera vez su significado. La sangre derramada que la tierra devolvió en forma de flores como símbolo de esperanza. Como una súplica silenciosa para no olvidar a los muertos y aprender a recordarlos sin rencor. Concordia, ese era el símbolo que veían los MacLeod en la partitura Gruber. Por descubrirle un valor que nadie más era capaz de ver, debería pertenecerles.

Carol cerró los ojos y lamentó profundamente que el original de *Stille Nacht* no hubiera acabado en poder de Mac.

Llegó a casa sin ganas de nada. Se asomó por la baranda al escuchar voces en el sótano. La puerta del apartamento de Dick estaba abierta y desde allí se escuchaba también la voz de Mari. Bajó las escaleras porque, después de discutir con Kat, necesitaba que le contagiaran un poco de alegría.

—Os veo muy entretenidos, parejita —dijo entrando sin llamar.

Mari y Dick estaban de espaldas a ella, sentados en el sofá.

—Pasa —la invitó Mari—. Dick me está ayudando con el wifi, que se me ha desconfigurado —informó, señalando el portátil que el chico tenía sobre el regazo—. No veas las cosas que se aprenden con este chico tan listo. ¿Tú sabías que los pollos siguen vivos después de cortarles la cabeza?

Mientras manipulaba el ordenador de Mari, le contaba anécdotas de la granja.

—Tenías que haberlo visto —comentó, sin dejar de teclear—. Aquel pollo era más duro que Chuck Norris, corría que se las pelaba por la cocina. ¡Sin la cabeza! Y mi padre detrás de él con el cuchillo...

Se le veía emocionado relatando el episodio rural con tintes *gore*.

—Qué interesante —dijo Carol, sin molestarse en fingir interés.

—Y tú, ¿qué? ¿Mucho trabajo o ha habido peleílla con la bruja de tu jefa?

La expresión de Carol fue elocuente.

—Cuando subas te cuento. Creo que necesito con urgencia un lingotazo de *whisky*.

Un cuarto de hora después, las dos se hallaban en la cocina de la planta baja, que usaban como zona común y que a menudo era su rincón de charla. Mari tuvo que beberse un *whisky* con hielo también cuando Carol le contó su desastrosa actuación en la subasta y las posteriores consecuencias.

—Entonces, ¿te ha despedido?

—Yo iba a presentar mi renuncia, pero Kat se ha adelantado. Conclusión, que estoy sin empleo.

—Pero, ¿cómo se te ocurrió dejar la puja cuando ibas ganando?

—Lo hice por Mac, pero me salió mal.

—Pues no haber acudido a la subasta, que ir para perder... Para puta y en chancletas, me quedo quieta, que diría mi yaya.

—No entiendo qué significa ese refrán de tu abuela, pero me imagino que pretendes recordarme que he actuado como un idiota.

—Mujer, eso tampoco. Pero ¿acudir para retirarte de la puja? Reconoce que perder tu empleo para que la partitura esa se la lleve otro ha sido una tontería, por decirlo finamente.

Carol dejó el vaso sobre la encimera.

—Tienes toda la razón.

Mari no quería verla tan derrotada y tuvo una idea que estaba segura que la ayudaría a despejar la cabeza.

—Mira Carol, yo sé lo que necesitas. Una escapadita te vendrá de lujo. Está decidido, ¡nos vamos a Escocia mañana!

—¿A Escocia?

—¡Sí! Unas amigas de Sevilla están por Newcastle y me llamaron ayer para invitarme a ir con ellas a un festival folclórico o algo así, en un pueblo que se llama Kelso. Han alquilado un coche y desde allí iremos a Edimburgo.

—Hoy es martes. No sé, ¿entre semana?

—Se te hace raro, ¿verdad? Pues es la única ventaja que tiene estar sin trabajo.

Pensando en ello, Carol tamborileó una cancioncilla con los dedos sobre el granito de la encimera. Involuntario, pero disfrutaba de días de ocio. Y la idea de cambiar de aires le pareció absolutamente tentadora.

—La verdad es que me apetece volver a Escocia —confesó, recordando con añoranza sus años universitarios—. Los viajes de trabajo ni los cuento, porque no dejan tiempo para ver nada.

—Ya verás lo contentas que se pondrán Maca y Yasnaia. Y nos harás un favor si conduces tú, ya sabes que el volante a la derecha nos despista bastante.

—¿Yasnaia? Nunca había oído ese nombre. ¿Es típico español?

Mari negó con el dedo.

—Se lo pusieron por Tolstói pero no me preguntes más.

—Es bonito.

—Suerte tuvo de que no le pusieran Leonila en su honor. Y Maca es Macarena.

—Sí, ese me suena. Uno de los mil nombres que le dais los católicos a Santa María.

Mari alzó las palmas de las manos, incapaz de explicarle que iba encaminada pero que en realidad era la Virgen de la Esperanza.

—¿Para qué voy a entrar en detalles, si los anglicanos no entendéis de estas cosas? Entonces, ¿te vienes con nosotras?

Esa vez, Carol agradeció su insistencia con una sonrisa sincera. Con su carácter protestón y sus refranes para todo, Mari había llevado la alegría a aquella casa.

—Estoy deseando conocer a tus amigas. Una escapada de chicas es justo lo que necesito.

### 13. ¡Nos vamos a Escocia!

Carol y Mari tomaron un avión hasta Newcastle, donde las esperaban las dos amigas, que se encontraban allí disfrutando de la ruta del muro de Adriano, vestigio romano de la antigua Britania. Desde allí, con el coche alquilado por las españolas, recorrieron las menos de setenta millas que distaban de Kelso. Carol se ofreció a conducir; de las cuatro, era la única con soltura en vehículos con el volante a la derecha. Gracias a ello, el trayecto duró menos de lo previsto. Mientas viajaban por la autopista que cruza el Parque Nacional de Northumberland, fue poniendo al día a las otras tres de las peculiaridades que iban a encontrar en cuanto pisaran tierra escocesa. Como lo conocía bien, por haber vivido en Saint Andrews, y dado que las españolas encontraban algún escollo en el vocabulario inglés, hizo especial hincapié en sacar a las amigas de Mari de su error, que pensaban que todos los escoceses hablaban gaélico.

—Aquí en los Borders hablan *scots* y suelen mezclar palabras —explicó sin apartar la atención del volante—. *Lassie* es «chica», «señorita», «dama». Si os llaman así no creáis que se refieren a la perra *collie* de las películas. Y *wifie* no tiene nada que ver con internet. Es «mujercita». En realidad quieren decir «mi mujercita», así que cuidado.

—Suenan estupendamente.

—Ya estoy deseando que un *highlander* me llame «su mujercita».

—Pues aquí no veréis a ninguno, salvo que se deje caer de visita como nosotras. Las *Highlands* están bastante más al norte —reiteró; le chocaba esa pasión que despertaban los nativos de las Tierras Altas en las féminas del sur de Europa.

Las dos amigas de Mari, que llevaban una semana de turismo por Gran Bretaña, les comentaron lo mucho que les habían aconsejado ir hasta Kelso, asegurándoles que no podían dejar de disfrutar de los actos tradicionales que tendrían lugar ese fin de semana. En especial, presenciar un partido de Ba Game.

—Es cierto, no había caído en que mañana es San Andrés —recordó Carol.

Estaban a veintinueve de noviembre. Los partidos de fútbol medieval solían jugarse dentro de las celebraciones del *Hogmanay*, con las que los escoceses despedían el año. Comprendió que el que las llevaba a Kelso se jugaba para conmemorar el día del patrón de Escocia.

—Ay, *miarma*, el paisaje es precioso —comentó Maca—. Nunca había visto nada igual.

—Sí lo es —murmuró Carol.

Sus tres compañeras de viaje se enfrascaron en una conversación en español y Carol aprovechó para disfrutar de la sensación que la envolvía cada vez que dejaba atrás las colinas de Cheviot y se adentraba en aquella tierra. Desde que vivió allí, había vuelto varias veces, por motivos de trabajo, a Edimburgo o Aberdeen. Viajes relámpago que no le dejaban tiempo más que para un corto paseo o para disfrutar del paisaje a través de la ventanilla del taxi que la llevaba al aeropuerto. Pero aquel regreso era distinto. Ese día, mientras conducía en silencio, albergaba un sentimiento evocador difícil de describir con palabras acertadas. Los bosques de tejos y abetos que flanqueaban la carretera, tan espesos que invitaban a imaginar leyendas de hadas y duendes, dieron paso a la vista infinita de los páramos que daban la bienvenida al viajero. Carol contempló con el rostro radiante los miles de matices de color verde y anaranjado de los llanos y las colinas que ondulaban hasta rozar las nubes. Escocia le infundía calma y libertad.

—Aún no hemos visto las famosas vacas peludas —comentó una de las chicas.

Carol miró brevemente a través del retrovisor.

—Aquí no se ven muchas. Los rebaños más grandes son de ovejas, por la lana. Estos condados viven de la industria textil.

—¿Aquí hacen las telas de cuadros escoceses?

Carol sonrió.

—Los mejores tejidos de lana del mundo. Y cientos de modelos de tartán.

—Qué bien, ya estamos llegando —anunció Mari al leer el cartel indicador de la salida de la utopista.

Aparcaron el coche a las afueras. Las calles se veían llenas de tiendas de artículos de pesca; en primavera, Kelso se llenaría de aficionados para la temporada del salmón en el río Tweed. Pero ese día se encontraba repleto de visitantes, llegados para la fiesta de San Andrés. Preguntaron a un policía, que les indicó las calles por donde se jugaba el Ba Game. De camino hacia allí, Carol explicó a Mari y sus amigas que se trataba de un deporte medieval, antepasado del fútbol, en el que los hombres de la parte de abajo del pueblo competían contra los hombres que vivían en la parte de arriba. No había, por tanto, un número de jugadores. Podían superar los cien en cada equipo y la pelota se atrapaba con las manos.

Llegaron a una esquina que se abría a una plaza. El ruido de la gente era el anuncio de que el juego se encontraba cerca y se aproximaba; a sugerencia de Carol, que ya había visto jugar al Ba Game en Saint Andrew, decidieron esperar allí. Instantes después, una muchedumbre en lid por una pelota abarrotó la plaza. Las tres españolas se asustaron ante aquella aglomeración carreras y golpes, imposible de presenciar como el fútbol convencional.

—Ay, madre mía, no me extraña que suden —exclamó Maca, que tenía los dedos helados incluso con guantes.

—¿Y en esta locura cómo se sabe quién gana? —preguntó Yasnaia, con cara de susto ante las cincuenta manos al aire que peleaban a empujones por atrapar una

pelota de cuero oscuro.

—No tengo ni idea —reconoció Carol—. Solo sé que la parte del pueblo que gana, se queda con el balón. Y si empatan, parten la pelota en dos, media para cada equipo.

—Toma, ¡qué curioso!

—¡Que alguien me tape la boca o me ponga a gritar «*God save the kilt*» como las locas! —saltó Mari.

Carol observó divertida la cara de entusiasmo de las tres, viendo tantos hombres musculados con falda. Volvió la atención al partido y, al fijarse mejor, la sonrisa se le borró de sopetón. Entre los muchos que corrían calle arriba otra vez, reconoció varios kilts amarillos, con franjas negras y rojas. Sin pensar en sus tres compañeras, echó a andar detrás de la multitud de jugadores. Estaba segura de haber distinguido a uno de ellos. Se preguntaba qué hacía allí en Kelso. Sabía que Selkirk no estaba lejos de allí pero, ni en el más remoto de sus pensamientos creyó que podía tropezarse con Mac. La vista no la engañaba, era él, aunque ni parecido al que vio la última vez en Christie's, saludándola con un frío gesto principesco. El que tenía a menos de veinte metros, vestía el kilt del clan MacLeod y estaba peleando como un salvaje por atrapar el balón de Ba.

Huir no era una opción. Carol no era la clase de mujer que pierde los nervios ante un imprevisto. Con todo, un cruce de miradas cuando la pelota fue dividida en dos mitades y todos celebraron el triunfo por igual, dio al traste con cualquier tentativa de esquivar un encuentro con Mac.

Fue él quien dejó la algarada y caminó hacia ella, que ya avanzaba junto a las otras chicas hacia el centro de la plaza. Mari ojeó las caras tanto de Carol como del rubio de la camiseta y el kilt de cuadros amarillos. Intuyó que se trataba del escocés del que le había hablado y, percibiendo que su presencia podía resultar incómoda, animó a las chicas a acercarse al centro de la plaza, donde se amontonaba la gente que felicitaba a los equipos de la parte alta y la parte baja de Kelso.

—¡Mac!

Él giró la cabeza y atrapó al vuelo un jersey de lana que le lanzó un compañero de juego que llevaba el kilt del mismo tartán. Carol lo observaba mientras se lo metía por la cabeza cuando le sonó el móvil en el bolsillo. Se dio la vuelta y retrocedió unos pasos para responder, alarmada al ver el número de teléfono de su padre.

—Hola, papá. ¿Ocurre algo?... A unas setenta millas de Edimburgo, ¿por? —Su padre fue directo al grano y Carol cerró los ojos con una mezcla de irritación y agradecimiento—. No te preocupes. Pasado mañana acudiré sin falta. Y gracias, de verdad, aunque no era necesario que te tomaras la molestia.

Cuando colgó, su ilusión por la escapada de chicas, se había evaporado. Enderezó la espalda, obligándose a recobrar el ánimo cuando escuchó a Mac justo detrás de



ella.

—No esperaba encontrarte aquí.

Carol se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—Yo tampoco. No sabía que eras de Kelso —alegó, a la vista de que jugaba en uno de los equipos del pueblo.

—El padre de mi madre era de aquí. Desde que murió, mi hermano o yo ocupamos su lugar en el juego —comentó frotándose las manos.

—Enhorabuena por el empate.

—Gracias.

El tono gélido de la conversación, no menos que los rostros de ambos, empezaban a cansarla.

—Me he quedado sin trabajo —anunció, mirándolo de una manera muy significativa.

Añadir más, sobraba. Ambos sabían los motivos.

—¿Ah, sí? —indagó él.

Bajó la mirada y se entretuvo con una chapa de cerveza del suelo hasta que quedó aplastada y oculta bajo una de sus botas.

—Sí.

—No lo entiendo —añadió—. Esa bruja de la Whits seguro que tuvo un orgasmo cuando te vio llegar con la partitura de Gruber.

—La dejé escapar.

Mac levantó la cabeza de golpe y durante un par de segundos la miró expectante. Carol observó cómo tensaba un músculo de la mandíbula bajo la barba corta de presidiario.

—Lo sabrías si te hubieses quedado hasta el final —añadió Carol.

—Y entonces, ¿acabó en manos de otro? ¿Pero quién coño...?

—Ni lo sé ni me importa.

El enfado de Mac se disipó. Resultaba absurdo, los dos habían renunciado a la partitura. Y lo lamentaba por ella, ahora que conocía las consecuencias.

—¡Joder! Al final no fue ni para ti ni para mí, pero tú has perdido mucho más que yo. ¿Qué piensas hacer ahora?

Carol le mostró el móvil que aún llevaba en la mano y volvió a guardárselo en el bolsillo del impermeable.

—Marcharme mañana a primera hora. Acaba de llamarme mi padre. El viernes tengo una entrevista de trabajo en el Museo de Londres. Habría preferido que no interviniera, pero... Mis amigas aún no lo saben —añadió, mirándolas charlar sonrientes con un grupito de jugadores de Ba.

—¿Es imprescindible que te marches mañana?

—Ya que me ha recomendado, no puedo dejar a mi padre en mal lugar.

Al oír que llamaban a Mac, le señaló con la cabeza a sus amigos, con los que las tres españolas parecían haber hecho muy buenas migas.

—¿Solo Mac? ¿Sin el título? —curioseó ella, como algo casual.

Su ironía lo hizo sonreír, porque ya le había explicado que el título pertenecía a su padre y que su hermano y él solo recibían un tratamiento de cortesía.

—Nos gustan las tradiciones, pero no vivimos dentro de una novela de Walter Scott.

—¿Me crees cuando te digo que lamento que no consiguieras la partitura Gruber? Mac le acarició la mejilla y le recolocó un mechón detrás de la oreja.

—Tenemos que hablar, Carol. Antes de que te marches —rogó, bajando la voz.

Carol divisó por el rabillo del ojo que las chicas se acercaban acompañadas por tres amigos de Mac y asintió brevemente antes de que llegaran.

Fue Mari quien, con su desparpajo habitual, intervino presentándose a sí misma. Carol presentó a Mac a las chicas.

—¿Y nosotros qué? —intervino uno de los dos amigos que vestían el tartán MacLeod—. ¿No nos presentas a tu rubita...?

—Mi novia —afirmó. Ella se sonrojó, al saberse el centro de las miradas curiosas de todos; y no era momento de pedir explicaciones—. Carol, estos son Rob, Francis y Gavin.

Tras los saludos, ellos retomaron la charla que ya traían de camino con las chicas.

—Y ya sabéis, mañana os acercáis a Selkirk. No podéis ir sin visitar la *Auld Kirk*.

Mac, que era de Selkirk, explicó que se referían a la vieja iglesia del bosque, o las ruinas y lápidas del antiguo cementerio que quedaban del lugar donde William Wallace fue nombrado caballero y guardián de Escocia. A ellos les chocó que lo conocieran como *Braveheart*. Muy bravo fue su corazón, pero allí nadie confundía el título de la película de Mel Gibson con el nombre real de su héroe nacional.

—Yo, lo siento, pero me perderé esa excursión —anunció Carol, con un gesto de resignación—. Tengo que estar en Londres mañana.

—¡No me jorobes! ¿Mañana? —lamentó Mari en español.

Carol la cogió del brazo y explicó sin entrar en demasiados detalles los motivos de su precipitado regreso. Mari mudó el gesto de fastidio por una actitud comprensiva.

—Un trabajo a la vista es una razón importante —asumió—. ¿Y qué harás? Creo que sería mejor irnos ya al aeropuerto de Edimburgo, no creo que tengas problemas para encontrar billete.

—¿Y fastidiaros el viaje? De ninguna manera.

Mac intervino en la conversación.

—Te llevaría a Londres, pero mañana tengo que recibir a unos americanos. Quieren que prestemos dos tablas de Van Eyck para un museo de Baltimore.

Carol lo miró, agradecida.

—¿Podrías acercarme esta noche hasta Edimburgo?

Él le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—Eso ni se pregunta.

Carol sintió una gran tranquilidad al saber que su marcha no rompía los planes de Mari y sus amigas. Por su parte, los amigos de Mac ya les habían explicado que tres de ellos, incluido Mac, llevaban el tartán amarillo porque pertenecían al mismo clan, pero eso no los convertía en parientes. Muy remotos, en todo caso. Francis vestía el kilt rojo con líneas azules y blancas del clan Ramsay.

—Qué tendrán los *highlanders*, *siquilla*... —murmuró Yasnaia.

Rob rio por lo bajo, porque la entendió a medias, aunque lo dijo en español.

—Nosotros somos del sur.

—¡Como nosotras! —saltaron a dúo las sevillanas.

—Pero algo de sangre de las Highlands sí llevamos —sugirió con una sonrisa provocativa, viendo la admiración que despertaba en las tres turistas—. De los MacLeod que llegaron remando hasta la costa y construyeron Ardvreck —apuntó; entrecerró los ojos y bajó la voz como si fuera a revelarles un secreto—. Por nuestro honor, no le digáis a nadie que ahora ese castillo es una ruina.

—Y además son graciosos, qué arte —murmuró por lo bajo, en español para que solo lo entendiera el sector femenino.

—Yo quiero uno para mí —dijo Mari entre dientes.

Maca se sacudió con un escalofrío.

—Solo de pensar que no llevan nada debajo, se me hiela la cosita.

Carol explotó a reír al oírla, ante las miradas ceñudas de los cuatro miembros masculinos del grupo, que no entendían nada. Mari, cortó por lo sano, para no resultar descorteses, y se dirigió a Carol en inglés.

—Como ves, mis amigas poseen muchas virtudes pero la finura no se encuentra entre ellas.

—*One freezes me the chichiflower* —dijo Maca en su mejor inglés.

Las otras tres chicas, estallaron en carcajadas, ante las miradas extrañadas de ellos.

—Lo último no lo he entendido, pero me gusta cómo suena —comentó Francis; impresionaba con su coleta, barba y pendiente de aro.

—Da igual, con ese acento, nosotras tampoco entendemos la mitad de las cosas que decís —lo provocó con un guiño.

Él le devolvió una sonrisa peligrosamente *sexy*.

—*Dinna fash* —restó importancia en *scots*—. Solo hablamos un poco a lo escocés.

Al ver los estirones que Maca y Yas daban a sus minifaldas, pensó en que debían cambiarse de ropa. Porque en cuanto cayera el sol, haría mucho frío para ellas y sus medias transparentes.

—Tenemos que buscar un hotel cuanto antes —opinó mirando a las otras tres.

—Os venís con nosotros, ¿te parece bien, Gavin?

Mari miró a Carol, impactada. Les estaban ofreciendo alojamiento. Pensó que los escoceses tenían bien ganada la fama de hospitalarios.

—No faltaba más. Será un placer que os quedéis en mi casa.

—¿No seremos una molestia? Sin avisar... —dudó Carol.

Gavin aseguró que su casa estaba abierta, por los muchos invitados que esperaban para el baile. Al escucharlo, las españolas se interesaron por el *Céilidh*.

—No es un espectáculo para mirar como espectadoras, como creen los turistas —les explicó—. Hay que bailar.

—Vamos a hacer una cosa, os acompañamos al coche y llevamos vuestras maletas —decidió Francis, mirando al cielo porque empezaba a anochecer—. Cuando os cambiéis de ropa, venimos otra vez al pueblo. No podéis marcharos sin probar el *Haggis*.

—Acompañad vosotros a las chicas —pidió Mac—. Carol y yo ya iremos más tarde en mi coche, a la hora del *Céilidh*.

Sus amigos no hicieron preguntas, solo hubo cruces de miradas que Carol evitó llevando por otro camino la conversación.

—No sé si os gustará el *Haggis*.

Cuando les explicaron que era un embutido a base de vísceras, se echaron a reír.

—Nosotras venimos de una tierra donde se come todo, el hígado, las tripas, los sesos, los riñones... —dijo Mari.

—¡Son bravas las españolas! —exclamó Rob con una risotada—. Vamos rápido que tanta carrera en el Ba me ha despertado el hambre. A casa de Gavin y luego a por ese *haggis*, *needs* y *tatties*.

—¿Qué es lo otro? —preguntó Maca.

Mari lo sabía, de haberlo leído en alguna guía turística. Se despidió de Carol hasta la noche y comenzó a andar calle abajo con sus dos amigas, acompañadas de los tres chicos.

—Nos están invitando a comer nabo —le explicó en voz baja.

Rieron con disimulo, como tres lobillas.

—No tienen peligro estos hombres con kilt —murmuró Yasnaia—. ¡No ni ná!

—Explícamelo otra vez, porque ahora mismo te juro que no sé si marcharme o estamparte el plato en la cara.

Mac la había llevado a una taberna. Habían pedido pastel de carne y unas *bridies* para compartir.

Él dejó una empanadilla a medias en el plato y cruzó las manos, inclinándose un poco hacia Carol.

—En Nueva York, no te sentaron a mi lado en el avión por casualidad. Yo tiré de algunos hilos para que te acomodaran, primero junto a aquel hombre y luego

conmigo.

Carol bajó la vista y removió con el tenedor su guarnición de verduras, furiosa consigo misma por pecar de ingenua. Ninguna compañía aérea era tan magnánima para sentar a un pasajero de turista en una butaca *Bussines Class*. Alzó la vista de nuevo y clavó sus ojos en los de Mac.

—¿Y por qué no me dijiste que conocías a mi madrastra?

—Qué manía con llamarla así. Precisamente por eso. Yo guardo un extraordinario recuerdo de ella. Me dio todo su cariño en el momento de mi vida que más lo necesitaba —reiteró con gesto vehemente—. Reconozco que cuando supe quien eras, me tomé aquel vuelo como una especie de desafío. Mi intención era conocerte como quien mira a través del ojo de una cerradura.

—Como a un ratón en un laboratorio —rectificó, dolida.

—Quería convencerte de lo importante que era para mi familia esa partitura por su valor sentimental y por algo más, igual de importante, que ya no viene al caso. Y quise contarte que Anita fue mi niñera en el momento en que me hablaste de ella.

—Pero no lo hiciste.

—Perdona mi falta de sinceridad, Carol, pero me frenó la manera tan poco afectuosa de referirte a ella. No lo esperaba. Y no te estoy juzgando, cada cual expresa sus sentimientos a su manera. Pero en el avión, tu actitud hacia *nanny* me contrarió muchísimo.

Carol bajó la vista al plato. Mientras esperaban la comida, Mac le había contado que Mam había trabajado en su casa, empleada por la condesa de Selkirk como niñera. Y aunque en principio sus servicios fueron requeridos para cuidar de la recién nacida, hubo de encargarse del cuidado de Mac porque a su hermana Alice le fue detectada una lesión cardíaca. El hermano mayor estudiaba interno y los padres pasaron meses de hospital en hospital, entre Edimburgo y Londres, desesperados por salvar a la pequeña. Mac tenía entonces cinco años y, sin que nadie reparara en su soledad, se sintió abandonado. Fue Anita la única persona que volcó en él todo su afecto, cuando sus padres luchaban por salvar la vida de su hija. Por suerte, la niña fue intervenida del corazón y se recuperó sin secuelas. Pero había un punto de aquella historia que no encajaba en la cabeza de Carol.

—Y, si tanto te quería y tan contentos estaban tus padres con Mam, ¿por qué no siguió trabajando en tu casa?

Mac endureció la mandíbula y la miró tajante.

—Eso debes preguntárselo a ella.

No era la respuesta que Carol deseaba, pero la actitud de Mac evidenciaba su negativa a continuar con el tema.

—Pude decirte que sabía de ti, Carol. Pude hacerlo incluso antes de llevarte a aquel hotel cuando desviaron el avión a Francia —asumió—. Y no lo hice por cobardía, porque sabía que te sentirías engañada, tal como te sientes ahora mismo. Y eso solo lograría dos cosas: que me despreciaras y que lucharas a muerte contra mí en

la subasta.

—Quizá lo habría hecho —aceptó—. Quizá no. Nunca lo sabremos —dijo a media voz.

—Sé que cometí una falta imperdonable callándome todo esto. Aun así, ¿puedo esperar que me perdones algún día?

Exhaló aire, como si así pudiera librarse de la decepción y la contrariedad que le provocaba aquella confesión a destiempo. Solo aliviada por el arrepentimiento sincero y la súplica que veía en el azul tormentoso de los ojos de Mac.

El repentino cambio de actitud de él la pilló por sorpresa. Lo vio dejar los cubiertos cruzados sobre el plato sin dejar de mirar algo detrás de ella con los ojos de un guardián. Carol sintió una presencia inesperada a su izquierda y se estremeció al reconocer al recién llegado por la voz.

—¿Qué haces tú por aquí, señorita Coleman?

—¿Por qué no te largas, Alan? Estoy intentando comer y me estás quitando el apetito.

Ni lo miró al hablar. Pero tuvo que apretar los dientes al escuchar su risa sarcástica.

—¿Qué modales son esos? Tu amigo va a pensar que eres muy antipática.

Carol vio que Mac se subía las mangas del jersey hasta los codos y le pidió con una mirada que se mantuviera al margen. Ya le había hablado de Alan en el avión, y supo que no le costó deducir que el tipo que la importunaba con sus insolencias no era otro que su ex.

—¿No nos presentas?

—No lo veo necesario.

—Tu falta de tacto empieza a resultar imperdonable. Alan Myers —se presentó a sí mismo, tendiéndole la mano a Mac, que se la estrechó por compromiso.

—MacLeod —se limitó a decir.

Carol se guardó mucho de preguntar. Pero, sabiendo como sabía que Alan mantenía despacho en Londres y Edimburgo, supuso que estaba en Kelso invitado por algún cliente para la fiesta de San Andrés.

—Así que mi sustituto en tu corazón es de aquí —comentó, sin dejar de mirar a Mac.

—De Selkirk —corrigió él, haciendo un esfuerzo titánico por dominar su paciencia.

Ese dato hizo funcionar rauda la cabeza de Alan. MacLeod y de Selkirk, pocas dudas dejaba a la imaginación de alguien que conocía el mercado financiero de la región.

—Hijo del conde, si no me equivoco.

—Aye. Desde que nací.

Alan dio un silbido teatral.

—Apuntas muy alto, Carol Coleman. Fíate de las mujeres calladas. ¿No me invitas a sentarme? —continuó provocándola.

Carol soltó los cubiertos de mala manera.

—Alan, ¿qué es lo que pretendes?

Él entornó los ojos y la estudió con expresión burlesca.

—Tranquila, nena. Lo que más me aburría de ti era lo poco que me costaba ponerte nerviosa.

Carol, por primera vez, se enfrentó a su mirada con gesto desafiante pero absolutamente sereno.

—Ya no me afectas, Alan. Ni tus puyas, ni tus comentarios despectivos ni tus ganas de humillarme por diversión.

—No te atribuyas méritos, guapa. Ni en la cama eras divertida.

Carol quiso acabar rápido con aquella desagradable situación, al ver los dedos tensos de Mac empuñando el tenedor como un arma.

—Mejor que te aburrieras conmigo. Los dos hemos salido ganando. Y ahora, disculpa que abandone esta absurda conversación, pero el pastel de carne se nos enfría.

Guiñó un ojo a Mac, para calmar su furia creciente, tomó un champiñón y se dedicó a masticarlo como si Alan no estuviera allí.

—Adiós, nena —lo oyó; por el rabillo del ojo lo vio caminar hacia la puerta.

Carol miró a Mac, que observaba sus zanahorias con una mirada asesina.

—Discúlpame un momento, por favor —murmuró levantándose de la silla.

—Mac, no...

Él ya había lanzado la servilleta sobre la mesa. Carol solo vio cómo se perdía el kilt amarillo entre la gente. Apoyó los codos en la mesa y se sujetó la frente con la mano, con los ojos fijos en el plato. No quería mirar, porque las voces de la taberna se elevaron y el frío de la calle entró por la puerta abierta. Los ánimos se enardecieron y muchos salieron a ver la pelea.

Apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando miró de reojo y lo vio entrar. La gente lo felicitaba con mucho jolgorio y le palmeaba el hombro a su paso. Mac se dejó caer en la silla con la mandíbula tensa, y los nudillos rojos.

—Ni se ha defendido —farfulló—. ¡Gilipollas! Tenías que haberle visto la cara, muy valiente con las mujeres...

—Mac, la violencia no me gusta.

Él apoyó los antebrazos sobre la mesa y se inclinó hacia ella. Sus ojos refulgían de rabia.

—¿No es eso lo que se espera de nosotros? —siseó entre dientes—. Ya sabes cómo somos los escoceses, ¿no? Lanzamos troncos, levantamos piedras y nos liamos a golpes con el primer desgraciado que se atreve a faltar el respeto a nuestra mujer.

Por segunda vez en pocas horas, declaraba sin rodeos qué significaba para él. A Carol le resultaba difícil de creer, dado lo conflictivo de su relación.

—Antes creí que dijiste que yo era tu novia para evitar que se acercaran tus amigos.

Mac hizo un gesto de incredulidad, como si ella hubiera acabado de decir una solemne tontería.

—Puede que tú y yo discutamos cada cinco minutos, que luchemos en bandos enfrentados o que nos ignoremos mutuamente; pero no me van las medias tintas.

—«Novia» implica compromiso.

—Para mi significa «única entre todas» y cuando pienso en ti, no me viene otra palabra a la boca —declaró muy serio—. Para usar eufemismos como «amiga especial» tendría que estar hecho de una pasta más blanda.

A pesar de que su expresión asustaba a Carol le afloró en la boca una sonrisa traicionera.

—Ningún hombre se había peleado por mi.

—Solo han sido dos puñetazos. Si llego a pelearme en serio, no lo cuenta.

Ella extendió el brazo derecho sobre la mesa y tomó la izquierda de Mac. Con la otra, le acarició los nudillos.

—¿Te duele?

—Me duele que no me perdones.

Carol tiró de su mano, se la acercó a la cara y dejó descansar su mejilla en la palma de Mac.

Fueron paseando hasta la casa de Gavin, donde les esperaban los demás. Andaban sin prisa, Carol cobijada bajo el fuerte brazo de Mac. Los dos querían demorar esos momentos de intimidad que desaparecería en cuanto se unieran al *Céilidh*. Por el camino, Carol leyó los carteles pegados en una tapia. Mac iba pensativo.

—¿Tú que opinas? —preguntó, señalando con la mirada los lemas animando a votar en el referéndum por la independencia de Escocia.

Mac dudó durante el tiempo que les costó dejar los carteles atrás.

—Mi corazón dice que sí y mi cabeza dice que no —confesó—. Las exportaciones se resentirían gravemente. Ten en cuenta que mi padre es un hacendado rural, muchas familias dependen de la hacienda. Y muchos negocios, el textil, el de la carne, las cosechas y otros tantos.

—Un *laird* —dijo ella, con el nombre tradicional escocés para los terratenientes por herencia.

—Exacto. Pero ahora mismo no me apetece hablar ni de política ni de economía —zanjó—. Es ahí.

Carol miró la última edificación de la calle. Una casa imponente con establo a la izquierda de la fachada principal. A través de las ventanas se veía a la gente, debía estar llena y la música de gaita y violín indicaba que el baile acababa de comenzar. Las puertas estaban abiertas de par en par. Se mezclaron con los que entraban y



salían. Atravesaron entre la gente el gran zaguán. En el arranque de la escalera, Carol paró para hablar con Mac antes de que el ruido les impidiera entenderse.

—¿Qué te preocupa, Mac?

—Nada.

—Tu cara no dice lo mismo, ¿no será por culpa de Alan?

Mac sonrió sin ganas.

—No me hagas reír —barbotó—. ¿Qué hacía aquí?

—Es inversor financiero. Tiene despacho en Londres y también en Edimburgo.

—¿Os conocisteis cuando tú estabas en la universidad?

—En mi último año. Él me recomendó a Katherine Whiths, se ocupa de invertir sus ganancias, que son bastante respetables. Por eso dejé la National Gallery.

—Más que respetables —opinó; era famosa por el tiránico margen que imponía a los artistas que exhibían en su galería de arte—. Que hayas perdido tu empleo me preocupa bastante. Sé que te apasiona moverte en las subastas.

—El trabajo me gustaba, el ambiente lo odiaba. Me vendrá bien un respiro, la verdad.

Carol quería olvidar de una vez a Alan y a Kat. Pero lo había vuelto a ver y eso la retrotrajo a los tiempos en que a él le venía de maravilla su despacho de Edimburgo. Mientras a ella la retenía su trabajo en Londres, él aprovechaba sus viajes semanales para sus infidelidades. Como siguiera recordando esa etapa desagradable, corría el peligro de agriarse la noche. Miró a Mac a los ojos y chasqueó la lengua.

—Sigues preocupado. Parece que venimos a un funeral en lugar de una fiesta.

Él inclinó la cabeza, le acarició el cuello y le dio un beso en el pelo. No le apetecía hablar del asunto, pero fue incapaz de ocultarle el motivo de su tempestuoso estado de ánimo.

—La partitura Gruber no es para mi familia un mero recuerdo sentimental. Hay más, Carol, mucho más. Una deuda pendiente con el pasado, con personas que murieron hace mucho y que nadie se preocupó de hacerles justicia —detalló, con expresión preocupada—. ¿Qué más da, ahora que no sabemos en qué manos está? —acabó, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—No me apetece hablar de ello —eludió, frustrado.

—¿No habéis sabido quién adquirió la partitura, al final? El hombre que vi en Christie's no creo que pujara para sí mismo.

—Eso es cosa de mi padre y si de momento prefiere dejarlo pasar, es decisión suya. Además, yo tengo mucho trabajo y no puedo perder el tiempo jugando a los detectives. Puede que no nos corresponda a nosotros y que conseguir esa partitura sea labor de la siguiente generación de MacLeod.

Hizo una pausa para cogerla de la mano y llevarla con él hacia el hueco de la escalera.

—¿Ves esto? —inquirió levantándose el jersey para mostrarle la hebilla del

cinturón que sujetaba el kilt.

Carol se fijó mejor. Era un escudo redondo de bronce, formado por una correa con hebilla, enrollada alrededor del sol.

—*I birn quhil i se* —leyó, y lo miró a los ojos—. ¿Es gaélico? No lo entiendo.

Mac asintió, en las Hébridias aún hoy se hablaba mayoritariamente en gaélico escocés.

—«Brilla pero no se quema», por eso el sol está en el lema de mi clan. ¿Sabes qué significa? Eternidad. No nos extinguiremos jamás, siempre habrá en esta tierra un MacLeod de Lewis dispuesto a luchar por lo que es justo. Da igual quién sea el dueño de la partitura Gruber, ya nos llegará el día. Lo único que me importa ahora de esa subasta es que yo la perdí por ti y tú hiciste exactamente lo mismo.

Avanzó un paso, de modo que Carol quedó con la espalda contra la pared y pegada a su cuerpo; sin avisar, Mac la levantó por debajo de las nalgas; ella se abrazó a su cuello.

—Y eso significa —murmuró muy cerca de su boca— que yo te importo tanto como tú me importas a mí.

Cubrió su boca, buscando su lengua con ansia. Carol le acarició la nuca y, cuando se separó para besarla en el cuello, lo dejó hacer. Al sentir sus dientes rozarle la clavícula, le levantó la cara para lamer y mordisquear sus labios, para restregar los suyos en su barba de dos días.

—Tenemos que parar, la gente no deja de bajar por las escaleras.

Carol rio bajito, con el rostro pegado a su cuello.

—Qué pena, ahora que estaba a punto de cumplir una de mis fantasías eróticas —bromeó.

Mac levantó la cabeza de golpe y entornó los ojos, con curiosa diversión. Carol respondió a su muda pregunta acariciando su pierna despacio para levantar el kilt hasta medio muslo. Él le atrapó la mano para detenerla antes de que se lo subiera del todo, con un brillo sensual en la mirada. Cogiéndola por la cintura, la depositó en el suelo de nuevo, le dio la mano y tiró de ella escaleras arriba. Alejándose estratégicamente de la sala donde se oían las gaitas, recorrió con ella el pasillo hasta una puerta alejada.

—Mac...

—Tranquila, conozco la casa —dijo en voz baja.

Giró el picaporte y la invitó a entrar. Él también lo hizo, cerrando tras de sí. Carol lo vio, de espaldas a ella, dar dos vueltas a la llave que había en la cerradura.

—Nadie nos molestará.

Unieron las manos, como si estas se movieran por propia voluntad. Mac la llevó hasta la librería, junto a la chimenea, y de un manotazo apartó las figurillas que iban a serles una molestia.

Carol se apartó de él lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—Quiero que me veas desnuda —dijo con la voz entrecortada—. Quiero que me

beses hasta que no pueda respirar...

Se desnudó despacio, delante de él. Sin perder detalle de cada parte de ella que dejaba a la vista, con dos rudos estirones, Mac se quitó el jersey y la camiseta a la vez.

Sus miradas intercambiaron un mensaje de deseo y una sonrisa sensual acudió a los labios de Mac cuando miró su cuerpo, ya sin una sola prenda que lo cubriera, con innegable ansia. Carol alzó la mano y la posó abierta sobre el pecho de Mac y acarició el vello rubio que brillaba a la luz del fuego y bajaba por el estómago en una línea fina hasta desaparecer bajo la hebilla del cinturón. El corazón le latía tan fuerte que podía oírlo. La boca de Mac bajó hasta encontrar la suya, tierna y cálida, pero llena de poder. Carol se perdió en aquel beso, consciente de que Mac iba a exigirselo todo. Y no iba a negarle nada. No había razones para resistir la tentación de tenerse el uno al otro. Un deseo mutuo que existía desde el día en que se conocieron y que había crecido hasta convertirse en una necesidad que, esa noche, urgía satisfacer.

Mac hizo atrás la cabeza para verle los ojos.

—Eres preciosa.

Carol deseaba con todas sus fuerzas que Mac la viera así, más bella que ninguna otra. Abrió los labios, incitándolo a tomarlos. Con un ligero avance a pasos felinos, Carol se había pegado completamente a su cuerpo. Mac la levantó, cogiéndola por las caderas y la apoyó contra la balda de la estantería. Las manos que le sujetaban las nalgas eran fuertes; ella posó las suyas en sus hombros, sintiendo los músculos bajo los dedos. La lengua de él se introdujo cada vez más en su boca, en una sensual exploración, a la vez que la aplastaba de modo que sus pechos quedaron completamente pegados al de él. Mac la volvía a besar por todas partes, las sienes, los lóbulos de las orejas. Carol solo oía su agitada respiración, mezclada con la de Mac, y el potente latir de su corazón. Nada existía, ni la música, ni el baile que tenía lugar al otro lado de la casa. Nada más que ellos dos encerrados bajo llave.

Sintió que deslizaba la mano, se le escapó un gemido cuando cubrió su seno. Lo acarició con destreza y luego rozó el pezón con el pulgar hasta erizarle la piel. Había impaciencia en el empuje de su cadera que la mantenía sujeta contra la estantería. Carol le rodeó el cuello con los brazos mientras él le bajaba las manos a lo largo de los costados. Un leve temblor de anticipación la recorrió. Solo brillaba la luz de la lumbre en la chimenea. Las cortinas de las ventanas estaban abiertas, pero no le importó.

Carol respiró profundamente, estremeciéndose. Curvó la espalda cuando él volvió a acariciarle los pezones y luego bajó la cabeza y repitió con los labios lo que había hecho con los dedos. Su boca se movía de un seno a otro mientras el placer la hacía presa de aquella tortura exquisita. Mac gimió cuando ella empezó a besarle la garganta y luego el pecho. Notó que con la mano temblorosa, cogía la suya y la llevaba hacia abajo para que la metiera bajo el kilt.

—Aquí nos habíamos quedado —murmuró sobre sus labios.

Carol respiró profundamente y recorrió el muslo con las yemas de los dedos. Apoyó el rostro en el hombro de Mac cuando tuvo en la mano la prueba de cuánto la deseaba. Lo palpó a placer, recorrió con las uñas su dureza, excitada por los estremecimientos que provocaba en él. Orgullosa de su poder, empezó a acariciarlo despacio, torturándolo para su propio deleite. Lo acercó hasta rozar la entrada de su sexo, levantó el kilt con ambas manos y enroscó las piernas a su alrededor. Él la tomó de un solo golpe fiero, ambos quedaron quietos durante un instante sin fin, para sentir la inigualable sensación de esa unión.

—¿Esta era tu fantasía? —murmuró, con la respiración entrecortada.

—Tú la superas —gimió, echado la cabeza atrás.

Entonces Mac empezó a moverse con un ritmo lento y empuje profundo. Carol se mordió los labios. La estaba poseyendo a su antojo mientras ella no podía moverse. El fuego hacía brillar los hombros de Mac. Y ella se miró en sus ojos, extasiada. No había conocido un hombre tan sensual. Ni nunca había sabido que ella misma podía responder con ese grado de entrega. Una tensión deliciosa la atenazaba por dentro y con cada empujón él la levantaba más, para dejarla caer y volverla a alzar. Carol oyó su propia voz, un quejido hondo que la dejó sin fuerzas. Con un último estremecimiento, él se hundió dentro de ella y rugió con la boca cerrada y la frente apoyada en su mejilla.

Pasaron la noche muy juntos, en el sofá de cuero de la biblioteca. Hicieron el amor, por segunda vez, de madrugada. Sin prisa, disfrutando de la sensación de sentirse parte del otro al calor del fuego. Carol no supo en qué momento de su sueño, Mac se levantó para echar un tronco a la chimenea. La dejó sola y regresó con una manta de lana. Volvió a tumbarse a su lado, cubrió sus cuerpos y la abrazó hasta que se hizo de día. A Carol no le importó dormir a ratos solamente, tenía por delante varias horas para hacerlo en el tren de alta velocidad.

Mientras ella se recomponía la ropa, Mac apeló a la discreción del anfitrión para averiguar en qué habitación dormían las chicas españolas. Carol se despidió de ellas y Mari le dio su maleta, que habían subido hasta allí porque el plan era que durmieran juntas. No hizo preguntas, con un guiño pícaro y una sonrisa adormilada le dio a entender que se alegraba por ella de su aventura nocturna.

Carol pretendía llegar cuanto antes a la estación y coger el primer tren en el que encontrara billete. Sin perder más tiempo, partieron en el coche de Mac. Media hora después, desayunaban juntos en la estación de Edimburgo.

A la hora de la despedida, Mac le cogió las mejillas con ternura.

—Te deseo mucha suerte mañana, en la entrevista con los del museo.

La besó con ganas de retenerla y la boca llena de palabras que temía pronunciar.

Durante el largo viaje, Carol dejó caer los párpados y se adormiló con el rumor del tren, a veces perdía la mirada en las gotas que dejaban en el cristal de la ventanilla

rastros como agujas. Debió quedarse dormida porque, cuando abrió los ojos, la fina llovizna había dejado paso al sol que acababa de dibujar en la lejanía un precioso arcoíris. Pensó que en Londres no lucía igual, solo se veía en Escocia así de bonito, entre el azul y el verde de las tierras de pasto. Carol dejó vagar la mirada por la curva de colores paralelos y le llegó su mensaje, lo recordaba de cuando dejó aquella tierra al licenciarse en la Universidad. Entonces creyó escucharlo, traído por el aire impetuoso que agitaba las ramas de los abetos. Con una sonrisa de añoranza, cerró los ojos y supo que, a partir de entonces, los valles esmeralda, los ríos, el cielo de Escocia o el viento, siempre le dirían lo mismo: «Tú te marchas, tu corazón se queda».

## 14. La condesa y el seductor

Todo comenzó como un juego. Incitada por su hijo mayor, que a menudo chinchaba a la condesa de Selkirk con la cantinela de que sus nietos eran más hábiles que ella con los dispositivos electrónicos, quiso demostrarse a sí misma y a los demás que, con cincuenta y muchos, no estaba chocha para ponerse al día con las nuevas tecnologías.

Un día, con ayuda de su hija, que desde la distancia le dio instrucciones precisas, aprendió a utilizar Skype. Al ver las ventajas y el ahorro que suponía poder hablar con ella casi a diario, una en casa y la otra en la remota Australia, se animó a seguir investigando. Se abrió un perfil de Facebook, se registró en Twitter y, como le gustaba mucho la fotografía, fue feliz cuando descubrió Pinterest, para las fotos espectaculares, e Instagram para las instantáneas casuales. Fue a través de la primera de estas redes, dónde se animó su entusiasmo. Lady Margaret encontró una página en internet de frases bonitas escritas sobre paisajes llamativos y cada mañana, después de twittear su simpático buenos días en ciento cuarenta caracteres, compartía en su muro lo que ella llamaba «el consejo del día».

Al principio se entretenía contando los muchos «me gusta» que sus frases memorables obtenía. Fue precisamente un admirador de sus consejos quien empezó con un mensaje privado que le agradecía su pasión por compartir a diario un pedacito de filosofía que elevaba el ánimo. El hombre se presentó como un marine americano que escribía desde Afganistán. Lady Margaret se sintió dichosa de ver que, en cualquier rincón del mundo, existe gente agradecida, educada y dispuesta a conversar.

Las breves conversaciones con su marine se convirtieron en una costumbre. Un ritual de «buenos días», «buenas tardes» y, con frecuencia, «buenas noches», que la condesa achacó a la diferencia horaria. Le caía cada vez más simpático el muchacho, un divorciado cuarentón de aspecto estupendo, que lucía viril con su uniforme de camuflaje, en las fotos de su muro de Facebook. Y se compadecía del militar, al ver que, cada vez más a menudo, le escribía de noche. De día, lo imaginaba en el desierto afgano ocupadísimo dirigiendo a su pelotón, el pobre.

Desde el primer día, lady Margaret dejó caer en sus mensajes, para que no se hiciera una idea equivocada, que estaba hablando con una mujer casada —el dato de los cuatro nietos, por coquetería, se lo calló—. Muy atento, la felicitó por su felicidad matrimonial, ya que él no tuvo tanta suerte.

Dos semanas duraban ya sus charlas mensajeras, cuando a propuesta de él, pasaron a cartearse por *e-mail*. La convencieron sus argumentos de peso: era más sencillo y evitaba tener que coincidir conectados. La condesa lo encontró una

solución acertadísima, de ese modo no robaba horas de sueño al esforzado marine y la idea tenía su encanto, similar a la costumbre pasada de moda de comunicarse por carta, pero sin cartero ni sellos con el perfil de su graciosa majestad. La vida en un clic, pensó con ánimo moderno; eran los tiempos.

En sus mensajes de correo, su amigo americano se despedía con cortesía. Luego pasó, sutilmente, a despedirla con comedido afecto. Hasta que un «no dejo de pensar en ti y no sé por qué», sacudió su vanidad femenina, algo que lady Margaret daba ya por olvidado y enterrado. Se repitió que no hay dulce que amargue y, también, que poco mal existía en jugar al flirtear con un hombre quince años más joven que ella; y a una distancia, el uno del otro, más que prudencial, abismal.

Su marine le pedía fotos, y ella se las enviaba. No había logrado convencerla todavía de utilizar la *webcam*, porque ella se hacía de rogar. Él le enviaba fotos apoyado en un carro de combate o en la litera tecleando el portátil. La primera de ellas, en tan privada actitud, puso nerviosa a la condesa porque el machote lucía músculos tatuados, bien a la vista con la ajustada camiseta interior. Empezaron a írsele las ganas de conversar con su agradable compañero de confianzas, conforme sus fotografías se hacían más explícitas y sus mensajes entre líneas más íntimos.

La noche que recibió la imagen del aguerrido soldado, con el torso al aire y la mano en la bragueta, acompañada de un «conecta la *cam*, Margie. Me volveré loco si no te veo en acción», lady Margaret levantó los dedos de las teclas como si estuvieran envenenadas, se levantó de la silla con repelús y, con paso firme, se plantó ante su marido, que mataba el rato viendo cómo Simon Cowell enseñaba colmillo a los acojonados aspirantes de *Britain's Got Talent*.

—Gregor, tienes que ver esto —informó, señalando con el brazo extendido el ordenador.

—¿Ahora?

—Ahora, te lo ruego. Creo que me he metido en un lío.

El conde de Selkirk, de mala gana, hizo lo que le pedía. Y lady Margaret lo observó en silencio mientras él leía el último correo, con fotografía incluida, sin saber cierto si la sonrisa torcida de su esposo era de guasa o de asesino.

—Y decías que fotos de paisajes. ¿En esto te entretienes con el portátil?

—Gregor MacLeod, yo no me lo tomaría a broma. Este sujeto se está pasando de la raya.

—No respondas a los correos de tu admirador y problema solucionado —restó importancia al incidente.

—Tengo la sospecha de que ese sujeto me ha estado tomando el pelo. ¿Cómo se le ocurriría escribirme precisamente a mí, con todas las chicas jóvenes y dispuestas que debe haber en el mundo?

—Se siente atraído por ti.

Lady Margaret lo miró con ojos desconfiados.

—Seguro —farfulló—. ¡A mí edad, yo ya no atraigo ni la mala suerte!

En principio, el conde no dio importancia a los mensajes del militar, que presuntamente había perdido la cabeza por su esposa. En cambio, su hijo mediano sí atendió a los ruegos de su madre sin tomarse el asunto a la ligera. Lo primero que hizo, fue buscar en internet algunas de las fotografías que aquel tipo había colgado en su muro de Facebook. Pronto descubrió que se trataba de imágenes que correspondían a fotogramas extraídos de una película porno de temática gay militar. Con la absoluta sospecha de que su perfil en la red social era falso, consultó con el informático que trabajaba con ellos, como responsable de la catalogación digital de la colección de arte de la familia. En menos de una semana, Raff Brennan se presentaba en el despacho de Mac con un *dossier* de documentación.

—Estaba claro como el agua —opinó, mientras Mac abría la carpeta.

—Lo que no entiendo, qué motivos puede tener sea quien sea. ¿Divertirse? ¿Reírse a costa de una mujer mayor?

—Una dama importante, Mac. Tu madre es la condesa de Selkirk, y tu padre miembro de la Cámara.

Mac rio al entender lo que trataba de insinuar.

—¿Chantaje? Por favor, Raff, conoces a mi madre de sobra. No oculta turbios secretos y, si los tuviera, no sería tan inocente como para confesárselos a un desconocido.

Brennan arrugó la frente, como muestra de disconformidad.

—Coincido en que lady Margaret es una mujer muy inteligente y aún más lista. Por eso solo le envió cuatro o cinco fotografías absolutamente inocentes. De no haber sido tan prudente, imagina el escándalo que supondría una imagen comprometedoras en la portada de *The Sun*.

A Mac se le ensombreció el semblante al oírlo nombrar ese periódico sensacionalista. Volvió la atención a la carpeta y leyó la primera página del informe. Su gesto preocupado, en ese momento reflejaba contrariedad. La información no dejaba lugar a la duda, las capturas de pantalla impresas que tenía delante probaban que los mensajes recibidos por su madre fueron enviados desde una dirección oculta de correo electrónico que él se sabía de memoria. Con un manotazo agrio, cerró la carpetilla. El titular de la cuenta era alguien llamado C. Coleman.

Mac demoró dos días su viaje a Londres, a fin de calmar los ánimos. Pero fue una espera en balde porque cuando aterrizó el avión estaba igual de furioso con Carol que en el momento en que leyó su nombre en el informe.

Desde la noche del *Ceilidh*, habían hablado por teléfono a diario. Su relación parecía marchar por buen camino, mejor que nunca. Quizá esa esperanza destruida fuera la razón que lo tenía tan perplejo y decepcionado.

Como sabía que ella había sido contratada como conservadora, cogió un taxi en el



aeropuerto y fue directamente al Museo de Londres. Una vez allí, preguntó por ella, y un vigilante lo acompañó hasta su despacho. Carol recibió su visita con una sonrisa radiante.

—¡Mac! Pasa, ¿cómo no me avisaste que venías?

La alegría que provocó en ella su visita sorpresa desapareció al constatar que Mac no estaba ni un poco contento de volver a verla. Con gesto tenso y un golpe seco, depositó el *dossier* sobre el escritorio.

Carol miró la carpeta; después lo miró a él, bastante enojada. Odiaba los malos modos y aquel despliegue de grosería lo era.

—¿Qué es esto?

—Míralo tú misma.

Carol apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos de las manos, con los ojos fijos en su mirada hostil.

—No voy a tolerar ese tono ni hoy ni nunca —avisó—. Más vale que te quede claro. Y ahora te ruego que me expliques qué está pasando, para que te presentes aquí con ese genio y esa mirada que, dicho sea de paso, tampoco voy a tolerarte.

Mac no se arredró ante sus advertencias, y el enfado que mostraba le traía al fresco. Más lo estaba él.

—¿Qué pretendías? ¿Reírte de mi madre y darme donde más me duele? No esperaba de ti que fueras de las que dan golpes bajos.

—No sé de qué estás hablando pero tengo la impresión de que me estás acusando de algo.

—Disimulas muy bien y engañas mejor.

—Y tú eres despreciable por pensar así. Qué lástima darme cuenta tan tarde.

Mac señaló la carpeta sin dejar de mirarla con idéntica frialdad.

—Abre esa carpeta, lee ese informe y entonces discutiremos, si quieres, quién es más despreciable de los dos.

Carol se levantó haciendo el sillón atrás de golpe.

—Fuera de aquí —ordenó con una calma engañosa.

Mac esbozó un remedo de sonrisa y la soslayó con desprecio, a modo de despedida. Giró en redondo y salió por la puerta dejándola abierta de par en par.

En el silencio de las salas, sus pasos retumbaban como martillazos sobre el mármol. Al salir a la calle, se alejó de la rotonda y levantó la mano para parar un taxi. Quería que lo llevara a casa, cambiarse de ropa y darse una ducha, pero cuando uno de ellos se detuvo ante él, lo pensó mejor. No le costaría cambiar el billete para adelantar el vuelo.

Abrió la portezuela y dejó el maletín en el asiento de al lado.

—A Stansted, por favor.

Malditas las ganas que tenía de seguir ni un minuto más en Londres.

—¿Y qué? Hace días que no te veo el pelo. ¿Qué me cuentas del nuevo trabajo?

Mari había ido a esperar a Carol a las cinco, la hora en que terminaba su jornada en el Museo de Londres. Querían aprovechar para una cena rápida y charlar un rato.

—En el Museo tengo lo que esperaba, ni más ni menos.

Juntas fueron dando un paseo por Aldersgate Street, camino de The Sutton Arms, un pub con un ambiente tranquilo a esas horas que servía buenos platos. A Mari le dio lástima que hablara de su nuevo empleo con tal expresión de conformismo. Era evidente que el puesto de conservadora la aburría y que, si había aceptado, fue por no dejar en mal lugar a su padre que fue quien abogó por ella, pidiendo un favor a un amigo miembro del patronato de la institución.

—Tiene sus ventajas. Metro directo, piensa en lo que ahorras en gasoil y en aparcamiento.

—Y en la City —señaló Carol—. La zona me encanta, eso es verdad —añadió esforzándose por encontrar algún aliciente a su nueva situación.

—Paciencia, tómatelo como un empleo de tránsito. Es lo que hago yo y me funciona.

—No siempre —recordó Carol, abriéndole la puerta del pub—. Cuando trabajabas en aquella clínica privada, había días que volvías a casa de un humor terrible.

Se sentaron en una mesa enfrente de la barra y el camarero, al verlas, se aproximó con la libreta de notas. Las dos pidieron el mismo menú: salchicha con patatas fritas y una pinta. Cuando les trajeron los platos, Mari cogió un pastelillo salado, rociado de salsa *gravy*, que acompañaba el menú.

—¿Cómo se llama esto? ¡Qué rico! —exclamó dándole un bocadito—. Nunca lo había probado.

—*Pudding* de Yorkshire.

—Mmm... Pues está muy tierno, para ser perro.

Carol, abochornada, quiso explicar a toda prisa que su amiga, además de extranjera, era muy bromista y que ni por asomo creía que aquellos bollitos los hacían con chuchos de la raza Yorkshire. Pero al verla intercambiar una sonrisa con el camarero, que premió su chispa guiñándole un ojo, comprendió que sobraba cualquier aclaración y que la más ingenua de la mesa era ella y nadie más.

—Tengo un problema gordo, Mari.

—Cuéntame —la invitó, con ganas de escuchar.

—Esta mañana, Mac y yo hemos discutido. Estoy indignada con él. Me ha acusado de algo muy sucio. Y que sospeche eso de mí... —respiró hondo, revolviendo las patatas de su plato con el tenedor sin pinchar ninguna—. Me he sentido muy ofendida.

Sin ahorrarse detalles, Carol se desahogó contándole lo ocurrido, los argumentos

equivocados de Mac y la pelea que por su culpa habían mantenido. Mari, por prudencia, procuró no interrumpir su relato con preguntas innecesariamente curiosas.

—Hay algo que no entiendo —dijo Mari—. ¿Cómo pueden utilizar tu cuenta de correo sin usar tu clave?

—No tengo la menor idea.

—¿Por qué no vas a la policía?

—¿Por unos cuantos *e-mails* subidos de tono? No creo que sea un delito.

—Bueno, aunque sea a que te informen. No sé...

—Yo creo que la policía tiene problemas más graves en qué emplear su tiempo.

Mari levantó su jarra y la hizo chocar con la de Carol, que descansaba en la mesa, invitándola así a brindar y olvidar ese feo asunto, al menos mientras cenaban.

—Ánimo, guapa. Vamos a comernos esto tan rico, que se enfría. Y esta noche o mañana ya pensaremos en una solución.

Un rato después, ambas caminaban hasta la parada de metro de Barbican para tomar la línea metropolitana que las llevara a casa. Iban calladas y pensativas. Las sospechas infundadas de Mac hacia Carol, respecto a un comportamiento rastrero por su parte, preocupaban a ambas. El vagón iba lleno, lo habitual en hora punta. Sujeta a la barra como iba, Mari notó un roce, nada raro yendo apelotonados. Dio un respingo al notar un segundo roce, mucho más evidente que el anterior. Aquello era una mano y estaba adherida a su nalga izquierda. ¡Le estaban tocando el culo! Giró la cabeza con una mirada furibunda, para decirle cuatro cosas bien dichas al guarro sobón... Y se quedó sin palabras. Literalmente muda, al mirar fijamente aquellos ojos preciosos con dos pasadas de rimel.

—¡Ay, jolín!

Acababa de meterle mano una mujer, con un par de tetas estupendas y muy guapa, por cierto.

—¿Sorprendida? —susurró la otra, con una mirada de diversión.

—Pues... Sí.

La voz modulada de costumbre, habló por la megafonía para anunciar la siguiente parada.

—Mari, atenta que bajamos en la próxima —avisó Carol.

El medio minuto que tardó en llegar el convoy a la estación de Baker Street, se le hizo eterno.

—No te vas a creer lo que me acaba de pasar —reveló, ya en el andén, escudriñando disimuladamente a la chica ligona que le sonreía desde dentro del metro a punto de partir—. Me acaba de tocar el culo una tía.

—Caramba, Mari. Por donde vas, triunfas —dijo Carol, echándose a reír.

—Sí, como la Mahou —añadió, recordando el eslogan de la marca de cerveza.

Un karma muy sensual le había caído encima. Eso le recordó a un personajillo en particular que también la miraba con ojos codiciosos.

—¡Ay, Carol, que ya lo tengo! Se me acaba de ocurrir una idea bestial.

—No me asustes.

—Hablo en serio. Ese embrollo de tu cuenta de correo y los *e-mails*, ya sé qué genio de la informática puede ayudarnos a averiguar qué ha ocurrido. ¡Nuestro frikazo del sótano!

## 15. Juego sucio

Dick tardó un suspiro en averiguar lo sucedido.

—Ha sido pan comido. Hay mucho listo por el mundo ciber. Esto es obra de un *hacker* de pacotilla —explicó a Carol y a Mari, que bajaron a su apartamento en cuanto las llamó—. Y tenías razón.

—Lo sabía —saltó, Carol, con ira—. Tenía su marca, lo habría jurado.

Dick le alargó unos folios impresos donde venía la dirección desde la que habían intervenido su cuenta. Era Alan quien suplantó su identidad; podía haberlo imaginado. Mientras estuvieron juntos, tuvo acceso en infinidad de ocasiones a su ordenador y ella mantenía la misma contraseña de siempre.

Su rabia fue en aumento cuando leyó el intercambio de mensajes que este mantuvo con Katherine Whits, coincidentes en el tiempo con los que recibió lady Margaret MacLeod. El muy cerdo de su exnovio, en connivencia con su exjefa, habían ideado aquella burla hacia la condesa, seguramente con el fin de llegar a más y de atraparla como a una palomita incauta, enardecida ante los supuestos halagos de un admirador. Youtube estaba lleno de vídeos subidos por despecho e intención de burla. Por fortuna, la madre de Mac no fue tan tonta como para caer en la trampa de dejarse grabar. Las *webcams* las carga el diablo y en manos de indeseables pueden hacer mucho daño.

Precisamente Katherine y Alan eran las dos únicas personas que podían albergar algún tipo de rencor hacia Carol, y decidieron atacarla en uno de sus talones de Aquiles. Y si no utilizaron a su familia, dedujo que era por un motivo de peso: desde la tanda de golpes recibida en la puerta de un pub de Kelso, Mac se había convertido en el principal objetivo de la venganza de Alan.

—Lograron lo que querían: darme donde más me duele.

Mari releyó por encima aquellos papeles, completamente asqueada. Perjudicar a los seres queridos, hace más daño que un golpe en carne propia. El bróker y la arpía de la Whits era gentuza de la peor clase.

—Te han complicado la vida, poniéndote las cosas difíciles con Mac.

Dick asistía sin intervenir al intercambio de pareceres de las chicas. Internet era una continua fuente de estafas, venganzas y juego sucio, él bien lo sabía.

—Tu jefa es una bruja vengativa, pero esto no tiene que ver con la partitura aquella de la subasta, Carol —opinó Mari—. No te perdona que la hayas dejado en la estacada. A ver dónde encuentra ahora a alguien de tu categoría profesional que la soporte, eso es lo que la tiene rabiosa perdida.

Carol no permitió que el indeseable de Alan y su pérfida antigua jefa en la galería de arte ocuparan ni un solo minuto más de sus pensamientos.

—Gracias, Dick. Eres un amigo de verdad.

—No tiene importancia.

—Sí la tiene —rebatíó agradecida—. Estos papeles que acabas de darme, son lo que necesito para convencer al tío más idiota de Escocia de que se equivocó conmigo. Y voy a exigirle mucho más que una disculpa.

—Carol, no te precipites que en caliente no es bueno tomar decisiones —recomendó Mari, un poco preocupada por su airada reacción.

—Tengo la cabeza muy fría y muy en mi sitio. Y, ¿sabes qué voy a hacer? Coger el primer Virgin que salga para Edimburgo y estamparle todos estos datos a Mac en la cara.

Y los dejó allí sentados, con la palabra en la boca, cavilando que era sábado y por poco más de ciento cincuenta libras encontraría vuelo doméstico de ida y vuelta en el mismo día. No le hacía falta más, esa noche estaría de regreso y durmiendo en su casa, que aquel viaje a Escocia no era precisamente de placer.

—Voy con ella, no vaya a ser que haga alguna tontería. Gracias por todo Dick —dijo Mari, levantándose del sofá.

—Las gracias ya me las darás esta tarde.

Ella giró en redondo y lo miró de arriba abajo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta tarde te lo explicaré con calma —anunció con aire misterioso.

—No. Ahora.

—A su tiempo —contradijo con firmeza—. Me pediste ayuda para resolver el hackeo sufrido por Carol y he cumplido. Me pediste el favor aquel del entierro en el patio y cumplí. Me pediste que te configurara el ordenador.

—Si pero...

—Es hora de que me pagues todos los favores que me debes.

—A veces me das miedo.

—¿Yo? Pero si soy inofensivo —aseguró con una sonrisa sibilina.

Mari acribilló con la mirada al pelirrojo, pero aceptó con un suspiro de resignación. Ella era una chica de palabra y se lo debía. En eso Dick tenía toda la razón.

Preguntar era la manera más efectiva de encontrar el camino a cualquier parte. Eso fue lo que hizo Carol al llegar a Selkirk con el coche que alquiló en el aeropuerto de Turnhouse. Tomó la carretera rural, tal como le indicaron en el pueblo, y en cuanto remontó la segunda loma divisó la enorme mansión, adueñándose de aquel horizonte de inmensos páramos. Ya la conocía a través de fotografías; durante sus ratos de aburrimiento nocturno, se dedicó a indagar sobre el apellido MacLeod y, más en

concreto, sobre el actual conde de Selkirk y padre de Mac.

La carretera dibujaba una amplia curva que dejaba el castillo a la derecha. Pasadas dos granjas, enfiló una recta y divisó un jinete al paso, a unas cien yardas de distancia. Carol redujo la velocidad, detuvo el coche y salió a su encuentro con unos papeles en la mano.

Mac azuzó al caballo al verla caminar hacia él. Regresaba de casa de su hermano, que residía a dos millas del castillo en una antigua casa del guardabosques que fue rehabilitada cuando se casó.

—Baja de ese caballo.

Dudó bastante al oírla. Estaba enfadado con Carol y no era un hombre acostumbrado a recibir órdenes y mucho menos en ese tono. Pero lo hizo. Verla ante él, con aquella cara de furia, significaba que se había tomado la molestia de recorrer doscientas millas por un motivo importante. Se apeó del caballo. Lo tranquilizó acariciándole el cuello y cogió las riendas.

—Vamos a casa. Allí hablaremos con calma.

Carol avanzó un par de pasos y le estampó contra el pecho los cuatro folios grapados.

—¡Idiota!

Lo miró con toda la rabia del mundo y más dolor todavía, giró en redondo y se alejó con paso firme. Mac no hizo nada por retenerla. Mientras ella se metía en el coche, leyó el título de aquellos documentos. Se trataba de un informe; pasó dos páginas y las copias de los mensajes le dijeron sobre qué asunto versaba su contenido. Levantó apenas la mirada cuando escuchó el motor en marcha y de soslayo lo vio alejarse en dirección a Selkirk. Si Carol hubiese querido darle algún tipo de explicación, lo habría hecho. Y no hacía falta ser muy listo para notar lo dolida que estaba. Ir tras ella y provocar una discusión a gritos, carecía de sentido. En Londres, cuando los ánimos se enfriaran, ya tendrían tiempo de dialogar con calma. El utilitario con el logotipo de una empresa de alquiler se perdió de vista en la lejanía y, entonces, Mac leyó con atención los documentos que tenía en la mano.

—Joder —masculló entre dientes.

Fue al constatar la inocencia de Carol, cuando se arrepintió de haberla dejado marchar. En ese momento solo quería disculparse por haberse equivocado con ella, juzgándola de un modo tan precipitado como injusto. En un concurso de capullos, él ocuparía el puesto más alto del podio.

Se indignó en nombre de ella, al descubrir qué dos personas habían tramado el tejemaneje de los falsos *e-mails*, suplantando su identidad. Le habían clonado la cuenta de correo para enemistarla con él, convirtiéndola a sus ojos en la culpable evidente. Y, por no tomar medidas y realizar él mismo las averiguaciones que Carol sí había realizado, cuya prueba tenía en la mano, aquel par de impresentables lo habían conseguido.

—¿Qué has hecho esta vez?

Al oír la voz de sobra conocida a su espalda, oteó brevemente por encima del hombro y evitó una mirada directa. Su madre regresaba de su caminata diaria para mantener a raya el peso. También era casualidad. Mac conocía su recorrido habitual y desde lo alto de la colina estaba segura de que había presenciado la escena de principio a fin.

—Me parece que la chica estaba muy enfadada.

—Y con motivo. Me he vuelto a equivocar —reconoció mostrándole el informe—. Creí que aquellos mensajes que recibiste eran una venganza por su parte. Perdió el trabajo al no conseguir la partitura Gruber. Dudé de su sinceridad y pensé que me culpaba a mí de su despido, aunque dijo que no me consideraba culpable de su situación.

—Veo que te importa.

Mac miró a su madre con gesto de derrota y preocupación.

—Toma y cuando lo leas, entenderás. Ha venido desde Londres a lanzarme la prueba de su inocencia a la cara. Y sí, me importa mucho lo que opine de mí.

—¿Es la hija de Anita, tu *nanny* española? Tu padre me habló de ella.

—Sí. Eso dificulta todavía más las cosas. *Nanny* nunca le contó lo ocurrido. No tengo la certeza absoluta porque ella y yo no hemos hablado acerca de eso, pero juraría que no sabe nada.

Su madre miró los papeles sin ganas de descubrir mucho más. Le bastaba con saber que aquello de los mensajes era agua pasada. Pensativa, contempló al caballo que se había alejado hasta un enebro cercano y se entretenía hociqueando en la hierba.

—He estado pensando en la marcha de aquella niñera, desde que tu padre me comentó quien era la chica de la que sospechabais.

—Los mensajes se enviaron desde su dirección de correo —recalcó Mac, a la defensiva.

—No es un reproche —aseguró con tono conciliador—. Te estaba diciendo que he llegado a la conclusión de que es hora de pedir perdón por una negligencia imperdonable que cometí en el pasado. Y no tardaré mucho en hacerlo.

Mac supuso que su madre se achacaba toda la culpa, puesto que la responsable del funcionamiento doméstico, servicio incluido, era ella. Alzó la mano y le pellizcó la mejilla.

—¿A qué esperas?

—A reunir el valor necesario.

A Mac le enterneció su sinceridad. Esbozó una sonrisa que pretendía infundirle confianza.

—Eres escocesa. Tu sangre rebosa valor, o eso se supone.

La condesa se mordió los labios y lo miró poco convencida.

—A veces resulta difícil pedir perdón.

Mac arrugó la frente, mostrándole su disconformidad con aquella teoría.



—Lo difícil es no cometer errores. Reconocer que nos hemos equivocado, puede que más —aseveró—. Pedir perdón, no lo es.

El viaje relámpago a Selkirk le sentó de maravilla. El sábado aterrizó en el aeropuerto de Heathrow pasadas las ocho de la noche y a las diez dormía en su cama como una marmota. Desquitarse con Mac por ofenderla de aquella manera le resultó más relajante que una sesión de *spa*.

Y el domingo lo dedicó a las tareas domésticas. Al salir de casa con el canasto de la ropa sucia, miró con fastidio la acera brillante y bajó por la escalera a toda prisa para no mojarse, porque estaba lloviendo. Cuando sus padres hicieron la reforma para convertir las antiguas dependencias del servicio en un apartamento de alquiler, para preservar la intimidad de los inquilinos, clausuraron la puerta interior que comunicaba la vivienda de Carol con el sótano. Como el cuarto lavandería estaba enfrente del apartamento de Dick, cada vez que las chicas tenían que lavar la ropa, se veían obligadas a salir a la calle y bajar por la escalerilla exterior.

Carol metió la llave en la cerradura y abrió deprisa, porque de tardar más, la colada iba a hacerse bajo la lluvia. Una vez la tuvo en la lavadora, observó que estaba a media carga. Desde sus tiempos universitarios en pisos compartidos, arrastraba la costumbre de llenar el tambor hasta los topes para ahorrar electricidad, y además ayudaba a preservar el medio ambiente. En dos saltos se colocó bajo el alerillo de la puerta de Dick y repicó con los nudillos.

—Pasa —oyó que le indicaba este desde el interior.

Carol empujó la puerta y al entrar se quedó anonadada ante la escena que tenía ante sus ojos.

—Hola, Dick. Venía a preguntarte si tienes algo de ropa que lavar, para meterla con la mía —informó, aguantando la risa a duras penas—. Pero si llego en un mal momento...

—Un segundo que casi lo tengo —pidió Dick, dando un paso para arrimarse más a la espalda de Mari.

Carol colocó los brazos en jarras, porque aquella aproximación de la bragueta del pelirrojo al culo de su común amiga requería una explicación urgente.

—Venga, que me estoy cansando, ¿lo pillas o no? —protestó ella.

—Os veo muy entretenidos, parejita.

Mari premió su fino cachondeo con una mirada asesina.

—Menos risas, que esto lo estoy haciendo por ti.

—¿Por mí? A mí no me metas en vuestros jaleos eróticos.

Dick miraba el ordenador y trataba de imitar las imágenes que aparecían en la pantalla una tras otra. Pie delante, avance de cadera...

—Suave refregón —indicó Mari—. No seas bruto y no me claves el bulto, gorrino.

Carol fue hasta la pantalla muerta de curiosidad.

—¿Puedo? —rogó, mirando a Dick, ratón en mano.

Él, en ese momento, estaba demasiado ocupado atendiendo a las indicaciones de Mari. Entre tanto, Carol estudió las fotografías una tras otra hasta hartarse de reír.

—¿Pero esto es verdad o es una broma?

—Claro que va en serio, ¡y es español! —aseguró Dick, entusiasmado.

—Venga, a lo que estamos, que en diez minutos se acabó la clase práctica —farfulló Mari, animándolo a seguir—. Paso despacio, derecha adelante...

—Es que sin música de salsa no es lo mismo.

—¡Pues canta!

Carol no se recuperaba del pasmo. Sí, era un blog español. Dedicado, dedujo, a dar clases de seducción. Sus dos vecinos seguían las instrucciones de la pantalla, un tutorial que llevaba por título «La cebolleta», en el que se detallaban los pasos precisos para arrimar, como quien no quiere la cosa, unos genitales masculinos a unos glúteos femeninos en una pista de baile.

—Pero qué bien os lo pasáis en mi ausencia, amiguitos —comentó muerta de risa.

Mari la miró con furia multiplicada. Además de verse obligada a pagarle la deuda adquirida con el cerebritito de la informática de aquella bochornosa manera, solo le faltaba la guasilla de Carol para acabarla de rematar.

—Haz el favor, guapa, y no me calientes —exigió al límite de su paciencia—. Que no tengo el chichi pa farolillos —agregó en español.

—¿Qué? —preguntó Dick, refregándose como un descosido.

—¡Que te calles! —le espetó, fulminándolo por encima del hombro.

## 16. Por favor, no me odies

Mac era un hombre consecuente. Fiel a sus ideas, no lo pensó tanto como su madre. Un día después, agarró el volante y condujo hasta Londres.

Después de tragarse un atasco colosal para acceder al centro de la ciudad, pasó por su apartamento e hizo una llamada pendiente al secretario de un coleccionista de arte francés, que se encontraba en la ciudad con intención de vender una talla gótica. Una vez hubo concertado la reunión para el día siguiente, enfiló Fulham Road. Pocos minutos después, dejaba los muros del palacio de Buckingham atrás, en dirección al distrito de Marylebone. Tuvo que dar varias vueltas hasta que encontró un hueco para aparcar, junto a la bicentenaria escuela de niñas «Francis Holland».

Cruzó la calle hasta la casa de Carol. Emprendía el primer escalón cuando un sujeto pelirrojo, que llevaba puesto un pijama de estampado infantil, salió por la puerta con tres fiambreras, apiladas en las manos.

—¿Sabes si está Carol en casa? —le preguntó.

—Sí, está con Nano y Tete —confirmó el pelirrojo, muy entretenido en husmear el contenido de la fiambarrera de arriba de la pila.

Pasó por su lado. Mac lo vio empujar la reja y desaparecer hacia el sótano.

La puerta se había quedado abierta. La empujó y atravesó el vestíbulo al escuchar voces al fondo. Si la presencia del pelirrojo en pijama a las seis de la tarde le extrañó, la de los dos individuos de fuerte musculatura en calzoncillos en la escalera acabó de mosquearlo. El par de efebos parecían contentos, luciendo sus cuerpos. Uno estaba de pie, con el codo apoyado en la barandilla. El otro, sentado en el segundo escalón con una pierna estirada y la otra doblada, exhibiendo entrepierna.

—Nano y Tete, supongo —saludó—. Me lo ha dicho el del pijama de ositos —agregó señalando hacia atrás con el pulgar.

Ellos lo miraron con unas sonrisas de no entender nada que a Mac le dieron ganas de borrarlas de un puñetazo. Y sus ganas de pelea se multiplicaron por mil al abrirse la puerta de enfrente y ver salir a Carol descalza y desnuda; llevaba una toalla enrollada y sujeta bajo los brazos, tan corta que parecía escapada de una antigua película de porno casero.

—¿Alguien va a explicarme qué significa esto? —inquirió con los ojos fijos en el nacimiento de sus muslos.

Carol lo acribilló con ojos hostiles; por entrar en su casa por las buenas y por atreverse a mirarla con aquella expresión de censura. Abrió la boca para soltarle a la cara cuatro cosas bien dichas, a cerca de la estúpida sospecha que leía en su gesto de

genio. Pero otra voz femenina se le adelantó.

—Un trío, ¿no lo ves? ¡Si está clarísimo! —Mac giró la cabeza. La de los reproches irónicos era Mari desde la escalera y lo miraba mal—. Y contigo y conmigo, ¡ya somos una orgía! Mira qué bien.

—Ya puedes pasar, Fran. Y disculpad, de verdad.

Pero en vez de al chico, lo dijo mirando a Mac con evidente enfado.

El que estaba de pie avanzó unos pasos.

—¿Qué hay, tío? —saludó levantando la mano, con claro acento extranjero.

Entró por la misma puerta que acababa de salir Carol y la cerró.

—Se ha estropeado el grifo de arriba y han bajado a ducharse —agregó ella—. Bueno, y a Héctor ya lo conoces —dijo, señalando al otro—. Voy a vestirme.

Dio media vuelta y se escabulló por la puerta del salón, camino de su dormitorio.

Mac se sintió el necio más grande del mundo por sacar conclusiones precipitadas. Mari seguía mirándolo con ojos de bruja. El único que sonreía era el tal Héctor, que en ese momento se rascaba la entrepierna.

—Mejor me siento y espero a Carol —anunció Mac, señalando con la cabeza la puerta de la sala.

—Adelante, campeón. Como si estuvieras en tu casa —dijo el musculitos. Se estaba divirtiendo con la situación.

Mari le dio una patadita ladeada para que no echara más leña al fuego. Cuando Mac los dejó solos, lo miró con los brazos en jarras y le habló en español.

—Y vosotros dos, menos lucimiento y un poco más de ropa encima. Que ya os vale, tete... Que ya os vale.

Mac no tardó en aprender que los hombres que acababan de presentarle eran dos amigos españoles que se alojaban en la casa. Los primeros inquilinos del desván recién adecentado, según le explicó Mari. Y fue ella quien se encargó de aclararle también que los chicos no tenían dos nombres, como creyó, y que *nano* y *tete* tampoco eran apodos, sino una forma de llamar a todo sujeto masculino, propia de su lugar de procedencia.

—¿Ese pedrusco es tu isla? —cuestionó Mac con una risa burlona.

Mari quiso ilustrar la explicación con unas cuantas fotos de su tierra, que era también la de los chicos, guardadas en la galería de su móvil. Y Mac hizo lo propio.

—¿Y esa ruina es el castillo de tus antepasados? —contraatacó ella, al ver lo poco que quedaba en pie.

No era eso lo que le había dicho acerca del *broch* que le enseñaba en la pantalla de su teléfono, pero Mari resumió así la historia de aquella torre defensiva de la edad de hierro que aún podía visitarse en la isla de Lewis.

Mac simuló, en broma, una ofensa terrible.

—No insultes el pasado del Dun Carloway, mujer de lengua larga.

—Pues qué poco defendieron los tuyos sus posesiones, a la vista está.

—Cosas que pasan. Primero los MacKenzie nos lo arrebataron, más tarde, Jacobo VI que expropió todos los bienes del clan, por díscolos con la corona.

Mari sonrió con guasa cuando terminó contándole que un antiguo jefe del clan se vio obligado a huir por deudas.

—Y tú has heredado el espíritu fullero de tu antepasado, ¿no?

Mac la miró fijamente, adivinando el rumbo de sus pensamientos. Intuyó que estaba al tanto de sus desavenencias con Carol; y no erraba al considerarlo culpable de la situación. Él también se sentía un tramposo, por no haber sido sincero con ella desde el principio.

—Carol te lo ha contado todo, ¿verdad? —Mari lo corroboró con un alzamiento de cejas—. Ya veo.

—Ya ves —repitió, mirándolo como a un perfecto culpable.

Mac se removió en el sofá.

—Deduzco que no servirá de nada que te pida ayuda para que la convenzas de que tire a la basura el muñequito de vudú con mi cara.

En esas estaban cuando entró Carol en la sala de estar. Mac observó que llevaba en la mano el abrigo y el bolso.

—Yo me marcho —anunció.

—La que se marcha soy yo —dijo Mari, poniéndose de pie de un salto—. Adiós, Mac. Ya nos veremos, espero.

El tono y la apostilla cargada de fina cizaña no fueron para Mac, precisamente, una inyección de optimismo. La observó mientras se iba de allí y volvió su atención a Carol.

—¿Puedo acompañarte? —rogó; loco por hacer las paces—. He venido a pedirte disculpas por comportarme otra vez como un necio.

—Si quieres —aceptó con desinterés, mientras se ponía el abrigo.

Mac se levantó raudo para ayudarla. Pero su gentileza no obró ningún milagro, porque la vio abotonárselo con la misma cara de enfado que cuando llegó. Para no empeorar las cosas, se limitó a seguirla en silencio hasta la calle.

—¿Dónde vamos? —preguntó, bajando al trote las escaleras.

—Yo a coger el metro, tú no sé.

Mac le puso la mano en el hombro y, con delicadeza, la hizo girar hacia él.

—Carol...

—Me voy a Aylesbury, me esperan a cenar en casa y se me hace tarde.

—Yo te llevo —ofreció, dando un paso hacia donde había aparcado.

Carol vio el Aston Martin a lo lejos y lo sujetó del brazo.

—No —dijo tajante—. Tengo el coche en el taller. Así que iré en metro hasta Chesham. Mi padre o Mam vendrán a recogerme a la estación.

Mac encogió los hombros, derrotado.

—Está bien, te acompaño hasta la boca de metro, si me lo permites.

Caminaron hasta la esquina en silencio. Con idéntico mutismo esperaron el cambio de las luces del semáforo. La barrera de hielo entre los dos era la misma cuando, tras una breve e incómoda caminata, llegaron a la estación de Baker Street. Al pie de las escaleras, Carol giró hacia él.

—Dime una cosa, ¿por qué vas a largarme una de tus disculpas inútiles? ¿Por ser un imbécil absoluto al acusarme de todo aquello de los *e-mails* o por sospechar que tengo un harén masculino en mi casa? A todo esto, ¿tu familia ha denunciado ya a los verdaderos culpables? Porque yo sí pienso hacerlo.

—No, y te suplico que no lo hagas. Solo serviría para sacar a relucir el nombre de mi madre y dar pie al escándalo que buscaban esos dos —alegó, insistiendo en su ruego—. ¿Por qué crees inútil que me disculpe contigo?

Carolladeó la cabeza y lo enfrentó con ojos de censura.

—Ya te perdoné en Kelso por no ser sincero conmigo. Y mira de qué ha servido.

Mac le puso las manos en los hombros y las hizo resbalar con suavidad por sus brazos.

—Admito que me he equivocado contigo y no dejo de hacerlo. No soy como me ves, te lo juro. Los sentimientos que me provocas, hacen que me comporte como un idiota. Y no lo mereces.

—Por fin estamos de acuerdo en algo —apuntó con ironía—. Nunca he sido falsa contigo, Mac. Nunca. No te he dado motivos para que desconfíes de mí.

—¿Crees que no me doy cuenta, *bonnie*? —murmuró acariciándole los brazos por encima del abrigo—. Me has contado cosas de las que nunca hablas.

—Confíe en ti.

Mac cerró los ojos, impotente, antes de volver a mirarse en los de ella, de un castaño tan limpio y honesto que lo hacían remorderse hasta la desesperación.

—No estás obligada a entenderme, lo sé. Hace tanto tiempo que no confío en una mujer que ya ni me acuerdo. Me he hartado de relaciones superficiales, que nunca llegaron a más porque las mujeres que han pasado por mi vida solo buscaban una posición y dinero. No imaginas lo decepcionante que es saber que ven en ti a un tipo que se dedica, durante el día, al noble arte de rascarse las pelotas y, por las noches, a beber y a follar como un descosido.

—¿Y yo tengo que pagar por las culpas de todas ellas? A lo mejor me estás castigando por lo que te hizo pasar la Barbie sin cerebro que te dejó por otro.

—No, nada de eso —rebatió con firmeza—. Me había convertido en un cínico y entonces llegaste tú. Por primera vez supe que había encontrado a una maravillosa mujer que entendía el camino que he escogido en la vida. Carol, nosotros compartimos la misma pasión. Y por eso valoras la importancia de mostrar el arte ante los ojos de los demás, de compartir su grandeza e invitarles a que disfruten de ella —dijo con especial calidez en la voz—. Sabes también que no supone un placer ni un chollo estar continuamente de un país a otro.

Carol bajó la mirada, porque no se equivocaba. Ella conocía como él la

desagradable sensación de hastío, cuando viajar se convierte en una obligación. La soledad de la habitación de un hotel, la lejanía del hogar.

—Cuando te cogí de la mano en aquel avión supe que tenía ante mí a una mujer especial, que valora a qué me dedico.

—Y a pesar de ello, haces todo lo posible por alejarme de ti.

Mac tragó con dificultad.

—Se te hace tarde y no quiero robarte más tiempo —decidió atrayéndola hacia sí—. No tengo excusa, Carol. Solo hazme un último favor. Puede que sea el peor hombre del mundo, pero pregúntate si serás capaz de compartir con otro algo así.

La estrechó en el cerco de sus brazos y la besó despacio, con una mezcla de desesperación y ternura que hizo que le temblaran las manos al acariciarle el cuello y la nuca. Un temblor que solo se detuvo cuando notó los dedos de Carol clavados en su cintura.

Ya había tomado el camino hacia su casa, pero lo pensó mejor. Pulsó el icono de Google en su teléfono y buscó la página web de la Galería Whits. Estaba de suerte, esa noche se ofrecía un cóctel por la inauguración de una muestra colectiva. En cuanto cambió el semáforo, Mac enfiló en dirección al Soho.

Aparcó encima de la acera, en la misma puerta. Solo pensaba estar allí cinco minutos. Incluso menos le bastaban para el motivo que lo había llevado hasta allí. Desde la calle, a través de los cristales se veía la galería a rebosar de gente. Un punto a su favor, la Whits evitaría montar un numerito. Entró y preguntó por ella en el primer corro que encontró. Le indicaron a una mujer de melena caoba, que charlaba al fondo con un hombre de aspecto descuidado mucho más bajo que ella. Uno de los artistas que exponían en la muestra, supuso Mac. Se abrió paso entre la gente y se plantó ante ella.

—¿Khaterine Whits?

—¿Sí?

—No nos conocemos, quizá de oídas. Me llamo James MacLeod —anunció, rechazando con un ademán la copa que le ofrecía un camarero.

—De oídas, sí —reconoció Katherine.

Con una mirada de hielo, la Whits asaeteó a su acompañante. El hombre los dejó solos, farfullando una disculpa.

—¿Viene a condolerse conmigo, James? Porque estará enterado de que yo no obtuve la pieza, lo mismo que ustedes.

—Lo sé.

—La colección Selkirk dejó escapar una pieza y yo perdí un cliente. Me siento en desventaja.

—No he venido por eso.

—¿Entonces?

—Vamos a ver cómo lo explico, ¿le suena familiar el término suplantación de identidad? —Kat sonrió y le aguantó la mirada—. El uso fraudulento de datos de carácter personal es un delito.

—Muy instructivo —dijo, dando un sorbito de champán.

—Hay cierta documentación, que la relaciona a usted y a un tal Alan Myers, a resguardo en el despacho de mi abogado. Esos papeles verán la luz en un tribunal y en la prensa como le suceda cualquier cosa poco grata a Carol Coleman. En lo profesional y en lo personal. Y nada me detendrá. Nada —enfaticó—. Creo que me he explicado con claridad.

—¿Es una amenaza?

—Yo nunca amenazo. Es un vaticinio de lo que sucederá como no olvide el nombre de la señorita Coleman ahora y para siempre. ¿Me ha entendido?

Katherine parpadeó con expresión concentrada. Mac supo entonces que no había errado al jugar sus cartas: la galerista era una mujer ambiciosa y vengativa, pero inteligente.

—Completamente —aceptó con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Ha sido un verdadero placer. No la interrumpo más, siga disfrutando de la velada, salta a la vista que es todo un éxito. La felicito.

Sin añadir más, dio media vuelta y se largó de allí con la satisfacción del deber cumplido. Y los dedos cruzados, rogando que la grúa no se hubiera llevado el Aston Martin.

—He conocido a James MacLeod, el segundo hijo del conde de Selkirk —comentó Carol, como algo casual, al tiempo que aliñaba las zanahorias y guisantes cocidos de la guarnición.

—¿Ah, sí? —dijo Anita, mientras se agachaba frente al horno, para vigilar el *roast beef* a través del cristal.

—Mam, nunca nos habías dicho que trabajaste para esa familia.

—Papá sí lo sabe, desde que tú eras un bebé. Pero no veo qué importancia puede tener.

A Carol le costaba encajar aquella actitud tan extraña en Mam. Ella era parlanchina de natural, su repentino hermetismo la descolocaba.

—Coincidimos no hace demasiado —explicó, secándose las manos con un paño—. Me crucé con Jamie en el Saint Mary por casualidad. Venía a visitar a un familiar, creo recordar, y yo ya me marchaba. Fue una suerte que me reconociera, porque yo lo recordaba con la cara y la altura que tenía con cinco años.

—Ha crecido —apuntó Carol, con una sonrisa tímida—. Mam, más vale que lo sepas, entre él y yo ha surgido algo.

Anita alzó las cejas.

—Ya me di cuenta que su encanto de niño se ha convertido en atractivo, ahora



que es un hombre. Y qué, ¿os lleváis bien?

Carol reprimió las ganas de reír, ante tan discreta manera de preguntar por la seriedad de la relación.

—A ratos bien y a ratos no tan bien. ¿Puedo preguntarte una cosa? —Anita aceptó con un gesto—. ¿Por qué nunca hablas de cuando vivías en Escocia?

—No llegó a dos años y pertenece al pasado. Cuando camines por la calle, intenta hacerlo con la cabeza vuelta por encima de tu hombro. Imposible avanzar ni dos pasos sin tropezar, ¿verdad? Es más sensato mirar hacia adelante, no hacia atrás.

Inmediatamente, volvió su atención al *roast beef*. Carol desistió de insistir.

Mari no tenía el ánimo por las nubes, porque el esperado puesto de trabajo en el hospital se resistía más de lo previsto. Y esa manía innata de quejarse por todo e ir por la vida con seis cuchillitos clavados en el corazón, la convertía en una máquina de pensar maldades. Cuando ya no podía más, recordaba a su abuela y su dicho «A las penas, *puñalás*». Y lo seguía al pie de la letra, porque su terapia relajante consistía en desclavarse uno de esos puñales para clavárselo a otro.

Como el otro signo distintivo de su carácter tendía a proteger a todo aquel a quien tenía cariño, dio con la combinación perfecta para desquitarse. Y pensaba hacerlo con los dos seres despreciables que quisieron hacer daño a Carol.

Mientras maquinaba, se entretuvo en sacar la ropa de Dick de la secadora. Iba a darle la sorpresa de llevársela doblada y planchada. El detalle de la plancha lo pondría contento, ya que la ausencia de arrugas en su vestuario era una excepción que ocurría muy de tarde en tarde. Solo cuando regresaba de visitar a su familia en Devon.

Mari dio la pasada de gracia a la última camiseta y desenchufó la plancha con mucha energía y las ideas claras. Apiló la ropa del vecino y salió del cuarto de la lavadora directa a la puerta de enfrente para darle una alegría. Gesto que ella esperaba ver recompensado de inmediato. Para lo que tenía en mente, cuanto antes actuaran, mucho mejor.

Tocó con los nudillos y esperó mirando el cielo negro como el betún. Aborrecía que a las cinco de la tarde fuese ya noche cerrada. Cuando notó que la puerta se abría, apartó de un plumazo los pensamientos turbios y exhibió su sonrisa más cándida.

—¡Sorpresa!

—Guau... ¿Esto lo has hecho tú? Eres una tía muy guay.

—Toma —ofreció con aire melifluo—. Y no me des las gracias. Hoy por ti, mañana por mí.

Dick se puso alerta. La repasó de arriba abajo con una mirada dudosa y se rascó la cabeza.

—¿Qué vienes a pedirme esta vez?

Ella lo encaró, ofendida.

—¿Será posible? Tendrás queja de lo bien que te cuido y lo mucho que me preocupo por ti.

—Corta ese discurso, que ya me lo sé.

Con un golpe de cadera para que se quitara del medio, Mari se abrió paso hacia el interior y dejó la pila de prendas sobre el sofá. Entre tanto, fue pensando cómo plantearle a Dick la idea para no levantarle sospechas que lo cerraran en banda a colaborar. Se puso las manos en las caderas y giró en redondo, para pedírselo sin rodeos.

—Dick, necesito que me ayudes en algo que yo no puedo hacer por mí misma. ¿Puedes venir conmigo? Está cerca, a dos calles nada más.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. No tardaremos nada. Si estás ocupado, no te robaré mucho tiempo porque en diez minutos o así estaremos de vuelta. ¿Vas a echarme una mano o no?

Él ojeó el sofá donde le aguardaba su colada limpia y planchada. Después observó a Mari con más atención, hasta ese momento no había reparado que llevaba puesto su abrigo. Ladeó la cabeza con resignación, cogió la ropa y la llevó a su cuarto. Mari dio palmitas al verlo salir con el anorak en la mano.

No tardaron ni cinco minutos en llegar al sitio indicado. Fue al ver la bandera del arcoíris cuando Dick se arrepintió y le entraron ganas de huir.

—Yo no pienso entrar ahí.

Mari puso cara de súplica a ver si conseguía que dejara de mirarla con el ceño arrugado. Señaló la puerta del local y trató de hacerlo razonar.

—Dick, yo no puedo entrar en el pub y meterme en los aseos sin que todos me miren.

—¿Por qué?

—¡Porque soy mujer!

Su plan incluía pagar con la misma moneda a Kat Whits y el innombrable de Alan. A la jefa se la reservaba para algo más complicado, por lo mal que había tratado a Carol y por dejarla sin trabajo. Ya tendría tiempo de pensar. En cuanto al exnovio, precisamente por eso había arrastrado a Dick hasta aquel pub de ambiente gay.

—Vas, pides una cerveza, te metes en los aseos —explicó a la vez que sacaba del bolso un rotulador permanente y el monedero—. Escribes en la puerta este número de móvil y algo así como «Alan, moreno, sexy. ¿Me invitas a salami?» o «Soy Alan, llámame. Me gusta la salchicha con mucho picante».

—Joder...

—No digas palabrotas o te lavo la lengua con jabón —lo riñó, mirando por el rabillo del ojo a una pareja de chicos que se acercaba, dispuestos a entrar.

Mari se hizo atrás para dejarles paso y miró hacia otro lado. Hablando entre ellos como iban, el dúo de guapos estilosos entró en el pub sin percatarse de su presencia.

—Toma, yo invito —dijo tendiéndole un billete donde ella misma garabateó un

número de móvil—. Lo escribes y te vas rápido. No hace falta que te quedas a beberte la cerveza.

Dick cogió las cinco libras y el rotulador. Empujó la puerta y la acribilló con una mirada torva.

—Este favor te va a costar muy caro.

Mari chasqueó la lengua. Se sentía tan eufórica imaginando las propuestas cachondas que desesperarían al tal Alan, sin saber por qué aquellos hombres llamaban a su móvil y por qué se las hacían a él, que estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa que Dick le pidiera a cambio.

—Andando, campeón —lo animó con un guiño cómplice—. Entra ahí que no te van a comer.

—A mí no me líes, Mari.

Carol acababa de llegar a casa y su amiga le soltó a bocajarro que tenía planes para ambas sin darle tiempo ni a librarse del paraguas.

—Y tanto que vienes conmigo, que el favor se lo pedí en tu nombre —alegó ella.

—Aunque nunca te pedí que lo hicieras.

—Pues sí —farfulló Mari.

—Y aunque sabes que no me gustan nada esa clase de venganzas.

—Pues también —aceptó con un suspiro de impotencia—. Pero el caso es que estamos en deuda.

Resignada, se miró los zapatos empapados y aceptó con una mueca. Mari abrió la puerta principal y se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera para protegerse de la llovizna que hacía brillar las aceras desde bien temprano. Juntas bajaron a la calle, empujaron la reja y descendieron hasta el sótano.

Mari repicó con tanta fuerza que la puerta se abrió sola.

—Adelante, os estaba esperando —dijo Dick desde el sofá.

Entonces entendieron las dos por qué tenía la puerta abierta, la situación misma era un golpe de efecto ideado para descolocarlas. O eso supuso Carol.

—¿Pero qué haces así? —masculló Mari, quitándose la capucha de golpe.

Su anfitrión se encontraba cómodamente despatarrado, con el portátil en el regazo. Desnudo. Completamente, por lo que se deducía.

—Yo me marcho —murmuró Carol, apartando la vista de la inquietante imagen de aquel torso blanquecino.

—De eso nada —farfulló Mari, agarrándola por la manga.

—No te marches —rogó Dick con una sonrisa difícil de interpretar—. Os necesito a las dos. Quiero que me deis unos cuantos consejos.

Mari se puso brazos en jarras.

—Primer consejo: tápate que vas a coger una pulmonía, cacho bobo.

Carol optó por ejercer de poli bueno, para acabar cuanto antes.

—Dinos en qué podemos ayudarte —sugirió con aire conciliador.

—Quiero que me contéis qué os gusta a las tías. Quiero saberlo todo de vosotras. Quiero...

—Quieres follar —completó Mari—. Y pretendes que nosotras te ayudemos a convertirte en un tío irresistible.

—¡Eso!

Mari lo repasó con una mirada cansina, difícil tarea tenían ante sí. El pelirrojo de Devon no fue agraciado con el cuerpo más deseable del mundo.

—Vamos a ver, esqueletillo, ¿qué quieres saber? —concedió—. Tú pregunta y nosotras resolveremos tus dudas.

Dick tecleó algo en el portátil, observó la pantalla con ojos atentos y levantó de nuevo la vista hacia las chicas.

—Hummm... ¿Los besos os gustan con mucha lengua? —preguntó meneando la suya como una serpiente.

—Ajjjj.

Carol sujetó a Mari por el antebrazo. Por la cara que ponía, de un momento a otro podía cometer una masacre.

—Tengo una idea —anunció, ojeando su reloj—. Os invito a almorzar. De paso, podemos charlar tranquilamente y tú nos preguntas lo que quieras. ¿Qué tal un *chicken curry*?

—¡Bien!

—Sí, será lo mejor —opinó Mari atisbando con repelús las piernas desnudas de Dick.

—Pues no perdamos tiempo, que el Croque Monsieur se llena enseguida —aconsejó Carol.

Se trataba de un pequeño restaurante de comida para llevar, frente a la casa museo de Sherlock Holmes, que frecuentaban los tres porque servía los mejores sándwiches del barrio.

—Y tú, vístete —ordenó Mari—. Nosotras vamos a por los bolsos y las chaquetas. Te esperamos en la calle.

—Vestuario, tema importante —meditó Dick.

—Mucho —apostilló Mari.

El chico dejó el portátil sobre el sofá y se puso de pie.

—¿Qué os parece esto? —tanteó, exhibiéndose bien con las manos en las caderas.

—¡¿Llevas tanga?! Qué horror —exclamó Mari.

—Descártalos de tu guardarropa —opinó Carol, con una flema inglesa que hizo reír a Mari de pura incredulidad—. Un hombre con tanga da ganas de huir. Anti sexo total.

Dick arrugó la frente y se miró el paquete.

—¿Seguro?

—Segurísimo —aseveró Carol—. Y el pijama de ositos también, olvídate de él.

—¿Por qué?

—¡Porque es una frikada y porque es de chica!

—¿Eh? —saltó con cara de espanto—. Nadie me lo dijo en Marks & Spencer, creía que era unisex.

Debió ser aquel «sex». La mirada de las dos fue directa al mismo sitio. Carol y Mari observaron con más detalle el tanga que hasta entonces solo habían ojeado de refilón. Y no repararon en el color blanco, ni en la tira elástica de color negro. Las dos examinaban, paralizadas por la impresión, la enormidad viril que se adivinaba bajo la licra.

Sin apartar la vista del tremendo bulto, Mari dejó escapar un suspiro hondo.

—Madre mía, madre mía... Qué mal repartido está el mundo.

## 17. Nunca es tarde para pedir perdón

—Es que no te puedes imaginar lo contenta que estoy, Anita. Vamos, ¡de llorar y reír a la vez como las locas!

Mari había insistido en acompañar a la señora Coleman en el tren, de regreso a Aylesbury. Ya que le quedaban muy pocos días como desempleada, quiso hacer algo de turismo y conocer por fin el bonito pueblo donde vivía su casera, puesto que en lo sucesivo apenas dispondría de tiempo para hacerlo. Tanto ansiar una llamada del Saint Mary y, sin esperarla, le llegó del Macmillan, uno de los muchos donde había entregado una solicitud de empleo. Acababan de contratarla por seis meses en uno de los hospitales universitarios más prestigiosos del mundo en tratamientos oncológicos. Además, estaba a un paso de Baker Street, a dos paradas de metro nada más. Incluso los días que no se le echara el tiempo encima podía ir paseando.

Anita insistió en que, a la hora de regresar, la acercaría con el coche hasta Chesham que, por suerte para los residentes en Aylesbury y otras poblaciones del valle del Támesis, contaba con la estación de metro más lejana de Londres.

—Sabes que te esperan unos meses duros, ¿verdad? —comentó Anita, poniendo la tetera al fuego.

—Es duro pero muy gratificante —apuntó Mari—. Me han seleccionado por mi experiencia, en Alicante trabajé durante un año en el área de oncología.

Anita Coleman le devolvió una sonrisa de aprecio. Se necesitaba un enorme corazón y una vocación decidida para tratar a enfermos de cáncer. Mari, bajo su apariencia desenfadada, era una mujer fenomenal. Lamentó que España prescindiera de tan grandes profesionales. Se dijo que algún día cambiarían las cosas allí. Abrió el armario para sacar el tarro de café, ya que Mari lo prefería al té. Se encontraban las dos en la cocina, en torno a la mesa que durante años sirvió para que los niños hicieran los deberes, para charlas informales de amigas, tazas de té y confidencias; cosas que, en tiempos pasados, se solían hacer al amor de la lumbre. Mari observó los platos de cerámica de la pared con motivos animales y los recetarios en un estante, pensando que, daba igual el país, en todas partes el corazón de la casa se encuentra en la cocina.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién puede ser? —se preguntó Anita, apartando la cortina de encaje de la ventana.

No esperaba visitas. Y, aunque a veces su marido olvidaba las llaves, era pronto para que regresara de Oxford. Dejó el tarro sobre la encimera y salió camino del

recibidor. Cuando abrió la puerta tuvo una sensación extraña. Algo similar a una regresión. La mujer que aguardaba en el umbral no era la joven madre abrumada que conoció años atrás.

—Lady Serkilk... —murmuró sin reponerse de la impresión.

Nunca esperó que una condesa llamara a su puerta. Y de todas las aristócratas del mundo, a aquella en particular, menos que ninguna. Anita observó sin disimulo las huellas de los años transcurridos en su frágil tez de pelirroja. El tiempo era inclemente, ella tampoco era ya la chica que rebosaba juventud cuando trabajó al servicio de los MacLeod.

—Disculpa mi visita tan intempestiva y poco cortés, Anita —rogó la condesa—. Pero es hora de saldar deudas pendientes y la que tengo contigo es muy grande. He venido para aclarar las cosas.

—De eso hace mucho.

A pesar de la humillación sufrida por parte del ama de llaves de Selkirk Castle, Anita Coleman no guardaba rencor en su corazón. Su norma para ir por la vida era aparatar el resentimiento de su camino y mirar hacia delante con ilusión.

—Nunca es tarde para enmendar una terrible equivocación. ¿Puedo entrar?

Anita, tan aturdida estaba, que no se había percatado de ese detalle. La incomodó su propia descortesía.

—Pase, *milady*. No sé en qué estaba pensando. Llega en el momento oportuno, he puesto la tetera a hervir y estaba a punto de preparar café para una amiga.

—¿Llego en mal momento? Puedo volver más tarde...

Anita reiteró su invitación a entrar con un gesto.

—En absoluto. Pase, se lo ruego.

Lady Sherkilk no se movió del sitio.

—Hay cosas que ambas sabemos y que ya tendremos tiempo de comentar. Me refiero a James y tu chica. Tú y yo somos dos madres preocupadas por la felicidad de nuestros hijos. Así pues, no entraré en tu casa hasta que me llames Margaret.

—Me resulta muy extraño llamarla así, *milady*.

—Inténtalo. A mí no me parece tan difícil. Primero la eme, luego la a, luego la erre... —propuso, con un rápido parpadeo.

Ante tal despliegue de argumentos, Anita no pudo menos que sonreír. E insistió en que entrara en la casa por tercera vez. La actitud conciliadora y llana de lady Margaret le gustaba mucho.

—De acuerdo, pero pase, por Dios, que estamos en invierno.

La condesa continuó con las manos asidas a las asas de su bolso y miró hacia el cielo, como si las nubes que anunciaban un chaparrón pasajero acapararan todo su interés. Anita comprendió porqué se hacía la sorda. Fue por tratarla de usted.

—Si te quedas ahí, la vecina de enfrente va a pensar que no sé librarme de una vendedora de seguros, Margaret —dijo sonriendo con timidez.

Mari López y lady Selkirk congeniaron a las mil maravillas. El carácter emprendedor y campechano de ambas fue decisivo. La chica, que creció con los prejuicios aprendidos de la revista *Hola* en la peluquería, e imaginaba a la nobleza británica yendo a echar la quiniela en carroza tirada por ocho caballos, se pasmaba de ver a toda una condesa sentada a su lado en la mesa de la cocina. Mientras Anita preparaba café, y echaba el té en la tetera, Mari explicó a la recién llegada quién era y el motivo de su visita en la casa. Con mucha discreción, se excusó para ir al baño cuando lady Margaret se puso seria y pidió a la antigua *nanny* de sus hijos que se sentara para hablar.

Aburrida en el váter, dejó pasar el tiempo para que pudieran conversar con intimidad. Y así fue, la condesa pidió perdón y explicó a Anita cómo se dieron cuenta de su impropio despido. Esta se reafirmó en su inocencia, con las mismas palabras que pronunció en su día ante el ama de llaves de Selkirk Castle y que la condesa, desesperada aquellos días por la enfermedad de su hija pequeña, no llegó a escuchar. Para ella, pues, fue suficiente el gesto de la condesa para pasar de una vez y para siempre esa triste página de su vida.

Agradecida y con un peso menos en su conciencia, lady Margaret explicó el segundo motivo de su viaje a Aylesbury en cuanto Mari regresó del baño.

—Buena idea, porque algo tenemos que hacer por este par de zoquetes —opinó Mari—. Con perdón —reculó al percatarse que sus dos compañeras de mesa eran las mamás de ambos.

—No, querida, si tienes toda la razón. Al menos, en lo que respecta a James. Nunca lo he visto tan enamorado. Los enfados son algo que pasa y se olvida, pero, por lo que vi aquella tarde, ellos dos... —Miró a Anita con expresión preocupada—. Algo tenemos que hacer por el bien de nuestros hijos. No podemos permitir que renuncien a la felicidad.

Anita Coleman no era partidaria de intromisiones en asuntos de pareja, por ello dio prioridad a la prudencia por encima de su afán protector.

—¿Y cuál es la idea para conseguir que hablen y aclaren las cosas? —cuestionó poco convencida.

—Había pensado en preparar una cita.

Mari aplaudió emocionada.

—¡Eso, eso! Una cita a ciegas. ¡Qué momentazo romántico!

Anita removió su té, con cara de duda.

—Carol y Jamie no son un par de adolescentes.

Lady Margaret sonrió al oírla mencionar a su hijo con el mismo nombre que una veintena larga de años atrás. El recuerdo que le quedaba a Anita era el del niño que estuvo a su cuidado.

Entusiasmada con el plan y, tomando la iniciativa como integrante activa, sin que se lo hubieran pedido, Mari ya había elucubrado cómo podían lograr el romántico encuentro.



—Yo creo que no es tan difícil.

—Pues a mí no me parece que vayan a aceptar sin hacer preguntas.

—¡Positividad, amigas! —exigió la más joven de las tres, ante las reticencias de Anita.

—En primer lugar, debemos pensar en el sitio adecuado.

—¡Edimburgo! —saltó Mari.

Como vio que su apreciada casera la miraba cada vez menos convencida, continuó explicando el motivo de su elección.

—Pero vamos a ver, ¿qué mejor lugar que Escocia para conquistar a un escocés?

—O para que un escocés conquiste a una mujer —opinó la condesa, poniéndose de parte de Mari.

—Lo tengo todo pensado. Yo me encargo de convencer a Carol para irnos de escapada de fin de semana con la excusa de conocer Edimburgo. Anita, tú sabes que ella adora esa ciudad.

—Sí, eso es cierto.

—¡Lo tengo! —exclamó al recordar algo importante—. Le diré también que aprovecharemos para lanzar allí las cenizas del tío Archibald.

Ante la cara de extrañeza de la condesa, entre las dos le relataron el fortuito hallazgo de la urna funeraria olvidada, que la condesa escuchó algo perpleja.

—Y una vez allí —continuó Mari con el asunto realmente importante—, la dejó trastornada cuando le diga que tiene una cita a ciegas. Tonta no es, así que se olerá que es con su *highlander* que no es de las *Highlands*.

La condesa parpadeó varias veces y se echó a reír al escuchar tan extraña definición.

—Tú encárgate de Carol, querida, que de engañar a James ya me encargo yo.

Viéndolas tan convencidas, Anita se animó a confiar en el plan. Como se hacía tarde y la condesa tenía previsto pernoctar en Londres, donde la esperaba su marido, Mari aceptó encantada su invitación de hacer el viaje de regreso en su coche. Antes de dar por finalizada la tarde, acordaron llamarse para decidir una fecha. Lady Margaret debía indagar sin despertar sospechas, dada la caótica agenda de su hijo. A la hora de la despedida, tomó las manos de Anita.

—Este reencuentro ha sido para mí un verdadero placer —afirmó satisfecha—. Y hablo con el corazón.

## 18. Cita a ciegas en Escocia

Carol apretó el paso, asqueada, para dejar atrás al indeseable de Alan. No quería volver a verle el pelo y la mala suerte provocó que se tropezara con él cuando salía del *Bed and Breakfast* donde se alojaba.

—No tengo por qué darte explicaciones, Alan. Déjame en paz y piérdete, hazme el favor.

—Oye, nena...

—No soy una nena. Y deja de seguirme —advirtió, caminando todo lo rápido que los tacones se lo permitían.

Aún se preguntaba por qué se prestó a aceptar aquella cita a ciegas, mediante un misterioso whatsapp de un número de teléfono desconocido, con una manera de expresarse y algunas faltas ortográficas sospechosamente parecidas a los mensajes de Mari. En realidad, habían volado juntas hasta Edimburgo. Y a las dos les hacía falta una escapada con fiesta nocturna incluida que les levantara el ánimo. Mari le había dicho horas antes que no cenarían juntas porque tenía que ver a una conocida de España que estaba trabajando en la ciudad. Y Carol supuso que el mensaje misterioso era una cena sorpresa de chicas ideada por su imprevisible amiga. O con Mac, quizá, si es que a Mari le había dado por experimentar su vena romántica.

—Espera un momento —rogó Alan.

Sin prestarle atención, Carol siguió caminando por la Royal Mile, ansiosa por dejarlo atrás. De reojo, observó que se detenía y miraba la pantalla de su móvil. Al instante, oyó sus pasos rápidos. Ella fingió que no se percataba de que acababa de alcanzarla y que de nuevo lo tenía a su lado.

—¡No entiendo qué ha pasado con mi número! No paran de llegarme unos mensajes de tipos con propuestas indecentes... ¡A mí!

—Tú sabrás.

A pesar de su nula capacidad de venganza y de haberse enfadado con Mari cuando le confesó su jugarreta contra Alan en el pub gay del barrio, en ese momento se alegró, viendo el ictus colérico de su ex. Con las manos en los bolsillos y sin dejar de caminar, divisó la noria, que sobresalía como un aro luminoso por encima de los edificios. Pensó en Mari, justo allí, al pie de la misma, debía encontrarse en ese momento paseando por el mercadillo navideño, con la otra española. Lamentó no haberla acompañado, hacía años que no curioseaba por los puestos bajo las bombillas de colores. Además, se habría ahorrado el mal trago de toparse con el hombre al que menos le apetecía ver.

—¿Sabes que, cuando te lo propones, puedes llegar a ser muy desagradable? —la provocó él, para atraer de nuevo su atención.

¿Desagradable? ¿Y eso se lo decía el puerco asqueroso que no tuvo reparos en ponerle los cuernos, cepillándose a una detrás de otra, mientras ella lo esperaba en Londres como novia cándida y confiada? ¿El mismo que había clonado su cuenta de correo? Fue incapaz de callar un minuto más.

—Sé que fuiste tú, Alan —le espetó; e insistió ante su cara de indiferencia—. Sé lo qué hiciste con mi cuenta de correo. Y no soy la única.

Él no lo reconoció. Tampoco lo negó.

—¿Y qué piensas hacer?

—Olvidarte. A ti y toda la basura que esparces. Eres despreciable.

—Recuerdo una época en que no pensabas así.

Carol paró ante la puerta del restaurante donde la habían citado con tanto misterio y se encaró con él.

—Adiós, Alan. Espero que no se te ocurra entrar conmigo porque haré que te echen.

La miró con media sonrisa condescendiente que a Carol la retrotrajo a los peores episodios de su relación. No había cambiado ni dejaría nunca de creerse superior.

—¿Que me echen? —questionó con tono burlesco—. Pero ¿quién te crees que eres? ¿Qué harás? ¿Llamar otra vez a ese matón de mierda?

Ni se molestó en responder, observó con más lástima que desprecio al hombre que convirtió su fallida relación en un sinfín de desaires y altanería, empujó la puerta y lo dejó plantado en la calle. Suplicó en silencio que no la siguiera y respiró aliviada al no escuchar la puerta abrirse tras ella; había logrado hacerlo desistir. El *mâitre* se acercó a recibirla y, muy amablemente, la acompañó a la mesa que habían reservado para ella. Carol se sentó, intrigada por saber qué sorpresa le tendrían preparada. Sacó el teléfono y sonrió al leer los mensajes llenos de emoticonos de aquel número desconocido. Se notaba que los habían escrito con intención de avivar el suspense.

Pero el enredo se deshizo antes de lo que suponía. Cinco minutos llevaba allí sentada, cuando el *mâitre* llegó acompañado de una cara muy conocida.

—¡Así que eras tú! —exclamó, contenta de ver a Mari—. No me tragué eso de que habías quedado con una chica esta noche.

Pero esta no lucía la misma alegría, sino una expresión de circunstancias que Carol no supo descifrar.

—Lo siento, Carol. Tu cita a ciegas se ha echado a perder. Como ayudante de Cupido, soy un puñetero desastre.

Carol tuvo que hacer un verdadero ejercicio de autocontrol para no estrangular a su querida amiguita, cuando esta le confesó quién era su ausente compañero de mesa y mantel. Algo que ya imaginaba porque, aunque no dijo nada, los mensajes y la cita a

ciegas daban pie a suponer que la cena romántica era para ella y un escocés en concreto, rubio, arrebatadoramente sexy y con barba canalla. Aunque se ablandó, e incluso se compadeció de su fracaso, conforme Mari le iba contando el novelesco plan que había ideado, y que este se había ido al traste por una decisión de última hora de Mac de retrasar su regreso de Viena.

—Hay que ver, Mari. Nunca dejas de sorprenderme. Y sabes que me molesta un montón que decidan por mí.

—Lo sé y lo siento de verdad, pero estoy convencida de que Mac y tú solo necesitáis hablar con calma. Y pensé en daros un empujoncito...

Carol la cogió del brazo, antes de que apretara el paso para cruzar un semáforo.

—No sé si matarte por hacerme venir hasta Edimburgo para esto —comentó, mirándola con cierto reproche—. Es que se te ocurren unas ideas...

—Te regalé el billete de avión —se excusó, pesarosa.

—¡No debiste gastarte ese dinero, tonta! —la recriminó.

Estaba enfadada con ella por dilapidar sus ahorros, dada su nada halagüeña situación. Pero al pasar frente a la catedral de Saint Gilles, reconoció que gracias a la locura de Mari se encontraba en una ciudad que adoraba. Con las manos en los bolsillos del abrigo, respiró hondo. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de aquella brisa cargada de sal. Se recriminó a sí misma su estúpido comportamiento. En lugar de sus ingratos reproches, Mari se merecía un premio por regalarle aquel fin de semana en aquella maravillosa ciudad.

—Mari, perdóname. Te agradezco todo lo que haces, de corazón. Que te tomes tantas molestias para arreglarme una cita a ciegas, significa que te preocupas por mí.

—Es lo que hacen las amigas, ¿no?

—Sí, y tú eres la mejor —afirmó, logrando por fin arrancarle una sonrisa—. Y, aunque tengo que concretar todavía, te adelanto que a partir de ahora se acabó el verte con la aspiradora pasillo arriba y abajo.

—Lo hago de corazón y no me cuesta nada.

—Sí te cuesta, ¡con la locura de turnos que te han impuesto en el hospital! He hablado con Luisi, es española como tú. Limpia la Galería Whits. Cuando le ofrecí venir a casa una vez a la semana, se mostró encantada porque no le viene mal un ingreso extra.

—Pero si lo hago en un momentito —insistió.

—Mari no quiero que te añadas obligaciones. Reconócelo, ni tú ni yo tenemos tiempo. Luisi se encargará de mi planta, de la escalera y de las zonas comunes, incluido el jardín de atrás.

—Está bien, si así lo has decidido, tú eres la dueña de la casa.

—Mi padre es el dueño, yo vivo en Londres de prestado.

—Viene a ser lo mismo.

La luz roja del semáforo cambió a verde y Mari la apremió para cruzar la calle.

—Podíamos haber aprovechado la mesa —sugirió Carol.

—¡Uf!, deja. Cena romántica para ti y para mí —desestimó con cara de fracaso—. Habría sido como un premio de consolación.

Antes de llegar a la siguiente esquina, Mari paró ante la entrada The Rabbie Burns.

—Esta va a ser una cena mucho menos elegante de la que habíamos planeado.

—Más divertida, seguro que sí.

Mari se mordió el labio, al ver que Carol no se había percatado de que acababa de hablar en plural. Empujó la puerta del pub y, nada más entreabrirla, las recibió el bullicio del animado ambiente que las aguardaba en su interior.

—No te enfades, ¿vale? No perdamos más tiempo que mis dos compinches llevan un buen rato esperando.

—¿Cómo voy a enfadarme?

Mari suspiró, por lo visto no había captado el final de la frase.

—Me huelo que sí vas a enfadarte.

Entraron en el pub y con bastante esfuerzo se abrieron camino entre la multitud.

—¡Hey, mamis, ya he recuperado a nuestra chica! —gritó Mari, para hacerse oír por encima del vocerío.

Aún faltaba una semana para Navidad y quizá esa proximidad de los días de buenos deseos logró que Carol no liquidara a Mari cuando supo quiénes eran las dos componentes de su particular trío de hadas madrinas.

—Pero, Mam, ¿qué haces tú en Edimburgo?

—Meter la pata —reconoció apurada—. Pero te prometo que ha sido con buena intención. Ven, siéntate que tengo que presentarte a lady Margaret.

Carol habría preferido conocer a la madre de Mac en otras circunstancias, pero las ocasiones no se deciden, se presentan. Y tuvo que reconocer que la condesa de Selkirk era una dama encantadora. Era pelirroja y, según le contó sin avergonzarse, con tendencia a coger kilos en las caderas y en la delantera, por eso se pasaba la vida vigilando la línea y haciéndose trampas a sí misma cada vez que se saltaba la dieta. Carol constató que Mac había heredado de su madre el color de ojos gris azulado.

—Ya imagino que un plantón, como el que tú acabas de sufrir, debe ser una situación horrible. Pero te ruego que no te enfades con James, el pobre no sabía nada, porque de lo contrario estoy segura de que habría regresado de Viena para acudir a la cita.

En ese momento lo único que le preocupaba era echarse toda la culpa del desastre de cita, abogando a favor de su hijo que no sabía una palabra del embrollo que las tres, con la mejor de las intenciones, habían tramado a espaldas de ambos.

—No estoy tan segura.

—Cariño, Jamie es un buen chico —se apresuró a añadir Anita.

—¡Ayayay, Mam! —se desesperó Carol—. Siempre igual. Prométeme que a

partir de ahora no intervendrás para arreglarme la vida.

Tan pesarosa la vio, que Carol se apresuró a colocar la mano sobre la suya e, igual que cuando era pequeña, jugó distraída a recorrer con el dedo el contorno de la alianza de boda. Aún no había asimilado bien que su padre, a instancias de Mam, interfiriese tomando la iniciativa de hablar con un antiguo amigo, miembro del patronato, para facilitarle la entrada en el Museo de Londres. No es que no estimase la ayuda recibida, pero se consideraba muy capaz de pelear sus propias guerras. Los desvelos de Anita y de su padre por ella, que no mostraban por Richard, la llenaban de impotencia, porque le hacían pensar que la consideraban incapaz de salir airoso de una situación complicada.

Mari regresó de la barra, exultante. Los piropos y bromas de los escoceses con que tropezaba a cada paso le subían el ánimo. Detrás de ella llegó un camarero con cuatro pintas de cerveza y otros tantos vasos de *hot toddy*.

—Qué bien nos va a venir para entrar en calor —comentó lady Margaret, tomando un vaso de manzanilla con *whisky*, clavo y limón.

—¿Y la cerveza? —preguntó Anita.

—Por si nos quemamos la lengua —aclaró—. Me lo ha dicho aquel hombretón de la barra. ¡Jolín! —señaló, saludando con la mano a uno de los camareros, que correspondió con una sonrisa irresistible—. Son tan campechanos y tan machotes. ¡Es que me los comería!

—La verdad es que lo son —comentó Carol, con uno en particular en la cabeza.

Al ver que las tres la miraban, notó que las mejillas se le calentaban, y el medio *hot toddy* que acababa de beberse no tenía nada que ver.

—Siento que todo haya salido mal —se disculpó lady Margaret, preocupada por si con aquel plan sorpresa fallido habían contribuido a empeorar las cosas entre su hijo y Carol—. ¿Estás enfadada?

Los labios de Carol se curvaron en una sonrisa sincera.

—En absoluto —aseguró dando un vistazo a su alrededor; aquel pub con sus mesas y bancos de madera parecía el hogar de la alegría—. Rodeada de escoceses, el mal humor no puede durarle a nadie ni cinco minutos.

—Están preparándonos algo ligero para cenar —informó Mari.

Carol arrugó la frente; se iba a quedar pasmada en cuanto averiguara lo que entendían en aquellas tierras por comer algo ligero.

—Vamos allá, trago frío y trago caliente para remojar la espera —añadió dando sendos tragos—. Los de la barra me han dicho que aquí se viene a beber *whisky*, pero si empezamos a lo grande con el estómago vacío, dentro de nada me veo diciendo tonterías. Más tonterías que de costumbre, ya me entendéis.

—Suenan un móvil —avisó Anita, cogiendo su bolso.

—Es el mío —dijo Carol.

Leyó por encima el mensaje. Tecleó una brevísima respuesta y volvió a guardarlo. Al levantar la cabeza, vio que las tres la miraban sin disimular.

—Sí, era Mac desde Viena —confesó, para despejar sus dudas.

—¿Y?

—Dichosa reunión con ese anticuario austriaco...

—Por nosotras no te cortes, podéis hablar.

—Luego lo llamaré —decidió, acribillando a Mari con una mirada que valía para las tres.

—¿Todavía está enfadado? —preguntó lady Margaret, recordando lo mucho que lo estaba cuando lo llamó una hora antes para espetarle qué narices hacía todavía en Viena.

—Ya se le pasará —opinó Carol, con menos miramiento que su preocupada madre—. La que se ha llevado un plantón soy yo y no lo estoy, así que más le vale tragarse la furia y ser comprensivo.

—Ay, pero ¿cómo pides menos furia a un rudo escocés? —saltó Mari, mirando a su alrededor—. Míralos, son tan naturales estos hombres, no como en Londres que son todos unos estirados.

—Todos no somos tan engreídos.

—Un poquito, sí.

Y continuó alabando la sencillez escocesa, frente a los ingleses que solo mostraban entusiasmo ante sus caballos y sus perros. A Mari le encantaba la manera de ser de la gente de aquella tierra, con un carácter abierto y campechano, más parecido al suyo. Estaba a gusto en aquella taberna llena de gente llana, con camisa arremangada o jersey, dispuesta a pasarlo bien compartiendo su música y un *whisky* detrás de otro. En Londres se acobardaba cada vez que entraba en un pub del centro y veía a los hombres con corbata y las mujeres maquilladas y vestidas de punta en blanco.

—En Escocia somos lo que ves, querida —aseguró lady Margaret—. Sin trampa ni cartón.

—Y me encanta esa naturalidad —añadió Mari, guiñándole un ojo.

Carol notó que Mam no intervenía y la miró preocupada, sabiendo que ella no guardaba un buen recuerdo de su paso por aquella tierra. Pero esta, con una mirada confiada y sin necesidad de hablar, la tranquilizó para que Carol entendiera que el pasado había quedado atrás y que no estaba resentida con la condesa por lo que ocurrió cuando trabajaba para los MacLeod.

Un camarero depositó sobre la mesa cuatro platos de *stovies*, que todas atacaron con ganas en cuanto las envolvió el apetitoso aroma de la carne guisada con patatas y cebolla.

—Vamos a brindar —decidió Mari, levantando su segunda pinta—. Por lo mal que nos ha salido la jugada —celebró, con fino sentido del humor.

Sus tres compañeras de fatigas se echaron a reír porque, en el fondo, la situación tenía su gracia. Y con ello animaron todavía más a Mari, que ya estaba bastante entusiasmada después de mezclar cerveza y *whisky* con manzanilla.

—¡Ya lo tengo! —saltó—. Vamos a hacer una sesión de psicoterapia. Sí, rollito autoayuda de chicas: vamos a confesar nuestros peores momentos bochornosos.

—Que te dejen plantada en una cita a ciegas —comentó Carol.

—No, si el tuyo ya nos lo sabemos, ji ji. A ver, Margie, empieza tú.

Por supuesto, a ninguna les extrañó que Mari la tratara con tanta confianza. Ella venía de un lugar donde, para la gente de a pie, los títulos nobiliarios eran florituras que leían solo en las revistas o en las esquelas del ABC.

—Muy bien —aceptó dejando sus cubiertos sobre el plato—. Bajaba yo un día paseando hacia Selkirk y noté que un muchachito me seguía, repitiéndome a cada paso que tenía unas piernas muy bonitas. Y yo me dije, ¿es que una mujer de más de cincuenta no puede atraer la mirada de un hombre al que dobla la edad?

—¡Pues claro que sí! —intervino Mari.

—Yo continué caminando, fingiendo no prestarle atención, con paso digno y orgullosa de mi tipazo, porque había perdido por entonces cuatro kilos... —comentó; interrumpiéndose para no divagar—. La ilusión me duró lo justo, hasta que mi admirador insistió en que mis piernas eran divinas, pero que no hacía falta que las fuera enseñando. Entonces quise que me tragara la tierra, porque lo que aquel chico quería decirme es que, las iba exhibiendo por detrás. Porque al tocarme la falda noté que se me había enganchado el bajo del vestido en la goma de la faja y llevaba media milla recorrida sin darme cuenta.

—Uff, sí que debió ser bochornoso, la verdad —reconoció Carol, conteniendo la risa al imaginar la escena.

Mari no tuvo tantos reparos y bromeó con la condesa a cerca de lo ocurrido.

—Pues mi momento más incómodo... —empezó Anita su narración—. Nos sucedió a mí y a mi marido cuando estábamos pasando unos días en la isla de Ibiza. Hace años. Éramos jóvenes y nos picó el gusanillo de conocer una playa nudista.

—Creo que voy a taparme los oídos —murmuró Carol.

—Shsssss —exigió Mari, para que no fastidiara la historia en el momento más interesante.

—En fin, el calor, el Mediterráneo, el sol... La cuestión es que nos fuimos detrás de una duna...

—¿Y?

—Nos sorprendió la policía en plena acción. Y no nos detuvieron por escándalo público porque no éramos los únicos.

—¿¡Papá y tú!?

Mari le cogió la mano con una risilla canina.

—Ya eres mayor para que te lo contemos: los papás también tienen sexo —se guaseó—. ¡Me toca! —saltó, ladeándose hacia Anita para esquivar un codazo de Carol—. Yo una vez, cuando estudiaba que iba corta de *pelillas*...

—Dinero —tradujo Anita para lady Margaret, que no la entendió.

—Trabajé una noche en una sesión como modelo, contratada por un pintor. Fue



en un local de copas de Alicante, que también hace exposiciones de cuadros y cosas así.

—¿Te dio pudor posar desnuda? —adivinó Anita Coleman.

—Mucho. Yo estaba tumbada en una mesa, él me pintaba con mermelada y luego me ofrecía como banquete a los asistentes. Hubo muchos voluntarios...

—Hay que ver las cosas que inventan los artistas —comentó, asombrada la condesa.

—No vale como momento bochornoso —opinó Carol—. Que se te nota que lo disfrutaste, guarrilla.

—¡Ay, sí! —confesó con un suspiro vicioso—. Pero me moría de vergüenza mientras me lamían como perretes por todas partes.

Las cuatro rieron con ganas exigiendo que les explicara con todo detalle el episodio artístico gastronómico. Y el relato de la mermelada, animó a lady Margaret que propuso compartir una ración de *cranachan* de postre.

El chupito de *whisky* que acompañaba el plato de frambuesas frescas, con nata y avena tostada, fue la gota que le faltaba a Mari para empezar a trabársele la lengua. Su tolerancia al alcohol no era, ni mucho menos, tan grande como la de sus tres británicas compañeras de fatigas. Al verla en tal estado, Carol y Anita la sacaron a la calle para que el frío aire de la noche la ayudara a despejarla, mientras lady Margaret se rezagaba. Insistió en invitarlas, como anfitriona. Y después de pagar la cuenta, aprovechó para ir al baño.

De los aseos regresaba cuando tropezó con un rubio de anchas espaldas.

—Disculpe, ¿le he hecho daño? Este sitio está tan lleno...

—*Nae bother.*

—*Ye'r welcome, lass* —correspondió el desconocido, también en *scots*.

La condesa de Selkirk alzó la vista y se quedó como hipnotizada. Aquella mandíbula cuadrada se la sabía de memoria.

—Se... se... señor Craig —musitó.

—Me gusta más Daniel —pidió, divertido de ver su cara de pasmo.

Su más ferviente admiradora seguía contemplándolo como si tuviera delante una aparición. Increíble, anonadada, ¡maravillada de haber tropezado en el pasillo de los aseos de un pub con su adorado James Bond! Por qué no iba a estar allí, se dijo con orgullo, si era tan escocés como todos los que abarrotaban el local, como ella, como el mismísimo Rob Roy y como el insigne bardo nacional que daba nombre a aquella taberna.

—¡Daniel Craig de carne y hueso!

Él le regaló una sonrisa *sexy* y peligrosa que podría derretir la nieve.

—Sí, ese soy yo.

—Discúlpeme si le arrastro en mi caída —murmuró—. Creo que estoy a punto de

sufrir un desmayo.

## 19. Cuatro chicas, un todoterreno y un muerto en el maletero

Después de explicar a sus tres compañeras de aventuras el asombroso encuentro que acababa de acontecer y de mostrarles el *selfie* que se habían hecho ella y el agente 007 en la puerta del aseo de caballeros, lady Margaret propuso una vuelta por los alrededores, ya que el aire fresco con las ventanillas bajadas ayudaría a la joven española. Como Carol ya sabía que todas se alojaban en el mismo *Bed and Breakfast* que ella, y no tenía ganas de montar un espectáculo étlico en el hotelito, estuvo de acuerdo en ir de paseo nocturno en el todoterreno de la condesa hasta que se le pasara la borrachera. Y Anita sugirió que, si se dirigían a las afueras, sería la ocasión idónea para esparcir allí, en plena campiña escocesa, las cenizas del difunto Archibald Turner. Carol prefirió guardarse su opinión; le dio mucho repelús constatar que en el coche no iban cuatro, sino cinco, puesto que Mari había llevado con ella, de escapada aventurera, la urna con las cenizas.

Lady Margaret conducía con Anita Coleman de copiloto, mientras las jóvenes viajaban en el asiento trasero. La condesa miró por el retrovisor y pulsó el botón para bajar hasta el tope la ventanilla de Mari. El aire helado de diciembre iba a ser el mejor remedio para espabilarla. Aminoró la velocidad al ver al control policial que les hacía señales. Entonces fue cuando se arrepintió de haber bajado el cristal.

—A mí no me apuntesss, tío listo, que me cabreo y me vengo arriba —gritó Mari sacando la cabeza—. Que os dan una espada láser y enseguida os creéis Dark Vader.

Al oír el vocerío, el guardia indicó con el bastón luminoso que detuvieran el vehículo. Carol ya había tirado de su amiga para apartarla de la ventanilla y, por suerte para todas, desvariaba en español. Así, el policía no entendió ni media palabra.

Lady Margaret obedeció al instante, paró junto al agente y bajó su ventanilla.

—¿Algún problema, señoras? —preguntó escudriñando el interior.

—Ya sabe cómo son estas jovencitas forasteras, que no tienen aguante. Se beben dos pintas y ya ven doble. Estamos haciendo lo posible para que se le pase.

—¿Usted no habrá bebido?

—Una Fanta de fresa.

El policía no se lo tragó, obviamente, pero dado que aquella señora tan simpática parecía sensata y no exhibía síntomas de embriaguez, hizo la vista gorda.

—¿Podemos seguir? —tanteó con candidez y una sonrisa obediente.

El policía dio un vistazo a las otras ocupantes.

—Vayan con cuidado. Estamos controlando la velocidad porque están de obras en

el cruce —explicó, moviendo el bastón luminoso para darles paso.

Cuando apenas habían avanzado dos metros, a Mari le dio por intervenir de nuevo, en voz muy alta, y para colmo en inglés, esa vez.

—Suerte que el Jedy ese no ha visto que llevamos un muerto en el maletero.

La condesa oteó al guardia a través del retrovisor y arrancó con un acelerón sin pensárselo dos veces.

—¡Tengo que hacer pis!

—¿No puedes esperar a llegar al hotel? —casi rogó Carol.

Iban ya de regreso y Mari les venía con urgencias en medio del bosque.

—Un minuto más y te juro que meo en la urna del muerto.

—Aquí no vamos a encontrar ningún baño.

Lady Margaret detuvo el vehículo en el arcén.

—Todo el monte es un urinario —opinó—. Vamos rápido que hace frío. Y así aprovecharé yo también para hacer *wee wee* otra vez.

Carol abrió mucho los ojos al escuchar aquello de boca de una lady. Con razón los escoceses tenían a gala ser gente de campo.

—Pues ya que lo decís, hace rato que tengo ganas... —comentó Anita.

Sin ánimo de secundar la excursión, Carol salió del coche, pero se cruzó de brazos.

—Yo me niego a hacer pis en esa oscuridad, os espero aquí vigilando el coche.

Aunque la condesa había encendido las luces de emergencia, el vehículo allí parado en aquella carretera secundaria sin más iluminación que la de las estrellas, resultaba peligroso. Carol las apremió para que se dieran prisa y, apoyada en el capó, las vio perderse entre los árboles.

Mari ya iba bastante recuperada, pero aún así se agarraba del brazo de Anita. Lady Margaret se detuvo al borde de un ribazo y avisó a las otras dos de la conveniencia de no continuar avanzando sin una linterna.

—Aquí mismo —decidió—. Rápido.

Los problemas de Mari vinieron cuando trató de ponerse en cuclillas. Viendo que perdía el equilibrio, la condesa actuó con decisión.

—Anita, que se coloque en medio y nosotras, una a cada lado por si se cae.

Dicho y hecho. Se colocaron en fila india.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Cuidado.

—¿Y si nos ve alguien?

—Como no sea una lechuza...

—¡Que me meo!

A un tiempo, se bajaron las bragas y se acuclillaron con ganas de evacuar las dos

pintas de cerveza y resto de bebestibles.

De pronto un foco luminoso se encendió a sus espaldas con una potencia que convirtió la noche en día. A las tres se les cortó el chorrillo por culpa del vozarrón masculino que vino a continuación.

—¡Corta! ¡Corta! —gritó a pleno pulmón—. Me cago en... ¿Pero de dónde han salido esas tres locas y qué hacen ahí arriba enseñando el culo?

Con tan lumínico sopetón, averiguaron que Daniel Craig no se encontraba en Edimburgo por casualidad. Participaba en el rodaje de una película, una de cuyas tomas nocturnas exteriores acababan de fastidiar Anita Coleman, Mari López y la condesa de Selkirk con su aparición intempestiva en lo alto del ribazo.

El incidente quedó como una anécdota más de una noche inolvidable. De vuelta, en el coche, y al llegar al hotelito de Edimburgo, les dio por reír a carcajada limpia cada vez que se hablaban de lo sucedido, de la mala uva del cineasta y de las caras de circunstancias del resto del equipo de rodaje. Lady Margaret se ruborizaba hasta las cejas cuando recordaba cómo, por segunda vez esa noche, saludó a James Bond, quien le aseguró, con una sonrisa maliciosa, que jamás la olvidaría.

—Por fin en casa —dijo Carol, cuando se sentó en la cama de la habitación doble que compartía con Mari.

Se tumbó sin mirar y se golpeó en la cabeza con la mochila de cuero de esta que descansaba sobre la almohada. Sin incorporarse más que lo justo, la cogió a tientas para dejarla en el suelo.

—Cómo pesa tu bolso. ¿Qué llevas dentro? ¿Plomo?

Mari, dejó la cremallera de su bota a medio bajar, se levantó como un resorte y se llevó las manos a las mejillas.

—¡Ay, madre! ¡Que con tanto jaleo nos hemos olvidado del tío Archie!

Las dos se quedaron mirando la mochila, asumiendo lo inevitable. Esa noche serían tres los ocupantes de aquella habitación doble.

Regresaron a Londres el mismo domingo, con gran pesar por parte de lady Margaret que las despidió con añoranza, asegurándoles que no se divertía tanto desde hacía muchos años y que no las dejó marchar hasta que les arrancó un compromiso firme para repetir algún día. Y, pese a que esa clase de promesas son las cosas que suelen decirse a la hora de la despedida, pero rara vez se suelen cumplir, en esa ocasión todas fueron sinceras. Incluso Anita Coleman, para quien el fin de semana supuso su reconciliación con Escocia y con su gente. Al escuchar el *Haste ye back* de la condesa, el corazón les decía lo mismo a las tres: «vuelve pronto».

A última hora de la tarde, Carol abrió la puerta de casa sin saber que quien la aguardaba al otro lado era Mac. Ya habían tenido ocasión de hablar. Largas

conversaciones telefónicas que hicieron desaparecer los sentimientos enfrentados de Carol. En cuanto al plantón de Edimburgo, era obvio que el romántico plan se había urdido también a sus espaldas, y fueron las tres encantadoras entrometidas quienes cometieron el fallo de no confirmar la hora de llegada de su avión. Quizá por ello, su visita sorpresa, directo desde Austria, le agradó. Mucho más, cuando sacó un maletín del Aston Martin y, sin esperar a entrar en casa, apoyado en el capó, le enseñó las piezas que había conseguido de manos del anticuario.

—Quería que las vieras tú antes que nadie —confesó orgulloso.

—Son extraordinarias.

Carol acarició con cuidado una de las figurillas talladas nueve siglos atrás en marfil de colmillo de morsa. Idénticas a las que se exhibían en el Museo Británico. También aquellas piezas de ajedrez, formaban parte de las noventa del Tesoro de Lewis, que se hallaban repartidas en colecciones particulares y fondos museísticos de todo el mundo. Un hallazgo de incierto origen vikingo que daba fama a la isla norte de las Hébridas, cuna del clan MacLeod.

—Son solo nueve, pero no podían faltar en la colección Selkirk.

—Como esas piezas cuyo valor reside en lo que significan y no en lo que cuestan —completó Carol.

Ambos se miraron a los ojos, los dos sabían que estaba hablando de la partitura Gruber. Mac se inclinó despacio y la besó en los labios con una suave caricia.

—¿Cómo estás? —musitó.

Había tanto sentimiento en su voz y una súplica implícita en la pregunta, que Carol apoyó la cabeza en su hombro, con una repentina humedad en los ojos. Él la sostuvo entre sus brazos.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó, besándole el pelo; ella notó la caricia de su barba rasa en la frente.

—Cualquier cosa.

Mac recobró el sentido común y regresó su atención al maletín. Sujetando a Carol con el brazo derecho, lo cerró de golpe y empuñó con firmeza el asa; exhibir objetos de tanto valor en plena calle era una auténtica estupidez.

—Guárdame esto —pidió, entregandoselo—. Enseguida vuelvo.

—¿No quieres ir a tu casa primero? Estarás cansado. Luego quedamos para tomar una copa.

Mac negó con firmeza y se despidió con un beso rápido. Carol quiso decir que pasara, que en la nevera tenía de todo para preparar una cena improvisada. Pero antes de darle tiempo ya lo vio doblar la esquina. Entró en casa y dejó el maletín con las piezas del Tesoro de Lewis sobre el sofá. No pudo evitar la tentación de examinarlas con más cuidado, una por una, y así lo hizo. Apenas lo había vuelto a cerrar, cuando por la ventana vio a Mac de regreso. Al abrirle la puerta, sonrió al ver que traía una ración grande de *fish and chips* para compartir.

—Siento mucho que Fauna, Flora y Primavera no dieran en el clavo —comentó Mac, ya a los postres.

Carol sonrió, sorprendida, mientras paladeaba una cucharada de tarta de queso con arándanos, rescatada del congelador y atemperada en el microondas. Se preguntaba cómo sabía el nombre de las tres coloridas haditas de Disney.

—Un chico duro como tú —dijo tomando otro pedacito con la cuchara—. No te imagino viendo *La bella durmiente*.

—Tengo cuatro sobrinos —argumentó; se llevó un trozo de tarta a la boca y la degustó sin prisa antes de continuar—. Algo bueno de esa cita desastrosa fue que has conocido a mi madre. Quiero pensar que tú también lo consideras algo positivo.

—Es un encanto de mujer.

—Cuando no se enfada.

—Y me alegro muchísimo de que ella y Mam hayan solucionado las cosas.

—Pero tú no has hablado con Anita.

—No.

Mac masticó el último bocado de tarta sin dejar de mirarla. Intuía que aún desconocía el injusto motivo por el que fue despedida del servicio. Pero esa era una conversación que debían mantener ellas, no le correspondía a él hablar a Carol de lo sucedido hacía muchos años. Se pasó la servilleta por los labios y se levantó.

—Dime una cosa —dijo ella, cambiando de tema—. ¿Por qué fuiste a hablar con Katherine? —Mac no respondió—. No era necesario.

—Ya lo sé.

Carol dejó la cucharilla sobre el plato y lo miró con una expresión comedida que discordaba con sus ojos. Lo miraba echando chispas.

—¿Por qué todo el mundo se empeña en protegerme, en interferir en mi vida o en tomar decisiones por mí? Tú, mi padre, Mam, Mari, ¡incluso tu madre! Bueno, ella supongo que lo hizo por ti.

—Lo hizo por los dos.

—¿Por qué, Mac? ¿Tan insegura parezco?

Mac la miró con interés. Qué equivocada estaba si creía que el resto del mundo la tenía por insegura o incapaz de defenderse. Carol era la encarnación femenina de la independencia, el aplomo, el tesón y la fe en sí misma.

—Lo llaman amor. ¿Tanto te cuesta asumir que tendamos a proteger a las personas que nos importan? Es un instinto primario.

Ella bajó la vista y se calló la respuesta que tenía en la punta de la lengua. Le molestaba ser objeto de tantas atenciones por parte de los demás.

—Es hora de irme —anunció Mac, inclinándose hacia ella para darle un beso.

Se levantó y Carol lo hizo también. Mac la acercó a él rodeándole la cintura, satisfecho al ver su cara de sorpresa. Ese era justamente su propósito.

—No, no voy a quedarme esta noche. —Ella lo interrogó con la mirada—. Y créeme, es lo que más deseo. Necesitaba verte porque ninguna chica se merece un

plantón y tú menos que nadie.

—No fue culpa tuya, Mac. Ya hemos hablado de esto.

—Pero quiero que quede claro por qué estoy aquí. Y no voy a quedarme a dormir porque no he venido buscando sexo.

—¿Mis deseos no cuentan?

—Hoy no —dijo apartándole el pelo de la frente con una caricia—. Tú vales mucho más.

Carol se abrazó a él y apoyó la mejilla en su camisa. Recordó el continuo menosprecio que supuso su relación con Alan y en ese momento, aunque deseaba acabar la noche juntos y despertar a su lado, apreció la decisión de Mac más que cualquier regalo que pudiera hacerle. Mac le alzó la barbilla y la besó despacio, con una mezcla de dulzura e intensidad que la hizo temblar. Después la miró a los ojos, con la misma expresión que ella había visto tantas veces en quienes admiran y codician una pieza de arte.

—No te cambiaría por toda la colección de mi familia, ni por una fortuna inmensa. Para mí no existe nada que me importe más que tú, Carol Coleman. Nunca lo olvides.



## 20. Dulce venganza

El incidente fue silenciado por las cuatro protagonistas como un secreto entre mujeres. Pero algún espabilado, mucho menos respetuoso con la intimidad ajena, quiso sacar tajada y grabó con un teléfono móvil el espectáculo que dieron las tres bajo los focos.

En el castillo de Selkirk, dos días después de lo sucedido, fue el amante esposo quien se encargó de dar la noticia a la condesa, rato después de la cena.

—Tanto que nos preocupó que algún malintencionado diera tu nombre a conocer, engañándote con aquellos correos y ahora...

—Ahora ¿qué?

Lady Margaret sacó de un cajón la funda de las gafas de lejos, se las caló y se acercó a su marido.

—Que es imposible impedir lo inevitable. Llevabas la fama escrita en tu destino, Margie.

—No sé qué quieres decir.

—Debes saber que eres famosa, desde hace aproximadamente media hora —comentó lord Selkirk sin quitar ojo a la pantalla.

Escamada, se sentó en el sofá, junto a él, que trasteaba los canales con el mando a distancia.

—Aunque la fama, en realidad, solo la ha alcanzado una parte de ti. Una de las mejores, en mi opinión —añadió para alargar el misterio.

—Cuando hablas dando tantos rodeos, no sé lo que te haría —avisó, mirándolo por encima de la montura de las gafas con dulce advertencia.

—Lo he grabado.

Pulsó un botón del mando y la escena apareció en la pantalla entre risas enlatadas.

—Tu culo acaba de exhibirse en todos los televisores del país, gracias al programa Vergüenza Ajena de la MTV.

La condesa clavó la vista en la pantalla. Y a pesar de sufrir un instantáneo y escandaloso sonrojo, fue capaz de aguantar el tipo mientras se escuchaba el «¡Corten!», los gritos del director y los invitados en plató se desternillaban de risa, pidiendo una repetición.

—¿Cuánta gente habrá visto ese programa?

—Unos pocos millones —calculó con una risilla.

—A veces eres increíblemente gracioso, ¿nunca te lo he dicho? —lo sermoneó, para que se ahorrara la ironía—. No entiendo por qué supones que yo...

—La de la derecha, esa eres tú —puntualizó, señalando con un gesto el televisor—. No niegues lo evidente, Margie. Pero puedes estar tranquila que, de los cientos de miles de espectadores que lo habrán visto, solo yo soy capaz de distinguir tus preciosas nalgas entre un millón.

Y no fue el único culo que se hizo famoso esa tarde.

—¡La madre que... Mecagüenlamarsalá y en la emtiví de las narices! —maldecía Mari en su lengua materna con ansias de venganza.

Pulsó los botones de retroceso, y volvió a ver la escena vergonzante con risitas de regalo. Ya se temió lo peor cuando la señora Coleman, alertada por lady Margaret, la llamó para darle la noticia de los tres panderos más aplaudidos de la televisión. Menos mal que nadie sabía que el de en medio era el suyo.

Apagó el televisor con una idea clarísima en mente. Oyó el ruido del aspirador en la escalera. Abrió la puerta, y en el rellano oyó a Luisi hablando sola, como era su costumbre. Se asomó por el hueco y allí la vio, liada con la moqueta.

—Luisi...

Con la aspiradora encendida no la oía, así que bajó hasta la planta baja.

—¡Hola guapa! —exclamó esta al verla bajar.

—Quería hacerte una pregunta, Luisi.

La chica enderezó la espalda y apagó el aparato con el pie.

—Dime.

—A lo mejor soy indiscreta —tanteó Mari—. Pero, como Carol no es que se llevara muy bien con ella, quería saber cómo llevas eso de trabajar para Kat Whits.

Luisi entornó los ojos, con gesto resentido y furibundo.

—Un infierno.

—Lo imaginaba.

—Es insoportable, mala, altiva. Se cree que por un sueldo nos ha comprado en el mercado de esclavos. Porque paga bien, que si no... —farfulló con expresión furibunda—. En cuanto me salga otra cosa, me marcho para no volver a verle el pelo.

—Si me entero de algo, ya te aviso.

—Es que no habla —prosiguió Luisi—, insulta. No aguanto esa mirada de desprecio que tiene.

Mari se enojó, solo de oírla. Cada persona merece ser valorada, cualquiera que sea su trabajo, sus circunstancias o su formación. Ningún empleo es menos digno que otro. Y esa Kat era el tipo de persona que no conoce el respeto por los demás. Miró a Luisi con compasión; un mal jefe puede amargar mucho la vida, pero lejos de casa como le sucedía a la chica, puede convertirla en un purgatorio.

No era esa idea la que quería comentar con ella, pero se le ocurrió de repente.

—Resulta que, con el trabajo voy bastante liada. Ya sabes, como soy la nueva, me caen siempre las peores guardias. Y mi turno es un caos. Me preguntaba si te

importaría limpiar también mi apartamento. No es muy grande y se limpia enseguida. Pero lo que más me interesa es que te ocupes de la lavadora y la plancha, si no te importa. Un par de horas a la semana es suficiente.

—Yo encantada, me quedo dos horas más los miércoles y arreglado.

—Pues genial, ya me dices cuando te viene bien empezar.

—Si no te importa, la semana que viene. Hoy ya había hecho planes.

—Cuando mejor te venga, no te preocupes —aceptó Mari, con gusto—. Y otra cosa, ¿si te pido un favor importante...? Puedes decirme que no y lo entenderé.

En cuanto escuchó la propuesta de Mari, a Luisi le faltó tiempo para decir que sí. La exhibición de culos televisada, le dio la idea. Carol le había contado la afición de Kat a los chats. Y los pocos empleados de la galería sospechaban que se trataba de encuentros sexuales a través de internet. En alguna ocasión escucharon cuchicheos cuando acudían a verla ciertas amistades. Mari no había olvidado que se había desquitado con el impresentable de Alan, pero aún tenía pendiente desagaviar a Carol del los turbios manejos de Katherine Whits. Una idea llevó a la otra y Luisi se brindó a, en ausencia de la jefa, extraer un lápiz de memoria de su ordenador, que solo conectaba con la puerta cerrada. Eso lo sabía bien Luisi, que no perdía detalle.

Mari tenía claro que sería como apostar a la ruleta. Podría ser que en ese lápiz solo almacenara documentación contable, cualquiera sabía. Pero un sexto sentido le decía que algo succulento podía esconder la arpía en el *pendrive*. Una mañana que Katherine estaba muy ocupada mostrando la exposición a unos clientes japoneses, Luisi se la jugó y extrajo el lápiz de memoria cuando repasaba la pared de cristal del despacho. Salió a la calle y se lo entregó a Mari que esperaba en el Starbucks cercano con el portátil encendido. Mientras Luisi pedía en el mostrador, hizo una copia. Tres minutos después, la chica regresaba a la galería con un café en la mano como si nada hubiera sucedido. Colocó el *pendrive* en su sitio y continuó con la faena de abrillantar los cristales, como todos los días.

—En este *pen* no hay nada interesante —confirmó Dick.

Su pelirrojo preferido, una vez más, se prestó a ayudarla. Y Mari se lo agradeció con el alma, porque nadie mejor que él para hurgar en archivos informáticos.

—Pues qué mal —protestó ella, recordando los nervios que pasó en Starbucks mientras copiaba su contenido; por Luisi, principalmente—. Tanto estrés para nada.

—Para nada, no —matizó el chico—. Me ha permitido acceder a su ordenador personal. Mira.

Mari se inclinó sobre el hombro de Dick, pero no vio en la pantalla más que líneas de códigos que para ella no significaban nada.

—Aquí hay una invitación —anunció él.

Tecléo varias veces, pinchó con el ratón y surgió, como por arte de magia un tarjetón.

—Una exposición —leyó Mari.

—Y una videomuestra de arte extremo en primicia —especificó Dick—. Ahora hay que buscar ese video o lo que sea —dijo sin dejar de aporrear el teclado—. Aquí está.

Pulsó la flecha de inicio con el ratón y los dos contemplaron varios cuerpos desnudos —muy bien escogidos, por cierto—, que se movían al ritmo de una música estridente, a ratos como volúmenes blancos tras sábanas mojadas, otras alternaban vistas al natural con movimientos lentos de danza. El plano final mostraba un primer plano de un pubis femenino tatuado.

—No está mal —opinó Mari—. Pero no es nada escandaloso, yo esperaba encontrar conversaciones guarras de esa Katherine, pero nada. Mi gozo en un pozo.

Eso último lo dijo en español. Dick no la entendió, pero de la expresión de derrota de Mari dedujo su significado.

—Los móviles se pueden hackear —apuntó, al verla tan apagada.

La sugerencia tuvo un efecto milagroso, porque Mari se reanimó como si le hubieran inyectado vitaminas.

—¿Sí?

—Esto que estoy haciendo no es fácil, ¿entiendes?

Mari lo repasó con ojos aviesos.

—Para ti *sí* es fácil y *sí* entiendo —recalcó—. A cambio de esto te limpiaré la casa a fondo, te arreglaré los armarios y, si te portas bien, te daré un masaje de bolas.

—Me conformaba con un masaje en la espalda pero ya que te ofreces...

Ella abrió unos ojos como platos.

—¡Con un masajeador eléctrico de bolas rodantes que tengo arriba, criatura de mente sucia!

Los calificativos no lo ofendieron, porque emitió una risa cachonda.

—Íbamos por «te ordenaré los armarios» —recordó, mirándola exigente.

—Y dejaré esta cueva más reluciente de lo que las has visto nunca —añadió ella—. Incluye colada y plancha. Las sábanas también, ¿te vale con eso?

Dick levantó los brazos y se estiró como un gato.

—Me vale.

Mari salió por la puerta y fue a buscar su móvil. Llamó a Luisi y un minuto después tenía el número de Katherine Whits. Bajó otra vez a casa de Dick y le mostró la pantalla de su móvil.

—Este es el teléfono de la bruja. ¿Puedes hacer algo?

—Si me traes una Coca-Cola de la nevera.

Mari aceptó ejercer de camarera, no le quedaba otra. Cuando regresó con la lata en la mano, Dick ya se reía solo delante de la pantalla, haciéndole gestos para que se acercara.

—Oyoyoyyyyyy... ¡Jesusito de mi vida! —exclamó espantada de ver los vídeos de ejercicios masturbatorios que la tal Kat compartía con ciertos amigos.

—Podemos subirlos a YouTube, pero no tendrían el mismo efecto que...

Mari lo miró asustada.

—¿Qué idea malvada está maquinando esa cabeza tuya, ciberdelincuente?

Dick no respondió. Se puso a mover el ratón como un loco, abriendo y cerrando programas, saltando de una pantalla a otra a toda velocidad. Mari lo dejó hacer sin perder detalle. Cinco minutos escasos después, el sabio de la informática, abrió la boca para hablar.

—Esto es una chapuza, como ejemplo, para que veas la idea, más o menos.

—Dale al *play*, coñis —pidió para que se dejara de rodeos.

En pantalla apareció un montaje de vídeo, empezaba con la *performance* de los cuerpos elegantes. En el segundo dieciocho, los artísticos desnudos desaparecían y aparecía un primer plano de las piernas bien abiertas de Katherine grabada con *webcam*. El objetivo se acercaba mientras una mano abría los pliegues del sexo. Uno de los dedos golpeaba un *piercing* de bola como si fuera una campanilla.

—Después de montarlo un poco más currado, solo hay que sustituir en su disco duro el vídeo de la exhibición del día 20 de diciembre por el nuestro —explicó Dick—. Y disfrutar imaginando la cara que pondrá cuando lo vea en la galería rodeada de entendidos en arte contemporáneo.

Mari lo miró con una mezcla de miedo y pasmo reverencial.

—Tienes un cerebro perverso, Dickie de Devon —aseguró admirada—. Eres mi héroe.

Una semana después, Mari se relamía de gusto solo de pensar lo que les esperaba a ella y a su socio de planes malignos en cierta galería de arte del Soho.

—Esta noche es la exposición y la *performance* —avisó Mari con tono de dominatrix. Dick la miró con cautela—. Y tú y yo —indicó con la voz y con el dedo índice—, vamos a ir.

—No.

—Sí.

—¿Y si nos pillan?

—No seas bobo, ¿quién va a sospechar de nosotros si no nos conocen? Además, vamos a ir disfrazados.

—¿Cómo?

La pregunta del chico reflejaba su perplejidad ante su absurda idea.

—De gente guay, de modernacos, de raritos interesantes.

—Yo no tengo disfraz de eso.

—Tú espérame aquí que lo tengo todo pensado.

Mari dejó a Dick con la boca abierta y se escabulló escaleras arriba hasta la

entrada principal.

Media hora después, se remiraba frente al espejo de cuerpo entero del armario.

—Perfecta, *total look* —dijo mirándose el culo—. Taconazos de plataforma, medias de topillos y minifaldilla a ras de chichi. ¡Chonismo extremo! Huy, si me viera mi yaya...

Y mientras lo decía, se hizo una foto en el espejo y la envió a su abuela por *whatsapp*. La respuesta no tardó ni un minuto.

**Y: Ole, qué bonita mi nieta, enseñándolo todo**

**M: Yaya, que soy joven**

**Y: Di que sí, lo que tienen que comerse los gusanos que lo vean los britanos**

—¡Ay, mi abueli, que bien le salen las rimas! —exclamó emocionada, y pulsó para enviar un mensajito de voz—. Que te como a besos, yaya... —Y acompañó el comentario con catorce monigotes amarillos del besito.

Agarró unas cuantas prendas que había dejado sobre la cama, guardó el móvil, se colgó el bolso al hombro y bajó por las escaleras con cuidado de no descalabrarse con aquellas plataformas. Cuando cerró la casa con dos vueltas de llave, bajó al sótano de Dick y aporreó la puerta. El chico abrió al instante, se había peinado con gomina una cresta de pollo.

—¿Qué tal?

—Perfecto. Anda, ponte esto.

—¿Yo con ropa de chica? ¡Ni hablar!

—Que no se nota, ¡que es unisex! Rápido, bájate los pantalones. Sin vergüenza, que ya te lo he visto todo —aclaró al ver la cara que ponía—. Toma, a ver qué tal te queda.

El chico se calzó unas mallas con el estampado de la Union Jack que Mari había comprado, en un arrebato de locura consumista, en los chinos que venden souvenirs de Picadilly Circus, y un jersiecito gris perla con escote de pico que le dejaba a la vista medio torso.

—Pero...

—Nada de «peros», hombros atrás y respira hondo. Así, enseñando pechamen. Ponte este abrigo.

A la vez que se calzaba unos zapatones de charol, se colocó encima un abrigo rojo de paño que le llegaba por la rodilla. Mari se felicitó, sin abrochárselo y con la cresta, parecía sacado de un desfile de moda alternativa de Candem Town.

—Venga, tú delante que hoy vamos de sobrados y pillaremos un taxi en la esquina —decidió. Dick subió las escaleras hasta la calle en dos zancadas; ella lo siguió a pasitos de pulga—. Pero no corras tanto, que se me sube la falda y se me ven las bragas.

Cuando llegaron a la galería en el Soho, había tanta gente que nadie reparó en ellos. Dick y Mari cogieron una copa de la bandeja que portaba un camarero vestido de negro de guapura agitanada; debía tener ascendencia pakistaní.

—¿Qué te parece todo esto?

—¿Los cuadros? —preguntó Dick, bebiéndose la copa de un trago—. Una verdadera mierda.

Mari le dio la razón con una mueca, aquellos lienzos con manchurroneos indescifrables costaban escandalosas cantidades de libras. Y muchos «entendidos» los alababan como si fueran maravillas capaces de revolucionar la Historia del arte.

—¿Qué colonia llevas esta noche? Me suena tanto... —oyó Mari que comentaban a su espalda dos mujeres con vestidos caros y mucho bótox.

—Es de Lancôme, un clásico —dijo la otra.

—¿Hum?

—Se llama Ô.

—¿Oh?

—¡Ô!

—Ah.

Mari las barrió con una mirada de fastidio.

—Ay, Dios mío qué conversaciones más profundas —farfulló—. Que les den el premio Nobel mañana mismo, por favor.

Echó un vistazo a su alrededor. Luisi, la chica de la limpieza que había sido pieza clave para el sabotaje vengador del que iban a ser testigos esa noche, al verla giró la cara para no cruzar las miradas. Mari lo agradeció, por bien de todos más valía que nadie sospechara que se conocían. Se compadeció de ella porque la habían colocado un vestidito negro de puños blancos y cofia de tira bordada. Y allí la tenían de plantón, en una esquina discreta, con escoba y recogedor por si se rompía una copa.

Mari pensó en lo injusta que era a veces quejándose tanto de su suerte. Ojeó la pared del fondo, habían preparado una pantalla para la proyección y se relamió de gusto imaginando la cara que pondría aquella arpía de Katherine Witts cuando viera...

Fue la visión de precisamente la persona que tenía en mente la que le cortó la respiración. El estómago se le encogió al verla charlar, entre la multitud, muy animada con Dick. Y él tan tranquilo, en plan kamikaze. ¡Ese chico tenía serrín en la cabeza!

Corriendo con un clic clac de tacones, se plantó ante ellos y se colgó del brazo de su insensato compinche.

—Sé que nos conocemos —mintió la dueña de la galería—, pero discúlpame.

—Lo cierto es que es la primera vez que visito Londres —improvisó Mari—. Pero me hablaron tanto de la exposición que no he querido perdérmela.

—Lo siento, debo estar confundida pero me sonaba tu cara.

—De los Grammy Latinos —fingió, con una sonrisa falsísima, para explicar su acento español—. Soy Steisy Malibú.

—¡Ah, claro, ya caigo! —volvió a mentir—. Y has venido con... —Señaló vagamente con la mano a Dick.

—Mi estilista. Pac O'Jones, de *l'atelier* de Jean Paul Gaultier —improvisó, se acordaba de haber visto la figura en cera del modisto, ataviado con falda escocesa, en el museo de Madame Tussauds.

—Mmm... Qué nombre más curioso, Pac. ¿Irlandés?

—De los O'Jones de Belfast —puntualizó con orgullo patrio.

Mari le pegó una discreta patadita antes de que se pusiera a cantar *Dios salve a la reina*. Mejor que evitara comentarios de su cosecha y se ciñera a lo acordado: ver, oír y callar. Entre tanto, Katherine Whits daba un repaso visual al extraño vestuario de Dick.

—Te felicito —dijo la galerista, estudiando entonces a Mari, de pies a cabeza, con un pestañeo lento—. Tu estilo es... ¡Brutal!

—*Choni style* —informó Mari señalándose a sí misma con los dedos índices—. Es un creador in-cre-í-ble —silabeó como si tuviera un chicle en la boca—. De los que marcan tendencia.

—Je, je, je... —rio Dick como un tontaina ante la mirada de admiración de aquella mujer.

Mari le clavó el taconazo en el pie para que cerrara el pico.

—Pasadlo bien —sonrió la Whits—. Si me disculpáis, pronto empezará la *performance*. Ya os aviso que os va a sorprender —dijo en tono de confianza.

Mari agarró bien fuerte a Dick para que no se separara de ella.

—Y a ti ni te cuento lo que te va a sorprender —farfulló entre dientes, viéndola alejarse. «Zorropia viejuna que te desmaquillas con aguarrás», añadió su mente maligna.

Tiró con disimulo de Dick hacia la puerta. Katherine pidió silencio y dio un brevísimo discurso, anunciando la muestra de arte extremo que iban a presenciar. Se apagaron las luces y cuando el sexo de la anfitriona se adueñó de la pantalla entera en primerísimo plano, se oyó un coro de exclamaciones epatadas.

Pero Dick y Mari no llegaron a escucharla porque, en cuanto se apagó la luz, salieron por la puerta y huyeron corriendo como ratas callejeras.

Tres días después, se encontraban ella y Dick en el apartamento de este, ambos cara a cara en el sofá, sentados de medio lado. Mari había bajado a ponerlo al día, tras recibir noticias frescas de lo ocurrido en la galería. Luisi se lo había contado todo sin omitir detalle. Y el chico sacó un par de latas de cerveza de la nevera para celebrarlo.

—Eso me ha dicho —aseguró Mari, antes de dar un trago largo—. Delante de la gente disimuló, aunque se puso blanca, luego verde... En fin, qué pena que nos lo



perdiéramos.

—Luisi no dirá nada que nos descubra, ¿no?

—Ni hablar, lo contenta que se puso al ver sufrir a aquella bruja. Cuando la gente se fue, empezó a despotricar como una loca de atar que alguien iba a pagar por aquello, que iban a rodar cabezas...

—Socorro —murmuró Dick encogiéndose de miedo.

Mari lo tranquilizó dándole un empujoncillo en el hombro.

—La ira y el veneno le duraron muy poco, hasta que empezó a recibir elogios. ¡Si hasta dicen que ha salido en la prensa por lo innovador de la *performance*!

—Algo parecido a aquel estudiante que perdió su virginidad trasera en un montaje experimental.

—¿Qué?!

—Ese también salió en los periódicos —explicó, sin ningún interés por el teatro desvirgante.

—¡Huy! Eso me lo tienes que contar otro día.

Dick se encogió de hombros y bebió cerveza.

—El caso es que la polémica vende, eso está claro —continuó Mari—. Porque la Whits esa consiguió colocar todos los cuadros. Ya ves tú, en lugar de ridiculizarla, saboteando su exhibición, le hemos hecho un favor.

—Y hablando de favores... —recordó Dick alzando las cejas.

—¡Sí! —aceptó Mari—. No se me ha olvidado, estoy en deuda contigo. Anda, dime qué quieres esta vez. Más clases de arrimar cebolleta no, por favor. Y limpieza pues, a ser posible, tampoco, que con los turnos voy de culo y se me quedaron las uñas hechas un asco.

—Quiero sexo.

Mari se hizo hacia atrás, perpleja.

—Borra esa idea de tu mente, salidillo. Nuestra relación es puramente espiritual.

El chico desechó la idea como si la barrera agitando la mano.

—No pensaba en ti, eres demasiado mayor para mí.

Boquiabierta se quedó. ¿Pero qué se había creído el chavalín de Devon? Si solo le llevaba cinco años.

—¿Me estás llamando... *machucha*? —pronunció eso último en español.

—¿Ein?

—Que si me estás llamando vieja.

—Madurita.

—Madu... ¿qué? —repitió, ofendidísima—. Tú te lo has buscado. Te acabas de quedar sin la camiseta de Harry Potter que te compré el otro día en el Primark —anunció, observando su cara de sorpresa—. Y era de Griffindor, que lo sepas —añadió para rematar su venganza.

Dick no dijo nada, dio un trago de su lata con una expresión tan compungida que a Mari le dio compasión. ¡Su rarito cómplice de fechorías a veces le ablandaba el

corazón!

—Que no, que es broma, pelirrojo de mi vida. Te la bajaré mañana —aseguró con ojos condescendientes; el chico sonrió ilusionado imaginándose con ella puesta—. Y para que veas que aquí dentro hay un músculo que hace tic tac tic tac —añadió Mari, tocándose el pecho con el dedo—, voy a compensar tu ayuda con eso que quieres tanto y que empieza por «sex» y acaba por «o».

—¿En serio?

—Sexo salvaje, a todas horas —confirmó, con una sonrisa satisfecha.

Dick dio un salto en su asiento.

—Guau —casi babeó.

Mari lo tenía pensado de antemano, sus padres eran propietarios de cuatro apartamentos de alquiler. Con tal de que se comprometiera a no destrozarlo, no se negarían a tenerlo como invitado si ella les pedía ese favor.

—¿Qué te parece una semana de vacaciones en España? El billete de avión te lo pagas tú, el alojamiento lo pongo yo. Y la comida si quieres, también —añadió, pensando en lo contenta que se pondría su madre alimentando a un amigo de su hija al verlo flaco como de sobrevivir a una hambruna.

—¿En España? ¡Súper!

—Mis padres te dejarán un apartamento en la playa para ti solo, donde yo vivo. Eso sí, nada de vomiteras ni de destrozar los muebles metiendo a cincuenta amigachos.

—¡Gracias! ¿Y en qué lugar de España está? Tendré que mirar billetes baratos por internet, para cuando acabe las clases, ¿podría ser entonces?

—No habrá problema —aseguró, pensando que el invierno era temporada baja para el alquiler de apartamentos—. Te gustará, te lo digo yo. A ver si adivinas; ¿qué lugar puede ser si te digo por el día siesta, por la noche fiesta?

Dick tardó menos de diez segundos en adivinar el destino estrella de la juventud británica con ganas de juerga sin descanso, bebida barata, ligoteo fácil, playita y sol. Fue sencillo, ya que el canal STV emitía desde hacía siete temporadas una comedia de situación grabada en aquel paraíso y llevaba su nombre, por si las pistas eran pocas.

—Benidorm.

—¡Ese es mi pueblo! —exclamó Mari dando palmas.

## 21. Reencuentro con el pasado

—Antes que nada, por favor, no te enfades conmigo —suplicó Mari.

Carol apretó los párpados para no perder la paciencia. Minutos antes, Mari la había llamado por el hueco de la escalera para que subiera al estudio. Al oír cómo se justificaba por anticipado, le vino a la cabeza el episodio vengativo contra Kat. Cuando se enteró de lo sucedido por la prensa amarilla, enseguida sospechó quién estaba detrás del lío artístico-pornográfico. Mari no tardó nada en confesar su hazaña, en connivencia con Dick. Y Carol se enojó muchísimo.

—No quiero saber nada más del sabotaje en la galería —exigió.

—No, no, no te he llamado por eso...

—¿Acaso te pedí que lo hicieras?

—No.

—¿Cuándo entenderéis lo mal que me sienta que actuéis en mis defensa o para protegerme de cuanto ocurre en mi vida? Parece que todo el mundo a mi alrededor me considera una niñita desvalida...

—No es eso...

—Mari, sé que todos obráis con buena intención, pero tanta preocupación por mi me asfixia. Y además, tú sabes de sobra que las venganzas no van conmigo.

Era tal su cara de circunstancias que consiguió preocupar a Carol. Se dejó de reproches y adoptó una actitud más afable.

—No me mires como una bruja antipática —pidió dándole la mano—. Me preocupas ¿sabes? Podrías haberte metido en un buen lío.

—Ya sé que me gusta mucho meterme donde no me llaman —alegó, preocupada—. Pero cuando vi la cara de esa mujer... —elevó los hombros a la vez que se apartaba el flequillo de un soplido—. Tenía que contártelo.

Se encontraban sentadas en la cama. Carol intuía que el libro que Mari tenía sobre el regazo era el motivo de su llamada y su amiga no tardó en confirmar su sospecha.

—Este libro me lo regaló Margie en Edimburgo. Lo llevaba en el maletero y, como me vio ojearlo, sin pensárselo, insistió en que me lo quedara como recuerdo para cuando regrese a España. Es un libro que editaron el año pasado sobre las regiones de Escocia. Las fotografías son de su hija, ya sabes.

Carol lo tomó en las manos. Era un volumen apaisado, de tapas duras, editado en papel brillo de alta calidad. Hojeó al azar, las imágenes eran espectaculares, muchas de ellas se mostraban a doble página. Sin duda, la hermana pequeña de Mac era una excelente fotógrafa de naturaleza, porque la belleza captada en aquellos paisajes

cortaba el aliento. Retornó hasta la primera página, donde figuraba el nombre de Alice MacLeod, como coautora del libro.

La mano de Mari sujetó la cubierta. Carol alzó el rostro; con los ojos le rogaba que se lo devolviera y ella lo hizo. La observó mientras pasaba páginas hasta que encontró una fotografía de un acto oficial, la imagen inmediata era de un contraste total. Mientras la primera mostraba una tribuna de autoridades, la segunda era una hoguera toda ella. Carol leyó el pie de página, era una instantánea de la fiesta vikinga del fuego en las Shetland, las islas del confín más próximo al Círculo Polar. Con esas hogueras se celebraba la llegada de los barcos vikingos a los acantilados del norte, la derrota de los pictos y la muerte de su rey a manos de los primeros noruegos que se asentaron en las islas. Paseó la vista por la página y centró su atención en la primera fotografía. Si una era un estallido de fuego, la otra era pura contención. El público se veía de espaldas; en la tribuna, seis personas presenciaban con hierática formalidad una danza tradicional.

—Lee esto —pidió Mari, colocando el dedo bajo un fragmento de texto.

Carol leyó la explicación. El señor Duncan Barlow era nombrado hijo ilustre de Lerwick.

—Fíjate en la mujer que está a su lado —insistió Mari.

La figura femenina destacaba vestida de rojo entre la sobriedad de los hombres de gala, cada uno con distinto tartán.

—Sí, bonito abrigo.

—No, Carol, fíjate bien —insistió; ella observó de nuevo la foto y la miró sin entender—. ¿No te das cuenta? Sois idénticas.

Al ver en su cara tanto escepticismo como curiosidad, Mari se levantó de la cama y salió hacia el baño. Regresó con el espejo de doble cara que usaba para depilarse las cejas. Lo hizo girar sobre el eje y lo apoyó sobre la página. La imagen se reflejaba en el espejo de aumento.

—¿Lo ves ahora?

Carol observó el rostro de la mujer de rojo aumentado en el espejo. Sintió que un escalofrío la recorría de arriba abajo.

Sin decírselo a nadie, ni siquiera a Mari, durante el día siguiente se encerró en el despacho y, sentada frente al ordenador, rastreó internet durante horas en busca de información sobre Duncan Barlow. Se trataba de un empresario de Glasgow, de excelente posición social, con intereses políticos. Acababa de presentarse como candidato a la alcaldía. Y Mari no había errado en su sospecha; la señora de rojo de la fotografía era su esposa. Aquellas horas de pantalla en pantalla, una tras otra, por la cincuentena de imágenes que encontró en internet de aquella mujer, fueron para Carol lo más parecido a un paseo por el futuro. Se veía a sí misma con veinte años más. Un parecido irrefutable que constató en el momento en que bajó a la planta baja con el

libro de Mari en las manos, lo abrió sobre el escritorio y la observó bajo el foco y la lupa que usaba a menudo para su trabajo.

No había duda. Mientras tomaba anotaciones de cuanta información personal iba pillando aquí y allá, tanto en artículos periodísticos como páginas web de política local, Carol apuntaba en su mente los rasgos, las formas, los detalles más imperceptibles de aquella mujer, la sonrisa y la manera de colocar las manos. Cada vez era mayor la sensación de irrealidad. La miraba y era se veía reflejada en el espejo del futuro. Una impresión que fue creciendo tras la primera sacudida que recibió su estado anímico, cuando supo que la esposa de Duncan Barlow se llamaba Donna. Como su madre.

Veinticuatro horas después subió a casa de Mari a devolverle el libro.

—Quiero conocerla —confesó, hablando por primera vez tras dos días ansiosos de búsqueda, y desvelo.

—¿Vas a ir a Glasgow?

—Y cuanto antes, mejor.

—Si esperas al sábado, que entro en el hospital en el turno de noche, te acompaño.

—Gracias, Mari. Pero no.

Esta insistió con cara de preocupación.

—No puedes enfrentarte a esto tú sola, Carol.

—¿Cómo que no?

Se negó a escuchar a Mari, que dejó de insistir ante su negativa tajante. Y en cuanto se hizo de día, agarró el bolso dando un vistazo al calendario del despacho. Puede que el dieciocho de diciembre se convirtiera en una fecha memorable. O en un día para olvidar.

Cuando salió de casa, paró en seco antes de bajar el primer escalón. Mac la estaba esperando, apoyado en el capó del coche con los brazos cruzados.

—Te voy a llevar a Glasgow, Carol.

Ella levantó la mirada hacia las ventanas de arriba, furiosa. Era obvio que Mari se lo había contado todo.

—Mari no tenía derecho a contártelo. Y no tienes que llevarme, que sé conducir.

—Me parece estupendo. Pero esto no admite discusión —afirmó, haciéndose a un lado y abriéndole la puerta—. Entra por favor.

Carol bajó hasta la acera y se puso ante él.

—Esta es mi guerra, Mac.

Mac le puso la mano en el hombro y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Tus guerras son mías también —murmuró—. Tú no dejaste de amarme cuando menos merecía que me quisieras.

Carol giró la cara, molesta. Mac se maldijo en silencio, no pretendía herirla en su

amor propio diciendo en voz alta y sin permiso unas palabras que ella había decidido no pronunciar todavía. Con delizadeza, le puso la mano en la mejilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Si quieres podemos seguir callando lo que sentimos.

Carol sacudió la cabeza, pero el rictus de su boca aún era tenso. Mac le suplicó con la mirada.

—Hay veces en la vida en que necesitamos una mano a la que aferrarnos y esta es una de ellas. Deja que sea la mía la que te coja con fuerza, por favor.

Carol contempló en silencio el dibujo de ochos negros del tejido de su jersey. No quería discutir, se reservaba toda su energía para la incertidumbre que le esperaba en Glasgow. Una fina llovizna empezó a caer sobre sus cabezas. Sin mirarlo a la cara, se separó de Mac y entró en el coche.

Él rodeó el capó, se quitó el Barbour, lo lanzó a la parte de atrás, y se sentó al volante.

—No tienes por qué acompañarme. Pero gracias —dijo Carol a media voz.

—Eres tú quien no tiene que dárme las —protestó, poniendo el motor en marcha.

Giró las ruedas para salir de la fila de vehículos aparcados cuando sintió la necesidad de soltar una verdad que le quemaba en la lengua. Detuvo la maniobra a medias y giró hacia Carol. La sujetó por los hombros y la atrajo más cerca.

—Quiero estar contigo en esto, ¿entiendes? Lo hago porque quiero y porque te quiero.

Cubrió su boca con la suya y la besó con vehemencia. Dos veces. Tres. Con los labios ardiendo, cerró los ojos y apoyó la frente en el pelo de Carol. Ella le acarició el mentón, recorriéndole la barba a contrapelo con la yema de los dedos. Mac sonrió al oírla reír muy bajo.

—¿Seguro que estás en condiciones de conducir?

Mac hizo atrás la cabeza y la miró a los ojos.

—La última vez que le dije esto a una mujer acabó en desastre.

Carol le dio un leve beso en el labio inferior.

—Nada va a salir mal esta vez.

La mujer que abrió la puerta de aquella casa acomodada, en un barrio residencial de Glasgow se le parecía a ella. Pero solo compartía con ella los rasgos físicos. Carol supo, a primera vista, que el miedo distante que veía en los ojos de aquella mujer jamás lo había visto al mirarse en el espejo. Ni siquiera la invitó a entrar cuando le dijo quien era. Se limitó a mirar el reloj, a observar hacia todas partes con temor y a retorcerse los dedos cargados de sortijas.

—¿De verdad? ¿Nunca supiste que un día te buscaría? —inquirió, al verla tan extrañada y nerviosa.

—Dime qué quieres —espetó sin rodeos—. ¿Le ha ocurrido algo a tu padre?

Carol apartó la mirada, incrédula. Y volvió a mirarla de frente.

—Papá está perfectamente. Tengo un buen trabajo y no es dinero lo que he venido a buscar, si es lo que sospechas.

Con su actitud, dio la razón a Carol, que por primera vez se arrepintió de haber ido hasta Glasgow. Seis horas de carretera, habían sido un esfuerzo baldío. Conocer a una persona que tenía ese concepto de ella, sin conocerla, no merecía la pena.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —insistió Donna Barlow.

—Simplemente saber por qué.

—La maternidad no ha sido nunca una de mis aspiraciones. No he tenido hijos.

—Tuviste una hija.

—¡Y renuncié a ella! Punto. No hay más que explicar —insistió con vehemencia—. Pude abortar, ¿sabes? Pero hice lo correcto, lo mejor para ti; no sé si has reparado en ello. No te abandoné. ¿Quiénes somos tú, yo, o nadie para censurar a las mujeres que dan a sus hijos en adopción?

Había viajado hasta allí con la esperanza de escuchar que las circunstancias la obligaron a ello, la vida, la inmadurez o cualquier otra excusa. Quizá era esa la razón que la hacía sentirse tan decepcionada. Esa era la madre cuyo recuerdo iluso había guardado, junto a unas postales, en una caja en el desván, entre bolas de naftalina. Aquella imagen que se había metido en la cabeza desde la infancia, en ese momento, le parecía tan falsa y ridícula como la que devuelven los espejos convexos en las casetas de una feria.

—No he venido hasta aquí para reprocharte nada, Donna —aclaró; se sentía incapaz de llamarla de otra manera.

Carol sintió pena por ella al verla retorcerse las manos, tenía los dedos enrojecidos de tanto hacer girar los anillos.

—Si esto llega a saberse, podría hacerle muchísimo daño a mi marido.

Asumiendo a la fuerza que ese «esto» era ella, Carol dedujo que había mantenido su nacimiento en secreto.

—Él no sabe que existo, ¿verdad?

—No. Y no debe saberlo. Tiene una carrera política. No seré yo quien eche a perder su futuro.

Pero, dime una cosa: si desde el principio quisiste mantenerme al margen de tu vida, ¿por qué me enviabas aquellas postales cuando era pequeña?

Donna Barlow arrugó el entrecejo, con evidente extrañeza.

—¿Qué?

—Sí, esas en las que siempre me decías: «No olvides que te quiero».

—Francamente, no sé de qué hablas.

Carol sintió un profundo dolor en el pecho. Se sentía engañada, traicionada en lo más hondo. Fue su padre, estaba segura. Y no concebía como fue capaz de urdir aquel engaño sin reparar en su crueldad. Pese a todo, apretó los párpados para evitar derramar una sola lágrima delante de Donna Barlow. Para aquella mujer ella no era

más que una presencia incómoda en la puerta de su casa, un molesto fantasma del pasado que acababa de regresar sin ser invitado. Quiso insinuarle que en el futuro podían seguir en contacto, conocerse, pero ¿para qué? Se metió las manos en los bolsillos y giró talones.

—Debo irme —anunció; pero antes de regresar al coche, donde la esperaba Mac, la miró por encima del hombro por última vez—. Pero no quiero hacerlo sin darte las gracias. Gracias por dejarme en las mejores manos.

En ese preciso momento pensó en la mujer que veló su sueño cuando estaba enferma, que se preocupó de sus tareas escolares, que le enseñó a atarse los cordones de las zapatillas y que sufrió cada vez que ella sufría y sonrió en sus momentos de alegría. La mujer que la quería igual que a su propio hijo, sin distinción.

Carol se metió las manos en los bolsillos del abrigo y comenzó a caminar. Solo había avanzado un paso cuando escucho a la señora Barlow a su espalda.

—No hay de qué.

No dijo nada más. Esa fue su despedida.

Durante la primera hora del viaje de regreso, en la intimidad que propiciaba ir solos y juntos en el coche, explicó a Mac lo sucedido durante el desalentador encuentro con su madre biológica. Él no opinó, se limitó a aconsejarle que dejara pasar unos días, para enfriar los ánimos y aplacar los sentimientos, antes de reflexionar sobre lo ocurrido.

—Sé que este viaje es una paliza —lamentó Carol—. Todavía nos quedan cinco horas hasta que lleguemos a Londres, pero quiero llegar a casa cuanto antes.

Mac soltó el volante y le cogió la mano derecha.

—No te preocupes por mí, estoy acostumbrado a conducir. Duerme si quieres.

Carol cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla. Pero le fue imposible conciliar el sueño. La angustia nerviosa que se empeñaba en mantener a raya pudo con ella.

Sin dejar de prestar atención a la carretera, Mac la estudiaba de tanto en tanto. Se preocupó al ver la tensión de sus manos.

—*Bonnie*, ¿estás bien?

—Para, por favor —murmuró.

Mac tenía intención de hacerlo en el área de servicio de Gretna Green. Al ver que se cubría el rostro con las manos, aceleró para llegar lo antes posible.

No hizo más que tomar el desvío y detenerse con un frenazo entre las hileras de coches del aparcamiento, cuando la vio abrir la puerta y salir disparada. Aparcó lo mejor que pudo y echó a correr tras ella. Cuando la alcanzó, la cogió por la cintura y la hizo girar.

—No soporto que me tengas lástima —protestó entre sollozos.

—¿Lástima? ¡Por Dios! —murmuró.



Pegada a él, la llevó hasta un banco de madera, a salvo de miradas curiosas. Se sentó, de espaldas a la cafetería, y la obligó a hacerlo sobre sus rodillas.

—Quiero estar sola —exigió, sin dejar de llorar.

—Y yo quiero que sepas que no lo estás. No estás sola, Carol. Estoy aquí. Siempre me tendrás contigo.

La mantuvo abrazada, a salvo de miradas curiosas y la dejó llorar.

—¿Por qué no me quiso? —sollozó—. ¿Por qué?

—Es ella quien se ha perdido a una persona extraordinaria. Esa mujer es digna de lástima, tú no. No eres culpable de nada, Carol. De nada.

El viento empezó a arreciar; Mac la abrazó más fuerte. Acarició con el dorso de los dedos su pómulos mojado y cubrió con un beso delicado la senda por la que discurrían sus lágrimas. Le subió el cuello del abrigo y la mantuvo entre sus brazos hasta que sus sacudidas se convirtieron en un llanto mudo y afligido.

—Llora cuanto necesites y saca de dentro todo el dolor —musitó Mac con los labios sobre su cabeza—. Deja que se marche para siempre.

Cenaron algo rápido por el camino. Entraron en Londres con él conduciendo en silencio y Carol con la mirada perdida en las luces de la ciudad. Cuando llegaron al centro, Mac condujo directamente hasta Chelsea.

—Esta noche te quedas conmigo.

—No hace falta —rebató, colocando la mano sobre su rodilla—. Estoy bien, de verdad.

—Deja que cuide de ti, por favor —insistió, con un tono íntimo que logró vencer las reticencias de Carol, que en los peores momentos, se escudaba detrás de su recalcitrante independencia.

Con gentileza, le abrió la puerta y la ayudó a salir del coche. Quería que se acostumbrara a recibir atenciones.

—No quiero ser una molestia —dijo en voz baja, mientras él abría con un código numérico.

Mac la cogió de la mano y la hizo entrar, sin dar pie a más comentarios negativos.

—No temas. Estamos solos. El jardinero y su mujer vienen todos los días, pero no viven aquí.

Sin soltarla, la llevó escaleras arriba hasta la planta que constituía su apartamento privado.

—¿Te apetece algo? ¿Quieres que mire en la nevera? La asistenta siempre deja algo, porque sabe que llego sin avisar.

—Ahora mismo no, de verdad. Quizá más tarde. Estoy muy cansada —reconoció mirándolo a los ojos—. Y tú también.

Mac sacudió la cabeza para contradecirla, a pesar de lo agotado que estaba. La llevó directamente al baño.

—Shsss...

Acalló sus protestas y comenzó a desnudarla. Luego él hizo lo mismo. La hizo entrar en la ducha y la enjabonó de arriba abajo.

—Me siento incómoda Mac.

—¿Por qué?

—Porque no estoy acostumbrada.

—¿Te molesta que me ocupe de ti? —dijo silenciándola con un beso en los labios.

Carol cerró los ojos y dejó que hiciera con ella cuanto quisiera. Mac le retiró la espuma bajo el caudal. Le enjabonó el pelo y se lo aclaró con dulces caricias que casi la hicieron quedarse dormida bajo el agua caliente.

—No esperes un revolcón salvaje en la ducha —avisó; al oírlo, Carol abrió los ojos y se echó a reír—. Estoy derrotado y acabaríamos cayéndonos al suelo.

Carol lo atrajo bajo el chorro y lo compensó con un beso tan largo como tierno. Luego lo dejó a sus anchas y, mientras ella se secaba el pelo envuelta en su enorme albornoz, Mac terminó de ducharse.

Se sentó en un taburete a esperar que se secara él y, cuando le tendió la mano, ella se la dio y lo acompañó al dormitorio. Mac tiró del cordón que mantenía atado el albornoz y se lo retiró de los hombros. Carol lo dejó caer al suelo; tragó saliva cuando la cogió por la cintura para pegarla a su cuerpo y el vello de su sexo le rozó la piel. Se abrazó a su cintura y suspiró. Escuchar el corazón de Mac latiendo junto al suyo era una sensación mágica.

Mac se separó para apartar la ropa de cama, se tumbó y la miró con el brazo extendido hacia ella.

—Ven.

Se movió hacia un lado para hacerle sitio y Carol se acostó junto a él. Dejó que la tapara. Sus caricias vagaron desde el cuello hasta el pecho, recreándose en su pecho. Con una sonrisa plácida, se tumbó de espaldas y se rindió al sabio hacer de sus manos. Y de su boca. Sentía la calidez de su lengua en los senos y su mano entre las piernas, invitándola a abrirse para él. Buscó sus labios, dejando que le mostrara el placer más allá de lo que había concebido en sus más ardientes sueños hasta que, sin darse cuenta, se oyó a sí misma pedirle que siguiera adelante.

Mac se colocó entre sus muslos y la penetró lentamente. Se retiró hasta el límite y regresó a ella con una embestida profunda. Le cogió las manos junto a la cabeza y entrelazó los dedos con los de Carol.

—Así quiero sentirme siempre. Contigo y dentro de ti.

Ella le recorrió la espalda con las manos. Al llegar a los glúteos lo acarició y meció las caderas, invitándolo a moverse con ella. Mac reclamó sus besos y se empujó más hondo, con un ritmo creciente hasta que la notó contraerse en torno a él y un gemido se perdió dentro de su boca.

Mac insistió en preparar el desayuno. Un simple té con galletas, pero Carol se lo agradeció muchísimo. No le apetecía meterse en una cafetería con la ropa del día anterior. La noche fue una bendición y las horas de sueño hicieron desaparecer el cansancio del viaje, pero se sentía incómoda. En cuanto saliera de casa de Mac, pensaba ir directa a casa para vestirse con ropa limpia. Y después, al Museo. Tenía que adelantar el trabajo pendiente, para no se le acumulara hasta después de las Navidades.

Bebió el té, ensimismada. No podía evitar que le acudieran a la mente los momentos vividos en Glasgow.

—¿En qué piensas? —preguntó Mac.

—Ya puedes imaginar.

Él le recorrió con una caricia el contorno de la oreja.

—Déjalo ya, por favor.

Carol emitió una risa triste y desganada sin abrir los labios.

—No sabía nada de las postales que recibí cuando era una niña —recordó con pesar—. Y no entiendo por qué mi padre me creó una falsa esperanza de una manera tan absurda.

Mac estiró la espalda y la miró tan serio que Carol no supo qué le ocurría.

—No culpes a tu padre.

Ella tragó saliva.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no fue él y, de verdad, siento mucho tener que ser yo quien te lo diga. Pero es hora de que sea sincero. Me consta que no fue tu padre quien las envió.

Carol se echó hacia atrás, con clara actitud de recelo.

—¿Fue Mam? —Mac le dio la razón con su silencio—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque yo la ayudé. Si haces memoria, recordarás que dos de ellas llevan el matasellos de Perth.

Carol se levantó de la silla, pero Mac le cogió la mano obligándola a sentarse de nuevo.

—Vas a escucharme, luego haz lo que te plazca.

—¿Tú sabías lo de esas postales! ¿Por qué siempre resulta que sabes más de mi vida que yo misma? ¿Eh? —inquirió, enfurecida.

—Si no te he contado esto hasta hoy es porque no soy yo quien debía hablarte de ello. *Nanny*, después de trabajar en mi casa, siguió felicitándome por mi cumpleaños con una tarjeta. Yo estudiaba entonces interno en Perth y, durante dos años, junto a la felicitación, me enviaba una postal, rogándome que la echara al correo. Y eso hice, ¡tenía diez u once años! Solo era un crío y me lo tomé como un favor hacia una persona a quien recordaba con gran cariño. Fue casi como un juego. ¿Vas a odiarme también por eso?

—¿Y quién se encargó de enviar desde distintos puntos del país las otras cuatro postales?

—No tengo la menor idea.

Carol se acarició el pelo y lo miró con furia.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Mac dio una palmada sobre la mesa.

—Si te lo hubiera contado, habría descubierto a la mujer que las envió.

A pesar de lo decepcionada que estaba y de lo engañada que se sentía Carol fue incapaz de culpar a Mac por algo cometido cuando no era más que un niño. Y que hizo por cariño hacia la que fue su niñera. Lo miró a los ojos, tratando de descubrir algo más, relacionado directamente con ese afecto que decía sentir por Mam.

—Siempre dices que recuerdas a Mam con mucho afecto.

—Lo digo y lo mantengo.

—Si tanto la queráis —agregó, incluyendo en sus palabras a la familia entera, con evidente rencor—, ¿por qué la echasteis de tu casa?

—Esa pregunta debe responderla Anita, no yo. Pregúntale a ella.

—¡Te lo estoy preguntando a ti, lord MacLeod!

El rencor burlón de su voz y el oírla llamarlo así, acabó de enfurecer a Mac. Se levantó haciendo chirriar la silla sobre el parqué. Apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia ella.

—¿Quieres saber la verdad, Carol? Por supuesto que quieres, pero eres incapaz de hablar cara a cara con tu madre. Y no me refiero a la dama emperifollada que viste ayer en Glasgow —le espetó—. Muy bien, pues vas a saberlo. Sé que me arrepentiré toda mi vida por habértelo contado, pero estoy harto de callar. Anita Coleman fue despedida del servicio de mi casa porque el ama de llaves de entonces sospechó que había robado una joya de valor.

—¿Qué? —exclamó fuera de sí.

—Sí, has oído bien. Un broche que ese verano apareció cuando retiraron las alfombras. Pero para entonces el mal ya estaba hecho y, aunque lo intentaron, mis padres no consiguieron dar con Ana Silva, para pedirle disculpas, compensarla por el daño moral y devolverle su puesto de trabajo, si así lo quería. Ahora sabemos que fue porque se casó y cambió de apellido —explicó con semblante dolido—. Mi madre dejó todo en manos del ama de llaves que actuó a la ligera al acusar a *Nanny* sin pruebas. Pero más vale que sepas que entonces mis padres no prestaban atención ni a sus propios hijos. Se pasaban las noches y los días en un hospital, desesperados por salvar a su hija recién nacida que se aferraba a un hilo de vida.

—¿Y esa es excusa para acusar a la persona que menos podía defenderse? ¿Por qué, porque era extranjera?

—Supongo que sí. Esa debió ser la razón por la que el ama de llaves, que duró muy poco al servicio de la casa, la hizo cargar con las culpas.

—¿Qué pensáis los de tu clase? —reclamó con desprecio—. ¿Que un título, un

montón de tierras y un blasón en la pared os dan derecho a humillar y difamar a cualquiera? ¡Mam no ha robado en su vida ni una miga de pan! Ella vale más que todos vosotros juntos. ¡Sois despreciables! Tanto presumir de nobleza y no tenéis ni idea de lo que es.

Se levantó de la silla, cogió el abrigo y sin ponérselo siquiera salió de la cocina, colgándose el bolso en bandolera. Mac la siguió hasta el vestíbulo, tan furiosa estaba que consideró inútil retenerla allí.

—Ahora tienes una excusa más para odiarme —dijo en voz alta, al verla abrir la puerta—. Siempre necesitas tener una afrenta pendiente con las personas que te quieren, ¿verdad, Carol?

Ella lo miró con desdén.

—En vez de darme lecciones de psicología, hazme un favor —exigió enfurecida—. Vete a la mierda.

Mac cerró los ojos y apretó la mandíbula al escuchar el portazo.

## 22. Una decisión equivocada

—Nunca imaginé que tendría que explicarte las razones de algo que pasó hace tanto tiempo. Debí tirar esas estúpidas postales cuando nos mudamos —lamentó Anita.

Carol había vuelto a Aylesbury en busca de respuestas. Seis días después del regreso de Glasgow, tras desayunar, cogió el metro hasta Chesham y llamó a su padre para que fuera a recogerla a la estación. La esperaban más tarde, para la cena de Nochebuena. Pero Carol no adelantó su llegada con intención de reprocharle a Mam, sino con ganas de deshacer la maraña de información que había sacudido su existencia en los últimos días.

—Hace años que me convencí de lo equivocada que estaba, haciéndote creer una fantasía —prosiguió, con la mirada fija en la mesilla de cristal—. Y mira que tu padre me advirtió. Debí hacerle caso —reconoció; alzó el rostro, pero no miró a Carol—. Parecías tan perdida a veces... No sabía cómo darte un poco de alegría.

—No estaba perdida, Mam. Las dos sabemos que era una niña celosa de un hermanito adorable y más simpático que yo.

—Es verdad, tenías solo cuatro años cuando te envié esa primera postal. Pensé que con el tiempo olvidarías, como si se tratara de un juego —reconoció pesarosa—. Yo no quería ser como la mujer que se casó con mi padre, en ocasiones te veía tan apagada que me sentía culpable. Por eso se me ocurrió hacerme pasar por tu madre verdadera.

—Esa mujer no es mi madre, nunca lo ha sido.

Anita se frotó las manos, nerviosa.

—No estoy siendo sincera del todo. Ni contigo ni conmigo. Lo hice también para prepararme. Les ocurre a los niños adoptados, al final les puede la curiosidad y quieren conocer a sus padres biológicos. Yo sabía que acabarías buscando a tu madre y el tiempo me ha dado la razón.

Carol evitó su mirada, la mortificaba reconocer el fracaso de aquel encuentro.

—Con ese juego inocente me fui preparando para el día en que tuviera que compartir tu cariño con esa mujer. O incluso perderlo. Siempre temí que sucediera, pero viéndote ahora —reconoció, acariciándole el brazo—, así de triste, hubiera preferido que se cumpliera tal como lo imaginé.

—Yo te habría querido igual, Mam.

—Pero todos deseamos que nos quieran más que a nadie —expresó con tristeza en la voz—. ¿Te ha dicho Jamie que me ayudó en dos ocasiones?

—Sí, cuando estudiaba interno.

—¿No te habrás enojado con él a causa de...?

—No, claro que no —se apresuró a tranquilizarla—. Era un niño de once años jugando a los misterios. Pero sí estoy muy dolida con él porque no me contó desde el principio que ya os conocíais. No me gusta la gente que guarda secretos cuando no hay razón.

Anita se envaró, incómoda.

—¿Te refieres a mí y al tiempo que trabajé en Selkirk Castle?

—No lo sé, Mam. Ya no sé qué pensar. Habría preferido enterarme por ti. Los MacLeod no se portaron bien contigo, tú no eras culpable de nada y no hay motivo para callarlo como si fuera algo vergonzoso.

—Eso debo decidirlo yo, ¿no te parece?

Carol bajó la vista y se sonrojó; no tenía ningún derecho a exigirle explicaciones en cuanto a unos hechos que pertenecían al pasado y Mam había optado por dejar para siempre atrás. Se puso en su lugar y fue consciente de lo desagradable que debía sentirse hablando de lo sucedido y lo humillada al ver su secreto destapado, sin que ni Mac ni ella hubieran respetado su decisión de no hacerlo público. Se sentía fatal, fisgar en una vida ajena acarreaba demasiados disgustos. En este caso para Mam y no lo merecía.

Anita la miró de frente.

—¿Tan mal te recibió Donna?

El hecho de que dejara atrás el tema, para Carol supuso un respiro. Aunque recordar lo sucedido en Glasgow no resultara un trago agradable.

—No quieras saberlo. Como a una desconocida que llegaba del pasado para recordarle una parte de su vida que para ella está muerta.

Anita ladeó la boca, haciendo un esfuerzo por permanecer imparcial.

—No sé si preguntarte cómo es. Temo salir perdiendo.

Carol se inclinó sobre ella y le cogió la mano.

—Estás muy equivocada, Mam.

Ella apartó la vista y se soltó de su mano.

—Papá no conservó ni una sola fotografía de esos años. Solo una, esa que guardé y vosotras encontrasteis al adecentar el desván. Era muy guapa.

—Solo por fuera.

—No digas eso —la reprendió—. No la juzgues sin conocerla.

—He conocido lo suficiente de ella.

Anita negó con vehemencia.

—El hecho de carecer de instinto maternal no la convierte en una mala persona.

—De instinto maternal y de responsabilidad —corrigió Carol—. Eres demasiado blanda a la hora de juzgar a la gente, Mam.

—Voy a serte sincera. Siempre, siempre —insistió—, me he alegrado de que esa mujer os abandonara a papá y a ti. ¿Y sabes por qué? Porque gracias a su decisión, yo os tuve a los dos. Me hizo un gran regalo.

Carol se mordió el labio inferior. No esperaba otra actitud de Mam, ella era así.

—¿Por qué siempre encuentras algo bueno incluso en el peor de los casos?

—Prefiero ver lo positivo y olvidar lo negativo. Siempre lo hice así y no me arrepiento. Es mi manera de ser feliz —concluyó, ojeando el reloj de la pared—. Tu padre ya no tardará.

—Volviendo a las postales, no me quedaré tranquila hasta que sepas mi opinión. Me disgustó mucho averiguar que me estuviste engañando. ¿Sabes lo triste que me sentí cuando dejaron de llegar?

—Solo fueron seis. Y dejé de enviarlas cuando tú empezaste a hacer preguntas. Papá se puso firme y me exigió que acabara con ello.

—Esa farsa me llevó a pensar durante años que tenía una mamá maravillosa en algún lugar.

—Quise crearte una ilusión, sin saber que con eso te estaba alejando de mí —reconoció; era consciente de que la imagen de la madre perfecta inexistente empañó la suya, una presencia cotidiana y real—. Pero, ¿alguien sería capaz de condenar a algún padre por hacer que sus hijos crean en Santa Claus?

—No es lo mismo, Mam.

—Yo creí que sí lo era. Y todavía lo creo —confesó convencida—. Ya sabes que no soy una persona con estudios como papá, Richard y tú. Todo cuanto sé lo he aprendido leyendo y escuchando a quienes saben más que yo.

Carol se sintió mal; en más de una ocasión se había preguntado por qué su padre llegó a casarse con una mujer de la que lo separaba un abismo cultural.

—Como no sé de filósofos y gente ilustre, siempre recorro a las frases de las películas y las letras de las canciones —explicó, como adelanto de lo que iba a decir a continuación—. Hoy sé que no fue una buena idea hacerte llegar esas postales, suplantando a tu madre.

—Prefiero que no la llames así.

—A Donna —corrige—. Pero si quieres saber qué siento al respecto, te diré como en aquella canción de Queen: «observaré mi pasado y siempre diré que lo hice por amor». ¿Me perdonarás algún día?

Carol la miró con afecto, era incapaz de albergar inquina hacia ella.

—No hay nada que perdonar. Pero sí quiero que sepas que habría preferido no recibir ninguna. El cariño falso no sirve para nada, Mam.

—Tu madre te dejó en mis brazos en el mismo hospital. Firmó los papeles ante mi abogado, renunciando a tu custodia y desapareció para siempre de nuestras vidas —recordó el doctor Coleman—. Yo ya no la culpo. Me dejó porque no respondía a sus expectativas, me costó asumir esa realidad pero con el tiempo dejó de importarme.

Carol y él daban un paseo por las afueras de Aylesbury.

—¿Por qué nunca me has hablado de todo esto, papá?



—Porque tú no hiciste preguntas. Hasta hoy.

Con las manos en los bolsillos, Carol continuó el paseo con la vista fija en un punto lejano. Los dos eran personas introvertidas y poco comunicativas. Ese hermetismo heredado había pospuesto durante lustros una conversación que debieron mantener en cuanto ella entró en la adolescencia. Conociendo el carácter de su padre, Carol prefirió no interrumpirlo más mientras le contaba hechos que ella había tergiversado, imaginando una realidad distinta, por pudor a preguntar. Ojalá lo hubiera hecho antes, se dijo. Ahora sabía la verdad, Donna y él nunca llegaron a casarse. Cuando se quedó embarazada, ella no quería tener el bebé. Fue su padre quien insistió porque él sí quería a esa niña que venía en camino, sabiendo que esa decisión suponía el principio del fin. Carol no quiso ni imaginar los nueve meses de convivencia hostil, con un embarazo deseado por él y odiado por ella.

—Ya puedes imaginar cómo me sentí durante los primeros días —le contó, retomando el relato—. Durante dos semanas tuve que lidiar con un cúmulo de sentimientos encontrados que me tenían mental y físicamente extenuado. La alegría de tenerte conmigo, la preocupación por no saber qué hacer para compaginar las clases con la crianza de un bebé. Tus abuelos vivían en Gales y no quería cambiarles la vida, obligándolos a mudarse a Londres.

—Lo habrían hecho —opinó Carol—. Por ti y por mí.

—Sí, pero era responsabilidad mía, ¿comprendes? Me encontraba en una situación muy difícil por decisión propia, no era honesto involucrar a nadie más —matizó; se metió las manos en los bolsillos del chubasquero y miró hacia las nubes—. Para ser sincero, no todo fue tan complicado. Contaba con el alivio de saber que Donna nunca me daría problemas reclamando unos derechos hacia ti, a los que había renunciado. Ni tu cariño tampoco.

Cruzaron la carretera y continuaron el paseo por la senda que bordeaba el parque. A esas horas los columpios se veían solitarios y brillantes por la lluvia caída de madrugada.

—El afecto no se puede forzar.

—Pero duele el rechazo, ¿verdad? Incluso aunque pasen más de veinte años.

Carol no quería culparla, pero hubo de reconocer la verdad.

—Mam alimentó una ilusión con esas postales que preferiría no haber sentido nunca. Por eso creo haber sido doblemente engañada.

—Se lo advertí —recordó con pesar—. Le dije que algún día esa decisión sería un *boomerang* que le golpearía en plena cara. Pero no me creyó, lo consideró un engaño inocente. Pensó que, con esa edad, olvidarías. No contaba con tu asombrosa memoria —la miró con una sonrisa cómplice, esa virtud la había heredado de él— y se le fue de las manos. Te formaste una imagen de madre ideal que ensombreció la figura materna que tenías en casa. Fue ella quien salió perdiendo.

Carol calló. Negar lo evidente era una estupidez compasiva que no llevaba a ninguna parte. Prefirió preguntar acerca de lo que más le dolía; no por ella, por Mam.

—¿Tú sabías que a Mam la despidieron los MacLeod por un supuesto hurto que no cometió?

Su padre esquivó las hojas de olmo resbaladizas, que se amontonaban en el borde del camino, y sonrió como si el recuerdo de aquellos días lo transportara a una época de ilusiones nuevas en medio del caos.

—Cuando te traje del hospital a casa, al estupor por no saber cómo manejar mi nueva situación, añádele las condenadas noches de duermevela. Tuve mucha suerte —reconoció, pensativo—. Un día, llamaron a la puerta y me encontré con una jovencita extranjera; una conocida le había dicho que buscaba una niñera. Cuando le pregunté por su experiencia me miró con franqueza y dijo. «No tengo referencias. En mi último empleo me acusaron de robar, y yo no lo hice».

—¿Y tú la creíste?

—Desde el primer minuto —afirmó rotundo—. En mi vida he visto una mirada más digna y más honesta. Y así fue como Anita empezó a cuidar de ti y trajo la alegría a mi casa. Y a mi vida —añadió a media voz—. Por si te lo has preguntado alguna vez, no fue ella quien me sedujo. Me costó mucho conseguir que se fijara en mí.

Carol bajó el rostro, para que no notara su rubor. Las mejillas le ardían de vergüenza por haber imaginado a un hombre soso y taciturno, seducido por la niñera. Cuando su padre continuó, sospechó abochornada que tenía el poder de leerle la mente.

—Ella no ganaba nada casándose conmigo; de hecho, perdió su sueldo cuando se convirtió en mi mujer. Ya tenía una casa, un salario, una niña a la que querer y un hombre en su cama, si ella lo deseaba. Los dos tratábamos de evitarlo, no nos parecía correcto mezclar trabajo y placer. Salvo cuando las cosas se nos iban de las manos.

Continuaron paseando en silencio, roto a ratos por las anécdotas que le narraba su padre de aquellos años de los que ella no guardaba recuerdos. A Carol no le costó imaginarlos; la llegada de una cotorrita alegre a la jaula del búho, las primeras miradas, los momentos más cotidianos compartidos, el deseo sujeto por parte de los dos, las noches de insomnio de él sabiéndola dos dormitorios más allá, las sonrisas de Mam conforme empezaba a enamorarse y descubrir al hombre de su vida en el serio profesor.

—Pero sois tan distintos, papá.

Su padre se detuvo y la miró con curiosidad.

—¿Te refieres a que Donna era universitaria y Mam no?

—No quería decir eso.

—Yo creo que sí. No te negaré que esa cuestión me la plantearon más de una vez; preguntas veladas, como si nuestra relación fuera insólita. El ambiente del profesorado universitario está lleno de pedantes. Lo solucioné dejando de asistir a sus aburridas veladas y alejándome de ellos.

—Incluso teniendo mucho en común, es difícil que una relación funcione... —

comenzó a decir, pensando en ella y en Mac.

—Nosotros somos felices. Nos gusta estar juntos, compartimos muchas cosas y otras no. A ella le gusta escucharme cuando le hablo de arte y a mí me gusta escucharla porque me interesa lo que tiene que decir. Disfrutamos de una vida plena y, aunque no esté bien decirlo, también en el dormitorio.

A Carol se le enrojecieron las mejillas.

Sin darse cuenta, el rodeo por el parque los había llevado casi al punto de partida.

—Vive el presente, hija; serás más feliz. Lo importante es lo que tienes ahora, no lo que pudiste tener. Mira quién acaba de llegar.

Carol oteó a lo lejos y su boca se convirtió en una gran sonrisa al ver el coche de su hermano Richard aparcado en la puerta de casa.

A esas horas, en Londres, Mari salía de la boca de metro frente al Parlamento. Se apoyó en la pared, procurando no interrumpir el paso de las hordas de turistas que subían las escaleras para hacerse la foto obligada ante el Big Ben.

Se sentía muy sola y muy triste. Carol se había marchado a casa de sus padres para celebrar las fiestas. En cuanto a Dick, por la foto que acababa de enviarle desde Benidorm, debía estar triunfando a lo grande. Sacó el móvil del bolsillo y volvió a mirar a su friki preferido. En manga corta, como todos los británicos a los que el dulce clima invernal de la Costa Blanca siempre les parece verano. Sonrió al verlo, en medio de un grupo de rubias, convertido en el rey de los pubs del cogollo *british*, con los pulgares en alto y «Keep calm and picha brava» estampado en la camiseta.

—Te lo dije. Ya sabía yo que triunfarías, Dickie de Devon —dijo hablándole a la foto—. Y ahora a la faena —se dijo a sí misma, a la vez que subía las escaleras.

Había ido hasta allí con intención de acercarse a la abadía de Westminster y deshacerse de una vez de las cenizas del tío Archie, o de lo contrario sería su única compañía aquella Navidad en el 21 de Park Road. Le daba reparo tirar la urna a un contenedor de basuras, algo tan indigno no se les hacía a los muertos. Así que tuvo una idea y decidida a ponerla en práctica cruzó camino de la iglesia de Santa Margarita. Con mucho disimulo y cuando nadie mirara, abandonaría al tío Archie en un banco. Al menos lo dejaba en territorio santificado.

Tan concentrada cruzaba que no se dio cuenta de que el semáforo había cambiado y un coche tuvo que hacer un giro brusco para esquivarla. Del susto, se le cayó el bolso al suelo y la bolsa del supermercado donde llevaba las cenizas del muerto.

—Jodddd... ¡Jolín!

Todo lo rápido que pudo agarró el bolso y dio un salto hacia la acera, para evitar que la atropellaran. La gente que esperaba junto al semáforo no dejaba de mirarla, así que apretó el paso bastante abochornada.

—*¡Lady, please...!* —oyó que la llamaban—. *¡Hey, you...!* ¡Para, niña...!

Lo último en español la hizo frenar en seco. Miró por encima del hombro; a un

lado observó aparcado el coche que había estado a punto de arrollarla. Y el que corría hacia ella era un rubio bronceado, alto y atlético. ¿«Niña» acababa de llamarla? Un inglés hablando andaluz solo podía venir de un sitio. ¡Perra vida!

—¿No te fastidia? —masculló Mari, viéndolo a pocos pasos, con la bolsa del supermercado en la mano—. Me piro a Londres y tiene que venir a matarme hasta aquí un guiri de Gibraltar.

Su presunto asesino estaba tan cerca que la oyó.

—¿Pero qué dices de Gibraltar, *quilla*? Soy de Sevilla.

—¿Tan rubio?

—Échale la culpa a mi padre, por eso de los genes —ladeó la cabeza con los brazos en jarras, sin dejar de mirar el pelo rubio de ella—. ¿Y tú? ¿De dónde eres?

—De Benidorm.

—¿Con esos ojos tan claros que pareces sueca? —bromeó.

—Ya ves, échale la culpa a mi padre —lo imitó ella también.

Los dos sonrieron.

—¿Estás de turismo?

Mari negó con la cabeza.

—Ya me gustaría, pero no. Vine en busca de trabajo. No hace falta que te cuente cómo están las cosas en España.

A la vista del coche que conducía, intuyó que él estaba también en el país por motivos laborales. ¿Qué turista español iba a llevar el suyo hasta Londres?

—Se me olvidaba, esto es tuyo —dijo él, tendiéndole la bolsa de plástico.

—¡Ay, coñis! Es que no me voy a librar de este hombre en la vida —protestó desesperada, alzando la vista a las nubes.

—¿Qué hombre?

—El muerto —explicó señalándole la bolsa, al ver que arrugaba la frente—. Aquí llevo las cenizas de un tío lejano de mi casera. Me comprometí a lanzarlas en algún sitio digno, pero es que no hay manera.

—¿Y ese es todo el problema? —dijo con expresión divertida—. Vente conmigo —decidió con su marcado acento trianero—, que esto lo solucionamos en un momento.

—¿Piensas dejar el coche ahí? —dijo, acoplándose a su paso rápido.

—Pues claro, a mí no me ponen multas. Es una de las pocas ventajas de ser policía.

—¿Eres poli?

—Sí.

Mari cruzó la calle cuando él, con un gesto, le indicó que lo hiciera y juntos retrocedieron caminando hasta la estatua de la cuadriga de Boudicca.

—En mi tierra las cenizas de los difuntos se lanzan en la Sierra Helada o al mar —comentó Mari, pesarosa, porque no tenía ni remota idea de dónde pensaba lanzar al pobre muerto—. Pero aquí...

—Aquí, al río que te has *perdío* —dijo él.

Cinco minutos más tarde, acodados en el pretil, los dos esparcían los restos que se dispersaron hacia las negras aguas del Támesis, movidos por el viento. Una parte cayó suavemente sobre un barquito lleno de turistas.

—¿Y a dónde va el río, tío Archibald? ¡Al mar, hombre, al mar! —dijo Mari, a modo de despedida, recordando el tono convincente del amo cicatero de la ruinosa casa vecina.

El rubio policía se presentó como Rubén. Y ella también lo hizo.

—¿Mari qué?

—Mari nada. María.

—Me gusta.

—¿Sí?

Por toda respuesta, él la escaneó de arriba abajo con una mirada intensa, que se detuvo más de la cuenta en su boca y en sus pechos. A Mari se le erizó el vello, para su propia extrañeza, ya que la inmensa mayoría de los hombres no la impresionaban ni un poco.

Iban en el coche que, como bien supuso, no fue premiado con una multa de aparcamiento. Rubén se había ofrecido a llevarla a casa y en ese momento dejaban atrás el Parlamento para tomar Pall Mall.

—Cuéntame, qué hace una cosa tan bonita como tú en una ciudad tan gris —le preguntó sin dejar de prestar atención al volante.

—Soy enfermera. Y voy encadenando contratos. Hace poco empecé a trabajar en el MacMillan.

—¿Por mucho tiempo?

—Seis meses. Así que, como acabo de empezar, no puedo pedir vacaciones y esta noche tengo guardia. Adiós Navidades en casa —explicó resignada—. No pasa nada, iré más adelante. En cuanto me den unos días de permiso.

—¿Y qué planes tienes para cuando acabes el contrato?

—Esperaré a que me vuelvan a contratar, mejor estar aquí que en el paro en España.

—A mí me quedan siete meses más y me vuelvo para Sevilla.

—Qué suerte —dijo Mari en voz baja.

Rubén giró a la derecha y bordeó Hyde Park hacia Marble Arch para enfilar hacia Baker Street, mientras le explicaba que él, inspector del Cuerpo de Policía Nacional, tras realizar un curso de negociación para la liberación de rehenes impartido en España por el Scotland Yard, había sido seleccionado para participar en un programa de adiestramiento en la lucha contra el blanqueo de dinero.

—Faena no os faltará.

—Qué arte, *miarma* —alabó su sentido del humor, con una sonrisa ladeada. Al

ver que ella no sonreía, indagó—. ¿No te gusta Londres?

—No demasiado.

Pararon en un semáforo, de esos que duran una eternidad. Rubén tuvo tiempo de conectar la radio a través de internet en su móvil, que enganchó a un puerto USB del Opel Corsa para que sonara a través de los altavoces. Al instante comenzó a sonar un programa musical en español.

—El coche es del trabajo, ¿no? —adivinó, observando el volante a la derecha.

Rubén asintió, mirándola brevemente.

—Y veo que te has acostumbrado a conducir por el otro lado.

—A la fuerza ahorcan.

Ella suspiró con añoranza, hacía mucho que no escuchaba un refrán en otra boca que no fuera la suya.

—¿Vas a contarme qué es lo que no te gusta de esta ciudad? —preguntó, para sacarla de su mutismo.

—Tiene un clima podrido y hace un frío de mil demonios.

—Ahí te doy la razón. Aunque, para ti y para mí, frío hace en todas partes —opinó, dado que ambos provenían de ciudades con un clima privilegiado.

—Hay un tráfico terrible.

—Como en todas las grandes ciudades. ¿Qué esperabas con ocho millones de habitantes?

—Las calles huelen a frito y a comistrajo.

—A comida —la corrigió—. ¿A qué huele la cocina de tu madre? A mí me parece un olor acogedor.

—¿Qué ser humano en su sano juicio desayuna judías?

—Déjalos que desayunen lo que les de la gana. Nosotros comemos caracoles, que son unos seres repugnantes y babosos —alegó tamborileando la canción de la radio sobre el volante.

—Echo de menos la fruta natural.

—Como si no vendieran en cada esquina —cuestionó él, dado que había una verdulería pakistaní hasta en el último rincón de la ciudad.

—Sí, pero a precio de oro.

—A cambio, aquí la leche y la carne son mucho mejores.

Mari optó por cerrar la boca, en vista de que aquel poli, cuyos brazos acostumbrados al ejercicio físico no podía dejar de mirar, anulaba todos sus argumentos. Las canciones de grupos españoles se sucedían una tras otra, cosa que la hizo sentirse aún más melancólica.

—Todo depende de tu actitud ante una ciudad nueva y ante todos ellos —opinó Rubén, señalando con la cabeza a la gente que cruzaba la calle—. Venga, dime cosas buenas, que malajes hay en todas partes.

—Los ingleses son ordenados —reconoció; él la invitó a continuar con un gesto de la mano—. Son muy respetuosos, todo lo piden por favor y nunca se olvidan de

dar las gracias. Son gentiles y atentos, no dudan en brindarte ayuda cuando la necesitas. Las calles están muy limpias, los parques son maravillosos y están llenos de ardillas. Yo nunca había visto ninguna hasta que vine...

Dio un respingo en el asiento al notar que Rubén le levantaba la barbilla con un dedo.

—Estás sonriendo —dijo—. *Una sonrisa yo me dibujé y lo demás ya no contaba...* —cantó al mismo tiempo que David Bustamante lo hacía en la radio.

Mari no dejó de sonreír. Sin darse cuenta y, después de meses de nubarrones negros sobre la cabeza, era capaz de distinguir el encanto del Londres más soleado.

*Feliz con lo que tengo, oh, oh... Feliz con lo que siento, oh, oh...* Acompañó mentalmente el estribillo, moviendo el pie al ritmo de la música. Se preguntó por qué de pronto se sentía tan bien y la respuesta la obtuvo al estudiar de reojo a Rubén. Qué cosa tan extraña era sentir cosquillas por culpa de un poli que sonreía como un angelito y la miraba como un lobo feroz.

—Pero no dejes de echar de menos mi casa —añadió, para romper el silencio. Se sentía a gusto hablando con él.

—¿Y a quién no le ocurre? —reconoció Rubén, deteniéndose ante un nuevo semáforo.

Estaban a mitad de Baker Street.

—¿Cuánto tiempo hace que no pruebas la tortilla de patatas? —inquirió, nostálgica.

Rubén miró al techo del coche.

—No me lo recuerdes, niña, que se me saltan las lágrimas.

Pero fue ella quien casi se echa a llorar de emoción al escuchar a *Camela* en la radio, ¡cuánto tiempo! Miró el reloj del salpicadero, antes de salir hacia el hospital tenía que cenar y tiempo sobraba.

—Tengo patatas en casa. Y huevos —enumeró, a modo de invitación—. Y esta mañana he comprado una baguette. Me gustaría darte las gracias por traerme a casa. Abrimos un vinito y si no tienes prisa...

Otro coche paró al lado. Mari miró hacia la derecha, una chica de pelo naranja, que quedaba junto a Rubén, no hacía más que arrugar la naricilla y hacer gestos al guapo inspector. A Mari le entraron ganas de enseñar los dientes como un pequinés cabreado.

—¿La conoces?

—De una noche de copas, amiga de un compañero.

La pelirroja seguía diciéndole algo que no entendieron porque ni Rubén bajó la ventanilla ni la otra tampoco. Mari sí comprendió que la chica de los morros fucsia pretendía llevarse al huerto al poli sevillano.

«Que no lo mires, loba, bicho, que no te hace caso —su mente maligna tenía ganas de guerra—. Que como me toques las narices, bajo del coche y te arranco esos pelos de muñeca chochona... Calma, fiera, que no corra la sangre. ¿Qué te ha dicho

mil veces tu madre? ¡Que a los hombres se les conquista por el estómago!».

Rubén giró la cabeza y la miró a los ojos, dándole la razón a la mente turbulenta de Mari y a su sabia mamá.

—Hazme un bocata de tortilla de papas y seré tu esclavo.

«Ole, ole y oleee».

—Así de grande —aseguró ella separando las manos paralelas y, de paso, presumiendo de pecho bien puesto.

Rubén le guiñó un ojo y la miró como si fuera el postre del menú. Volvió la cabeza hacia el coche contiguo y coreó con los de *Camela*

—*Escuchamé, entiéndelo, es imposible nuestro amor...* —cantaba por lo bajo ojeando de refilón a la chica que lo provocaba con una caída de pestañas.

Mari acribilló a la pelirroja aquella con ojos como cuchillos.

—Chúpate esa, caraculo —murmuró, paladeando su triunfo.



## 23. Sabia decisión

Faltaba poco menos de una hora para que la familia Coleman se reuniera alrededor de la mesa para la cena de Nochebuena. Aprovechando que estaba en Aylesbury, Richard había salido con Fanny y el bebé para felicitar las navidades a un amigo de la infancia, que vivía en la misma calle. Después de ayudar a preparar los aperitivos, y como Anita aseguró que lo tenía todo controlado, Carol salió hasta la sala de estar donde seguía su padre, como siempre, enfrascado en uno de sus librotos.

Fue hasta la ventana, apartó la cortina y se quedó contemplando al grupo de niños que llamaron a un timbre de la acera de enfrente para huir riendo como locos antes de que se abriera la puerta. La travesura de aquellos chiquillos le recordó la divertida y precipitada salida junto a Mac, cuando ambos dejaron la habitación del hotel de Reims. Ella casi se muere de vergüenza al verlo rellenar las botellitas de licor del minibar con agua del lavabo. Lo llamó tacaño y aristócrata de pacotilla mientras él se encogía de hombros diciendo que eso lo hacía todo el mundo. Y Mac se desesperó cuando la vio rapiñar todos los artículos de aseo del cuarto de baño; entonces fue ella la que se puso brazos en jarras alegando que eso también era algo que hacía todo el mundo.

Cómo añoraba aquellos días, cuando acababan de conocerse y todo les parecía posible. Carol recordaba aquellos momentos con una alegría brillante que las decisiones equivocadas se encargaron de deslustrar. Pero, a pesar de lo ocurrido y, por mucho que su orgullo se obstinara en señalarle los momentos malos y su caos emocional la tuviera con el ánimo por los suelos, de una cosa estaba segura: le resultaba imposible no amar a Mac.

—Lord James MacLeod, cuánto te echo de menos —musitó con la frente pegada en el cristal.

En ese momento habría deseado hacerse un ovillo en el sofá, taparse la cabeza con una manta y llorar hasta que se hiciese de día. Pero la presencia de su padre, sentado en su sillón preferido justo enfrente, desaconsejaba cualquier arrebato dramático.

El motor de una *scooter* que frenó y aparcó justo delante de la ventana, atrajo su atención. Sin quitarse el casco, el motorista sacó una caja del cofre de la moto y, con el paquete en la mano, se perdió de vista al caminar por la acera en dirección izquierda. Carol se retiró del cristal, sobresaltada, al oír el timbre de la puerta. Ni por un momento sospechó que el mensajero de la moto tuviera como destino su casa.

—Ya voy yo —anunció, levantando la voz para que la escuchara Anita desde la

cocina.

Caminó hacia el vestíbulo y abrió la puerta.

—Traigo un paquete para Carol Coleman.

—¿Para mí? —se extrañó, alzando las cejas.

—Eso dice aquí. ¿Firma, por favor?

Carol garabateó el recibo que el muchacho sostenía sobre la caja, preguntándose qué y de parte de quién procedía aquel paquete.

—¿Tengo que pagar algo? —preguntó, frotándose los brazos. Solo llevaba un jersey fino y hacía bastante frío.

—No, es un envío a gastos pagados.

—Espera un momento, por favor —pidió al verlo con prisas.

Carol giró hacia la percha de la entrada, hurgó en los bolsillos de su abrigo y encontró un billete de diez libras. Se lo dio al chico como propina. Seguro que estaba deseando salir pitando y marcharse a cenar con su familia.

—No tengo cambio —comentó, un poco agobiado.

Carol, indicó con un gesto que se lo guardara. El chico exhibió una sonrisa tan complacida que permitía adivinar lo poco acostumbrado que estaba a recibir propinas tan generosas.

—¡Muchas gracias! Y feliz Nochebuena.

—Felices fiestas —lo despidió Carol.

Cerró la puerta rápido para que no se colara el frío de la calle. Miró por encima del hombro y, al ver a su padre, descartó la idea de abrir el paquete en la sala de estar. Lo dejó sobre la consola y, al despegar el precinto adhesivo con el logotipo de la mensajería, se percató de que despedía un aroma peculiar. Arrugó el entrecejo, muerta de curiosidad. Si no le fallaba la nariz, aquel paquete olía a patatas fritas.

Destaparle fue como volver atrás, a una madrugada en un hotelito de Reims, que parecía demasiado lejos, a pesar de haber transcurrido desde entonces solamente un puñado de semanas.

«Para una inglesa encantadora de parte de un escocés detestable», leyó. No decía más. Levantó la nota y su boca se curvó en una sonrisa al ver la caja de la famosa cadena de hamburgueserías. Aunque intuía su contenido, abrió la caja. Lord James MacLeod acababa de enviarle un Big Mac.

Carol supo que su inusual regalo era una disculpa, al recordarle a ella también lo idiota que un hombre como él, tan aparentemente seguro, podía llegar a ser.

—Tu teléfono está sonando —oyó que la avisaba su padre.

Dio un vistazo sobre el hombro, cerró la caja y fue a la sala. Al coger el móvil de la mesilla constató que su padre estaba en un error. No había sonado la alarma de llamada, sino el aviso de llegada de un mensaje. Carol tocó la pantalla, se trataba nuevamente de Mac. Como una tonta, se quedó contemplando el *selfie* que se hicieron sentados en el suelo en el aeropuerto de Reims.

Salió al recibidor, cogió la caja y fue con ella a la cocina. De camino, buscó el

número de Mac en la agenda para hablar con él. A la vista de la prisa que se dio en responder, intuyó que estaba esperando su llamada.

—Hola.

—Hola —respondió él con tono íntimo—. ¿Te ha llegado la sorpresa?

En ese momento, Carol tendía la caja a Mam y le indicaba que la guardara en la nevera. Ella la abrió antes de hacerlo.

—¿De dónde ha salido esta hamburguesa? Si estamos a punto de poner la mesa para la cena.

Carol evitó darle explicaciones, indicándole con la mano libre que estaba hablando por teléfono, y salió de la cocina.

—Acaban de traerla —respondió a la pregunta de Mac, a la vez que se sentaba en el primer tramo de la escalera.

—¿He logrado hacerte sonreír?

—Sí —confesó en un susurro.

—Eso es lo que quiero, que le sonrías a la vida. Aunque sea recordando lo estúpido que soy a veces. Como yo, cada mañana cuando me miro en el espejo.

—¿Me echas de menos? —preguntó Carol, sin más rodeos.

—No dejo de pensar en ti. Cada minuto. —Como ella permanecía en silencio, decidió continuar—. Siento que me hayas puesto en la lista de personas que te defraudaron, *bonnie*. Pero yo no soy como ellos. No hice bien las cosas, pero eso no me convierte en un fraude —afirmó. Carol seguía sin intervenir—. ¿Ya has perdonado a Anita por lo de las postales?

—Desde luego que sí. Lo hizo por mi bien, aunque no del modo más acertado. Mam nunca haría algo con mala intención.

—Yo tampoco.

—Lo sé —musitó Carol—. Pero no dejo de pensar en todo el tiempo que has estado ocultándome todas esas cosas que sabías de mí y de mi pasado, y acerca de Mam. Aún no entiendo por qué.

—Tú nunca te has visto en una situación similar, por eso desconoces cuánto pesa la vergüenza. Ya te habrá explicado Anita que hubo un error. Una falta de mi madre, en cualquier caso, cometida por desidia. Por no estar más pendiente de las decisiones que tomaban las personas en quienes delegó.

—Mac, eso ya lo sé.

—A pesar de lo que pienses, sigo arrepintiéndome de habértelo contado. No me correspondía a mí.

Con los ánimos calmados, Carol era capaz de ponerse en su lugar y entender cómo se sentía ante lo que él consideraba una falta de respeto y un comportamiento inmoral. De haber sido al contrario, ella no habría revelado el pasado de nadie sin su permiso, ni siquiera a Mac.

—Si Mam ha superado esa etapa, ¿cómo voy a sentir antipatía hacia tus padres por lo que ocurrió? No, de ninguna manera.

Carol lo oyó respirar al otro lado de la línea; intuía que le preocupaban las duras palabras que dijo contra su familia en Glasgow. Pero Mac era un hombre inteligente y ella sabía que era capaz de distinguir un arrebatado fruto de la ira de los sentimientos verdaderos.

—Bien —oyó que decía—. Nunca me incluyas en el mismo lote que a tu madre biológica y que al gilipollas aquel al que llamabas novio. Yo también te he hecho daño con mi cretina manera de actuar. Pero recuerda que ellos no te amaban. Yo sí.

Carol cerró los ojos. En ese matiz estribaba la diferencia. Mam y él sí la querían. Y ese era el abismo que separaba el desprecio de los errores cometidos por amor.

—¿Has visto la foto que nos hicimos? La llevo como fondo de pantalla del teléfono. Eso es lo único que me importa y es lo único que quiero conservar de todo lo ocurrido. Un hombre y una mujer que son felices juntos.

—Mac...

Él no la dejó intervenir.

—Ya sé que necesitas tiempo, y si algo me sobra es paciencia. Esperaré cuanto haga falta, pero más vale que sepas, Carol Coleman, que no pienso renunciar a ti. Sé que algún día sabrás perdonarme. Y no me conformo con verte en Londres entre viaje y viaje. Voy a conseguir que regreses. Estoy deseando llevarte a la isla de Lewis y contemplar contigo el vuelo del águila real desde los acantilados. Allí el mar se pela con las rocas y ruge más bravo que en ninguna parte.

—Nunca he visto la aurora boreal —sugirió, emocionada al escucharlo describir con tanta pasión los regalos de la naturaleza de aquel remoto lugar.

—Yo te llevaré. La veremos juntos desde el cerro de Knockaird, donde anidan los alcatraces —prometió—. Recorreremos las Tierras Altas hasta el Loch Eriboll, quien no conoce esa costa, no sabe lo que es la belleza en su estado más salvaje. Y si te quedas en Escocia para siempre, cada año de ese futuro increíble que nos espera juntos, te mostraré lugares que ni imaginas que existen, hasta que la ames tanto como yo. Dicen que te enamoras de esta tierra cuando un escocés se te mete en el corazón, ¿lo sabías?

Carol sonrió.

—Lo sé mejor que nadie. Odio sentirme así —reconoció bajando la voz—. No quiero renunciar a mis sueños.

—Los míos se quedaron contigo, *bonnie* —murmuró; Carol lo oyó tomar aire—. Ya me los devolverás algún día. Sin prisas, cuando descubras que la decepción pesa menos que el amor —hizo una pausa—. En Hogmanay, cuando esté ante la hoguera, repetiré tu nombre muchas veces.

Carol tampoco dijo nada.

—Me llaman para la cena —se excusó, en vista de que ya estaba todo dicho—. Quiero que esta noche olvides todos esos pensamientos que te entristecen y que seas muy feliz, rodeada de tu familia.

—Lo mismo digo —musitó.

—Esas son las personas que te quieren, Carol. Eso es lo único que importa —le recordó. Sin decirlo, ella supo que se refería a su madre biológica—. Pero no olvides que, en lo que se refiere a quererte, yo ocupé el primer lugar de la lista.

A Carol se le obturó la garganta. Hizo un esfuerzo por aclarar la voz.

—Feliz Nochebuena, Mac.

Ya hacía rato que habían recogido la mesa.

Carol entró en la cocina. Mam se encontraba muy ocupada secando las copas. A Richard y Fanny se les oía de puntillas por el piso de arriba. Eran padres primerizos y, como era de esperar, subieron a la carrera en cuanto oyeron llorar a su bebé.

Se sentó frente a la mesa y apoyó el codo, descansando la mejilla en la mano. Anita se secó las manos en el paño y le sonrió. Sin decir palabra, sacó dos bolsitas de té de la lata y vertió agua del hervidor en un par de tazas.

—Nunca es mal momento para una taza de té —dijo dejando ambas sobre la mesa.

Fue al armario y abrió un paquete de galletas de mantequilla que depositó en una bandejita. Después se sentó junto a Carol y le plantó delante una taza de té y las galletas.

—Nunca se te olvida —comentó con un esbozo de sonrisa.

—Son tus preferidas.

—Ahora mismo estoy tan llena que no creo que pueda probar ni una.

Anita escurrió su bolsita de té mirándola de reojo.

—No puede decirse que hayas cenado mucho. ¿Es lo sucedido lo que te ha quitado el apetito?

—No.

Y era cierto. Lo ocurrido en Glasgow y las postales dichas eran asunto concluido.

—Entonces, ¿es por el nuevo trabajo? ¿O es por James?

Carol la imitó y dejó su bolsita de té en el platillo. Siempre había sido reacia a confiarse a Mam, pero en esa ocasión, sintió que nadie podía entenderla mejor.

—Mac —se sinceró con un suspiro—. Y el museo. Un trabajo que no motiva, puede llegar a amargarnos la vida.

—Déjalo, pues. No lo pienses.

Carol la miró arrugando la frente. Su padre fue quien la recomendó para aquel puesto y abandonar supondría dejarlo en mal lugar.

—Papá se enfadará. Además, sería la tercera vez que dejó un empleo en dos años.

—Reconozco que me preocupé cuando dejaste la galería Whits y que fue idea mía que papá te echara una mano —reconoció—. Pero ya sabes cómo soy.

—Protectora.

—Eso no impide que reconozca que vales muchísimo, cariño. No tardarás en

encontrar un empleo en el que te respeten y aprecien tu valía profesional. Trabajar en ese museo no te hace feliz, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —dijo admirada; la intuición de Mam no fallaba jamás. Esta le dio una palmadita en la mano.

—Pues bienvenida sea esa renuncia. Lo único que nos importa a nosotros es tu felicidad.

—¿Aunque acabe en la cola de un oficina de empleo?

—¡Aunque te dedicaras a tocar la flauta en una esquina, acompañada por dos perros pulgosos! —exclamó; la ocurrencia hizo sonreír a Carol—. Para tu padre, para tu hermano y para mí siempre serás la mejor. Nuestra niña única y especial.

—Porque no tenéis otra.

—Porque eres tú.

Carol tuvo que parpadear porque los ojos se le anegaron de lágrimas.

—Mam, nunca te he dicho cuánto te quiero.

—Ni falta que hace.

Para que no la interrumpiera, Carol tomó su mano y se la apretó con fuerza.

—Me lo has dado todo y yo no he sabido estar a la altura. No soy como tú y lo siento, porque me gustaría demostrarte cada día cuánto me alegro de tenerte en mi vida. No quiero que me faltes nunca, Mam, porque para mí eres la mujer más importante que existe.

Anita no pudo evitar que una lágrima le resbalara por la mejilla y se la secó con el dorso de la mano.

—Tonto corazón, que nos llena los ojos de lágrimas cuando deseamos cantar de alegría —murmuró con una sonrisa apurada.

Era Nochebuena y Carol quería ver a la Mam contenta de siempre.

—Nada de llorar ahora, ¿me lo prometes? El sofocón ya nos lo daremos dentro de un rato viendo «Qué bello es vivir», como todos los años.

—Ya tengo preparada la caja de pañuelos.

—Pues venga, que se nos enfría el té.

Anita se secó el borde de las pestañas con la punta de una servilleta de papel para no estropearse el maquillaje. Se llevaron la taza a los labios; Carol bebió hasta casi apurar la suya con gesto pensativo.

—¿Te importa si te cuento algo?

—¿Cómo va a importarme?

Carol le habló de Mac, le contó todos sus desencuentros, los motivos de él para obrar como lo hizo y lo mucho que le dolía a ella aquella situación.

—¿Crees que hubo mala fe por su parte?

—No —aseveró convencida—. Seguro que no.

—Pues...

Pero antes de que Anita pudiera dar su opinión o responderle con un consejo, un timbrazo en la puerta de entrada las hizo dar un respingo. Tomó a Carol del brazo,

invitándola a acompañarla.

—Deben ser los niños de los vecinos. Vamos.

No se trataba de un grupo de chiquillos pidiendo el aguinaldo. Para sorpresa de las dos, al abrir la puerta se encontraron con la cara enrojecida por el frío de un mensajero que traía un paquete plano y cuadrado.

—Traigo este envío urgente para la señorita Carol Coleman.

—¿Esto también es para mí? —preguntó perpleja.

Leer el nombre del remitente fue como retroceder dos horas en el tiempo. Vaya con los MacLeod, padre e hijo, qué originales con los detalles.

Anita corrió a por su monedero para dar una generosa propina al hombre, compadeciéndose de él porque hubiesen requerido sus servicios en una noche como aquella. El mensajero la tranquilizó asegurando que, tan generosamente le habían pagado por el porte, que no le importaría volver tres veces más, si fuera menester.

Entre tanto, Carol ya había destapado el paquete. Al ver la moldura, imaginó que se trataba de un cuadro. Casi se le doblan las rodillas al comprobar que se trataba de la partitura famosa, el motivo de tantas discordias. Pidió a Mam que hiciera el favor de sujetarla y, a toda prisa, rompió el sobre adjunto. Era una nota manuscrita.

*Mi querida señorita Coleman:*

*Se preguntará cómo ha llegado este objeto a mis manos y por qué ahora obra en las tuyas.*

*Ruego acepte este regalo de Navidad como muestra de concordia. Como bien sabe, anhelaba obtener esta partitura e imagino que le han explicado también las razones de índole familiar y sentimental que me movían a luchar por su adquisición.*

*Consérvela por mí, ¿me hará ese favor? Espero que «Stille Nacht» llene siempre su corazón de buenos deseos. De lo contrario, no será más que un viejo trozo de papel pautado lleno de esos garabatos que llaman notas musicales.*

*Con afecto,*

*Conde de Selkirk*

Eso significaba que el hombre calvo pujaba por encargo del conde. Al final se había hecho con el villancico *Stille Nacht* y ahora se lo regalaba a ella... ¡A ella!

Estaba segura de que Mac no sabía nada de aquel tejemaneje. Dobló la nota y respiró hondo. Anita también la había leído oteando por encima de su hombro.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —aún con la partitura enmarcada en las manos.

—Morirme.

Anita sacudió la cabeza.

—¿No te das cuenta, Mam? —insistió Carol—. Perdí mi empleo, mi relación con el hombre que quiero parece una prueba de obstáculos, pero ahora mismo, el conde,

con su generosidad, me acaba de dar una la lección increíble. ¿Has visto el anuncio de Sainsbury's? Ese de los soldados que juegan al fútbol.

—¿Y quién no? Dicen que es el anuncio navideño más bonito de la historia. Cada vez que sale en la televisión se me saltan las lágrimas.

Carol le señaló la partitura, con gesto vehemente.

—Esta partitura es el original del villancico que se cantó esa noche, ¿entiendes, Mam? El conde Selkirk me está diciendo con este regalo que hace cien años duró unas horas, pero que si nos empeñamos en lograrlo, la buena voluntad puede durar toda la vida.

Anita leyó en silencio el título manuscrito sobre el primer pentagrama, pensando en la buena voluntad de lord Selkirk, la misma que demostró su esposa presentándose en su casa para pedirle perdón cuando nada la obligaba. Cerró los ojos y después miró a Carol, deseando que aprendiera a vivir sin inquina en su corazón.

—Ya sabes dónde encontrar a Jamie, ¿no?

—Sí —exhaló atormentada.

—Ven aquí —decidió Anita.

Cogió el marco con la partitura y lo dejó sobre el mueble de la entrada. Luego rodeó los hombros de Carol, la llevó hasta el pie de la escalera y la invitó a mirar hacia lo alto. Juntas contemplaron el cartel de cine colgado en la pared del descansillo. Lo primero que llamaba la atención al entrar en la casa. Era la posesión más estimada de Anita.

—Ahora que lo pienso, tu padre hizo exactamente lo mismo que lord Selkirk, cuando me regaló el cartel de *El Mago de Oz*.

—No sé, la partitura Gruber tiene un enorme valor sentimental para él.

Dudó, aunque sabía que Mam le tenía gran aprecio a aquel objeto de colección. Acostumbraba a decir que sería lo único que salvaría si se incendiara la casa.

—Los MacLeod valoran esa partitura por lo que representa para ellos —alegó Anita; sin decirlo, incluyó a Mac—. Voy a contarte algo que ni tú ni tu hermano sabéis, ahora que no nos oye papá —anunció, bajando la voz—. Cuando me contrató para cuidarte, mi inglés no era el de ahora. Un domingo por la tarde, que era mi día libre, fui al Capitol y me enamoré de esa película. Cuando él supo que había ido a verla cuatro domingos seguidos, me regaló la cinta. A partir de entonces, yo la ponía en el vídeo a todas horas porque cantaba las canciones para mejorar el idioma.

—¿Y cantabas como Judy Garland? —cuestionó, sonriendo al imaginarla con acento americano.

—Más o menos, pero funcionó —agregó cogiéndola del brazo para que no la interrumpiera—. Tiempo después vi ese cartel en el escaparate de un chamarilero de Portobello. Entré a preguntar y salí sin él, porque no podía permitirme gastar dos mil cuatrocientas libras de aquellos entonces. Cada vez que pasaba, soñaba con que algún día mi situación sería tan desahogada que podría darme el capricho de comprarlo.

—¿Papá lo sabía?



—Sí, muchas veces comentaba con él en qué gastaría mi premio, si me tocara la lotería. Pero tu padre se limitaba a sonreír como si mi sueño fuera una fantasía tonta. Un día pasé por la tienda y desde la calle vi que el cartel lucía el rotulito de «vendido». Esa tarde regresé a casa sin ganas de hablar.

—Entonces, ¿este es una copia?

Anita negó con la mano.

—Dos días después, cuando ya había fregado los platos de la cena y tú estabas ya en tu cuna, papá me pidió que lo acompañara a la sala de estar. Sobre la mesa había un paquete de ese tamaño —dijo, señalando el cuadro—, envuelto en papel de estraza.

—Lo había comprado para ti —atinó, emocionada, sabiendo lo poco detallista que era su padre.

—Ya sabes que es un hombre de pocas palabras. Fue su manera de decirme que dejara de seguir el camino de baldosas amarillas porque mi casa estaba aquí, con él y contigo.

Carol contempló el cartel que llevaba viendo toda la vida con otros ojos. Ahora sabía que para Anita y para su padre era mucho más, la entrañable manera que ideó para demostrarle a la mujer que amaba que la suya era su casa, su hogar era su hogar.

—Se está mejor en casa que en ningún sitio —repitió; miles de veces había escuchado las palabras de Dorothy en boca de Anita.

Esta le puso las manos sobre los hombros.

—Me da igual que pienses que soy una tonta por creer en fantasías.

—El cine no es una tontería. Es arte —afirmó.

Desde pequeña, Mam le había contagiado su pasión cinéfila. Y tantas y tantas cosas, el gusto por enviar tarjetas de felicitación en ocasiones especiales, los envoltorios de regalo cuidados al detalle, el orden, la perseverancia, los buenos modales, a coser bien los botones, a ser honesta, la importancia de saber escuchar... Cuánto tenía que agradecerle.

Anita sacudió la cabeza y continuó.

—Tú tienes un corazón que te dice quién te hace feliz, un cerebro para tomar la mejor decisión y el valor para hacerlo. Yo creo que el mensaje de lord Selkirk, enviándote esa partitura que tanto codiciabais los dos, tiene la misma intención.

Carol miró al espantapájaros, el hombre de hojalata y al león cobarde, compañeros de Dorothy y su perrito Totó hacia el país donde se cumplen los sueños, y bajó la vista a sus pies, como si viera en ellos los chapines de rubíes, regalo del hada buena del norte.

—Mi camino de baldosas amarillas me lleva hasta Mac, por muchos rodeos que dé.

—Entonces, ve y habla con él —aconsejó Anita.

—¿Y qué le digo?

—Eso decídelo tú —concluyó.

Se encogió de hombros y se acercó a la consola para observar con mayor detalle la partitura Gruber.

Carol se fijó en los sutiles estragos que el paso del tiempo había provocado en el rostro de Mam. Esa era la mujer que durante los últimos treinta años se lo había dado todo sin esperar nada a cambio. La misma joven ilusionada que la acogió en sus brazos cuando, al encontrar al hombre de su vida, supo que este traía como premio añadido a una niña arisca.

¡Cuánto tiempo perdido! Llevaba años viendo la vida bajo el prisma de una realidad distorsionada por los celos absurdos e infantiles que sentía hacia su hermano menor y su empeño por mantener vivo el recuerdo de una madre biológica perfecta que solo existía en sus fantasías. De nuevo sintió el peso de los remordimientos. Su querida Mam no la había tenido en su seno, pero la había criado, velado por ella, cuidado y querido como una verdadera madre. Porque lo era; de Richard y de ella, sin distinción.

—Ay, Mam —suspiró, haciendo un esfuerzo por que los ojos no se le llenaran de lágrimas—, cuánta paciencia has tenido conmigo.

Como siempre, ella se lo tomó con buen humor.

—Y con ese rebelde que tienes por hermano. Y con tu padre, ¡ni te cuento! —dijo con una risa desenfadada—. Cariño, la paciencia es lo mío. ¡William! —lo llamó alzando la voz—, ¡William! ¿Lo ves? —agregó con una mueca.

Dio cuatro pasos enérgicos hasta la puerta que comunicaba el vestíbulo con el salón y se plantó en el quicio con los brazos en jarras.

—Dame las llaves del coche.

—¿A estas horas? —cuestionó su marido, mirándola por encima de las gafas de leer.

—Tú dámelas. Carol debe marcharse ahora mismo —anunció—. Tiene que resolver un asunto importantísimo que no admite espera —añadió al ver su reticencia.

—No creo yo que sea el momento más oportuno para salir de casa.

—Querido, haz lo que te digo por una vez en tu vida.

Carol no quería que se desatase una discusión matrimonial por culpa suya. Así que fue hasta donde estaba Anita.

—Papá, la única realidad que puedo ver en este momento es que amo a un hombre que conocí en el avión. Nos peleamos, nos reconciamos, volvimos a pelearnos y solo sé que esta situación no me hace feliz. Necesito arreglar las cosas con Mac de una vez.

Su padre cerró el libro con parsimonia, se quitó las gafas y la miró sin pestañear.

—Mi hija no necesita correr detrás de ningún hombre.

Carol extendió la mano abierta.

—Por eso necesito las llaves del coche, para no tener que ir corriendo hasta

Escocia por la autopista.

—Qué agudo sentido del humor. Si no te conociera, diría que eres inglesa —ironizó.

Anita salió al vestíbulo y, mientras padre e hija discutían sobre la conveniencia de viajar a horas intempestivas, regresó con un papelito en la mano.

—Esta mañana guardé este sobre de azúcar porque me gustó el mensaje. Ahora veo que fue cosa del destino.

Se lo entregó a Carol que lo leyó, primero en silencio y después en voz alta.

—«Estar preparado es importante, saber esperar aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida». Si necesitaba un empujón, este consejo me lo acaba de dar. Gracias, Mam —dijo apretándole el antebrazo.

Se lo tendió a su padre que lo ojeó por encima y miró a su mujer con el ceño fruncido.

—Gracias, Anita —repitió, sarcástico, por no estar de su parte. De pasada leyó quién firmaba la cita, el tal Schnitzler no le sonaba de nada—. ¿Desde cuándo, en esta casa, pesa más la opinión de este tipo que la mía?

Fue una queja retórica. A la vista de que no iba a obtener respuesta de ninguna de las dos, el doctor Coleman se puso muy serio para dirigirse a su hija.

—Di de mi parte a ese joven que no voy a permitir que la historia se repita —al decirlo, miró a su mujer con mucho cariño—. Como se atreva a hacerte sufrir, aunque solo sea un poco, ya puede considerarse lord muerto.

Anita se llevó las manos al pecho, boquiabierta.

—¡Oh! —exclamó, cayendo entonces en ese detalle—. Carol, vas a ser una lady.

Ella cerró los ojos. ¡Ay, Dios! Seguro que ya estaba pensando en sacar la máquina de coser y elegir un par de modelitos de la revista Burda, como si mañana mismo los fuesen a invitar a tomar té y pastelillos en Buckingham Palace.

Su padre abrió el libro.

—¿Nunca vas a hacer las paces con los MacLeod, papá?

Su padre volvió a cerrarlo con un sonoro «plaf».

—Si te tratan como mereces, puede que me lo piense.

Carol disimuló una sonrisa, era el principio de la rendición. Mac se encargaría de llevárselo a su terreno, de encanto y conocimientos de arte iba sobrado. Y extendió la mano abierta, instándolo a claudicar de una vez.

—¿Me das las llaves o no?

El doctor Coleman miró de reojo primero a su mujer y luego a su hija.

—¿Y tu coche?

—En Londres, papá. En el taller, por eso he venido en metro. Tú mismo has acudido esta tarde a recogerme a Chesham, ¿o es que ya no te acuerdas?

Menudo sabio despistado, se dijo Carol armándose de paciencia, mientras su padre rumiaba por lo bajo algo sobre el excelente estado de su memoria. Por fin, sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó a su esposa, que las cazó al vuelo y se las entregó

a ella. Rápidamente, Anita la empujó hacia el vestíbulo, para sacarla del campo de visión de su padre antes de que este retomara su discurso sobre la insensatez de emprender un viaje en plena noche.

En menos de diez minutos, después de subir a despedirse de Fanny y Richard, que perdían la noción del tiempo cuando estaban con su hijito, Carol ya se hallaba en el umbral de la puerta, bien abrigada, con su bolso colgado del hombro, la partitura enmarcada bien sujeta y las llaves del coche de su padre en la mano.

—Ten cuidado y conduce despacio, no sea que des un patinazo —la adoctrino Mam.

Carol, que conocía las carreteras escocesas de sus años en Saint Andrews, rogó en silencio para que esa noche no helara.

—Voy a perderme la comida de mañana.

—Hoy es miércoles. El sábado te quiero aquí y más vale que no vengas sola. Este año celebraremos dos veces la Navidad.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no.

—Pero, los regalos...

—Aquí te estarán esperando. Los nuestros ya nos los darás otro día. ¡Y llámame en cuanto llegues!

—Te lo prometo.

—Sea la hora que sea, ¿me oyes?

Hacia cinco minutos que Carol se había marchado. Anita apagó la luz de la cocina y al pasar ante la puerta del salón su esposo la llamó.

—No son horas de viajar —le reprochó.

—Si no cometes locuras ahora que es joven, ¿cuándo lo hará?

William Coleman se quitó las gafas y la miró a los ojos.

—Gracias —dijo con afecto.

—¿Y eso?

—Por ser como eres.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Y cómo soy?

William dejó el libro y las gafas sobre la mesilla.

—Una mujer extraordinaria.

Y como tantas veces durante los muchos años que llevaban juntos, con esas tres escuetas y sentidas palabras le expresó todo el cariño, agradecimiento y admiración que sentía por ella. Y por los desvelos callados que dedicaba cada día a él y a sus hijos, sin protestas, sin reproches, sin hacerse notar y siempre con una sonrisa iluminándole el rostro.

Ella se acercó al sillón donde estaba sentado.

—Qué cariñoso estás esta noche.

—Ven aquí —pidió con una sonrisa provocadora.

La agarró de la mano y de un tirón la hizo caer sentada en su regazo.

—Pero bueno...

Llevaban una vida entera casados y sucedía muy de tarde en tarde que William, tan ensimismado siempre en sus libros y notas, tomase la iniciativa y se comportase como un adolescente. Por lo general era Anita quien requería sus caricias y no le importaba, pero cuando era él quien empezaba el juego resultaba muy vivificante.

—Al fin solos —susurró besándola en el cuello.

Ella se hizo de rogar y trató de levantarse, pero él la sujetó para que no lo hiciera.

—¿Solos? Te recuerdo que arriba...

—Esos dos están tan embobados con el bebé que ni se acuerdan de nosotros.

—Estate quieto —le dijo al oído—, que nos van a pillar.

Su marido desobedeció y durante un buen rato se la comió a besos. Después reclinó la cabeza en el sillón y la miró a los ojos.

—¿Te hago feliz?

Anita le acarició la mejilla.

—Muy feliz.

—Bien, pues te dejo que me achuches un rato.

—Serás sinvergüenza —dijo castigándolo con un beso ruidoso, muy poco castigador.

Y le sujetó la mano para que no continuase, porque los dedos de su marido ya le habían levantado el jersey y tanteaban en busca del broche del sujetador.

—¿Pero qué te pasa esta noche?

—Que quiero a mi mujer.

—Eso está muy bien —murmuró respondiendo a sus besos—. Pero los chicos pueden bajar en cualquier momento.

—Vamos a la ducha.

—¡William! —exclamó sujetándolo por los hombros para que recobrase la cordura—. Que ya no tenemos edad de acrobacias en la bañera.

Con una palmada en el trasero, la invitó a ponerse en pie e hizo lo mismo y la cogió por la cintura con intención de llevarla escaleras arriba.

—Usaremos la imaginación.

## 24. A Escocia para siempre

Llegó a Selkirk al amanecer.

Carol detuvo el coche a un lado de la carretera cuando, desde un altozano, ya se divisaba el castillo. Con la bruma que cubría los páramos, tuvo la sensación de entrar en las páginas de una novela de las hermanas Brönte. Contempló las cumbres nevadas como crestas de sierra y las infinitas extensiones amarillas de los cultivos de colza. Un paisaje que parecía extraído de tiempos pasados, salvo por los tractores de última generación, cosechadoras con apariencia de máquinas robóticas y alguna antena parabólica que destacaba en los tejados de las granjas dispersas por las tierras de lord MacLeod.

Aprovechó que su teléfono indicaba suficiente cobertura para llamar a Mam, que respiró tranquila al saber que había llegado sin percances y no concedió importancia a lo intempestivo de la hora.

Carol se metió las manos en los bolsillos porque, con las prisas, había olvidado los guantes y contempló el horizonte. Sabía que acababa de tomar el camino correcto. Durante la larga noche conduciendo por la autopista, había tenido tiempo de meditar en profundidad sobre la historia que Mac le había contado durante el vuelo de Nueva York a Londres. Y como un consejo inesperado, procedente de un remoto lugar, le vinieron a la boca las palabras de la bisabuela a Ilse. Una declaración de intenciones sutil y valiente que, para el hombre que amaba, abrieron la puerta a la esperanza. Y pensó en Mac, el hombre que en muy poco tiempo se había convertido en el eje de sus pensamientos. Y en Anita, que la había educado mediante el ejemplo. Qué curioso que coincidieran, con idéntico mensaje, la mujer que la había llevado de la mano y el hombre que le tendía la suya para afrontar juntos el futuro. «No voy a permitir que el dolor del pasado me robe las ilusiones», eso dijo en su carta la bisabuela Ilse. Si aquella viuda alemana, fue capaz de perdonar por amor hasta el punto de tomar como esposo a un enemigo de su marido muerto en la batalla, cómo no iba a tener ella la valentía de reconocer ante sí misma y ante todos que quería cambiar las cosas y en ese momento estaba dando su primer paso para lograrlo.

Contempló el valle. La niebla empezaba a disiparse, en una hora luciría su verde esplendor. En primavera, el malva de la flor de Escocia conviviría con el rojo de la alegría. Con el calor de la nueva estación, la tierra se cubriría de millares de amapolas. Como las que Mam guardaba en un cuenco por los caídos en la Gran Guerra, como las que salpicaban desde hacía meses las calles de Londres. Las mismas que, desde hacía noventa y seis años, retornaban cada once de noviembre con

su mensaje esperanzador. Entonces apreció Carol el verdadero significado de las amapolas del recuerdo: no olvidar, no odiar. Recordar el pasado sin resentimiento; y sintió que le importaban poco los sinsabores y afrentas pasadas. Incluso las de la madre que no la aceptó en su vida, porque es inútil obligar a amar. Quiso creer que, cada mes de marzo, la más frágil y humilde de las flores recordaba con su eterna vuelta a la vida, que el único camino para acabar con el rencor que encoge el alma y nos roba los sueños, son las ganas de perdonar.

Empezaba a verse el sol, quizá aquel destello que Carol descubrió, en las primeras luces del alba, fuera el de una estrella rezagada. Pero ella habría jurado que un soldado extranjero, demasiado joven para morir, le enviaba un guiño desde el cielo. Y por un instante creyó escuchar que el viento se filtraba entre las ramas de los abetos con la cadencia de un vals de Strauss.

La belleza del azul de la mañana hizo que se le formara un nudo en el centro del pecho. Por primera vez en su vida, oyó a lo lejos el acompasado tic y tac del canto del urogallo. Sintió la plenitud de una emoción nueva que la llenó de esperanza. Y supo que la felicidad era eso.

Fue el conde en persona, quien acudió a recibirla después de que una sirvienta anunciase su llegada. Lord Selkirk le ofreció su brazo con una familiaridad que Carol no esperaba. Su idea de un caserón con lacayos de calzón corto y andares ceremoniosos se vino abajo cuando, en primer lugar, no la recibieron en la puerta principal como había supuesto, sino por una lateral mucho más modesta que daba a lo que su anfitrión le explicó que se conocía como el ala de la familia.

Carol aprendió por boca del conde, que en una mansión de tales dimensiones, no todas las dependencias se usaban como vivienda y que se reservaba una parte a uso doméstico mientras el resto era lo más parecido a un museo.

—La puerta grande —le contó— solo la abrimos en ocasiones especiales, a diario usamos esta. Imagine lo que sería tener que caminar un cuarto de milla cada vez que quisiésemos salir de casa.

Sin que nadie lo solicitase, una doncella entrada en años apareció portando una bandeja con un servicio individual de té, *scones*, mantequilla y mermelada.

—Me he tomado la libertad de pedirle un tentempié, imagino que estará en ayunas.

—¡Oh, sí! Y no sabe cómo se lo agradezco.

Lord Selkirk la invitó a que diese cuenta del desayuno. Carol dejó sobre la mesa su bolso junto con la partitura que aún mantenía sujeta contra su propio cuerpo y corrió a servirse una taza de té. A la vez que removía el azúcar, dio un vistazo a su alrededor. Salvando las distancias en lo tocante a la altura de los techos, los ventanales por los que cabría un gigante de pie y la antigüedad de algunos muebles, aquel saloncito podría ser el de una casa corriente. Acogedor y muy familiar, esa era

la impresión que daba. Se fijó en los almohadones sobre el sofá y le recordaron a unos casi idénticos que había en casa de sus padres, con esos horribles perritos bordados que a Anita le parecían monísimos.

—¿Puedo? —pidió el conde, señalando la partitura.

—Se lo ruego —le dio permiso.

Este alzó en alto el marco y se dedicó a contemplarlo en silencio. Carol saboreaba su desayuno sin perder detalle. No era la primera vez que veía esa expresión, los ojos del conde lucían el brillo especial de quien tiene al fin en sus manos un objeto anhelado durante mucho tiempo.

Luego, la miró abiertamente a ella.

—Solo le haré una pregunta, señorita Coleman: ¿ha venido a devolverme el regalo?

—¡De ninguna manera! —exclamó con tanto énfasis que le hizo reír—. Ahora esta partitura es mía y he venido con la esperanza de que también lo sea de James.

—Puedes llamarle Mac —sugirió teuteándola como muestra de afecto—, todos lo hacemos. Menos su madre.

—Gracias, no me acostumbraría a su nombre de verdad.

—Bien. Y puesto que esta partitura no es algo que se pueda dividir, debo pensar que en adelante será un regalo compartido entre ambos a partes iguales.

—Yo no lo habría dicho mejor —confirmó encantada.

—A ver...

Carol siguió con la mirada los movimientos de lord Selkirk que fue hasta la librería de suelo a techo que presidía la estancia. Fue entonces cuando Carol reparó en una balda vacía con un solitario atril repujado; y sonrió al ver que el hueco parecía hecho a medida. El conde colocó el marco sobre el soporte de bronce, dio un par de pasos hacia atrás para contemplar el efecto y miró a Carol con una pregunta en los ojos.

—Perfecto —dijo ella.

—A mí también me lo parece —aseveró muy satisfecho—. Supe desde el principio que no me equivocaba y que su lugar no permanecería vacío por mucho tiempo.

Carol estudió la expresión calculadora del conde.

—Fue una apuesta arriesgada —opinó—. ¿Qué habría pasado si yo hubiese decidido vender la partitura a un tercero?

Lord Selkirk, sonriente, sacudió la cabeza como si pretendiese alejar la idea por absurda.

—Mi querida Carol, yo solo apuesto a caballo ganador.

Ella notó que el rubor le acudía a las mejillas. ¿Sin conocerla tanto sabía de ella como para adivinar su decisión en la subasta? Disimuló depositando con más cuidado del necesario la taza en el platillo.

—¿Cuándo podré ver a su hijo?



Se oyó un taconeo amortiguado por las alfombras. El conde miró hacia la puerta al tiempo que Carol se ponía en pie para recibir a la madre de Mac. Cuando vio a lady Margaret ir directamente hacia ella con los brazos abiertos, tuvo la impresión de que allí todo el mundo la estaba esperando, como si su llegada de buena mañana y sin avisar fuese algo dado por hecho.

—Margie, mira quién ha venido.

—Ah, qué bien, ven aquí, chiquilla. ¡La novia de James por fin en casa! —exclamó, dándole un abrazo, encantada de volver a verla—. Porque ya sabes que es su novia, ¿no Gregor?

—Por supuesto que lo sé.

Carol recordó aquel día en que oyó a Mac presentarla así a sus amigos. Al parecer todo el mundo tenía claro lo que eran... Menos ella.

—A ver si arregláis las cosas entre vosotros de una vez por todas —pidió la condesa, pellizcándole la mejilla con familiaridad.

Como bien recordaba, lady Margaret no era mujer de andarse con florituras.

—No sabes lo aburrida que estoy de ver a mi hijo deambular por los pasillos como un fantasma atormentado —añadió con maternal desesperación, agitando una gargantilla de perlas que llevaba en la mano.

—Justo iba a decirle a Carol —intervino su esposo— que James ha salido a dar un paseo.

Carol disimuló una sonrisa al ver que, ante su esposa, llamaba a Mac por su nombre como era el deseo de esta; no era buena idea contrariar a una madre.

—¿Ha salido a dar un paseo cuando no son ni las ocho de la mañana? —preguntó sin acabar de creérselo.

—Sobre las seis me ha parecido oírlo salir —respondió el conde, como si tal cosa.

¿Quién paseaba cuando aún no había despuntado el sol con un frío espantoso? Los escoceses, obviamente, que eran de acero. Tendría que acostumbrarse a las rudas y peculiares costumbres del campo.

El conde se excusó con Carol, explicándole que debían marchar al aeropuerto de Turnhouse a recoger a su hija, que llegaba de Australia para pasar las fiestas con ellos.

—Y tú, Margie —apremió a su mujer—, date prisa, que nos conocemos. Y hay una hora de camino.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!

Lady Margaret agitó la mano para quitárselo de encima. El conde le echó una mirada resignada antes de salir a avisar al chófer para que preparase el coche. Cuando se quedaron solas, Carol le tendió la mano a la vista de los esfuerzos de la condesa, que no conseguía de ningún modo abrir el broche del collar.

—Mira si era fácil —comentó al ver lo poco que le costó.

Y se colocó dándole la espalda para que se lo abrochara. El gesto resultaba algo tan natural y familiar que conmovió a Carol. Mientras le colocaba la gargantilla a la

madre de Mac, su mirada fue hasta una butaca donde se veía una cesta con una labor a medio tejer. Desde luego, la condesa no se entretenía sacando brillo a la corona. Los condes de Selkirk eran unos aristócratas muy de andar por casa.

Lady Margaret le dio las gracias, se cogió de su brazo y la llevó hasta la ventana.

—¿Ves ese sendero? Sin dejarlo, sigue hasta llegar a la primera curva. Seguro que James estará rondando por el mirador —indicó; no le pasó desapercibida la mirada esperanzada de Carol—. ¡Y haced las paces! —pidió; más bien fue una orden—. No quiero caras largas durante el almuerzo. Porque te quedarás, espero.

Ella sonrió ilusionada.

—He venido a Escocia por amor y aquí quiero quedarme para siempre.

Su sinceridad desató un huracán romántico en las emociones de la condesa, porque Carol la vio parpadear a gran velocidad.

—¡Ay! No me hagas llorar, ¡que se me va a correr el rímel! —la riñó, dándole una cariñosa palmadita en la mano.

No le costó encontrar a Mac.

Lo vio de espaldas a ella, con las manos en los bolsillos del anorak y la vista fija en las montañas. Al oír sus pasos, él oteó por encima del hombro y se la quedó mirando muy serio. Carol se obligó a no sonreír a la vista de los esfuerzos de Mac por disimular su sorpresa.

—Acordamos que dejaríamos pasar un tiempo.

—Yo no. Lo dijiste tú —le recordó—. Y eso de obedecer no lo llevo muy bien. ¿No quieres saber por qué estoy aquí?

—Seguro que estás a punto de decírmelo.

Carol se armó de paciencia porque sabía que, tras la ironía, Mac trataba de ocultar su incapacidad para dominar la situación.

—Estoy aquí para darte un regalo. —Mac arrugó la frente para que se explicara mejor—. En realidad es un regalo compartido, para ti y para mí.

—¿Lo tendremos por temporadas o me tocará en fines de semana alternos? —sugirió haciendo gala de una sutil acidez.

—Basta, Mac —pidió muy seria; porque su paciencia tenía un límite—. Llevo toda la noche conduciendo y estoy agotada. Así que ahórrate el sarcasmo.

Él dio un par de pasos hacia ella y se cruzó de brazos.

—Explícame eso —exigió tajante—. ¿Has venido conduciendo desde Aylesbury, a oscuras y sin dormir? ¿Doscientas cincuenta millas?

—Doscientas sesenta y una.

—No quiero ni imaginar lo que habría podido pasarte por esas carreteras llenas de curvas —meditó pasándose la mano por el pelo con preocupación—. ¿Pero en qué estabas pensando? —la amonestó dándole unos golpecitos en la frente con el dedo índice.

Carol le apartó la mano y se encaró hacia él con los brazos en jarras.

—Oye, oye... ¿Esto qué es? ¿Otra discusión? Pues yo estoy ya harta de pelearme contigo.

Se aguantaron la mirada como dos pistoleros en un duelo. Carol reprimió la risita que amenazaba con escapársele, al verlo tan furioso.

—Deja de disimular —rogó abrazándose por fin a su cintura—. Ay, Mac, qué tonto eres a veces. Estás enfadado contigo mismo, reconócelo.

—Preocupado es la palabra —confesó sujetando la cabeza de Carol pegada a su pecho—. En realidad muerto de miedo. No quiero que te marches de mi lado y no sé cómo retenerte.

Ella alzó el rostro para verle la cara.

—¿Y por qué crees que he venido? Estoy aquí porque no pienso como tú. No quiero esperar, Mac. Tú dijiste que dejáramos pasar el tiempo pero yo me niego a perder un solo día. Ni uno solo —musitó.

—¿Estás segura? Carol, yo no quiero mirarte y ver en tus ojos la sombra del resentimiento. Ya sé lo que es aguantarte esa mirada y no lo soporto. Me he portado mal contigo, he sido tan injusto que siempre tendrás derecho a recriminármelo — guardó silencio y bajó la vista a sus labios.

Ella le levantó la barbilla. Mac, poco a poco, respiró hondo y tragó saliva, porque en los ojos de Carol no pudo descubrir ni la más mínima huella de rencor.

—Te miro y veo al hombre que me ama —murmuró—. He compartido contigo dolor y alegría, pero sé que eres el único capaz de alegrarme la vida entera.

Mac pegó sus labios a los de Carol y no la dejó continuar. Exigió ese beso que tanta falta le hacía, poniendo el corazón en ello. Porque el amor que iluminaba las pupilas de Carol era como el sol de su clan, el que brilla pero no se quema. La luz que ilumina sin extinguirse jamás.

—Gracias por dar el primer paso y por ser más valiente que yo —dijo Mac, cuando separaron los labios.

—Más decidida, puede ser. Más valiente, imposible. El escocés eres tú, yo no — le recordó, haciendo alusión a la tradición de aquella tierra de hombres guerreros.

—Como si lo fueras, *sassenach*.

Carol se echó a reír de pura felicidad, porque la ternura de su voz anulaba el matiz despectivo de la palabra. No se es forastera cuando se lleva a Escocia en el corazón.

—Y ahora que me acuerdo... ¿No quieres saber qué regalo te he traído?

Mac apartó la vista y apretó la mandíbula.

—No esperaba verte, así que no tengo un regalo de Navidad para ti. La hamburguesa de anoche no cuenta —farfulló avergonzado y molesto.

Ella chasqueó la lengua con fingido conformismo.

—Lo imaginaba, por eso he traído uno para los dos.

—¿Y a qué esperas para dármelo? O para que nos lo demos el uno al otro — rectificó.

—No lo llevo encima —sonrió con disimulo—. Tu padre ya le tenía reservado un sitio de honor ahí —movi6 la mano vagamente hacia la mansi6n— desde hace mucho tiempo.

—¿Qu6 tiene que ver mi padre en esto?

—Anoche, despu6s de cenar, un mensajero se present6 en casa de mis padres. Traía un paquete para m6 de parte del conde de Selkirk. Un rato despu6s de tu hamburguesa.

—Y yo sin enterarme de nada —mascull6 encendido—. Va a tener que explicarme qui6n le ha dado permiso para entrometerse.

Carol le puso la mano en el antebrazo.

—¿Me dejas terminar? —pidi6—. El paquete iba acompa±ado de una carta de su pu±o y letra en la que rogaba que aceptara la partitura Gruber como regalo de Navidad, con la esperanza de que comprendiese su verdadero valor y el encargo de que la conserve siempre en mi poder para no olvidar su significado, tal como 6l mismo habría hecho.

Mac esboz6 una sonrisa sagaz al comprender la jugada. Su padre no era de los que dejaban cabos sueltos.

—Entonces, en la subasta de Christie's 6ramos dos los que pujábamos para la colecci6n Selkirk —dedujo. Sacudi6 la cabeza echándose a reír—. Debí imaginar que algo tramaba; debi6 suponer que le haría caso y pujarí con el coraz6n pero por si las cosas se ponían feas y tú no dabas tu brazo a torcer, prefiri6 jugar sobre seguro. El conde nunca pierde una pieza a la que le ha echado el ojo. Es un viejo zorro intrigante.

Carol tom6 las manos de Mac, para que la escuchara con atenci6n.

—Esa partitura me recuerda lo feliz que me hace estar en paz.

—Bien —murmur6.

—Tú y yo nunca podremos estar en bandos enfrentados, Mac. —6l guard6 silencio y comenz6 a acariciarle el pelo—. Tu padre sabía que lo compartiría contigo.

—Y que la partitura al final acabaría de vuelta a la colecci6n de la familia —reconoci6 riendo por lo bajo.

—SÍ, eso parece —admiti6, divertida; porque la deducci6n era obvia—. Y bien, puesto que la pr6xima semana voy a presentar mi renuncia en el museo, ¿no necesitarás por casualidad una ayudante?

—¿Una experta en arte que recorra el mundo conmigo en busca de nuevas adquisiciones? ¿Qu6 me ayude a negociar los mejores precios cuando pactemos los pr6stamos de nuestras obras con los m6s prestigiosos museos? Creo que sÍ. Pero te advierto que hay mucho trabajo por hacer.

—Me gustan los retos.

El ruido de un motor llam6 la atenci6n de Mac, que enderez6 la cabeza y mir6 a lo lejos. Carol tambi6n lo hizo y ambos contemplaron el todoterreno de alta gama que se alejaba de la mansi6n.

—Me caen bien tus padres —dijo Carol mirando el coche hasta que se perdió detrás de una loma—. A pesar de las cosas que dije. Espero que puedas olvidarlas algún día.

Mac le dio un beso en la sien para que supiera que, aquel triste día, olvidó sus palabras airadas cuando Carol aún no había acabado de pronunciarlas.

—Son buena gente. Algo excéntricos —matizó moviendo la mano con un gesto tan aristocrático que la hizo reír—. Como todo noble escocés que se precie.

—¿Tú también lo eres? —dejó caer con una sonrisa burlona.

—Ya me conoces.

—Y por eso te quiero.

Mac la estrechó pegándola completamente a él.

—Dilo muchas veces —exigió besándola con una urgencia impetuosa.

Carol le tomó las mejillas, disfrutando del tacto de su barba. Se miró en el fondo de sus ojos; sabía que nunca se separaría de él. Y buscó sus labios otra vez.

—Viajaremos juntos —dijo Mac respondiendo a sus besos.

—Y robaremos las mantas de los aviones y los jabones de los hoteles. Y rellenaremos con agua del grifo las botellitas del minibar.

Lo oyó reír mientras le mordisqueaba el cuello.

—Solo lo último.

Carol lo llamó injusto y él la hizo callar con un nuevo beso.

—Nos esperan en Aylesbury en tres días —anunció.

—Pues iremos.

—Mis padres han organizado en casa una comida familiar —añadió; alzó el rostro y lo miró a los ojos—. Anita quiere una presentación oficial. Ya imaginas que están deseando conocer al culpable de esta locura que me obliga a conducir en plena noche y a dejar el trabajo.

—¿Yo tengo la culpa de eso?

—Toda... toda... toda —dijo entre beso y beso; y le sujetó las mejillas para obligarlo a levantar la cabeza—. En Hogmanay, repetirás mi nombre ante la hoguera. Y yo el tuyo, porque estaré a tu lado.

Mac estudió su expresión feliz.

—Hasta ahora he vivido a caballo entre Londres y esta casa —dijo señalando Selkirk Castle con la cabeza—. ¿Qué dices?

—¿Se te ha olvidado ya? Me hiciste una promesa si me quedaba en Escocia. Quiero que me enseñes a hacerla mía.

Mac relajó los hombros y soltó aire. Quizá fuera la mirada feliz de Carol, la convicción con que lo dijo o el hecho de tenerla cerca, pero hacía mucho que no se sentía tan en paz con la vida. Con ganas de hacerla sentirse una más en el que ya era su hogar, la agarró por la cintura para llevarla hacia la mansión.

—Mis padres y la australiana de la familia no regresarán hasta pasado el mediodía —calculó—. Y mi hermano y su prole no se presentarán por aquí hasta la hora del

almuerzo. Tenemos la casa para nosotros solos.

—¿Sí? —dijo mirándolo con malicia al imaginar lo que tenía en mente.

Mac se inclinó para hablarle al oído.

—Tienes las orejas heladas. Voy a enseñarte cómo entramos en calor los de por aquí —susurró lamiéndole el lóbulo.

Carol se estremeció con una risilla tonta porque le hacía cosquillas.

—¿Y qué se te ocurre para conseguirlo?

Se imaginó en brazos de su impetuoso escocés, arrastrándola tras unos arbustos para arrancarle la ropa. Lástima que fuera invierno. Mac la miró de arriba abajo con una mirada lasciva muy prometedor.

—Espera y verás.

La agarró fuerte de la mano y tiró de ella para ayudarla a remontar más deprisa el repecho del camino.

—Mac, no sé yo... Estoy muerta de sueño. Lo que necesito ahora mismo es una cama.

—Yo también.

Aunque era obvio que él tenía en mente otro uso más entretenido.

—¿Qué pasará si nos quedamos dormidos y nos descubren tus padres? No quiero ni pensarlo.

Él soltó una carcajada.

—La casa tiene ochenta habitaciones. Si te preocupa, nos encerramos en la más escondida y tardarán una semana en encontrarnos.

—En tal caso... —hizo una pausa y tomó aire antes de continuar—. Acepto.

Sin querer, tropezó con Mac que había parado de caminar de golpe. Él la cogió por los hombros para verle bien los ojos.

—¿Eso significa que aceptas una sesión de sexo salvaje, el trabajo que te he propuesto o a mí para toda la vida?

—Todo, lo acepto todo —dijo rodeándole el cuello con los brazos—. Creía que te había quedado claro.

—Me gusta oírtelo decir —murmuró besándola—. Y a ti, ¿te ha quedado claro cuánto te quiero?

Carol le regaló una sonrisa preciosa.

—Bésame otra vez y a lo mejor me convences —murmuró.

## 25. Una mirada atrás, un paso por dar

Se amaron sin prisas, con una demora que prolongara la pasión deseada por los dos. Carol lo colmó de caricias y besos, mientras la boca de él la recorría entera, como si quisiera aprenderse de memoria ese sabor a ella tan añorado. Se fundieron en una mezcla de tormento y placer que les supo a poco. Querían más; y sin necesidad de palabras, supieron que aquella cama con dosel sería para siempre su íntima guarida de la felicidad. Ella pedía y él se lo daba, Mac reclamó y Carol se entregó con una fiereza erótica que los dejó temblando y sin aliento.

El cansancio acumulado, tras horas al volante, pudo con Carol, que se vio vencida por el sueño. No supo cuanto tiempo llevaba dormida. Imaginó que no más de una hora, cuando abrió los ojos y vio a Mac tumbado a su lado, observándola a la vez que le apartaba el pelo de la cara.

—Tengo que vestirme —dijo, incorporándose sobre los codos—. Tus padres...

—Es pronto —la tranquilizó, dándole un beso en la mejilla.

Carol apoyó la espalda en el cabezal y se cubrió con la ropa de cama, sujetándola debajo de los brazos. Aunque él había tenido la precaución de encender la chimenea mientras ella dormía, hacía frío. Vio un sobre muy viejo sobre el regazo de Mac y entonces entendió por qué estaba vestido.

—¿Sabes que mi padre ha dejado esto, junto a la partitura, antes de salir hacia el aeropuerto? Supongo que lo ha hecho para que yo lo encuentre y tome una decisión. Y acabo de hacerlo. Este documento prueba —explicó tocando el sobre con cuidado— que mi bisabuelo actuó con acierto. Y también que mi abuelo y mi padre hicieron bien en tener por verídico algo que ningún MacLeod pudo constatar. Hasta ahora.

—Cariño, te escucho y es como si me hablaras en clave.

—Una vez dijiste que quería a toda costa la partitura de Gruber por puro afán de coleccionista acostumbrado a desear y ganar —le recordó; Carol dejó que terminara de explicarle—. No negaré que se trata en parte de un capricho, quizá desde fuera se vea así la necesidad de tener en nuestro poder algo parecido a una reliquia de familia. Pero hay más.

—¿Más? Me gustaría saber de qué se trata y por qué nunca me dijiste nada de ello.

—Sí te dije —aseguró; y de inmediato se corrigió—. No, en Kelso lo dejé entrever pero la verdad es que no quería que supieras. En primer lugar porque el contenido de este sobre —explicó, poniendo la palma de la mano encima— lo conocemos muy pocas personas y solo de oídas: mi familia y, ahora, también tú. La

otra razón es que este documento plantea un rompecabezas muy complicado de resolver. —Frunció el entrecejo, con expresión resignada—. Casi diría que un propósito abocado de antemano al fracaso.

—Ahora sí que has conseguido intrigarme —reconoció abrazándose las rodillas con los brazos—. Me cuesta creer que exista algo que tú consideres imposible.

Mac no pudo evitar una sonrisa. En esa parte de su carácter que él reconocía como tozudez, Carol parecía ver cualidades de super héroe de cómic.

—Imposible, no. Difícil, extremadamente difícil —matizó—. Mi padre te ha regalado la partitura.

—Que he decidido compartir contigo.

Él se lo agradeció con un tierno beso.

—Y yo he decidido regalarte a ti este papel que los MacLeod llevamos esperando desde hace muchos años.

Carol sintió que la emoción le erizaba la piel, ante tan importante demostración de confianza. Con ese gesto, Mac redimía con creces su error por haber dudado de ella. Tomó el sobre y extrajo un viejo documento, una especie de factura escrita y firmada en papel amarillento. Carol lo examinó con mucho cuidado, pues corría peligro de rasgarse por las líneas del doblez.

—Parece...

No le resultaba fácil descifrar la caligrafía antigua y desvaída. Cuando consiguió leerla, alzó el rostro sin creer del todo lo que tenía en las manos.

—¿Este documento es auténtico?

—Lo es. Así lo creemos; mi bisabuelo nunca lo puso en duda cuando supo de su existencia cuando mi bisabuela le habló de ello.

Mac le contó un suceso que se remontaba a 1935. Los MacLeod lo habían transmitido de padres a hijos, y había llegado a él, la cuarta generación, convertido en una deuda pendiente.

*Septiembre de 1935 estaba a punto de acabar. Lady Serkilk le explicaba a su esposo, mientras este escuchaba con interés y evidente preocupación, las dificultades que atravesaba frau Lina Eichmann, que fue su profesora de piano en el conservatorio de Bremen.*

*—La situación que me cuenta en su carta es alarmante, especialmente para ellos —concluyó con pesar—. Acaban de aprobar una ley en Nuremberg que priva a todos los judíos de sus derechos civiles.*

*—No entiendo cómo su gobierno puede llamar ley a semejante injusticia —opinó su esposo; incrédulo, a pesar de que las noticias que llegaban desde el continente eran, en ese sentido, alarmantes—. Son ciudadanos alemanes.*

*—Henry, todo son rumores, pero dicen que las cosas aún pueden empeorar. No saben qué puede pasar pero herr Klaus quiere poner a salvo sus cuadros.*



*Lord Selkirk asintió. No hacía demasiados años, aquel antiguo conocido de su esposa le había pedido consejo para adquirir algunas obras con las que iniciar una pequeña colección de arte. Él mismo le aconsejó apostar por los impresionistas, cuyas obras resultaban asequibles en aquel entonces y que Ilse, de gustos más clásicos, consideraba unos extravagantes que pintaban toqueteando el lienzo con el dedo meñique en lugar de utilizar el pincel.*

*Como los Eichmann no se fiaban ya ni de la banca, pidieron ayuda a su antigua alumna y amiga, que por azares del destino se había convertido en la séptima condesa de Selkirk y era madre de tres jovencitos de doce, diez y nueve años. Estaban decididos a abandonar Alemania, para establecerse en los Estados Unidos, donde contaban con familiares emigrados décadas atrás. Presumían que no les sería fácil sacar los cuadros del país, ocultos en el desván de unos amigos de absoluta confianza. Con todo, querían poner a salvo los documentos que acreditaban la propiedad de las obras, por si las cosas se torcían.*

*—Escríbeles —decidió Henry, incorporándose en el sillón para tomar las manos de su esposa e infundirle confianza—. Indícales que deben ponerse en contacto con Hans Muller, un coleccionista privado de Colonia. Yo, por mi parte, le escribiré a este y le daré instrucciones para que nos haga llegar ese documento. Te tenía preparada una sorpresa, y no veo mejor manera ni más segura de ocultar un papel, créeme.*

*—Mi bisabuelo había comprado la partitura Gruber a ese coleccionista, que por una cantidad bastante importante para la época, no dudó en desprenderse de ella — continuó Mac explicándole a Carol—. Klaus Eichmann viajó hasta Colonia y le entregó este documento que tú tienes en las manos, con confianza ciega. Aquel hombre debía ocultarlo detrás de la partitura enmarcada, que en esos días debía enviar por correo a mi padre. Nadie iba a sospechar ni impedir que saliera del país una obra musical, carente de valor artístico y económico, salvo el que mi bisabuelo le otorgaba por una razón puramente sentimental.*

*—La compró como regalo para tu bisabuela como símbolo de paz —adivinó ella—. Qué detalle tan bonito.*

*—Por desgracia, la bisabuela Ilse se quedó sin su sorpresa. El paquete que contenía la partitura se extravió durante el viaje y nunca llegó a su destino. Y con ella, el documento que ahora te acabo de regalar y que ha permanecido perdido durante años. Hasta que mi padre la halló y me encargó pelear por ella en una subasta con uñas y dientes... —le recordó chasqueando la lengua—. Una batalla que ya sabemos tú y yo como acabó.*

*—Con final feliz —afirmó Carol, tomándole la mano y llevándosela a la boca para besarle la palma; él le guiñó un ojo—. Pero, Mac, este regalo no me pertenece.*

*Releyó de nuevo el documento que certificaba la compra de aquellos cuadros: dos*

Seurat, un Pissarro y un Toulouse-Lautrec. Los títulos de los lienzos ni le sonaban.

—¿Por qué nunca he oído hablar de estas obras?

—Porque sus actuales dueños deben ser conscientes de su procedencia.

—¿Se sabe qué fue de los cuadros?

—Mi abuelo logró averiguar que fueron incautados por los nazis, como ocurrió con miles de obras de arte propiedad de familias judías. Se les ha perdido la pista porque deben obrar en manos de particulares. Solo está localizado uno de los Seurat, a día de hoy decora el despacho de un ruso podrido de dinero que vete a saber dónde y cómo lo consiguió.

Carol reflexionó sobre ello. Sin duda obraban en manos anónimas, que conocían, o al menos sospechaban, su origen ilícito. De haber salido a subasta o en venta, esas obras impresionistas no habrían permanecido durante ochenta años en el anonimato.

—¿Por qué no habéis buscado a algún descendiente de aquel matrimonio Eichmann? —indagó, pensando en las dificultades legales que se les plantearían a los herederos de cuarta generación para recuperar esas obras de arte sin pagar por ellas.

—Mi bisabuela no volvió a tener noticias suyas, e imaginaron que corrieron la peor de las suertes —dijo, refiriéndose a los miles de judíos que perdieron la vida en los campos de exterminio—. Mi abuelo trató de averiguar qué fue de ellos, sin resultado. Pudieron hacer mucho más de lo que hicieron y esa dejadez les remordió durante años. Tanto, como para contagiarla a sus hijos y estos a los suyos. Mi padre, que es un sentimental, tomó el testigo como una cuestión de honor.

A Carol se le iluminó la mirada. Mac le estaba regalando no solo un papel valioso por lo que significaba, sino la oportunidad de reconciliar el pasado y de saldar una deuda pendiente durante casi ochenta años.

—Pero ahora tenemos un buen motivo para reemprender la búsqueda de los descendientes del matrimonio Eichmann —afirmó ilusionada.

—¿Tenemos?

—¡Sí! Tú y yo, puede que nos cueste mucho tiempo y más de una decepción, pero debemos intentarlo. ¿Me ayudarás a resolver este reto?

Mac la sujetó por la nuca y sonrió.

—Si me lo pides así... —bromeó, ladeando la cabeza para besarla.

Comenzar su nueva etapa juntos con un desafío, supuso una experiencia maravillosa que les deparó tantas alegrías como decepciones, pero es que así es, justamente de una mezcla de ambas, de lo que está hecha la vida.

Carol supo que tenía en su mano la clave que la uniría más a la mujer que la quería como una verdadera madre. Anita se convirtió en su colaboradora más tenaz y las dos vivieron la búsqueda de los Eichmann, por primera vez, como una ilusión compartida. Linda, la cuñada de Mac, se sumó a la tarea empleando todo su tiempo libre en realizar las gestiones necesarias ante el consulado alemán y las asociaciones

internacionales de supervivientes de la II Guerra Mundial, mientras Anita y Carol dedicaban horas y horas a rastrear por internet. Ayudadas por un primo de Linda, que ocupaba un puesto importante en la *Foreign Office*, lograron averiguar que aquella familia logró huir de Alemania cuatro años después del extravío de la partitura de *Stille Nacht*. Los Eichmann embarcaron en el buque «Sant Louis» para partir del puerto de Hamburgo, rumbo a Cuba, en 1939. El matrimonio y sus dos hijos fueron de los muchos desdichados a los que las autoridades cubanas prohibieron la entrada en el país, a pesar de portar los visados correspondientes. Carol, Anita, todos en realidad, sufrieron por ellos leyendo el terrible periplo de aquellos judíos desesperados que veían a lo lejos las costas de Florida, una tierra en la que tampoco se les permitió atracar. E imaginaron el suplicio y los llantos cuando, tras avistar las costas de Canadá, el barco se alejaba del continente que no los quiso y puso rumbo de regreso a Hamburgo.

Los Eichmann tuvieron mucha suerte, pues formaron parte de los doscientos ochenta y ocho pasajeros del «Sant Louis» que fueron asilados por Inglaterra, ya que la mayoría del pasaje, acogidos por Holanda y Francia, acabaron deportados de nuevo a la Alemania nazi y pereciendo entre las miles de víctimas de la «Solución final».

Lina y Klaus temían por el destino de sus hijos. La Europa en guerra no era segura para los judíos. Cuando comenzó el terrible asedio de Londres por parte de la aviación alemana, decidieron huir cuanto antes de Inglaterra sin siquiera contactar con lady Selkirk, por miedo a comprometerla con una amistad que pudiera ponerla en peligro. Linda averiguó que la familia consiguió llegar a Nueva York y desde allí viajaron errantes durante medio año hasta instalarse en Albany, donde vivieron hasta el fin de sus días.

Y por fin localizaron a un nieto del matrimonio que, azares de la vida, residía en la isla de Malta donde desempeñó, hasta su jubilación, un puesto importante en la banca. Mac y Carol viajaron hasta La Valeta para entregar en mano a aquel hombre el documento que pertenecía por derecho a sus antepasados. Pero Carol insistió en que su padre y Anita los acompañaran. Fue en casa de Ivan Eichmann, que se empeñó en agasajarlos con una comida familiar, donde Anita supo por fin cuánto la quería Carol. Y no pudo evitar las lágrimas cuando le dedicó ante todos los presentes unas palabras emocionadas que ella no creía merecer.

—Yo quiero aprovechar este momento —pronunció Carol, en respuesta al sentido agradecimiento que acababa de dedicarle su anfitrión—, para dar las gracias a mi padre, por inculcarme el amor al arte. Y muy en especial a mi madre —dijo mirando a Anita con los ojos brillantes—, que ha hecho de mí la mujer que soy.

Dos días después, Mac no pudo demorar más su regreso a casa. En lugar de acompañarlo, Carol prefirió quedarse en Malta con sus padres. Se consideraba en deuda con ellos. Juntos los tres, aprovecharon lo que restaba de la semana para admirar las bellezas de la isla. La mañana antes de volver, mientras su padre se perdía en las salas del Museo Arqueológico Nacional, Carol y Anita disfrutaban de la luz del

Mediterráneo, ante un par de copas de vino, en una terraza del centro de La Valeta. Acababan de brindar por el éxito de la difícil empresa que tenía ante sí Ivan Eichmann, la que suponía encontrar, y demostrar ante la ley, la propiedad de unos cuadros impresionistas que llevaban ocho décadas en paradero desconocido.

—A él no pareció importarle —comentó Anita.

Carol se encogió de hombros. Se habían sentado muy juntas, con las sillas de tijera pegadas a la pared a fin de contemplar el precioso panorama de las fachadas de piedra, salpicado por un bullicioso ir y venir de turistas.

—Yo creo que, más que encontrar esas obras de arte, lo crucial para él y su familia es el hecho de poder demostrar ante del mundo que les arrebataron lo que era suyo de la manera más cobarde —opinó.

Notó que Anita la miraba sin escuchar, como si tuviera otro pensamiento en mente. Carol enarcó las cejas a modo de muda pregunta.

—No te he dado las gracias —anunció Anita, para explicar el motivo de su silencio—. Dijiste cosas muy bonitas sobre mí. Aún me emociono al recordarlas.

—Soy yo quien debe estarte agradecida. Hoy, cada día y siempre —recalcó.

—Qué tonta eres —sonrió, con expresión apurada.

—Gracias por quererme.

Anita negó con la cabeza, sintiendo que empezaba a sonrojarse.

—Pero si es tan fácil... —alegó con sencillez—. Eso no tiene mérito.

Carol sonrió con cariño y apoyó la cabeza en el hombro de la mujer a la que debía tanto, sintiendo una paz infinita.

—Para mí si lo tiene, Mam —murmuró—. Para mí, sí.

## Epílogo: Orgullo escocés

Para andar mediado el mes de septiembre, aquel domingo lucía en los jardines de Selkirk Castle un sol sin igual, de esos que caldean de pies a cabeza y ponen contento el corazón.

Reclinada en la tumbona de mimbre con los ojos cerrados, Carol dejaba que aquellos rayos de sol, regalo postrero del verano, le acariciaran la piel sin pensar en nada. Los gritos y risas de los niños, que se oían a lo lejos, constituían la única banda sonora de su particular remanso de felicidad.

—Entonces, ¿te ha dicho que van a casarse? —preguntó Mac, desde la tumbona contigua.

—Eso me ha dicho —respondió sin abrir los ojos—. Y no puedes imaginar lo contenta que estaba Mari.

—¿Y Rubén?

Carol giró la cabeza para verle la cara y con una mirada censuró la sonrisa bromista de Mac.

—También, aunque no me lo ha dicho.

Mac se reacomodó, incorporándose sobre un codo. Con la mano libre, arrancó una brizna de hierba y se la lanzó a modo de castigo para que dejara de mirarlo de aquella manera. Carol la recogió de su blusa y se dedicó a jugar con ella.

—El embarazo solo les ha dado el empujón que les hacía falta para decidir la fecha —opinó, convencida.

Mac se echó a reír. Estaba seguro de que Mari y su querido inspector serían muy felices. Llevaban juntos desde las Navidades pasadas. A primeros de septiembre, habían regresado los dos a España para instalarse juntos en Sevilla. Tanto Mac como Carol sabían que la boda llegaría algún día, aunque el bebé que esperaba Mari desde hacía seis semanas iba a adelantar los acontecimientos porque, en palabras de la futura mamá, «que era muy antigua para esas cosas», no estaba dispuesta a vestirse de novia con un barrigón, ni mucho menos a acudir a su propia boda con un churumbel de la mano.

Mac alargó el brazo y con el dedo trazó dos círculos alrededor del botón de la cinturilla del pantalón de Carol y del ombligo que se entreveía bajo el borde de la blusa.

—¿Y nosotros qué?

—Estamos invitados. Y a mí me apetece viajar a España en noviembre, cuando celebren la boda.

—A mí también me apetece. Por supuesto que asistiremos —aseguró, sin dejar de recorrer con el dedo el estómago de Carol—. Pero no era eso lo que te preguntaba. Me refería a nosotros, a ti y a mí —recalcó—. ¿Cuándo iremos en serio a por un niño?

—Me parece que tardaremos bastante.

Mac arrugó la frente porque la respuesta de Carol no le agradó en absoluto.

—No finjas que no te gustan, que he visto cómo los miras —aseguró, señalando con la cabeza a los cuatro hijos de su hermano que correteaban a unos cincuenta metros.

Carol se incorporó del todo y miró a los sobrinos de Mac, reconociendo para sí que se le caía la baba con ellos; sobre todo con Kitty, la benjamina de tres años, que hacía poco que había dejado el pañal.

—¿Por qué quieres tardar en tener hijos? —insistió Mac, para atraer su atención.

—Yo no he dicho eso —aclaró—. Creo que tardaremos porque no los tendré mientras sea una «forastera», como decís aquí.

Mac respiró hondo, al entender por fin cual era el rumbo de la conversación. Ni a él ni a ella les importaban las convenciones, hacía muchos meses que vivían juntos, haciendo caso omiso a las sugerencias veladas para que formalizaran la situación que de tanto en tanto les lanzaba lady Selkirk. Mac había captado qué significaba aquel tono tan misterioso y algo dolido de Carol. La entendía, su chica no quería sentirse una *sassenach* en su propia casa ni escuchar nunca eso de «Papá, ¿por qué mamá no se llama MacLeod como nosotros?». Lo que no asimilaba de ninguna manera era por qué, con los ojos, su adorada y obstinada inglesita parecía echarle la culpa a él.

—No eres una MacLeod porque tú no quieres —le recordó—. Hace dos meses te pedí que te casaras conmigo y me dijiste que no.

—No dije que...

—Me rechazaste —zanjó, herido en su orgullo.

—Dije que ya hablaríamos de ello.

—Sí, eres muy diplomática para decir que no.

Carol empezó a perder la paciencia.

—¿Tú crees que algo tan importante se puede pedir tirado en el sofá, en calzoncillos, con la mano dentro de una bolsa de patatas fritas con vinagre y un «Eh, *bonnie*, ¿qué te parece si nos casamos un día de estos?»?

Mac alzó las manos, incrédulo. Y se delató con una risa canalla que hizo entornar los ojos a Carol.

—¿Qué querías? ¿Que te lo pidiera en la plaza del pueblo, rodilla en tierra y con las gaitas de los *Royal Scotts Dragoon*?

—No tanto —dijo; hizo una pausa y contempló a Linda y Stephen que caminaban hacia sus hijos—. Pero sí algo más inolvidable y... Solemne —reveló con un suspiro.

Mac se quedó mirándola, porque la conocía bien. Tanto rodeo, con lo sencillo que era hablar claro. Mucho presumir de pareja del siglo XXI, y no se atrevía a confesar

que le hacía ilusión ser la protagonista de una boda de rito escocés y lucir en su vestido de novia, absolutamente tradicional, un detalle del tartán familiar como símbolo de su pertenencia al clan. «Una petición solemne», quería su chica. Lo que había que hacer por tener contenta a una mujer. Pero si ese era su deseo, a fin de cuentas tenía razón. Carol se merecía, y la ocasión también, ese momento brillante de solemnidad ancestral.

—Ahora vuelvo —dijo, incorporándose de un salto.

Carol levantó la cabeza. Lo vio marchar hacia la mansión y entrar por la puerta lateral al mismo tiempo que salía su madre. La condesa llegó hasta donde ella estaba y se sentó en un sillón.

—¿Dónde iba mi hijo con tantas prisas?

—No sé.

—Le he preguntado y no estoy segura —disimuló sin mucho éxito—. ¿Puede que haya dicho algo sobre matrimonio? —inquirió, entornando los ojos—. Porque si es así, ya era hora.

Carol no dijo ni sí ni no.

Desde lejos, Linda giró la cabeza. Al ver a su suegra y a Carol, dejó a Stephen jugando a la pelota con los niños y se acercó caminando hacia ellas. En el momento en que esta se sentaba en la tumbona que antes ocupaba Mac, lo vieron salir de la casa.

—Pero bueno... —comentó Linda, observando extrañada a su cuñado—. ¿Para qué se ha vestido con el kilt?

Miró a Carol y la sonrisa radiante de esta y la cara de emoción de su suegra fueron suficiente respuesta.

—¡Ay que te lo va a pedir! ¡Ese es mi James!

—Así que por fin se ha decidido —comentó Linda, divertida.

Mac se acercaba a las tres, moviendo al aire a cada paso el tartán amarillo del clan. Llevaba la misma camisa, solo se había puesto las medias de lana, sujetas con las ligas a media pierna, y cambiado los vaqueros por el kilt ceremonial.

—*Lassies* —saludó al llegar junto a las tres.

Tendió la mano a Carol para que le diera la suya y tiró de ella para levantarla de la tumbona. Le besó el dorso de los dedos y, con un hábil movimiento, la cargó en brazos sujetándola por debajo de las rodillas.

—¿Pero adónde la llevas? —preguntó lady Selkirk, contrariada, puesto que esperaba ser testigo del romántico momento.

—A la casa.

—James, no seas aguafiestas —rezongó—. Linda y yo no queremos perdérselo, ¿verdad? —Su nuera se limitó a sonreír—. ¿Podemos ir?

—No.

Y se alejó con Carol en brazos.

—Mira lo que me obligas a hacer —protestó a medias, porque ella premió su

esfuerzo con un tierno beso—. Si no te quisiera tanto...

La llevó en brazos por un pasillo tras otro. Ella lo dejó hacer; solo se atrevió a preguntar cuando la dejó en la entrada del pabellón donde se exhibía la colección de arte.

—Pero Mac, ¿aquí?

Él le señaló la cámara de vigilancia que había en una esquina del techo.

—Imagino que querrás tener un recuerdo. E intuyo también que no resistirás la tentación de enseñárselo a media humanidad, ¿me equivoco?

—Sí quiero.

—No te adelantes —bromeó con malicia.

—¡Me estás poniendo nerviosa! Digo que sí quiero un vídeo de este momento.

—Te he entendido —dijo, pellizcándole la nariz—. Dame tu móvil.

—¿Para qué?

Mac le puso el dedo índice en los labios para hacerla callar.

—Hoy, aquí y ahora, el único con derecho a hacer preguntas soy yo.

Carol sacó el teléfono del bolsillo y lo vio manipularlo, sin entender qué nueva sorpresa era aquella. Mac lo depositó con cuidado sobre una consola isabelina y cogió a Carol por los hombros para acercarla.

—Querrás que tu recuerdo tenga sonido, porque las cámaras de seguridad ya sabes que no tienen —le explicó, pulsando el icono de grabación de voz—. Ya encontraremos a alguien que lo monte luego sobre el vídeo.

Cogió la mano de Carol y se la besó como un auténtico caballero escocés, orgulloso del legado que portaba en la sangre y de ser como era. Ella lo miró emocionada; verlo así, ataviado con el kilt solo para ella, le ponía la piel de gallina.

—El beso, ¿antes o después? —preguntó, devorándola con la mirada.

—Antes y después —decidió Carol, echándole los brazos al cuello para darle un beso breve e intenso que él alargó reteniéndola entre sus brazos.

Mac hizo atrás la cabeza para verla con calma. Contempló cómo sonreía mientras le apartaba el pelo de la cara. Era bellísima, más que ninguna. Se dijo que hay sonrisas que embellecen más que mil maquillajes, y la de Carol además, le removía emociones que jamás había conocido. Con tal de verla así de feliz, era capaz de ponerse el kilt del color del sol cada día y cada noche si ella se lo pidiera.

—¿Estás preparada? —susurró.

Carol se mordió los labios y asintió con la cabeza. Mac, le cogió las manos, que permanecían asidas a su nuca, y sujetándolas firmemente entre las suyas, hincó la rodilla en tierra dispuesto a formular la pregunta más solemne de su vida, esa para la que solo existía una respuesta posible. Un sí, nada más.



## Gracias a todos vosotros

A todas las amigas, tan lejos y a la vez tan cerca, que me confiáis anécdotas vividas. Vosotras sois mi inspiración, con vuestras ocurrencias y comentarios inolvidables; tanto es así, que no puedo resistirme a ponerlos en boca de los personajes o incluirlos en la trama. Miriam Guijarro, Ana Dirtydraco, Mar Rodríguez, Yasnaia Altube y María José López Ordiales, esta novela es un poquito vuestra. Y Alberto Cortés Plaza, tuya también.

Gracias a Tiaré Pearl y Carmen Sánchez Limón, mis asesoras de dichos y habla «andalú».

Gracias a mis queridas catalanas, Yolanda González, Sílvia Huedo y Mary Luz Guillén, por mostrarme, a través de vuestros sentidos, el encanto de Londres, la belleza de Escocia y las singularidades del carácter escocés.

Gracias a Ana Silva, por todos los recuerdos que compartió conmigo. Siempre los tuve presentes cuando aparecían en escena los personajes de Anita y Mari.

Más de una vez he dicho que me gusta escribir ficción con una base real; mi agradecimiento por existir al *Frente de Liberación de los Gnomos de Jardín*. Y la *Catalan Seduction Society* por su blog-tutorial «La cebolleta» en tres pasos.

Y gracias de corazón a mis extraordinarias Chicas Happys de Olivia Ardey; y chicos, cómo no. Vuestra ilusión y empuje me animan cada día a seguir imaginando historias ambientadas aquí y allá que, a mí mientras las escribo y a vosotras cuando las leéis, como dice la genial Bruja Meiga, nos permiten a viajar donde los libros nos lleven.